



## Libro proporcionado por el equipo

### Le Libros

### Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Se acabó el juego. Ahora las apuestas son a vida... o muerte.

Los lobos de Mercy Falls vuelven a salir en las noticias. Hace diez años, la manada atacó a una chica. Los periodistas manejaron la palabra «accidente». Una década mas tarde, ha muerto otra chica. Ahora, la palabra es «exterminio».

El tiempo se agota para Sam y Grace, para Isabel y Cole. Esta vez, las despedidas pueden ser para siempre.

## **LE**LIBROS

Maggie Stiefvater

# Siempre

Los lobos de Mercy Falls - 3

Ach der geworfene, ach der gewagte Ball, Füllt er die Hände nicht anders mit Wiederkehr: rein um sein Heimgewicht ist er mehr.

Ah, la pelota que se tira, la pelota que se atreve, ¿no te llena las manos de forma diferente al retornar?: más pesada por el solo hecho de volver a casa.



Puedo ser muy silenciosa. Mucho.

La prisa rompe el silencio. La impaciencia estropea la caza.

Me tomo mi tiempo.

Avanzo en silencio por la oscuridad. En el bosque, de noche, el polvo flota en el aire; la luz de la luna convierte las partículas en constelaciones al arrastrarse por las ramas de los árboles.

El único sonido es el de mi respiración al inhalar lentamente por la boca. Enseño los dientes. Las almohadillas de mis patas no hacen ruido al pisar la maleza húmeda. Me tiemblan las aletas de la nariz. Escucho los latidos de mi corazón por encima del borboteo de un arroyo cercano.

Una ramita seca comienza a crui ir al pisarla.

Me detengo.

Espero.

Me tomo mi tiempo. Lentamente, levanto la pata de la ramita. Pienso: Silencio. Noto mi aliento frío sobre los incisivos. Oigo un sonido susurrante que me llama la atención y la mantiene. Tengo el estómago tenso y vacío.

Me adentro en la oscuridad. Aguzo el oído; el animal asustado anda cerca. ¿Un ciervo? Durante unos largos segundos, un insecto nocturno hace cric, cric antes de que decida moverme de nuevo. Mi corazón late rápidamente entre cada cric. ¿Será grande el animal? Si está herido, podré cazarlo yo sola.

Algo me roza el hombro. Algo blando y suave.

Quiero estremecerme.

Quiero girarme y atraparlo entre los dientes.

Pero no debo hacer ruido. Me quedo inmóvil durante unos largos segundos y luego giro la cabeza para ver qué es lo que me roza la oreja, algo que parece una pluma.

Es algo que no alcanzo a nombrar, que flota en el aire y se deja mecer por la brisa. Me toca la oreja otra vez, y otra, y otra más. Intento por todos los medios darle un nombre.

¿Papel?

No entiendo qué hace ahí, colgando de una rama cuando no es una hoja de árbol. Me hace sentir incómoda. Más allá, esparcidos por el suelo, hay unos cuantos objetos impregnados de un olor desconocido y hostil. Y la piel que ha mudado y abandonado algún animal peligroso. Los rehúyo con una mueca y de pronto veo a mi presa.

Pero no es un ciervo

Es una chica que se retuerce en el suelo, que araña la tierra y gimotea. Cuando la ilumina la luz de la luna, parece blanquísima contra el suelo negro. Exuda miedo por todos los poros. Mi olfato lo detecta. Incómoda, siento que se me eriza el pelo de la nuca. No es una loba, pero huele a loba.

Avanzo en silencio.

La chica no me ve llegar.

Cuando abre los ojos, estoy justo delante de ella. Casi podría tocarla con el hocico. Hace un momento estaba jadeando y notaba su cálido aliento en la cara, pero al verme deja de jadear.

Nos miramos.

Cuanto más me mira, más se me eriza el pelo de la nuca y el lomo.

Araña el suelo con los dedos. A medida que se mueve, huele menos a loba y más a humana. El peligro me silba en los oídos.

Le enseño los dientes y hago ademán de retroceder. Solo se me ocurre huir, rodearme de árboles, poner tierra de por medio. De pronto, recuerdo el papel que cuelga del árbol y la piel mudada en el suelo. Me siento atrapada entre la chica tan rara que tengo delante y la extraña hoja que tengo detrás. Mi vientre roza la maleza al agazanarme con la cola entre las patas.

Comienzo a gruñir tan lentamente que noto el gruñido en la lengua antes de oírlo.

Estoy atrapada entre ella y los objetos que huelen a ella, colgados de las

ramas y tirados por el suelo. La chica sigue mirándome fijamente, desafiante. Soy su prisionera y no puedo escapar.

Cuando grita, la mato.



Así que ahora no solo era medio loba, sino que me había convertido en una ladrona

Me transformé en humana en la linde del bosque de Boundary. En qué linde, ni idea; el bosque era enorme y se extendía a lo largo de varios kilómetros. Si eras una loba, podías recorrerlo fácilmente. Si eras una chica, no tanto. Hacía un día caluroso y agradable: un día estupendo para lo que suele verse en Minnesota. Siempre y cuando no estuvieras perdida y desnuda, claro.

Me dolía todo. Era como si alguien hubiese hecho serpientes de plastilina con mis huesos, luego los hubiese convertido de nuevo en huesos y luego de nuevo en serpientes. Sentía un hormigueo en la piel, sobre todo en la de los tobillos, los codos y las rodillas. Me zumbaba uno de los oídos. Estaba confusa y atontada. Tenía la extraña sensación de haber pasado ya por aquello.

Para empeorarlo todo, me di cuenta de que no solo estaba perdida y desnuda en el bosque, sino que estaba desnuda en el bosque junto a un lugar habitado. Con las moscas zumbando a mi alrededor, me puse en pie y eché un vistazo a lo que me rodeaba. Vi la parte trasera de varias casitas más allá de los árboles. A mis pies había una bolsa de basura desgarrada, su contenido desparramado por el

suelo. Aquello tenía toda la pinta de haber sido mi desayuno. No quise darle demasiadas vueltas

En realidad, no quería darle demasiadas vueltas a nada. Comenzaba a recuperar la memoria a trompicones y los recuerdos se me aparecían como sueños medio olvidados. Y a medida que recuperaba la memoria, recordaba haberme encontrado en aquella situación —en aquel momento de aturdimiento al ser humana de nuevo— una y otra vez En una docena de escenarios diferentes. Poco a poco fui recordando que no era la primera vez que me había transformado a lo largo del año. Y había olvidado todo lo que había pasado entre medias. Bueno, casi todo.

Cerré los ojos con fuerza y vi su cara, sus ojos amarillos, su pelo moreno. Nos recordé cogidos de la mano. Recordé haberme sentado a su lado en un coche que ya no creía ni que existiese.

Pero no era capaz de recordar su nombre. ¿Cómo podía haber olvidado su nombre?

A lo lej os, oí el ruido de un coche que recorría el vecindario. El sonido se fue apagando y me recordó lo cerca que estaba del mundo real.

Abrí los oj os de nuevo. No podía pensar en él. Imposible. Ya lo recordaría, y a lo recordaría todo. Tenía que centrarme en el aquí y el ahora.

Tenía pocas alternativas. Una era retirarme al cálido bosque primaveral con la esperanza de volver a transformarme pronto en loba; el problema era que me sentía del todo humana. La única opción factible era pedir ayuda a los habitantes de la casita azul que tenía delante. Al fin y al cabo, todo apuntaba a que ya había recurrido a su basura y, según parecía, también a la de sus vecinos. Pero esa opción tenía muchos inconvenientes. Aunque me sentía totalmente humana, no tenía ni idea de cuánto podía aguantar en aquel estado. Además, estaba desnuda y salía del bosque. No sabía cómo podría explicar ese hecho sin acabar en el hospital o en comisaría.

Sam.

De pronto recordé su nombre, y con él mil cosas más: poemas susurrados al oído con inseguridad, una guitarra en sus manos, la forma de la sombra quedaba por debajo de su clavícula, su manera de alisar las páginas de un libro mientras leía. El color de las paredes de la librería, el susurro de su voz sobre mi almohada, una lista de buenos propósitos escritos por cada uno. Y todo lo demás: Rachel, Isabel, Olivia, Tom Culpeper arrojando en mis narices un lobo muerto, Sam y Cole.

Mis padres. Ay, Dios. Mis padres. Me recordé de pie en su cocina, con la loba que había dentro de mi deseando salir, discutiendo con ellos. Me recordé llenando la mochila de ropa y escapándome a casa de Beck. Me recordé ahogándome con mi propia sangre...

Grace Brishane

Siendo loba, lo había olvidado todo. E iba a olvidarlo de nuevo.

Me arrodillé porque de repente me resultaba difícil seguir de pie y me abracé las piernas desnudas. Una araña marrón se me subió por los dedos de los pies antes de darme tiempo a reaccionar. Los pájaros cantaban en los árboles. La luz del sol me calentaba alli donde me daba directamente y jugueteaba en el suelo del bosque. Una cálida brisa primaveral hacía vibrar las hojas nuevas en las ramas. El bosque suspiraba una y otra vez a mi alrededor. Durante mi ausencia, la naturaleza había seguido su curso con toda normalidad. Pero allí estaba yo, una pequeña realidad imposible, y ya no sabía cuál era mi sitio ni qué debía hacer.

Entonces, una cálida brisa que olía casi insoportablemente a galletas de queso me alborotó el pelo y me ofreció una alternativa. Alguien claramente optimista había decidido que hacía buen tiempo y había tendido la ropa junto a la casita de al lado. Reparé en las prendas de ropa mecidas por el viento: aquello me ofrecía todo un tendedero de posibilidades pulcramente tendidas. La persona que vivía en aquella casa usaba unas cuantas tallas más que yo, pero parecía que uno de los vestidos tenía cinturón. Aquello podía salir bien. Aunque suponía robarle la ropa a alguien.

En mi vida había hecho muchas cosas cuestionables, pero robar no era una de ellas. Así no. Era un vestido bonito que seguramente habían tenido que lavar a mano y habían tenidio para que se secase. En la cuerda también había ropa interior, calcetines y fundas de almohada, así que debían de ser demasiado pobres para comprarse una secadora. ¿De verdad estaba dispuesta a llevarme el vestido de fiesta de alguien para poder volver a Mercy Falls? ¿Me había convertido en esa clase de persona?

Bueno, se lo devolvería cuando y a no lo necesitase.

Me acerqué sigilosamente por la linde del bosque, sintiéndome indefensa y expuesta, mientras intentaba ver mejor mi objetivo. El olor de las galletas de queso —seguramente era eso lo que me había atraído cuando aún era loba— me hizo pensar que debía de haber alguien en casa: nadie podía marcharse de una casa que oliese así. En cuanto me llegó el olor, me costó pensar en cualquier otra cosa. Me obligué a concentrarme en el problema que tenía entre manos. ¿Me estarían observando las personas que habían preparado las galletas de queso? ¿Y los vecinos? Con un poco de maña podía lograr que no me viese nadie.

El jardín trasero de mi víctima era el típico de las casas que había junto al bosque de Boundary, y estaba lleno de los trastos típicos: cajas de fruta vacías, una barbacoa chapucera, antenas de televisión con cables que no llevaban a ninguna parte, una máquina de cortar el césped cubierta con una lona, una piscina para niños agrietada y llena de arena húmeda y una colección de muebles de jardín cubiertos por fundas de plástico con un estampado de girasoles. Muchas cosas, pero ninguna del tamaño adecuado para ocultarse tras ella

Sin embargo, habían sido lo bastante descuidados para que una loba les robase la basura de la puerta trasera de su casa Ojalá también lo fuesen para que una adolescente desnuda les robase un vestido de la cuerda de tender.

Respiré hondo. Durante un intenso segundo deseé que aquello fuese tan fácil como hacer un examen sorpresa de Matemáticas o arrancarme una tirita de una pierna sin depilar, y acto seguido salí disparada hacia el jardín. En alguna parte, un perro pequeño comenzó a ladrar como loco. Agarré el vestido.

Cuando me di cuenta, todo había acabado. No sabía bien cómo, pero estaba de vuelta en el bosque con el vestido robado en la mano, sin aliento y escondida detrás de unos matoj os que bien podrían ser ortigas.

En la casa, alguien le gritó al perro: «¡Cállate o te saco con la basura!».

Dejé que se me calmase el corazón. Luego, sintiéndome culpable pero también triunfal, me colé el vestido por la cabeza. Era bonito, con flores azules, demasiado fresco para la época, y aún estaba un poco húmedo. Tuve que ceñírmelo bastante por la espalda para que me quedase bien. Casi estaba presentable.

Quince minutos después, me había llevado un par de zuecos de las escaleras del jardin de otro vecino (uno de los zuecos tenía caca de perro pegada a un tacón; seguramente lo habrían sacado de la casa por eso) y estaba caminando por la carretera tan tranquila, como si viviese alli. Sirviéndome de mis sentidos lobunos, como me había enseñado Sam hacía mucho tiempo, pude hacerme una idea de los alrededores mucho más detallada de la que me ofrecían mis ojos. Pese a toda aquella información, no tenía ni idea de dónde me encontraba; lo único que sabía era que estaba muy lejos de Mercy Falls.

Pero tenía un plan. Bueno, más o menos: alejarme de aquellas casas antes de que alguien reconociese su vestido y sus zuecos y encontrar alguna tienda o algún punto de referencia para orientarme, preferiblemente antes de que los zuecos me hiciesen una ampolla. Luego, aún no sabía cómo, debía volver con Sam.

No era el mejor plan del mundo, pero era el único que tenía.



Medía el tiempo contando los martes.

Tres martes para que terminasen las clases y comenzasen las vacaciones de verano

Siete martes desde que Grace había desaparecido del hospital.

Cincuenta y nueve martes para graduarme y salir disparada de Mercy Falls, Minnesota

Seis martes desde la última vez que había visto a Cole St. Clair.

El martes era el peor día de la semana en casa de los Culpeper. Ese día había bronca. Bueno, en nuestra casa podía haber bronca cualquier día, pero el martes seguro que caía una. Había pasado casi un año desde la muerte de mi hermano Jack, y después de una sesión de gritos que se había oído en tres plantas, había durado dos horas y había incluido una amenaza de divorcio por parte de mi madre, mi padre había vuelto a acudir a terapia de grupo con nosotras. O sea, que todos los miércoles eran iguales: mi madre se perfumaba, mi padre apagaba el teléfono para variar y yo me sentaba en su enorme todoterreno azul e intentaba bacer como si allí atráx no oliese todavía a lobo muerto.

Los miércoles, todos nos comportábamos mejor que nunca. Las horas

posteriores a la terapia —cena en St. Paul, alguna compra inútil o una película en familia— eran el colmo de la belleza y la perfección. Y a partir de entonces, todos comenzábamos a alejarnos de ese ideal hora tras hora hasta llegar al martes, el día de la gran bronca.

Los martes y o intentaba no estar en casa.

Pero aquel martes fui víctima de mi propia indecisión. Después de volver del instituto, no me apeteció llamar a Taylor ni a Madison para salir por ahí. La semana anterior había ido a Duluth con las dos y con unos amigos suyos, me había fundido doscientos dólares en zapatos para mi madre y cien dólares en una camiseta para mí, y había dejado que los chicos se gastasen una tercera parte en unos helados que no nos comimos. En aquel momento no supe por qué lo había hecho, más allá de por impresionar a Madison con mi manejo de la tarjeta de crédito. Seguía sin saberlo; tenía unos zapatos muertos de risa a los pies de la cama de mi madre, una camiseta que me quedaba fatal ahora que me la probaba en casa, y era incapaz de recordar cómo se llamaban los chicos. Solo me acordaba vagamente de que el nombre de uno empezaba por J.

Podía dedicarme a mi otro pasatiempo, que era subirme a mi todoterreno y aparcar en algún camino invadido por la maleza para escuchar música y hacerme a la idea de que estaba en cualquier otro sitio. Normalmente, así mataba las horas y volvía justo antes de que mi madre se acostase, cuando lo peor de la pelea y a había pasado. Qué ironía; cuando vivía en California tenía un millón más de maneras de salir de casa, pero en aquella época no las necesitaba.

Lo que más me apetecía era llamar a Grace y pasear con ella hasta el centro, o sentarme en su sofá mientras ella estudiaba. No sabía si podría volver a hacerlo alguna vez.

Aquel martes pasé tanto tiempo intentando decidirme que perdí la oportunidad de escapar. Estaba en el vestibulo con el teléfono en la mano, sin saber qué hacer, cuando mi padre bajó apresuradamente por las escaleras al mismo tiempo que mi madre abría la puerta del salón. Estaba atrapada entre dos frentes a punto de chocar. Llegados a este punto, lo único que podía hacer era cerrar las escotillas y confiar en que no le pegasen un tiro al enano del jardín.

Me preparé para lo peor.

Mi padre me dio una palmadita en la cabeza y diio:

-Hola, ratoncita.

¿Ratoncita?

Parpadeé mientras se alejaba de mí a zancadas, eficiente y poderoso cual gigante en su castillo. Me sentí como si hubiese retrocedido un año.

Lo vi detenerse en el umbral junto a mi madre. Esperaba que intercambiasen alguna pulla, pero lo único que intercambiaron fue un beso.

- -- ¿Qué les habéis hecho a mis padres? -- pregunté.
- -¡Ja! -dijo mi padre en un tono de voz que podría describirse como jovial

—. Te agradecería que te pusieses algo que te tape la tripa antes de que llegue Marshall, si es que no piensas quedarte arriba estudiando.

Mi madre me dirigió una mirada de «Te lo dije», aunque no me había comentado nada acerca de la camiseta al volver del instituto.

- —¿Te refieres al congresista Marshall? —pregunté; mi padre tenía muchos amigos de la universidad que habían acabado en altos cargos, pero no los había visto demasiado desde la muerte de Jack Había oído contar a mis padres historias sobre ellos, especialmente cuando bebían—. ¿Marshall el cabezón? ¿El Marshall que se tiró a mamá antes que tú?
- —Llámalo señor Landy —dijo mi padre, pero ya estaba saliendo por la puerta y no pareció importarle mucho—. Y no seas maleducada con tu madre.

Ella se dio media vuelta y le siguió hasta el salón. Los oí hablar y hubo un momento en que mi madre se rió.

Un martes. Era martes v ella se estaba riendo.

- —¿A qué viene? —pregunté con recelo mientras los seguía del salón a la cocina. Eché un vistazo a la encimera: una mitad estaba cubierta de patatas fritas y ensaladas, y la otra de papeles, carpetas y cuadernos con anotaciones.
  - -Aún no te has cambiado la camiseta -me reprochó mi madre.
  - —Voy a salir —contesté; acababa de decidirlo.

Todos los amigos de mi padre se creían graciosísimos pero no lo eran, así que prefería no coincidir con ellos.

- -¿A qué viene Marshall? -insistí.
- —El señor Landy —me corrigió mi padre—. Vamos a hablar de algunos asuntos legales y a ponernos al día.

—¿Es por algún caso?

Pero entonces, al pasar junto a la parte de la encimera cubierta de papeles, algo me llamó la atención. La palabra que me había parecido ver, « lobos», estaba escrita por todas partes. Al verla sentí un hormigueo desagradable. Un año antes, cuando aún no conocía a Grace, la idea de que los lobos recibieran su merecido por matar a Jack me hubiese parecido una dulce venganza. Ahora, sorprendentemente, me ponía de los nervios.

- -Todo esto va de la protección de los lobos en Minnesota, ¿verdad? -dije.
- —Quizá no sigan protegidos mucho tiempo —respondió mi padre—. Landy tiene unas cuantas ideas. Tal vez pueda hacer que liquiden a toda la manada.

¿Por eso estaba tan contento? ¿Porque Landy, mi madre y él iban a sentarse a merendar y a idear un plan para cargarse a los lobos? Como si aquello nos fuese a compensar por la muerte de Jack

Grace estaba en el bosque. El no lo sabía, pero estaba hablando de matarla.

- -Genial -dije -. Yo me largo.
- —¿Adonde vas? —preguntó mi madre.
- -A casa de Madison.

Mi madre se quedó congelada con una bolsa de patatas fritas a medio abrir en las manos. Tenian suficiente comida para dar de comer a todo el Congreso de EE. UU.

- —¿De verdad vas a casa de Madison, o dices que vas a casa de Madison porque sabes que voy a estar demasiado ocupada para comprobarlo?
- —Vale —dije—. Voy a casa de Kenny y no sé quién querrá apuntarse. &Contenta?

—Contentísima.

De pronto me di cuenta de que llevaba puestos los zapatos que le había comprado. No sé por qué, pero eso me dejó descolocada. Mis padres sonriendo, ella con zapatos nuevos y yo preguntándome si iban a matar a mi amiga con un rifle de precisión.

Recogí mi mochila, salí y me senté en el todoterreno. El aire estaba cargado. No meti la llave en el contacto ni me moví; me limité a sostener el teléfono en la mano mientras intentaba tomar una decisión. Sabía lo que debía hacer; lo que no sabía era si quería hacerlo. Hacía seis martes que no hablaba con él. Quizá me cogiese el teléfono Sam. Podía hablar con Sam.

No, debía hablar con Sam. Al congresista Marshall Landy y a mi padre se les podía ocurrir algo en su consejo de guerra amenizado con patatas fritas. No tenía elección.

Me mordí el labio y marqué el número de casa de Beck

−¿Sí?

La voz al otro extremo de la línea me resultó increíblemente familiar, y el susurro de los nervios en mi estómago se convirtió en un aullido.

No era Sam.

Mi voz me sonó involuntariamente fría.

—Cole, soy yo.

—Ah —dijo, y colgó.



El rugido de mis tripas llevaba la cuenta del tiempo por mí, así que me pareció que tardaba una eternidad en llegar a una tienda. La primera que encontré fue La Tienda de Aparejos de Ben, una casa grisácea metida entre los árboles que parecía haber crecido del terreno embarrado que la rodeaba. Para llegar hasta la puerta tuve que pasar por un aparcamiento de gravilla lleno de charcos de agua de lluvia y nieve fundida. Sobre el tirador había un cartel que decía que, si iba a dejar las llaves de mi furgoneta de alquiler, la caja para depositarlas estaba a la vuelta de la esquina. Otro cartel decía que vendían cachorros de beagle, dos machos y una hembra.

Puse la mano sobre el tirador y, antes de girarlo, intenté decidir cuál iba a ser mi versión de la historia. Siempre existía la posibilidad de que alguien me reconociese. Sobresaltada, caí en la cuenta de que no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde mi transformación en loba, ni del interés periodístico que habría suscitado mi desaparición. Lo que sí sabía era que en Mercy Falls hasta los váteres atascados salían en las noticias

Entré y cerré la puerta. Me estremecí; dentro de la tienda hacía un calor increíble y apestaba a sudor rancio. Pasé la vista por los estantes llenos de

aparejos de pesca, veneno para ratas y plástico de burbujas hasta llegar al mostrador, que estaba al fondo. Apoyado en él había un anciano bajito; ya antes de llegar a su altura, llegué a la conclusión de que los culpables de aquella peste a sudor eran él y su camisa desabotonada.

- —¿Vienes por lo de las furgonetas? —preguntó mientras se incorporaba y me miraba a través de sus gafas cuadradas. Tras él había un tablero del que colgaban paquetes de cinta para embalar. Intenté respirar por la boca.
- —Hola —dije—. No, no vengo por lo de las furgonetas —tomé aire, puse cara de pena y menti—: Mi amiga y yo hemos tenido una pelea monumental y me ha hecho bajarme de su coche. Ya lo sé, ya. Me he quedado tirada. ¿Podría llamar por teléfono?

Me miró con el ceño fruncido, y por un segundo me pregunté si estaría cubierta de barro y llevaría greñas de loca. Me pasé la mano por la cabeza para anlastármelas.

—Bueno… —respondió.

Volví a contarle mi historia, asegurándome de no alterar ningún dato e intentando que la situación siguiese pareciendo dramática. En realidad era algo dramática, así que no me resultó dificil. Aun así, no parecía convencido.

- -El teléfono. Para llamar a alguien que me recoja -añadí.
- —Bueno... —dijo—. ¿Es una llamada de larga distancia?

La esperanza brilló con luz trémula. No tenía ni idea de si era larga distancia o no, así que respondí:

- -A Mercy Falls.
- -Ah -dijo, sin aclararme nada-. Bueno...

Esperé un minuto, angustiada. En la trastienda alguien soltó una carcajada que me recordó a un ladrido.

- —Lo está usando mi mujer —dijo—. Pero cuando cuelgue puedes llamar.
- —Gracias —repuse—. Por cierto, ¿dónde estamos, para que pueda decirle a mi novio dónde tiene que recogerme?
- —Bueno... —repitió; llegué a la conclusión de que no quería decir nada con aquella palabra, y simplemente la usaba para ganar tiempo mientras pensaba—. Dile que estamos a tres kilómetros de Burntside.

Burntside. Aquello estaba por lo menos a media hora en coche de Mercy Falls, por una carretera de doble sentido llena de curvas. Me inquietó pensar que había recorrido toda aquella distancia sin saberlo, como una sonámbula.

- —Gracias.
- —Creo que tienes caca de perro en el zapato —añadió amablemente—. La huelo desde aquí.

Hice como que me miraba el zapato.

- -Ah, es verdad. Ya decía yo.
- -Aún tiene cuerda para rato -me advirtió, y tardé un segundo en caer en la

cuenta de que se refería a su mujer hablando por teléfono.

Capté el mensaje.

-Me daré una vuelta por la tienda -dije.

Pareció aliviado, como si pensara que estaba obligado a entretenerme si me quedaba ante el mostrador. En cuanto me alejé para echarle un vistazo a una pared llena de anzuelos, oí que volvía a trastear detrás del mostrador. Su mujer siguió hablando y riéndose con aquellas extrañas carcajadas que parecían ladridos, y la tienda siguió oliendo a sudor.

Vi cañas de pescar, una cabeza de ciervo con una gorra rosa y búhos de pega para espantar a los pájaros del jardín. En un rincón había tarros con gusanos vivos. Mientras los miraba con el estómago revuelto —no hubiera sabido decir si por asco o por la promesa de la transformación—, se abrió la puerta y entró un hombre con una gorra de John Deere. El anciano sudoroso y él se saludaron. Toqué con un dedo el borde de un collar para perro de color naranja intenso, concentrada en mi cuerpo, intentando averiguar si iba a transformarme de nuevo.

De pronto me llamó la atención la conversación de los dos hombres.

—Algo habrá que hacer. Hoy, uno ha robado una bolsa de basura de mi puerta trasera. Mi mujer pensaba que había sido un perro, pero he visto las huellas y eran demasiado grandes —dijo el hombre de la gorra.

Lobos. Estaban hablando de los lobos.

Estaban hablando de mí

Me agazapé como si estuviese mirando los sacos de pienso para perros en el estante más bajo.

- Dicen que Culpeper está intentando organizar algo —contestó el vieio.
- El tipo de la gorra hizo un ruido con la nariz y la boca que me recordó a un gruñido.
- —¿Como el año pasado? Con aquello no consiguió una mierda. Les hizo cosquillas en la tripa, nada más. ¿Eso es lo que nos van a costar las licencias de pesca este año?
- —Sí —repuso el viejo—. Pero ahora se está planteando otra cosa. Quiere liquidarlos como hicieron en Idaho. Con helicópteros y... asesinos. No, no los llaman así. Tiradores. Eso es. Intenta hacerlo por lo legal.

El estómago se me revolvió de nuevo. Tom Culpeper era el culpable de todo: primero le había disparado a Sam y luego había matado a Victor. ¿Es que no iba a darse nunca por vencido?

—Pues va a necesitar suerte para pasar por encima de los ecologistas —dijo el de la gorra—. Esos lobos están protegidos o algo así. Mi primo se metió en un lio por atropellar a uno hace unos cuantos años. Casi le destrozó el coche. Culpeper no lo va tener fácil.

El viejo tardó un rato en contestar; estaba detrás del mostrador manipulando

algo que sonaba como papel de aluminio al arrugarse.

—¿Quieres? ¿No? Bueno... Pero es un abogado importante. Y a su hijo lo mataron los lobos. Si hay alguien que puede conseguirlo, es él. En Idaho liquidaron a una manada entera. ¿O fue en Wyoming? No sé, en algún sitio de esos

Una manada entera

-Pero no por robar basura -replicó el de la gorra.

—Ovejas. Yo creo que es mucho peor que los lobos maten muchachos a que maten ovejas. A lo mejor consigue que lo aprueben. Quién sabe... —hizo una pausa—. Oye, chica. ¿Chica? El teléfono y a está libre.

De nuevo se me revolvió el estómago. Me levanté y me crucé de brazos rezando para que el tipo de la gorra no reconociese el vestido, pero solo me miró de pasada. No parecía la clase de hombre que se fija en lo que llevan puesto las muieres. Pasé rozándolo y el viejo me dio el teléfono.

-Será un minuto -dije.

El viejo hizo como si no me hubiese oído, así que me retiré a un rincón de la tienda. Los hombres reanudaron la conversación, pero ya no hablaban de lobos.

Con el teléfono en la mano, me pregunté a qué número podía llamar, si al de Sam, al de Isabel o al de mis padres.

A mis padres no podía llamarlos.

No quería.

Marqué el número de Sam. Durante unos segundos, antes de pulsar la tecla de llamada, respiré hondo, cerré los ojos y pensé que lo que más deseaba en el mundo era que cogiese el teléfono, mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Los ojos se me llenaron de lágrimas y parpadeé con fuerza.

Sonó el teléfono. Dos tonos. Tres. Cuatro. Seis. Siete.

Empecé a aceptar la posibilidad de que no cogiese el teléfono.

Al oír su voz me temblaron las rodillas, y tuve que agacharme y apoyar una mano en una estantería metálica para recobrar el equilibrio. La falda de mi vestido robado se extendió por el suelo.

-Sam -susurré.

Se hizo el silencio: duró tanto que pensé que había colgado.

-Sam, ¿sigues ahí?

El se rió

No... no me podía creer que fueses tú de verdad —dijo con voz temblorosa
 Eres... No me podía creer que fueses tú de verdad.

Pensé en cómo sería el reencuentro: aparcaría el coche y me abrazaría, y yo me sentiría segura y me engañaría pensando que no lo abandonaría nunca más. Lo deseaba con tantas fuerzas que sentí un pinchazo en el estómago.

-¿Vendrás a recogerme?

- —¿Dónde estás?
- -En La Tienda de Aparejos de Ben. En Burntside.
- -Dios. Salgo enseguida. Llegaré en veinte minutos. Ya voy.
- —Te espero en el aparcamiento —repuse enjugándome una lágrima que se me había escapado sin querer.
  - -Grace...-dijo, y se calló.
  - —Lo sé —contesté—. Yo también.

#### Sam

Sin Grace, vivía en cien momentos distintos del presente. Cada segundo estaba lleno de la música de otra persona o de libros que nunca leería. Iba al trabajo, hacía pan... Cualquier cosa para mantenerme ocupado. Fingía que todo transcurría con normalidad, que tan solo era un día más sin ella, que al día siguiente entraría por la puerta y la vida seguiría su curso como si nadie la hubiese interrumpido.

Sin Grace, era una máquina en movimiento perpetuo, impulsada por mi incapacidad para dormir y por el miedo a que se me amontonasen los recuerdos. Cada noche era una fotocopia de los días anteriores, y cada día era una fotocopia de las noches. Todo estaba patas arriba: la casa, que parecía llena de gente aunque solo estuviese Cole St. Clair; mis recuerdos, encerrados entre imágenes de Grace cubierta por su propia sangre, transformándose en loba; y yo sin transformarme, a salvo de los fríos tentáculos del invierno. Estaba esperando un tren que no llegaba a la estación. Pero no podía dejar de esperar; si no, ¿qué sería de mí? Estaba viendo mi mundo reflejado en un espejo.

« Esto es el destino: estar enfrente y nada más, estar siempre enfrente» , decía Rilke.

Sin Grace, lo único que tenía eran las canciones que había compuesto sobre su voz y sobre el eco de su voz cuando había dejado de hablar.

Y entonces llamó.

Cuando sonó el teléfono, estaba aprovechando la mañana soleada para lavar el Volkswagen y limpiarle los últimos restos de sal y de tierra que tenía incrustados tras las nevadas de un invierno eterno. Había bajado las ventanillas delanteras para oír música mientras trabajaba. Era una canción con guitarras atronadoras, armonías y una melodía vertiginosa que a partir de entonces asociaría siempre con la esperanza de aquel momento, cuando ella llamó y dijo: «¿Vendrás a recogerme?».

El coche y mis brazos estaban llenos de espuma que no me molesté en enjuagar. Tiré el móvil sobre el asiento del copiloto y giré la llave en el contacto. Salí marcha atrás; tenía tanta prisa que, al pasar de marcha atrás a primera con el pie resbalándome en el embrague, se dispararon las revoluciones. El ruido ascendente del motor imitaba los latidos de mi corazón.

El cielo, azul e immenso, estaba salpicado de nubes blancas formadas por finisimos cristales de hielo, demasiado alejadas de la tierra para que yo sintiese su frio, alli en el cálido suelo. Cuando llevaba diez minutos circulando por la carretera, me di cuenta de que había olvidado subir las ventanillas; el viento me había secado el jabón de los brazos y me los había dejado surcados de rayas blancas. Me encontré con otro coche y lo adelanté en una zona donde estaba prohibido adelantar.

Faltaban diez minutos para ver a Grace sentada en el asiento del copiloto. Todo iba a salir bien. Ya sentía sus dedos entrelazados con los míos y su mejilla contra mi cuello. Parecia que habían pasado varios años desde la última vez que la había abrazado y le había apoyado las manos en el pecho. Una eternidad desde nuestro último beso. Toda una vida desde la última vez que había oído su risa

Sentía la pesada carga de la esperanza. Me obsesioné con un hecho tan intrascendente como que, durante dos meses, Cole y yo nos habíamos alimentado de sándwiches de gelatina, atún de lata y burritos congelados. Cuando volviese Grace, comeríamos mejor. Creía recordar que teníamos un bote de salsa de tomate y algo de pasta. Me parecía increiblemente importante preparar una cena en condiciones para celebrar su regreso.

Cada minuto que pasaba estaba más cerca de ella. En el fondo había otros asuntos que me preocupaban, y los más importantes tenían que ver con los padres de Grace. Creian firmemente que yo estaba implicado en su desaparición, ya que Grace había discutido con ellos por mi culpa justo antes de transformarse. En los dos meses que llevaba desaparecida, la policía había registrado mi coche y me había interrogado. La madre de Grace buscaba cualquier excusa para pasar por delante de la librería cuando yo estaba trabajando, y me escrutaba por el escaparate mientras yo hacía como que no la veía. En el periódico del pueblo se habían publicado artículos sobre las desapariciones de Grace y de Olivia, y de mí lo decian todo menos mí nombre.

En el fondo, sabía que aquella situación —Grace transformada en loba, sus padres convertidos en mis enemigos, yo en Mercy Falls con un cuerpo recién estrenado— era un nudo gordiano imposible de desatar. Pero con Grace a mi lado, todo se arreglaría.

A punto estuve de pasar de largo por La Tienda de Aparejos de Ben, una casa anodina escondida entre unos pinos achaparrados. Di un bandazo y entré con el Vollswagen en el aparcamiento; los baches en la gravilla eran profundos y estaban llenos de agua lodosa que salpicó el coche. Eché un vistazo rápido y frené un poco. Había unas cuantas furgonetas de alquiler aparcadas detrás de la casa. Y junto a ellas, cerca de los árboles...

Detuve el coche en el fondo del aparcamiento y salí sin apagar el motor. Pisé una traviesa de madera y me paré en seco. Tirado en el suelo, sobre la hierba húmeda, había un vestido de flores. A un metro de donde me encontraba vi un zueco abandonado, y otro metro más allá, volcado, su compañero. Respiré hondo y me arrodillé para recoger el vestido. Arrugada en mi mano, la tela olía vagamente al recuerdo de Grace. La alisé y tragué saliva.

Desde allí alcanzaba a ver un lado del Volkswagen, lleno de barro del aparcamiento. Parecía que no lo hubiese lavado.

Volví a sentarme en el coche, dejé el vestido en el asiento de atrás, me cubrí la nariz y la boca con las manos ahuecadas y respiré el mismo aire una y otra vez, con los codos apoyados en el volante. Me quedé alli sentado durante un buen rato, mirando por encima del salpicadero hacia un par de zuecos abandonados.

Todo resultaba mucho más fácil cuando el lobo era y o.



Me había convertido en un licántropo, pero ese era yo: Cole St. Clair, también conocido como « el alma de NARKOTIKA».

Tiempo atrás pensaba que, si me quitabas el bajo atronador de NARKOTIKA, los gritos de unos cientos de miles de fans y un calendario a rebosar de conciertos, no quedaría nada de mí. Pero alli estaba meses después, y resultaba que había piel nueva debajo de la costra que me había arrancado. Me había aficionado a los placeres sencillos de la vida: sándwiches de queso a la plancha sin cositas negras en el pan, unos vaqueros que no me apretaban en lugares poco convenientes, una pizca de vodka, entre diez y doce horas de sueño.

No estaba seguro de cómo encajaba Isabel en todo aquello.

La cuestión era que podía pasarme casi toda la semana sin pensar en los sándwiches a la plancha o en el vodka, pero no podía hacer lo mismo con Isabel. Tampoco es que fuesen sueños fantásticos y provocativos; se parecía más un picor en la ingle. Si estás muy ocupado puedes llegar a olvidarte del tema, pero si deias de moverte es terrible.

En casi dos meses no había sabido nada de ella, a pesar de unos cuantos

mensajes sumamente entretenidos que le había dejado en el buzón de voz.

Mensaje de voz nº 1: Hola, Isabel Culpeper. Estoy tumbado en la cama mirando el techo. Estoy prácticamente desnudo y pienso en... tu madre. I lámame

¿Y ahora le daba por telefonearme? Ni de coña

Como no podía quedarme en casa con el teléfono mirándome de aquella manera, me calcé y salí. Tras ayudar a Grace a escapar del hospital, había empezado a investigar qué era lo que nos hacía transformarnos en lobos. En el bosque no había modo de examinarnos con un microscopio para obtener respuestas, pero había planeado unos cuantos experimentos para los que no necesitaba un laboratorio; solo suerte, mi cuerpo y echarle huevos. Y uno de esos experimentos saldría mucho mejor si pudiese atrapar a uno de los otros lobos. Por eso había estado haciendo incursiones en el bosque. En realidad eran misiones de reconocimiento, como llamábamos Victor y yo a nuestras visitas a los locales de comida rápida a altas horas de la noche para comprar comida hecha de plástico con sabor a queso. Estaba realizando incursiones en el bosque de Boundary en nombre de la ciencia. Me sentía obligado a acabar lo que había empezado.

Mensaje de voz nº 2: El primer minuto con treinta segundos de I've gotta get a message to you, de los Bee Gees.

Hacía buen tiempo, y pude oler hasta el último de los animales que había meado alguna vez en el bosque. Emprendí mi camino habitual.

« Cole, soy yo».

Dios, me estaba volviendo loco. Si no era la voz de Isabel, era la de Victor, y en mi cabeza había cada vez menos espacio. Cuando no me estaba imaginando que le quitaba el sujetador a Isabel, estaba deseando que sonase el teléfono, y cuando no, me acordaba del padre de Isabel arrojando el cadáver de Victor al camino de entrada. Entre ellos y Sam, vivía con tres fantasmas.

Mensaje de voz nº 3: Me aburro. Necesito que me entretengan. Sam está depre. Podría matarlo con su propia guitarra. Así tendría algo que hacer y también conseguiría hacerlo hablar. Dos pájaros de un tiro. Todas esas expresiones antiguas me parecen innecesariamente violentas. No sé, como decirle «Jesús» a alguien

cuando estornuda. ¿Sabías que eso se empezó a decir porque creían que al estornudar salían fuera los demonios? Claro que lo sabías; el demonio es tu primo. Oye, ¿Sam habla contigo? A mí no me dice una mierda. Dios, qué aburrimiento.

Llámame.

Trampas de lazo. Había decidido centrarme en mis experimentos. Me estaba resultando increiblemente complicado atrapar a un lobo. Usando algunos chismes que había encontrado en el sótano de la casa de Beck, había instalado unos cuantos lazos, jaulas y cebos, y había atrapado un montón de animales. Pero ni un solo miembro de la especie Canis lupus. No sabría decir qué era peor, si atrapar a otro animal que no me servía o lograr sacarlo de la trampa sin perder una mano o un ojo.

Me estaba volviendo muy rápido.

« Cole, soy vo».

No me podía creer que me llamase después de tanto tiempo y que sus palabras no fuesen una disculpa. Quizá esa parte venía a continuación y me la había perdido al colgar.

Mensaje de voz nº 4: Hotel California de los Eagles, entera, pero con la palabra «California» sustituida por «Minnesota».

Le di una patada a un madero podrido y lo vi partirse en una docena de fragmentos ennegrecidos que se esparcieron por el suelo del bosque, encharcado por la lluvia. Me había negado a acostarme con Isabel. Había sido mi primer acto decente en varios años. « No hay buena acción que quede impune», decía mi madre. Ese era su lema. Seguramente ahora se sentiría así al pensar en todos los pañales que me había cambiado.

Deseé que Isabel se hubiera quedado embobada mirando el teléfono. Deseé encontrarme con cien llamadas perdidas suyas cuando volviera a casa. Deseé que se sintiese tan mal como yo.

Mensaje de voz nº 5: Hola, soy Cole St. Clair.

¿Quieres saber dos verdades? Una: nunca me coges el teléfono. Dos: no voy a parar de dejarte mensajes largos. Es como una terapia. Tengo que hablar con alguien. ¿Sabes a qué conclusión he llegado hoy? Que Victor está muerto. Ayer llegué a la misma conclusión. Todos los días llego a esa misma conclusión. No se qué hago aquí. Es como si no tuviese a nadie con quien...

Comprobé las trampas. Todo estaba cubierto de barro por culpa de la lluvia me había tenido encerrado en casa los últimos días. El suelo se hundía al pisarlo y los lazos resultaban inútles. Nada en la trampa de la colina. Un mapache en la que estaba junto a la carretera. Nada en la del barranco. Y la que había junto al cobertizo, un modelo nuevo, estaba destrozada: tenia las estacas arrancadas y los alambres tirados por el suelo, alguien se había comido el cebo y, al saltar, había partido unos arbolitos. Ni que hubiese intentado atrapar a Cthulhu.

Necesitaba pensar como un lobo, algo increíblemente difícil teniendo en cuenta que no era un lobo.

Reuní todas las partes inservibles y volví al cobertizo para ver si encontraba lo necesario para reconstruir la trampa. Nada que no pudiesen arreglar unas tenazas

« Cole, soy yo».

No pensaba llamarla.

Olía a algo muerto. Aún no estaba pudriéndose, pero no le faltaba mucho.

No había hecho nada malo. Isabel podía llamarme las veinte veces que la había llamado vo.

Mensaje de voz nº 6: Sí, lo siento. El último mensaje se jeringó al final. ¿Te gusta esa expresión? Sam la usó el otro día. Escucha esta teoría, para que te hagas una idea: creo que Sam es un ama de casa britárica reencarnada en el cuerpo de un Beatle. ¿Sabes?

Conocí a un grupo que ponía acento británico en sus conciertos. Además de ser unos gilipollas, eran lo peor. Ahora no me acuerdo de cómo se llamaban. O estoy senil, o le he dado tanta caña a mi cerebro que se me están olvidando cosas.

No es justo que esto sea tan unilateral, ¿verdad? En estos mensajes siempre hablo de mí. ¿Cómo estás, Isabel Rosemary Culpeper? ¿Sonríes últimamente?

Hot Toddies. Así se llamaba el grupo, los Hot Toddies.

Solté un taco cuando un alambre me hizo un corte en la palma de la mano. Tardé un rato en sacar las manos del amasijo de metal y madera. Lo solté en el suelo y me quedé mirándolo: aquella mierda no iba a atrapar a nadie en mucho tiempo. Podía irme. Nadie me había pedido que hiciese de científico.

Nada me impedía largarme. No volvería a transformarme en lobo hasta el invierno, y para entonces podría estar a cientos de kilómetros de allí. Hasta podía volver a casa. Pero mi casa era cualquier sitio donde estuviese aparcado mi Mustang negro. Mi sitio estaba allí. con los lobos de Beck

Pensé en la sonrisa sincera de Grace. En la confianza de Sam en mi teoría. En el hecho de que Grace estaba viva gracias a mí. Había algo vagamente glorioso en volver a tener un objetivo.

Me llevé la mano ensangrentada a la boca y me chupé el corte. Luego me agaché y volví a recoger todas las piezas.

Mensaje de voz nº 20: Ojalá me cogieses el teléfono.



#### Lo observé.

Estaba tumbada en la maleza húmeda, con la cola entre las patas, dolorida y desconfiada, y no podía alejarme de él. La luz se volvió más tenue y se fue deslizando por las hojas que me rodeaban, pero él no se movió. Sus gritos y la intensidad de mi fascinación me estremecían. Metí el morro entre las patas delanteras y eché las orejas hacia atrás. La brisa me traía su olor. Lo conocía. Todo en mí lo conocía.

Quería que me encontrase.

Necesitaba echar a correr.

Su voz se alejó, luego se acercó y después volvió a alejarse. A veces, el chico estaba tan lejos que apenas podía oírlo. Me incorporaba ligeramente y pensaba en seguirlo. Entonces, los pájaros se iban callando a medida que volvía a acercarse y yo me agazapaba de nuevo entre las hojas. Cada pasada que daba era más amplia, y mayor el tiempo que transcurría entre sus idas y venidas. Yo estaba cada vez más ansiosa

### ¿Podría seguirlo?

Volvió de nuevo tras un buen rato de silencio casi absoluto. Esta vez se quedó

tan cerca que pude observarlo desde donde estaba escondida. Por un momento pensé que me veía, pero tenía la mirada fija en algún punto más lejano. La forma de sus ojos hizo que se me revolviese el estómago, inseguro. Por dentro, algo tiraba de mí, me empujaba y me dolía de nuevo. Volvió a ponerse las manos alrededor de la boca y gritó en dirección al bosque.

Si me hubiese levantado, seguramente me habría visto. Deseaba tanto que me viese, acercarme a él, que gemí entre dientes. Casi sabía lo que él quería. Casi sabía ...

-¿Grace?

Aquella palabra me traspasó el corazón.

El chico aún no me había visto. Simplemente había gritado al vacío con la esperanza de recibir una respuesta.

Tenía demasiado miedo. Mis instintos me inmovilizaban contra el suelo. Grace. La palabra resonaba en mi cabeza y perdía sentido a cada repetición.

Se dio media vuelta, con la cabeza gacha, y comenzó a alejarse lentamente hacia la luz que caía oblicua en la linde del bosque. En mi interior cundió algo parecido al pánico. Grace. Estaba perdiendo la forma de la palabra. Estaba perdiendo aleo. Estaba perdiendo aleo. Estaba perdida. Estaba...

Me incorporé. Si se daba la vuelta, vería la figura inconfundible de una loba gris contra los árboles negros. Necesitaba que se quedase allí. Si se quedaba, quizá aliviaría la sensación terrible que me corroía por dentro. El esfuerzo de estar allí de pie, a plena vista, tan cerca de él. hizo que me temblasen las patas.

Solo tenía que darse la vuelta.

Pero no se giró. Siguió caminando y se llevó consigo aquello que yo había perdido, el significado de aquella palabra: *Grace*, sin saber lo cerca que había estado.

Y yo me quedé observando en silencio cómo me dejaba atrás.



Vivía en una zona de guerra.

Nada más aparcar frente a la casa, la música plantó sus sucias manos en las ventanillas del coche. El exterior de la casa retumbaba con una linea de bajo atronadora; el edificio entero era un altavoz. Los vecinos más cercanos vivían a varios kilómetros de distancia, con lo cual se ahorraban los síntomas de aquella enfermedad llamada Cole St. Clair. El ego de Cole era tan grande que no cabía entre cuatro paredes. Rezumaba por las ventanas, salía estrepitosamente del equipo de música, gritaba de repente en mitad de la noche. Aunque le quitases el escenario, no te librabas de la estrella de rock

Desde que se había ido a vivir a casa de Beck—no, a mi casa—, Cole la había convertido en algo que me resultaba totalmente ajeno. Era como si no pudiese evitar destrozar cosas; el caos era un efecto secundario de su presencia. Tenía el suelo del salón lleno de cajas de CD, se dejaba el televisor encendido con la teletienda, abandonaba sobre los fogones una sartén llena de algo pegajoso y carbonizado... El parqué del vestíbulo estaba lleno de agujeritos y marcas de uñas que hacían un recorrido de ida y vuelta desde la habitación de Cole hasta el baño, como un abecedario Braille lobuno. Inexplicablemente, sacaba todos los

vasos del armario de la cocina, los organizaba por tamaños sobre la encimera y se dejaba las puertas abiertas, o veía a medias una docena de películas de los años 80 y dejaba las cintas sin rebobinar en el suelo, delante del video que había encontrado guardado en el sótano.

La primera vez que entré en casa y presencié aquel desorden, cometí el error de tomármelo como algo personal. Tardé varias semanas en darme cuenta de que no tenía nada que ver conmigo. Era cosa suya. Para Cole, todo tenía que ver con él

Salí del Volkswagen y me encaminé hacia la casa. No tenía pensado quedarme el tiempo suficiente para preocuparme por la música de Cole. Tenía una lista muy concreta de cosas que quería recoger antes de irme de nuevo: una linterna, somníferos, la jaula del garaje. Me pasaría por la tienda para comprar carne picada donde meter las pastillas.

Estaba intentando decidir si uno aún gozaba de libre albedrío siendo lobo, y si me estaba portando como una mala persona por tener la intención de drogar a mi novia para encerrarla en el sótano. Pero es que había demasiadas maneras de morir siendo lobo: quedarse un segundo de más en una carretera, pasar varios días sin lograr cazar nada, plantar la pata en el jardín de un paleto borracho con un rifle...

Sentía que iba a perderla.

No podía pasar una noche más con eso rondándome por la cabeza.

Cuando abrí la puerta de atrás, la línea de bajo se concretó en música pura y dura. El cantante, con la voz distorsionada por el volumen, me gritó: « Ahógate, ahógate, ahógate». El timbre de la voz me pareció familiar, y de pronto cai en la cuenta de que se trataba de NARKOTIKA a un volumen tan fuerte que me hacía confundir el zumbido del ritmo electrónico con los latidos de mi corazón. Mi esternón vibraba con él

No me molesté en llamarlo; tampoco hubiese podido oírme. Las luces que se había dejado encendidas servian para rastrear sus idas y venidas: había estado en la cocina, había recorrido el pasillo hasta su habítación, había pasado por el baño de la planta baja y había estado en el salón, donde se encontraba el equipo de música. Por un momento pensé en buscarlo, pero no tenía tiempo para perseguirlo; bastante ocupado estaba ya persiguiendo a Grace. Cogí una linterna de la alacena y un plátano de la mesa y fui hacia el vestibulo. Enseguida tropecé con los zapatos de Cole, llenos de barro, tirados caprichosamente ante la puerta que separaba la cocina del pasillo. Miré el suelo de la cocina y vi que estaba lleno de tierra; la tenue luz amarilla iluminaba el serpenteante camino de huellas que Cole había dejado por delante de los armarios.

Me pasé una mano por el pelo. Pensé en un insulto, pero no lo dije. ¿Qué habría hecho Beck con Cole?

De pronto me acordé del perro que Ulrik había traído un día del trabajo, un

rottweiler casi adulto que inexplicablemente se llamaba Chófer. Pesaba tanto como yo, tenía un poco de sarna por la zona de las caderas y era muy simpático. Ulrik no paraba de sonreir y de hablar de perros guardianes y Schutzhund y me decía que yo, cuando creciese, querría a Chófer como a un hermano. Una hora después, Chófer se había comido dos kilos de carne picada, había arrancado la portada de una biografía de Margaret Thatcher —creo que también se comió buena parte del primer capítulo— y había dejado un montón humeante de mierda sobre el sofá. Beck dijo: « Saca a ese demonio de aqui».

Ulrik llamó Wichser a Beck y se fue con el perro. Beck me pidió que no dijese Wichser, porque era lo que decian los alemanes ignorantes cuando sabían que estaban equivocados. Unas horas después, Ulrik volvió sin Chófer. No volví a sentarme en aquella parte del sofá.

Pero a Cole no podía echarlo, no tenía adonde ir. De todas formas, Cole no era exactamente insoportable. Lo que resultaba insoportable era Cole sin diluir, sin nada que rebajase su volumen.

Aquella casa había sido muy diferente cuando estaba llena de gente.

Al acabar la canción, el salón quedó en silencio durante dos segundos hasta que los altavoces vomitaron otra canción de NARKOTIKA. La voz de Cole explotó por todo el pasillo, más alta y chillona que al natural:

Rómpeme en pedazos tan pequeños que te quepan en la palma de la mano, nena. Nunca pensé que me salvarías, rompe un pedazo para tus amigas. Rompe un pedazo, te dará buena suerte. Rompe un pedazo y véndelo, véndelo. Rómpeme. rómpeme

No tenía el oido tan fino como cuando era un lobo, pero aun así oía mej or que la mayoría. Aquella música era una especie de ataque, algo físico que había que apartar para poder pasar. El salón estaba vacío —ya apagaría la música cuando volviese a bajar—, y lo crucé a buen paso en dirección a la escalera. Sabía que había un amplio surtido de medicinas en el armario del baño de la planta baja, pero allí no podía entrar. El baño de la planta baja, con su bañera, contenía demasiados recuerdos que no quería despertar. Afortunadamente, Beck, que era muy consciente de mi pasado, también guardaba medicinas en el baño de arriba,

donde no había bañera

También allí arriba vibraba el suelo con el bajo. Cerré la puerta y me concedí el lujo de enjuagarme la espuma de los brazos antes de abrir el armario de espejo. Estaba lleno del rastro vagamente desasosegante de otras personas, como casi todos los armarios de baño. Pomadas, dentifricos, pastillas para enfermedades que ya nadie padecía en esa casa, cepillos con pelos de colores diversos enredados en las cerdas y elixir bucal que seguramente llevaría dos años caducado. Pensé que debería vaciarlo, pero decidí dejarlo para otro momento.

Cogí los somníferos con cuidado y, al cerrar el armario, me vi reflejado en el espejo. Nunca había llevado el pelo tan largo, y mis ojos amarillos resultaban más claros que nunca comparados con las medias lunas oscuras que tenían debajo. Pero lo que me llamó la atención no fue el pelo ni el color de los ojos. En mi expresión había algo que no reconocía, algo indefenso y defectuoso al mismo tiempo; fuera quien fuese aquel Sam, me resultaba ajeno.

Cogí la linterna y el plátano del borde del lavabo. Cada minuto que pasaba allí, Grace podía estar alejándose.

Bajé los escalones de dos en dos y la música me envolvió. El salón seguía vacio, así que lo crucé para apagar el equipo. Había un ambiente extraño; junto al sofá de cuadros escoceses, las dos lámparas de pie arroj aban sombras en todas direcciones, pero no había nadie para escuchar la furia que vomitaban los altavoces. Más que el vacio, eran las lámparas las que me hacían sentir incómodo. Eran casi iguales, con bases de madera oscura y pantallas de color crema; Beck las había llevado un día y Paul le había dicho que la casa ya se parecía oficialmente a la de su abuela. Quizá por eso nunca las usábamos; siempre encendíamos la luz del techo, más intensa, que hacía que los tonos rojos y desgastados del sofá pareciesen menos tristes y mantenía la oscuridad a raya. Pero en ese momento, los dos charcos gemelos de luz artificial me recordaron a focos sobre un escenario.

Me detuve junto al sofá.

El salón no estaba vacío.

Fuera de los círculos de luz había un lobo tirado en el suelo. Se retorcía con la boca abierta y los dientes a la vista. Reconocí el color del pelaje y sus ojos verdes: era Cole

Supe, lógicamente, que debía de estar transformándose —no sabía si de lobo a humano o de humano a lobo—, pero aun así me senti incómodo. Lo observé durante un minuto para tratar de averiguar si tendría que abrir la puerta para deiarlo salir.

La canción terminó y la música atronadora dio paso al silencio, pero yo seguí oy endo ecos fantasmales del ritmo susurrándome al oido. Con cuidado, dej é las cosas que llevaba sobre el sofá más cercano, y el vello de la nuca se me erizó en señal de alerta. Junto al otro sofá, el lobo seguía contrayéndose espasmódicamente y sacudiendo la cabeza hacia un lado una y otra vez. Tenía las patas rígidas y la saliva le goteaba de las fauces abiertas.

No estaba transformándose: le estaba dando un ataque epiléptico.

Di un respingo al oír un acorde de piano junto a mi oído, pero solo era la siguiente canción del CD.

Rodeé el sofá arrastrándome para arrodillarme junto al cuerpo de Cole. Sobre la alfombra, a su lado, había unos pantalones tirados y, a unos centímetros, una jeringuilla casi vacía.

-Cole -susurré-, ¿qué te has hecho?

El lobo sacudía la cabeza en un movimiento violento y mecánico.

Cole cantaba desde los altavoces con voz lenta e insegura sobre un piano de fondo; era un Cole diferente a todos los que había oído hasta entonces:

Si soy Aníbal, ¿dónde están mis Alpes?

No tenía nadie a quien pedir ayuda. No podía llamar a una ambulancia. Tampoco podía recurrir a Beck A Karyn, mi jefa en la librería, habria tardado demasiado en explicárselo, aunque pudiese confiar en que nos guardaría el secreto. Grace podría haber sabido qué hacer, pero ella también estaba en el bosque, escondida. Me invadió una sensación de pérdida imminente, como si mis pulmones fuesen dos papeles de lija que se frotasen a cada inhalación.

Cole se estremecía en un espasmo interminable y sacudía la cabeza sin parar. Lo más inquietante era su silencio: el hecho de que el único sonido que acompañaba a aquel movimiento tan violento fuese el del roce de su cabeza con la alfombra mientras, desde los altavoces, cantaba con una voz que ya no era la suva.

Busqué en el bolsillo de atrás y saqué el teléfono. Solo podía llamar a una persona. Marqué su número.

—Rómulo —dijo Isabel tras solo dos tonos; al fondo se oía el ruido de un coche—. Estaba pensando en hacerte una visita.

-Isabel...-dije.

No sabía por qué, pero no lograba hacer que mi voz sonase lo bastante seria.

Parecía que estuviese hablando del tiempo. Traté de olvidarme.

- —Isabel, creo que a Cole le está dando un ataque epiléptico. No sé qué hacer. Ni siguiera dudó.
- -Ponlo de lado para que no se ahogue con la saliva.
- -Es un lobo

Junto a mí, en pleno ataque, Cole seguía debatiéndose. En su saliva habían aparecido unos hilillos de sangre. Pensé que se habría mordido la lengua.

-Pues claro -dijo ella; parecía cabreada, y empecé a comprender que eso

significaba que estaba preocupada de verdad—. ¿Dónde estás?

- -En casa.
- -Te veo dentro de un momento.
- —;Estás…?
- —Ya te lo he dicho —añadió Isabel—. Estaba pensando en hacerte una visita.

Su todoterreno tardó dos minutos en aparecer por el camino de entrada. Veinte segundos después, me di cuenta de que Cole no respiraba.



I sabel estaba hablando por teléfono cuando entró en el salón. Tiró el bolso sobre el sofá y apenas nos miró a Cole y a mí.

—Ya le he dicho que a mi perro le está dando un ataque epiléptico. No tengo coche. ¿Oué puedo hacer por él? No. no es Chloe.

Me observó mientras escuchaba la respuesta y, durante unos segundos, nos miramos a los ojos. Habían pasado dos meses e Isabel había cambiado: ella también llevaba el pelo más largo pero, como en mi caso, la verdadera diferencia estaba en su mirada. Parecía una desconocida. Me pregunté si ella pensaría lo mismo de mí.

Por el teléfono le hicieron una pregunta y ella me la repitió:

—; Cuánto tiempo ha pasado?

Aparté la vista y miré el reloj. Tenía las manos frías.

—Eh... Seis minutos desde que lo encontré. No respira.

Isabel se pasó la lengua por los labios de color chicle. Miró más allá de donde estaba y o, hacia donde Cole seguía convulsionándose con el pecho immóvil como un cadáver resucitado. Vio la jeringuilla a su lado y cerró los ojos. Se apartó el teléfono de la boca

—Dice que probemos con una bolsa de hielo en la parte baja de la espalda.

Fui al congelador y cogí dos bolsas de patatas congeladas. Cuando volví, Isabel y a había acabado de hablar por teléfono y estaba poniéndose en cuclillas frente a Cole, una postura nada segura con sus enormes tacones. Su postura y la inclinación de su cabeza resultaban sorprendentes. Parecía una obra de arte hermosa y solitaria, bonita pero inalcanzable.

Me arrodillé al otro lado de Cole y presioné con las bolsas bajo sus omóplatos. Me sentía vagamente impotente; estaba luchando contra la muerte y aquellas eran mis inicas armas.

-Ahora -dijo Isabel-, con un treinta por ciento menos de sodio.

Tardé un momento en darme cuenta de que estaba ley endo lo que ponía en la bolsa de patatas.

La voz de Cole sonó por los altavoces, sexy y sarcástica: Soy prescindible.

- --: Oué estaba haciendo? -- preguntó Isabel sin mirar la jeringuilla.
- -No lo sé -contesté-. Yo acabo de llegar.

Isabel estiró los brazos para ayudarme a mantener fija una de las bolsas y añadió:

- —Menuda estupidez.
- Caí en la cuenta de que las convulsiones eran cada vez más leves.
- —Se le está pasando —dije, pero enseguida pensé que ser demasiado optimista era una forma de tentar a la suerte—. O eso, o está muerto.
  - —No lo está —repuso Isabel, pero no parecía muy segura.
- El lobo estaba y erto, con la cabeza echada hacia atrás en un ángulo grotesco. Yo tenía los dedos rojos por el frío de las bolsas de patatas. Nos quedamos en silencio. En aquel momento, Grace ya estaría lejos del lugar desde donde había llamado. Encontrarla me parecía un plan estúpido, tan lógico como salvarle la vida a Cole con dos bolsas de patatas congeladas.

El pecho del lobo seguía inmóvil; no sabía cuánto tiempo había pasado desde su última respiración.

—Bueno... —murmuré—. Maldita sea.

Isabel cerró los puños sobre su regazo.

De pronto, el lobo volvió a convulsionarse violentamente. Agitó las patas y las cruzó como si fuesen tijeras.

-¡El hielo! -gritó Isabel-. ¡Sam, despierta!

Pero no me moví. Estaba sorprendido por la ferocidad de mi alivio al ver que el cuerpo de Cole se movía y se retorcía. Reconocí aquel nuevo dolor: estaba transformándose. El lobo se estremeció y su pelaje retrocedió. Las zarpas se transformaron en dedos, los hombros se tensaron y se ensancharon, la columna se combó. Todo se agitaba. El cuerpo del lobo se estiró increiblemente, los músculos le sobresalieron de la piel y se oyó el roce de los huesos entre si.

Cole jadeó con los labios teñidos de azul, sacudiendo los dedos e intentando

respirar. Aún notaba cómo se le estiraba la piel y se le acomodaba a lo largo de las costillas cada vez que tomaba aire. Los párpados entrecerrados impedían ver sus ojos, y cada parpadeo era demasiado largo para merecer ese nombre.

Oí que Isabel tomaba aire y comprendí que debería haberla avisado para que mirase hacia otra parte. Le puse la mano sobre el brazo y ella se sobresaltó.

-¿Estás bien? -pregunté.

—Estoy bien —contestó rápidamente, y supe que mentía. Nadie podía estar bien después de ver algo así.

Comenzó a sonar la siguiente canción del CD. Al oír el redoble de la batería en la introducción de una de las canciones más famosas de NARKOTIKA, Cole se rió en silencio; él, que nunca encontraba nada gracioso.

Isabel se puso en pie bruscamente, como si aquella risa fuera una bofetada.

-Mi trabajo aquí ha terminado. Me voy.

Cole estiró las manos y la agarró del tobillo.

—IshbelCulprepr —dijo arrastrando las palabras. Cerró los ojos y volvió a abrirlos; apenas eran dos rendijas—. Yashbes qué hacer —añadió, e hizo una pausa—. Dshpués de la señal. Biip.

Miré a Isabel. Las manos de Victor aporreaban póstumamente la batería que sonaba de fondo.

—La próxima vez, suicídate fuera. Así Sam tendrá menos que limpiar repuso ella.

-¡Isabel! -le espeté.

Pero sus palabras no parecían haber afectado a Cole.

—Solo intentaba... —dijo, y se calló. Ahora que llevaba unos minutos respirando, tenía los labios menos azules—. Solo intentaba encontrar...

Se calló del todo y cerró los ojos. Sobre un omóplato aún le temblaba un músculo.

Isabel pasó por encima de él y cogió el bolso del sofá. Luego frunció el ceño y se quedó mirando el plátano que había dejado yo allí, como si de todo lo que había visto a lo largo del día, el plátano fuese lo más inexplicable.

La idea de quedarme en casa a solas con Cole —con Cole en aquel estado me resultaba insoportable.

-Isabel -dije con voz vacilante-, no tienes por qué marcharte...

Ella volvió a mirar a Cole y frunció la boca. Tenía las pestañas húmedas.

-Lo siento, Sam.

Al salir, cerró la puerta de atrás con tanta fuerza que vibraron todos los vasos que Cole había dejado sobre la encimera.



Mientras la aguja del velocímetro no bajase de cien, lo único que veía era la carretera

De noche, todas las carreteras estrechas que había alrededor de Mercy Falls parecían iguales. Árboles grandes, luego árboles pequeños, luego vacas, luego árboles grandes, luego árboles grandes, luego árboles grandes, luego árboles grandes, luego vacas. Una y otra vez, hasta la saciedad. Me abalancé con el todoterreno por curvas con el arcén comido por la maleza y enfilé volando rectas idénticas. Una curva la tomé tan rápido que un vaso de café vacío salió disparado del portavasos, se estampó contra la puerta del copiloto y rodó por el hueco de los pies al tomar la siguiente curva. Y aun así, no iba lo bastante rápido.

Lo único que quería era correr para dejar atrás la pregunta: «  $\mbox{$\zeta$} Y$  si te hubieses quedado?» .

Nunca me habían puesto una multa por exceso de velocidad. Tener por padre a un abogado famoso e iracundo era un excelente elemento disuasorio; normalmente, solo con imaginarme su cara al enterarse de que me habían puesto una multa se me quitaban las ganas de saltarme el límite de velocidad. Además, no tenía sentido correr. Estamos hablando de Mercy Falls; población, cuatro

gatos. Si conducías demasiado rápido, antes de darte cuenta te habías salido del pueblo.

Pero en aquel momento, el cuerpo me pedía una discusión a gritos con un poli.

No fui directamente a casa. Ya sabía que podía llegar en veintidós minutos desde donde me encontraba: no estaba lo bastante leios.

El problema era que ya no podía librarme de él. Había vuelto a acercarme demasiado y había enfermado de Cole. El virus venía acompañado de unos cuantos síntomas muy concretos: irritabilidad, cambios de humor, respiración dificultosa, pérdida de apetito, ojos vidriosos, apatía, cansancio. Lo siguiente eran las pústulas y las bubas. como en la peste. Y luego, la muerte.

Pensaba que me había recuperado, pero al final iba a resultar que la enfermedad solo babía remitido

Y no era solo lo de Cole. No le había contado a Sam lo de mi padre y Marshall. Intenté convencerme de que mi padre no podría retirarles la protección a los lobos. Ni siquiera con la ayuda del congresista. Los dos eran peces gordos en sus respectivas ciudades de origen, pero eso no equivalía a ser un pez gordo en Minnesota. No debía sentirme culnable nor no haber avisado a Sam.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me fijé en que el retrovisor se había llenado de luces rojas y azules hasta que oí el gemido de una sirena. No fue largo, solo un breve aullido para informarme de que estaba allí.

De pronto, discutir a gritos con un poli dejó de parecerme tan buena idea.

Aparqué, saqué el carné del bolso y la documentación de la guantera y bajé la ventanilla

Cuando el poli se acercó, vi que llevaba el uniforme marrón y el sombrero grande y ridiculo que lo identificaba como policía estatal. No era un poli del condado. Los polis estatales nunca se limitaban a hacerte una advertencia.

Estaba i odida.

Me enfocó con la linterna. Entrecerré los ojos y encendí la luz de dentro del coche para que dejara de deslumbrarme.

—Buenas noches. Carné y documentación, por favor —parecía un poco cabreado—. ¿Sabía que la estaba siguiendo?

—Obviamente —contesté.

Llevé la mano a la palanca del cambio de marchas y la puse en punto muerto. El agente esbozó una sonrisa carente de humor; igual que hacía a veces mi padre al hablar por teléfono, y cogió el carné y la documentación sin mirarlos

- —Llevo dos kilómetros y medio detrás de usted.
- -Estaba distraída.
- -Esa no es manera de conducir. Voy a ponerle una multa por circular a ciento veinte en una zona donde está prohibido ir a más de noventa. Enseguida

vuelvo. Por favor, no mueva el vehículo.

Volvió a su coche. Dejé la ventanilla abierta, aunque algunos bichos empezaban a estamparse contra las luces de colores que reflejaban los retrovisores. Imaginé la reacción de mi padre al recibir aquella multa, me dejé caer en el asiento y cerré los ojos. Me castigarían. Me quitarían la tarjeta de crédito. Podía despedirme del móvil. En California, mis padres habían ideado todo tipo de métodos de tortura. No tendría que preocuparme de si volvería a ver a Sam o a Cole, porque iba a pasarme el resto del curso encerrada en casa.

—¿Oiga?

Abrí los ojos y me enderecé en el asiento. El agente estaba de nuevo junto a la ventanilla y llevaba en la mano mi carné, la documentación del coche y un bloc de multas.

- —En su carné pone « Isabel R. Culpeper» —dijo con un tono de voz diferente —. /Es pariente de Thomas Culpeper?
  - —Soy su hija.
  - El agente dio un golpecito con el bolígrafo en el bloc de multas.
- —Ah —repuso, y me devolvió el carné y la documentación—. Lo suponía. Iba usted demasiado rápido. No quiero que vuelva a hacerlo.

Me quedé mirando el carné que tenía en la mano y luego lo miré a él.

—¿Qué pasa con…?

El agente se tocó el ala del sombrero y añadió:

-Buenas noches, señorita Culpeper.



Era un general. Me pasé casi toda la noche despierto, estudiando mapas y diseñando estrategias para enfrentarme a Cole. Con la silla de Beck como fortaleza, me movi rodando de un lado para otro, garabateé fragmentos de posibles diálogos en el antiguo calendario de Becky jugué al solitario para decidir qué hacer. Si ganaba aquella partida, le diría a Cole cuáles eran las reglas que debia respetar para vivir en la casa. Si perdía, no le diría nada y esperaría a ver qué pasaba. A medida que avanzaba la noche, iba elaborando reglas más complejas: si ganaba pero tardaba más de dos minutos, le escribiría una nota y la pegaría en la puerta de su habitación. Si ganaba y colocaba primero el rey de corazones, lo llamaría desde el trabajo y le leería una lista de normas.

Entre partida y partida, pronunciaba frases mentalmente. En alguna parte de mi cerebro debia de haber palabras que le transmitiesen mi preocupación sin sonar paternalistas; palabras que sonasen diplomáticas pero inamovibles. El problema era que me parecía imposible encontrar el lugar donde estaban escondidas todas esas palabras.

De vez en cuando salía a hurtadillas del despacho de Beck, recorría el pasillo oscuro hasta la puerta del salón y observaba el cuerpo de Cole, agotado por el

ataque, hasta estar seguro de haberlo visto respirar. Luego, la frustración y la rabia me hacían volver al despacho de Beck para trazar más planes inútiles.

Los ojos me picaban de agotamiento, pero no podía dormir. Si Cole se despertaba, podría hablar con él. Siempre y cuando hubiese ganado una partida de solitario, claro. No podía arriesgarme a que se despertase y no hablarle immediatamente. No estaba seguro de por qué no podía arriesgarme, pero algo me decía que no me dormiría sabiendo que él podría despertarse mientras tanto.

Cuando sonó el teléfono, me dio tal susto que hice girar la silla de Beck Dejé que diese una vuelta completa y cogí el teléfono con cautela.

- —;Diga?
- —Sam —dijo Isabel con voz enérgica y distante—. ¿Tienes un momento para charlar?

Charlar. Tenía un odio especial a «charlar» por teléfono. El teléfono no dejaba espacio para las pausas, los silencios ni los suspiros: era o hablar o nada, y me resultaba antinatural.

- —Sí —respondí con recelo.
- —Antes no he podido contártelo —dijo Isabel; vocalizaba exageradamente, con el tono cortante de quien llama para que le paguen una deuda—. Mi padre se ha reunido con un congresista para intentar retirarles la protección a los lobos. Imaginatelo: helicópteros y tiradores de elite.

No dije nada; había creído que querría charlar de otra cosa. A la silla de Beck aún le duraba el impulso, así que la dejé girar otra vez. Los ojos me escocian tanto que era como si los tuviese en salmuera. Me pregunté si Cole se habría despertado y a y si todavía respiraría. Recordé a unos lobos derribando a un niño bajito, con gorro de lana, sobre un montón de nieve. Pensé en lo lejos que debía de estar ya Grace.

- -Sam. ¿Me has oído?
- -Helicópteros repuse Tiradores de elite. Sí.
- —Atravesándole la cabeza a Grace de un disparo a trescientos metros añadió impasible.

Me dolió igual que duelen los desastres lejanos e hipotéticos, como las catástrofes que ves por la tele.

- -Isabel, ¿qué quieres de mí?
- —Lo que quiero siempre —respondió—. Que hagas algo.

Y entonces añoré a Grace más que en cualquier otro momento de los dos meses anteriores. La echaba tanto de menos que me costaba respirar, como si su ausencia fuese algo real que se me hubiese quedado atascado en la garganta. Haberla tenido allí no habría solucionado aquellos problemas ni habría hecho que Isabel me dejase en paz Era puro egoísmo: de haber estado allí, Grace habría respondido a aquella pregunta de otro modo. Habría sabido que cuando yo hacía una pregunta, no esperaba una respuesta. Me habría dicho que me acostase y yo

podría haberme dormido. Así habría acabado aquel día largo y terrible y, al despertar por la mañana, todo habría parecido más factible. La mañana perdía sus poderes curativos cuando te pillaba todavía ansioso y con los ojos como platos.

-Sam. Dios, ¿estoy hablando sola?

Al otro lado del teléfono oí el sonido de una puerta de coche al abrirse, seguido de una inhalación brusca cuando se cerró.

Comprendí que me estaba portando como un desagradecido.

- -Perdona, Isabel. Ha sido... ha sido un día muy largo.
- -Qué me vas a contar -la gravilla crujió bajo sus pies-. ¿Está bien?

Recorrí el pasillo con el teléfono en la mano. Tuve que esperar unos segundos a que mis ojos se acostumbrasen a los charcos de luz artificial —estaba tan cansado que veía halos y estelas fantasmales alrededor de cualquier fuente de luz — v a que subiese v baiase el pecho de Cole.

- —Sí —susurré—. Está dormido.
- -Es más de lo que se merece -dijo Isabel.

Comprendí que ya era hora de dejar de fingir que no me enteraba de nada.

-Isabel, ¿qué ha pasado entre vosotros dos?

No obtuve respuesta.

- -Tú no eres responsabilidad mía -insistí-, pero Cole sí.
- -Ay, Sam, ya es un poco tarde para intentar imponer tu autoridad.

No me pareció que intentase ser cruel, pero a mí me dolió. Si no colgué el teléfono, fue porque pensé en lo que Grace me había contado de Isabel: que la había ayudado a superar mi desaparición cuando Grace estaba convencida de que yo había muerto.

-- ¿Hay algo entre vosotros dos?

-No.

Entendí lo que realmente quería decir; quizá fuera lo que ella pretendía. Era un « no» que significaba « ahora mismo, no» . Me acordé de su cara al ver la jeringuilla junto a Cole y pensé hasta qué punto sería mentira ese « no» .

—Cole tiene que solucionar muchas cosas. Es peligroso acercarse a él, Isabel. Tardó unos segundos en contestar. Me apoyé los dedos en la cabeza, sintiendo el recuerdo del dolor de la meningitis. Miré las cartas en la pantalla del ordenador y comprendí que no había nada que hacer. Según el reloj, había tardado siete minutos y cincuenta y un segundos en comprender que había perdido.

—También era peligroso acercarse a ti —repuso Isabel.



En el planeta llamado Nueva York, mi padre, el doctor George St. Clair, médico e investigador, miembro de la asociación de superdotados Mensa, era aficionado al método científico. Era un científico loco, pero de los buenos. Le importaban el cómo y el por qué. Le daban igual los efectos en el sujeto, pero le preocupaba ser capaz de escribir la fórmula para repetir el experimento.

A mí me importaban los resultados.

También me interesaba, y mucho, no parecerme en nada a mi padre. Es más: casi todas las decisiones que tomaba se basaban en la filosofía de no convertirme en el doctor George St. Clair.

Por eso me dolió tener que darle la razón en algo tan importante para él, aunque nunca fuese a enterarse. Cuando abri los ojos sintiendo que tenía las tripas machacadas, lo primero que hice fue buscar a tientas el diario en la mesita de noche

Al despertarme hacía un rato y descubrir que estaba vivo y tirado en el suelo del salón —toda una sorpresa—, me había arrastrado hasta mi cuarto para dormir o para terminar de morirme. Ahora tenía la sensación de que mis extremidades las habían ensamblado en una cadena de montaje con un control

de calidad pésimo. Entrecerré los ojos al notar una luz grisácea que podría ser la de cualquier momento del día, y abrí el diario con unos dedos que parecían objetos inanimados. Tuve que pasar unas cuantas páginas escritas por Beckhasta llegar a las que tenían mi letra; escribí la fecha y copié el formato que había utilizado los días anteriores. Mi escritura de la página opuesta era un poco más firme que las letras que ahora garabateaba.

MEZCIA N.º 4 DE EPINEFRINA Y PSEUDOEFEDRINA MÉTODO: INYECCIÓN INTRAVENOSA RESULTADO: SATISFACTORIO

(EFECTOS SECUNDARIOS: ATAQUE EPILÉPTICO)

Cerré el libro y me lo dejé sobre el pecho. Ya descorcharía la botella de champán para celebrar mi descubrimiento en cuanto pudiese mantenerme despierto. Cuando la mejora dejase de parecerse tanto a una enfermedad.

Volví a cerrar los ojos.



La primera vez que me transformé en loba no tenía ni idea de qué hacer para sobrevivir

Cuando me uní a la manada, las cosas que sabía eran superadas con creces por las que desconocía: cómo cazar, cómo encontrar a los otros lobos cuando me perdía, dónde dormir. No sabía comunicarme con los demás. No entendía el caos de æstos e imázenes que usaban.

Lo que sí sabía era que, si me dejaba llevar por el miedo, moriría.

En primer lugar aprendí a encontrar a la manada. Fue por casualidad. Sola, hambrienta y con una sensación de vacío que no se llenaba por más que comiese, eché la cabeza hacia atrás, desesperada, y me senté en la fría oscuridad. Fue un gemido más que un aullido, puro y solitario, que resonó contra las rocas que me rodeaban.

Unos segundos después oí la respuesta: un breve aullido agudo. Y luego otro. Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaban esperando a que respondiese. Aullé de nuevo, y el otro lobo respondió de inmediato. Aún no había acabado cuando un tercero comenzó a aullar, y después otro más. No se oía ningún eco de sus aullidos; debían de estar lejos.

Pero la distancia no era nada para mí. Aquel cuerpo nunca se cansaba.

Aprendí a encontrar a los otros lobos. Tardé unos días en captar el funcionamiento de la manada. Estaba claro que el gran lobo negro era el jefe. Su arma principal eran los ojos: una mirada suya podía hacer que cualquier miembro de la manada se tumbase panza arriba. Cualquiera menos el enorme lobo gris, que era casi igual de respetado; él se limitaba a echar las orejas hacia atrás y meter el rabo entre las patas, en un gesto ligeramente respetuoso.

De ellos aprendí el lenguaje de la dominación: morder al otro lobo en el hocico, enseñar los dientes, erizar el pelo del lomo.

Y de los miembros más débiles de la manada aprendí la sumisión: tumbarse panza arriba, agachar la mirada, encoger el cuerpo para parecer más pequeña.

Al lobo más débil, un animal enfermizo y con un ojo siempre lloroso, le recordaban cada día el lugar que ocupaba en la manada. Le mordían, lo inmovilizaban contra el suelo y le obligaban a comer el último. Durante un tiempo creí que ser el más débil era malo, pero había algo peor: que no te hiciesen caso

Había una loba blanca que rondaba la manada. Era invisible. No la invitaban a participar en los juegos; ni siquiera lo hacía el lobo pardo, el bromista de la manada, que jugaba hasta con los pájaros pero no con ella. Durante las cacerías no estaba presente; nadie confíaba en ella y todos la ignoraban. Pero el trato que le dispensaba la manada no estaba del todo injustificado: al igual que yo, parecía que no sabía hablar el idioma común. O ni siquiera eso; en realidad, parecía que no se molestaba en usar lo que sabía.

Sus ojos ocultaban secretos.

La única vez que la vi relacionarse con otro lobo fue cuando le gruñó al lobo gris v este la atacó.

Pensé que iba a matarla.

Pero la loba era fuerte y, tras un rato de pelea sobre los helechos, el bromista se interpuso entre los dos. Le gustaba la paz. Aun así, cuando el lobo gris se sacudió y se alejó al trote, el bromista de pelaje pardo se volvió hacia la loba blanca y le enseñó los dientes para recordarle que, aunque había detenido la disputa, no quería verla rondando por alli.

Después de aquel incidente, decidí que no quería ser como ella. Hasta al lobo omega lo trataban mejor. En aquel mundo no había lugar para los intrusos. Me acerqué hasta el lobo negro, el macho alfa. Intenté recordar todo lo que había visto y el instinto me susurró lo demás. Agaché las orejas, giré la cabeza y me encogí para parecer más pequeña. Le lamí la barbilla y le supliqué que me admitiese en la manada. El bromista estaba observando el intercambio; lo miré y esbocé una sonrisa lobuna, rápida pero suficiente para que él la viese. Me concentré y logré enviar una imagen de mí corriendo con la manada, sumándome a sus juegos, ayudándolos a cazar.

La bienvenida fue tan inmediata y bulliciosa como si hubieran estado deseando que me acercase. Entonces comprendí que si rechazaban a la loba blanca era porque ella había decidido que así fuese.

Comenzó mi instrucción. Mientras la primavera explotaba a nuestro alrededor, abriendo flores tan dulces que olian a podrido y humedeciendo el suelo, me convertí en la pupila de la manada. El lobo gris me enseñó a acercarme sigilosamente a las presas, a dar vueltas alrededor de un ciervo y cerrarle el hocico con la boca mientras los otros lo rodeaban. El lobo negro alfa me mostró cómo seguir un rastro hasta el límite de nuestro territorio. El bromista me enseñó a enterrar comida y a marcar un escondrijo vacio. Parecían disfrutar con mi ignorancia. Mucho después de haber aprendido las claves para jugar, me provocaban con posturas exageradas de invitación al juego, con las patas delanteras pegadas al suelo y la cola agitándose en alto. Cuando, hambrienta hasta el desconsuelo, lograba cazar un ratón yo sola, hacían cabriolas a mi alrededor y lo celebraban como si hubiese cazado un alce. Si me tomaban la delantera en las cacerías, volvían con un pedazo de la presa igual que hubiesen hecho con un cachorro: durante mucho tiempo, sobreviví gracias a su bondad.

Cuando me hacía un ovillo en el suelo y lloraba en voz baja, con el cuerpo temblándome y las entrañas hechas trizas por culpa de la chica que vivía dentro de mí, los lobos montaban guardia y me protegían, aunque no estaba segura de por qué necesitaban protegerme. Éramos las criaturas más grandes del bosque exceptuando a los ciervos, e incluso estos nos temían tanto que, para alcanzarlos, teníamos que correr durante horas.

Y vaya si corríamos. Nuestro territorio era enorme; al principio me parecía interminable. Pero por lejos que persiguiésemos a nuestra presa, luego dábamos la vuelta y regresábamos a la misma franja de bosque, una larga faja de terreno en pendiente cuajada de árboles de corteza pálida. « Es nuestra casa. ¿Te gusta%).

Por la noche, cuando todos se dormían, yo aullaba. En mi interior crecía un hambre insaciable mientras mi cerebro intentaba atrapar unos recuerdos que no cuadraban en mi cabeza. Mis aullidos desencadenaban los de los demás, y juntos cantábamos para alertar a otros de nuestra presencia y para llamar a los miembros ausentes de la manada.

Yo seguía esperándolo.

Sabía que no vendría, pero aullaba de todos modos, y al hacerlo, los otros lobos me transmitían imágenes de su aspecto: ágil, gris, con ojos amarillos. Yo les transmitía mis imágenes de un lobo junto a la linde del bosque, que me observaba cauto y silencioso. Las imágenes, claras como los árboles de hojas finas que tenía delante, hacían que me resultase urgente encontrarlo, aunque no sabía por dónde empezar a buscar.

Pero sus ojos no eran lo único que me atormentaba. Eran una puerta que se

abría a otros recuerdos, imágenes y versiones de mí misma que no podía atrapar, una presa más escurridiza que el más rápido de los ciervos. Estaba convencida de que moriría si me faltaba aquello, fuera lo que fuese.

Casi había aprendido a sobrevivir como una loba, pero no a vivir.



Me transformé un día a primera hora de la tarde. Un día cualquiera, porque había perdido la noción del tiempo. No tenía ni idea de cuánto había pasado desde la última vez que recordaba haber sido yo, en La Tienda de Aparejos de Ben. Lo único que sabía era que, al recobrar el conocimiento, estaba en el jardincito lleno de maleza que había cerca de la casa de Isabel. Tenía la cara apoyada en el mosaico que había visto por primera vez unos meses antes. Debía de llevar allí bastante tiempo, porque el contorno de las teselas se me había quedado marcado en la mejilla. Un poco más abajo, los patos del estanque mantenían una lacónica conversación. Me puse en pie para poner a prueba mis piernas y me sacudí casi toda la tierra y las hojas húmedas que se me habían pegado.

Dije: « Grace», y los patos dejaron de graznar.

Estaba muy contenta de haber sido capaz de recordar mi nombre. Ser una loba había reducido drásticamente mi nivel de exigencia para con los milagros. Decirlo en voz alta también demostraba que era completamente humana y que podía arriesgarme a subir hasta la casa de los Culpeper. El sol se colaba por el ramaje y me calentaba la espalda mientras avanzaba entre los árboles. Tras comprobar que el camino de entrada estaba vacío —después de todo, estaba

desnuda—, atravesé el jardín corriendo hasta llegar a la puerta de atrás.

La última vez que había acompañado a Isabel, aquella puerta estaba abierta; recordaba haber hecho un comentario al respecto, a lo que Isabel había respondido: « Siempre se me olvida cerrarla con llave».

Aquel día se le había vuelto a olvidar.

Entré con cautela y encontré el teléfono en la impecable cocina de acero inoxidable. El olor a comida era tan tentador que, durante unos segundos, me quedé allí de pie con el teléfono en la mano, sin decidirme a marcar.

Isabel lo cogió enseguida.

-Hola -dije -. Soy yo. Estoy en tu casa. Aquí no hay nadie.

Me sonaron las tripas. Vi una panera de la que sobresalía el envoltorio de un bollo

—No te muevas —contestó Isabel—. Ya voy.

Media hora después, Isabel me encontró en la sala de los animales de su padre, comiéndome un bollo y vestida con ropa suya. La sala resultaba fascinante y horripilante al mismo tiempo. Para empezar, era enorme: ocupaba dos plantas, su iluminación era tenue, como la de un museo, y era tan larga como ancha era la casa de mis padres. También estaba llena de docenas de animales disecados. Supuse que Tom Culpeper los habría cazado a todos. ¿Era legal cazar alces? ¿Había alces en Minnesota? Si alguien podía haberlos visto, esa era yo. Quizá los hubiera comprado. Me imaginé a unos hombres vestidos con mono descargando animales con poliestireno pegado a los cuernos.

La puerta se cerró tras Isabel, sonora y retumbante como la de una iglesia, y sus tacones repiquetearon en el suelo. La resonancia de sus pasos en el silencio de la casa hizo que aquello me recordara aún más a una iglesia.

—Pareces muy contenta —dijo Isabel al ver que le sonreía al alce—. He venido tan rápido como he podido. Veo que has encontrado mi armario.

—Sí —repuse—. Gracias.

Cogió la manga de la camiseta que me había puesto, una vieja en cuyo pecho ponía « Santa María Academy » .

—Esta camiseta me trae unos recuerdos horribles. En aquella época me llamaban Isabel C., porque mi mejor amiga también se llamaba Isabel. Isabel D. Menuda zorra estaba hecha

-No quería ponerme nada bonito por si acaso me vuelvo a transformar.

La miré; me alegraba muchísimo de verla. Cualquiera de mis otras amigas me habría abrazado después de haber estado desaparecida tanto tiempo, pero no creía que Isabel abrazara a nadie bajo ningún concepto. El estómago me dio un vuelco para avisarme de que quizá no siguiese siendo Grace durante tanto tiempo como deseaba

—¿Tu padre los cazó a todos? —pregunté.

Isabel hizo una mueca

—No. A algunos debió de matarlos de una bronca.

Avanzamos unos pasos y me detuve frente a un lobo con ojos de vidrio. Pensé que verlo me horrorizaría, pero no me afectó. Unos pequeños ojos de buey dejaban pasar rayos de luz que dibujaban círculos luminosos en las patas del lobo disecado. Estaba encogido, lleno de polvo, apolillado, y parecía que nunca hubiese estado vivo. Sus ojos los habían hecho en alguna fábrica y no me decían quién podía haber sido, ni como animal ni como humano.

—Canadá —dijo Isabel—. Se lo pregunté. No es uno de los lobos de Mercy Falls. No hace falta que te quedes mirándolo.

No estaba segura de creérmelo.

- -: Echas de menos California? pregunté .: Y a Isabel D.?
- -Sí -repuso Isabel sin entrar en detalles-. ¿Has hablado con Sam?
- -No lo he localizado

Al llamarlo había saltado directamente el buzón de voz; seguramente se había vuelto a quedar sin bateria. Y en la casa nadie me había cogido el teléfono. Intenté que mi cara no reflejase mi desilusión; Isabel no lo entendería, y no me apetecía compartir mi tristeza más de lo que Isabel compartía la suy a.

- -Yo tampoco -dijo -. Le he dejado un mensaje en el trabajo.
- —Gracias.

Pero la verdad era que no me sentía Grace del todo. Últimamente me había transformado en humana más a menudo, y había aparecido perdida en zonas del bosque que me resultaban desconocidas, pero era incapaz de ser humana más de una hora seguida. A veces, ni siquiera lo era durante el tiempo suficiente para que mi cerebro registrase la transformación. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Los días desfilaban junto a mí y pasaban de largo...

Acaricié el hocico del lobo. Estaba tan duro y polvoriento que era como acariciar una estantería. Deseé estar en casa de Beck, durmiendo en la cama de Sam. O incluso en mi propia casa, a punto de terminar el curso. Pero la amenaza de transformarme en loba eclipsaba cualquier otra preocupación.

—Grace, mi padre está intentando que un amigo suy o congresista le ay ude a retirar la protección a los lobos. Quiere organizar una cacería aérea.

El estómago volvió a darme un vuelco. Caminé sobre el suelo de madera hasta el siguiente animal, una liebre enorme congelada para siempre en pleno salto. Tenía una telaraña entre las patas traseras. Tom Culpeper... ¿Por qué se empeñaba en seguir persiguiendo a los lobos? ¿Es que no pensaba parar nunca? En el fondo sabía que no. Para él no se trataba de venganza sino de prevención, de blandir la espada de la justicia, de evitar que otras personas corriesen la misma suerte que su hijo. Si me esforzaba mucho, podía llegar a verlo desde su punto de vista y dejar de considerarlo un monstruo durante dos segundos, aunque

solo fuese por Isabel.

—¡Sam y tú sois iguales! —me espetó Isabel—. Ni siquiera pareces preocupada. ¿Es que no me crees?

—Te creo —repuse.

Contemplé nuestros reflejos en la madera brillante; me resultaba increiblemente agradable ver la figura borrosa y ondulada de mi forma humana. De repente eché de menos mis vaqueros favoritos.

- —Lo que pasa es que estoy un poco cansada de todo —suspiré—. Tengo que solucionar muchas cosas al mismo tiempo.
- —Pero esto hay que solucionarlo de todos modos, te guste o no. Y Sam tiene menos sentido práctico que um... —dijo Isabel, y se calló. Al parecer, no se le ocurría nada menos práctico que Sam.
- —Ya sé que hay que solucionarlo —dije con cansancio, y volví a notar un vuelco en el estómago—. Tenemos que llevarlos a otra parte, pero ahora mismo no se me ocurre cómo.

--; A otra parte?

Caminé lentamente hacia el siguiente animal, una especie de ganso que corría con las alas abiertas como si estuviera aterrizando. A la luz vespertina que entraba por la ventana, parecía guiñar uno de sus oios neeros.

—Está claro que tenemos que alejarlos de tu padre. El no va a rendirse. Tiene que haber algún lugar más seguro.

Isabel dejó escapar una risa sin humor, casi un bufido.

—Me encanta que se te hay a ocurrido una idea en dos segundos cuando a Sam y a Cole no se les ha ocurrido ninguna en dos meses.

La miré y ella me sostuvo la mirada con aire de suficiencia, levantando una ceja. Supuse que intentaba transmitirme su admiración.

—Podría salir mal —dije—. Trasladar una manada entera de animales salvajes...

-Ya, pero al menos es una idea. Me alegra ver que alguien usa el cerebro.

Hice una mueca y miré al ganso, pero no volvió a pestañear.

—;Te duele?—preguntó Isabel.

Me di cuenta de que me estaba mirando la mano izquierda, que por su cuenta había comenzado a presionarme un costado.

-Solo un poco -mentí, y ella lo dejó pasar.

Las dos dimos un respingo cuando sonó su teléfono.

- -Es para ti -dijo Isabel antes de sacarlo. Miró la pantalla y me lo pasó.
- El estómago me dio otro vuelco; no sabía si era la loba que llevaba dentro o si se debía a mi nerviosismo repentino.

Isabel me dio una palmada en el brazo y se me puso la piel de gallina.

- —Di algo.
- —Hola —murmuré con voz ronca.

-Hola -contestó Sam, apenas audible-. ¿Cómo estás?

Era consciente de que Isabel estaba a mi lado. Me giré hacia el ganso, que volvió a guiñarme un ojo. Mi propia piel me resultaba ajena.

—Meior.

No sabía qué decir en una conversación de dos minutos, después de dos meses separados. No quería hablar, quería acurrucarme contra él y dormirme. Más que ninguna otra cosa, quería volver a verlo, ver en sus ojos que lo que había pasado entre nosotros había sido real, que no era un desconocido. No quería un gesto grandilocuente ni una conversación rebuscada; solo quería saber que había algo que permanecía inalterable aunque todo lo demás hubiese cambiado. De pronto me enfadé con el teléfono, con mi cuerpo inestable, con los lobos que habían dado sentido a mi vida y me la habían destrozado.

-Ya voy -dijo -. Tardo diez minutos.

Ocho minutos más de la cuenta: habían empezado a dolerme los huesos.

-Me gustaría...

Me callé para apretar los dientes y hacer frente al estremecimiento. Aquella era la peor parte: cuando empezaba a doler pero sabía que después dolería más.

Sam hizo un ruidito. Había notado que iba a transformarme, y más que la transformación, me dolió que lo hubiese notado.

-- Ya sé que es difícil. Piensa en el verano, Grace. Recuerda que todo acabará.

Me quemaban los ojos. Me encogí de hombros para protegerme de la mirada de Isabel.

- -Quiero que acabe ya -susurré, y me sentí fatal por reconocerlo.
- —Quieres… —contestó Sam.
- —¡Grace! —dijo Isabel entre dientes mientras me quitaba el teléfono—. ¡Tienes que salir de aquí, han llegado mis padres!

Cerró el móvil. Se oían voces procedentes de otra habitación.

-¡Isabel! -gritó Tom Culpeper a lo lejos.

Mi cuerpo estaba estirándose y desgarrándome por dentro. Solo quería hacerme un ovillo.

Isabel me empujó hacia una puerta y entré a trompicones en otra habitación.

- -Quédate ahí. ¡Y no hagas ruido! Ya me ocupo yo.
- -Isabel -dije entrecortadamente-. No puedo...

Al otro lado de la sala, la enorme cerradura antigua sonó como un disparo al abrirse, y justo en ese momento Isabel me cerró la puerta en las narices.



Durante unos segundos dudé si mi padre habría visto a Grace. Su pelo, normalmente bien peinado, estaba revuelto, y tenia la mirada asustada o sorprendida, no hubiera sabido decir qué. Había abierto la puerta con tanta fuerza que esta había rebotado contra la pared. El alce vibró y por un momento creí que iba a caerse; nunca me había planteado lo increíble que sería ver derrumbarse a todos aquellos animales como piezas de dominó. Mi padre siguió temblando cuando el alce ya había dejado de moverse, y lo fulminé con la mirada para disimular mi inquietud.

- —Qué dramático —dije mientras me apoyaba en la puerta de la sala del piano deseando que Grace no rompiese nada allí dentro.
- —Gracias a Dios —exclamó mi padre como si no me hubiese oído—¿Por qué demonios no cogías el teléfono?

Lo miré con incredulidad. Cuando me llamaban mis padres, a menudo dejaba que saltase el buzón de voz. Luego les devolvía la llamada. Pasado un rato, claro. El hecho de que hubiese dejado sonar el teléfono sin cogérselo no tenía por qué haberle provocado una úlcera.

Mi madre entró tras él con los ojos rojos y el rímel corrido. Me dejó

impresionada: normalmente, solo lloraba cuando quería conseguir algo. Pensé que podía deberse a lo del policía que me había parado, pero no me imaginaba a mi madre perdiendo la compostura por aquello.

--: Por qué llora así mamá? -- pregunté con recelo.

La voz de mi madre sonó casi como un gruñido.

-¡Isabel, si te dimos ese móvil fue por una razón!

Estaba impresionada por partida doble. Bien por ella. Solía dejar que todas las frases buenas las pronunciase mi padre.

- —¿Lo llevas encima? —preguntó mi padre.
  - -Por Dios... -contesté-.. Lo tengo en el bolso.

Mis padres se miraron.

- —Espero que lo cojas a partir de ahora —dijo mi padre—. A menos que estés en clase o te falte un brazo, quiero que cojas el teléfono y te lo lleves al oido cuando veas que somos nosotros. Si no, ya puedes ir despidiéndote de él. Un móvil es un...
  - -Privilegio. Sí, ya lo sé.

Se oían unos ruidos apenas perceptibles en el interior de la sala del piano, y empecé a rebuscar en el bolso para taparlos. Cuando los ruidos pararon, saqué el móvil como si quisiera demostrarles que lo llevaba encima. Tenía doce llamadas perdidas de mis padres. Y ninguna de Cole: después de un mes de tener al menos una llamada perdida suya en todo momento, me sentía rara. Fruncí el ceño.

- -Bueno, ¿qué pasa? -dije.
- —Travis me ha llamado y me ha dicho que la policía ha encontrado un cadáver en el bosque. Una chica a la que aún no han identificado —dijo mi padre.

Aquello tenía mala pinta. Me alegraba saber que Grace estaba allí, en la sala del piano, haciendo ruidos raros como si arañara algo. Me di cuenta de que mi madre me miraba esperando a que reaccionase.

- —¿Y habéis dado por hecho que la muerta era yo?
- -Estaba cerca de nuestra finca, Isabel.

Y a continuación, mi padre dijo lo que yo sabía que iba a decir:

—La han matado los lobos.

De repente me cabreé muchísimo con Sam, con Cole y con Grace por no haber hecho nada cuando yo les había dicho que hiciesen algo.

En la habitación del piano sonaron más ruidos. Hablé más alto para disimularlos.

- —He estado todo el día en el instituto y luego he venido directa a casa. En el instituto es difícil que me maten —refunfuñé, y entonces comprendí que tenía que preguntar o aparentar que me sentía mal—; ¿Cuándo sabrán quién es?
- —No lo sé —repuso mi padre—. Me han dicho que estaba en muy mal estado

—Voy a cambiarme de ropa —dijo mi madre súbitamente.

Durante unos segundos no entendí el motivo de su apresurada salida. Luego comprendí que debía de haberse imaginado a mi hermano Jack destrozado por los lobos. A mí aquello no me afectaba: yo sabía cómo había muerto Jack realmente.

Entonces se oyó un golpe en la sala del piano, tan claro que mi padre entrecerró los ojos.

—Siento no haber cogido el teléfono —dije subiendo el tono de voz—. No quería darle un disgusto a mamá. Oye, algo ha rozado los bajos de mi coche cuando venía hacia aquí. ¿Te importa echarle un vistazo?

Esperaba que me dijese que no, que entrase en la otra habitación y encontrase a Grace transformándose en loba. Pero en vez de hacerlo, suspiró, asintió con la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

Por supuesto, en los bajos del coche no había nada, pero se pasó un buen rato inspeccionándolos y a mí me dio tiempo de volver corriendo a la sala del piano para ver si Grace había destrozado el Steinway. Lo único que encontré fue una ventana abierta y una de las mosquiteras tirada en el jardín. Me asomé a la ventana y vi una mancha amarilla: mi camiseta de la Santa María Academy, enganchada en uno de los arbustos.

Grace no podía haber elegido peor momento para ser loba.

## CAPÍTULO CATORCE Sam

## Había vuelto a perderla.

Después de la llamada de teléfono, me pasé horas haciendo... nada. Totalmente absorto en el sonido de la voz de Grace, encadenaba unos pensamientos con otros y me cuestionaba las mismas cosas una y otra vez. Me preguntaba si podría haber visto a Grace de haber recibido su mensaje antes: si no hubiese salido a buscar señales de vida en el cobertizo, si no me hubiese adentrado en el bosque para gritar mirando al cielo a través de las hojas de los abedules, frustrado por el ataque de Cole, por la ausencia de Grace y por el peso de ser yo.

Me ahogué en todas esas preguntas hasta que se hizo de noche. Aquellas horas habían desaparecido igual que si me hubiese transformado, solo que no había abandonado mi pellejo. Hacía años que no perdía así el tiempo.

Muchos años antes, mi vida había sido así. Me pasaba las horas muertas mirando por la ventana hasta que se me dormían las piernas. Fue cuando llegué a casa de Beck debía de tener unos ocho años, poco después de que mis padres me hiciesen las cicatrices. A veces, Ulrik me cogía por las axilas y me llevaba a la cocina, a una vida ocupada por otras personas, pero yo era un participante

tembloroso y callado. Horas, días, meses perdidos, pensando en otro lugar donde no admitían ni a Sam ni al lobo. Finalmente, fue Beck quien rompió el hechizo.

Me había ofrecido un pañuelo de papel, un extraño regalo que me devolvía al presente. Beck volvió a agitarlo delante de mí.

-Sam. tu cara.

Me toqué las mejillas; más que húmedas, estaban pegajosas por el recuerdo de tantas lágrimas.

- -No estaba llorando -le diie.
- -Ya lo sé -repuso él.

Mientras me secaba la cara con el pañuelo, añadió:

—¿Puedo decirte una cosa? En tu cabeza hay muchas cajas vacías. Sam —lo miré perplejo: era una idea lo bastante rara para llamarme la atención—. Ahí dentro hay muchas cajas vacías, y puedes meter cosas dentro.

Beck me dio un segundo pañuelo para secarme el otro lado de la cara.

En aquella época yo aún no confiaba plenamente en él; recuerdo haber pensado que debia de estar contándome un chiste muy malo que yo no acababa de comprender.

- —¿Oué clase de cosas? —mi voz sonó recelosa incluso a mis oídos.
- —Cosas tristes —contestó Beck—. ¿Tienes muchas cosas tristes en la cabeza?
  —No

Beck se mordió el labio inferior y lo soltó lentamente.

-Pues y o sí.

No me lo podía creer. No le pregunté nada, pero ladeé la cabeza.

—Y esas cosas me hacían llorar —prosiguió Beck—. Hacían que me pasase el día llorando

Recordé haber pensado que seguramente era mentira. No podía imaginarme a Beck llorando: era sólido como una piedra. Incluso en aquel momento, con los dedos apoyados en el suelo, parecía inalterable y seguro de sí mismo.

- —¿No me crees? Pregúntaselo a Ulrik A él le tocó aguantarme —añadió Beck—. ¿Y sabes lo que hice con esas cosas tristes? Las meti en cajas. Metí las cosas tristes en las cajas de mi cabeza, las cerré con cinta de embalar, las apilé en un rincón y las tapé con una manta.
- —¿Cinta de embalar mental? —pregunté con una sonrisilla; después de todo, tenía ocho años

Beck me dedicó una curiosa sonrisa cómplice que en aquel momento no entendí. Ahora sabía que era una sonrisa de alivio por haber logrado que hiciese una broma, aunque fuese tan mala.

—Sí, cinta de embalar mental. Y una manta mental por encima. Ahora ya no tengo que seguir viendo esas cosas tristes. Supongo que, si quisiera, podría abrir esas cajas de vez en cuando, pero prefiero dejarlas cerradas.

<sup>—¿</sup>Cómo usaste la cinta mental?

—Tienes que imaginártela. Figúrate que metes esas cosas tristes en las cajas y que las cierras con cinta mental. Luego las empujas hasta un rincón de tu cerebro para no tropezarte con ellas al pensar y luego las cubres con una manta. /Tienes cosas tristes. Sam?

Vi el rincón polvoriento de mi cerebro donde estaban las cajas. Decidi que serían cajas grandes, porque siempre me habían parecido las más interesantes — se podían hacer casitas con ellas—, y había rollos y más rollos de cinta mental apilados en lo alto. Al lado había cuchillas, listas para abrir las cajas y para abrirme a mí

—Mamá —susurré.

No estaba mirando a Beck pero por el rabillo del ojo lo vi tragar saliva.

- -¿Qué más? -preguntó, tan bajo que apenas lo oí.
- —El agua —dije. Cerré los ojos. Podía verla allí mismo, y tuve que obligarme a pronunciar la siguiente palabra—. Mi...

Tenía los dedos sobre las cicatrices.

Indeciso, Beck me puso una mano sobre el hombro. Como yo no me aparté, me rodeó con un brazo y me estrechó contra su pecho; me sentí menudo, destrozado. Tenía ocho años.

—Yo —dii e.

Beck se quedó callado durante un rato y se limitó a abrazarme. Yo tenía los ojos cerrados y me parecía que los latidos que oía a través de su jersey de lana eran lo único que me quedaba en el mundo.

—Mételo todo en cajas. Todo menos tú, Sam. A ti queremos conservarte. Prométeme que seguirás aquí fuera con nosotros —dijo.

Nos quedamos así sentados durante un buen rato y, cuando nos levantamos, todas mis cosas tristes estaban metidas en caias y Beckera mi padre.

Salí al jardín y fui hasta mi tocón favorito, viejo y enorme, para tumbarme boca arriba a ver las estrellas. Luego cerré los ojos y poco a poco metí mis preocupaciones en cajas y las cerré una tras otra. El carácter autodestructivo de Cole en una. Tom Culpeper en otra. Hasta la voz de Isabel tuvo cabida en una caja, porque en aquel momento no sabía qué hacer con ella.

Con cada caja me sentía un poco más ligero, un poco más capaz de respirar.

Lo único que no pude guardar fue la tristeza por haber perdido a Grace. Eso lo conservaba. Me lo merecía. Me lo había ganado.

Luego me quedé tumbado en el tocón.

Por la mañana tenía que trabajar, así que debería haber estado durmiendo, pero sabía que eso era imposible: cada vez que cerraba los ojos, las piernas me dolian como si hubiese estado corriendo, los párpados me temblaban como si tuviesen que estar abiertos, recordaba que tenía que añadir algunos nombres a los contactos de mis móviles y pensaba que algún día tendría que doblar la ropa que había lavado una semana antes.

También pensaba en cómo podía hablar con Cole.

El tocón era lo bastante grande para que mis piernas solo sobresaliesen unos treinta centímetros; el árbol —en realidad eran dos que habían crecido juntos—debía de haber sido enorme cuando aún estaba en pie. Tenía unas cicatrices negras de cuando Paul y Ulrik lo habían usado como base para lanzar fuegos artificiales. De niño me dedicaba a contar los anillos que indicaban su edad. Había vivido más que cualquiera de nosotros.

En el cielo brillaban las estrellas, infinitas, como un complicado móvil fabricado por gigantes. Me atraían hacia ellas, hacia el espacio y los recuerdos Estar allí tumbado me recordaba a cuando me habían atacado los lobos muchos años antes, cuando era otra persona. Un segundo antes estaba solo, con la mañana y la vida por delante como fotogramas de una película en los que cada segundo solo era ligeramente diferente al anterior. Un milagro de metamorfosis perfecta e imperceptible. Y un segundo después, allí estaban los lobos.

Suspiré. En el cielo, los satélites y los aviones se movían con elegancia entre las estrellas; una masa de nubes donde se gestaban unos relámpagos fue acercándose lentamente desde el noroeste. Mi cabeza saltaba continuamente entre el presente —el viejo tocón clavándoseme en los omóplatos— y el pasado —la mochila aplastada bajo mi peso mientras los lobos me empujaban a un montón de nieve que había dejado a su paso la máquina quitanieves. Mi madre me había puesto un anorak azul con rayas blancas en los puños y unas manoplas que no me dejaban mover los dedos.

En mi recuerdo no oía nada. Solo veía mi boca moverse, los brazos de mi yo de siete años golpeando los hocicos de los lobos. Me veía desde fuera: un abrigo azul y blanco atrapado bajo un lobo negro. Bajo sus patas abiertas, el abrigo parecía inconsistente y vacío, como si ya me hubiese esfumado dejando atrás los restos de mi vida humana.

-Escucha esto, Ringo.

Abri los ojos de par en par pero tardé unos segundos en identificar a Cole, sentado a mi lado, cruzado de piernas sobre el tocón. Era una silueta negra sobre un cielo gris en comparación, y sostenía mi guitarra tan cuidadosamente como si estuviera cubierta de púas.

Tocó un acorde en Re mayor, fatal, con mucha vibración, y cantó con su voz grave y descarnada:

—Chica de verano... —un extraño cambio de acorde y un tono melodramático—. me enamoré de una chica de verano.

Se me pusieron las orejas rojas al reconocer mi propia letra.

-Encontré el CD mientras buscaba en tu coche

Cole se quedó mirando el mástil de la guitarra durante un buen rato antes de colocar los dedos para tocar otro acorde. Tenía los dedos pegados a los trastes, así que el sonido era más percusivo que melódico. Dejó escapar un resoplido de

consternación y me miró.

Negué con la cabeza.

- —Todo está en sus lorzas, sol y grasa de verano —dijo Cole con otro vibrante acorde en Re, y añadió en tono agradable—: Creo que podría haber acabado igual que tú. Ringo, si mi madre me hubiese dado de mamar café con hielo y hubiese tenido a unos cuantos licántropos leyéndome poesía victoriana antes de dormirme. Eh, no te pongas tonto —añadió al ver mi expresión.
  - -No me pongo de ninguna manera, ¿Has estado bebiendo?
  - -Creo que me he bebido todo lo que había en la casa. Así que... no.
  - -¿Y qué hacías en mi coche?
- —Pues estar cuando no estabas tú —repuso Cole, y rasgueó el mismo acorde —. ¿Te habías dado cuenta de lo pegadiza que es? Chica de verano, soy un tipo chungo para un lagarto varano...

Vi las luces parpadeantes de un avión que cruzaba el cielo. Aún recordaba el momento en que había escrito esa canción, el verano antes de conocer a Grace en persona. Era la típica que componía de un tirón, todo a la vez, encorvado sobre la guitarra a los pies de la cama, intentando encontrar el acorde preciso para la letra antes de que la melodía se me fuera de la cabeza. Cantándola en la ducha para memorizarla, tarareándola mientras doblaba la ropa limpia en el piso de abajo, porque no quería que Beck me oy ese cantar una canción sobre una chica. Y deseando todo el tiempo lo imposible, lo que todos deseábamos: sobrevivir al verano.

Cole dejó de canturrear y dijo:

-La preferiría en tono menor, pero no me sale.

Intentó un acorde diferente, pero la guitarra vibró.

- -Las guitarras solo obedecen a su dueño -dije.
- —Ya —reconoció Cole—, pero Grace no está aquí —me sonrió con picardía y volvió a rasguear el mismo acorde en Re—. Es el único que sé tocar. ¿Qué te parece? Diez años de clases de piano, Ringo, y si me pones una guitarra en las manos soy como un niño de teta.

Aunque lo había oído tocar el teclado en el disco de NARKOTIKA, me resultó extremadamente difícil imaginarme a Cole recibiendo clases de piano. Para aprender a tocar un instrumento debes tener una cierta tolerancia al tedio y al fracaso. También ay uda ser capaz de aguantar sentado.

Vi unos cuantos relámpagos saltar de una nube a otra; el ambiente plomizo presagiaba una tormenta.

—Pones los dedos demasiado cerca de los trastes. Por eso vibra. Sepáralos de los trastes y aprieta más fuerte. Solo con la punta, no con toda la yema.

Me pareció que no se lo había explicado demasiado bien, pero Cole movió los dedos y tocó un acorde a la perfección, sin vibración ni cuerdas a medio pisar.

Mirando el cielo con ojos soñadores, entonó:

—Soy un tipo guapo en un tocón sentado... —me miró y añadió—: El siguiente verso tienes que cantarlo tú.

Paul y yo también jugábamos a eso. Me pregunté si estaba demasiado enfadado con Cole por haberse burlado de mi música como para seguirle el rollo. Tras una pausa excesivamente larga, añadí en el mismo tono desganado:

- -Viendo las estrellas que brillan en el cielo.
- —No está mal, chico emo —dijo Cole. A lo lejos se oy eron truenos. Tocó otro acorde en Re y cantó—: Con un billete de ida a esta mierda de condado...

Me apoyé en los codos y me incorporé. Cole siguió rasgueando la guitarra.

—Porque cada noche me transformo en perro —canté, y añadí—: ¿Vas a tocar el mismo acorde para todos los versos?

-Es posible. Es el mejor que tengo. Soy un tipo de un solo éxito.

Estiré el brazo para coger la guitarra y, al hacerlo, me sentí un cobarde. Jugar con él era como aprobar lo que había sucedido la noche anterior, lo que le hacía a la casa cada semana, lo que se hacía a sí mismo todos los minutos del día. Pero al quitarle la guitarra y rasguear las cuerdas para comprobar si estaba afinada, aquel me pareció un lenguaje mucho más familiar que cualquier otro que pudiese usar para mantener una conversación seria con Cole.

Toqué un acorde en Fa may or.

-Esto y a es otra cosa -dijo Cole, pero no siguió con el juego.

Ahora que yo estaba sentado tocando la guitarra, él ocupó mi lugar, tumbado en el tocón mirando al cielo. Parecía guapo y seguro de si mismo, como si lo hubiese puesto allí un fotógrafo. El ataque epiléptico de la noche anterior no le había hecho mella

- -Toca la que está en tono menor -pidió.
- —¿Cuál?
- —La del adiós.

Miré el bosque sumido en la oscuridad y toqué un acorde en La menor. Durante unos segundos, lo único que se oyó fue el chirrido de algún insecto en el bosque.

-No, canta la canción de verdad -dijo Cole.

Pensé en su tono burlón al transformar mi letra sobre la chica de verano.

—No, ni hablar —contesté—. No.

Cole suspiró como si se esperase aquella decepción. En el cielo se oyeron truenos; parecían anticiparse al nubarrón, que se ahuecaba alrededor de las copas de los árboles como una mano que escondiese un secreto. Mientras rasgueaba distraídamente la guitarra para calmarme, miré hacia arriba. Me resultaba fascinante que la nube, incluso entre relámpago y relámpago, pareciese iluminada desde dentro, como si hubiese absorbido la luz que reflejaban todas las casas y ciudades sobre las que pasaba. Resultaba artificial contra el cielo negro, con su color gris amoratado y sus bordes marcados. Parecía imposible que algo

así existiese en la naturaleza.

—Pobres desgraciadas —dijo Cole con la mirada fija en las estrellas—.

Deben de estar hartas de vernos cometer los mismos errores una v otra vez.

De repente me senti increíblemente afortunado por estar esperando. Por más que me corroy ese por dentro, me exigiese estar despierto y me impidiese pensar en otra cosa, al final de aquella espera interminable estaba Grace. ¿Qué esperaba Cole?

-¿Ahora?-preguntó.

Dejé de tocar la guitarra.

-¿Ahora qué?

Cole se incorporó, se apoy ó en las manos sin dejar de mirar al cielo y se puso a cantar con toda la naturalidad del mundo. ¿Por qué no, si estaba acostumbrado a un público dos mil veces más numeroso que y o?

-Mil maneras de decir adiós, mil maneras de llorar...

Rasgueé el acorde en La menor con el que comenzaba la canción y Cole me dedicó una sonrisa burlona al darse cuenta de que estaba desentonando al cantar. Volví a tocar el acorde, pero esta vez canté sin sentirme nada cohibido, ya que Cole me había oído por los altavoces del coche y no iba a llevarse ningún desengaño:

Mil maneras de decir adiós, mil maneras de llorar. Mil maneras de colgar el sombrero v salir al exterior.

Digo adiós, adiós, adiós, no lo dejo de gritar. No sé si me acordaré cuando vuelva a oír mi voz.

Mientras y o cantaba « adiós, adiós, adiós», Cole se puso a hacer los coros que yo había grabado en la maqueta. La guitarra estaba ligeramente desafinada solo la segunda cuerda, siempre la misma— y nosotros también desafinábamos un poco al cantar. pero nos sentíamos cómodos y a gusto.

Era una cuerda deshilachada tendida en el abismo que nos separaba. No bastaba para entendernos, pero quizá sí para comprobar que ese abismo no era tan grande como y o pensaba al principio.

Al final, Cole imitó los silbidos del público. De pronto se calló, me miró con la cabeza ladeada y entornó los ojos.

Y entonces y o también los oí.

Los lobos estaban aullando. A lo lejos se oían sus voces rítmicas y melódicas, discordantes durante un momento antes de recuperar la armonía. Sus aullidos sonaban inquietos pero hermosos; a la espera, como todos los demás, de algo que no alcanzábamos a nombrar.

Cole seguía mirándome.

- —Es su versión de la canción —dije.
- —Tienen que pulirla un poco —repuso Cole, y miró mi guitarra—. Pero no está mal.

Nos quedamos sentados en silencio, escuchando el aullido de los lobos entre trueno y trueno. Intenté en vano distinguir a Grace, pero solo oía las voces con las que había crecido. Traté de recordar su voz real en el teléfono, esa misma tarde. No significaba nada que en aquel momento su voz de loba estuviese ausente.

-No me apetece mojarme -dijo Cole.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Nos ponemos a cubierto? —propuso, dándose un manotazo en el brazo y retirando a continuación un insecto invisible con sus hábiles dedos. Se puso en pie, metió los pulgares en los bolsillos de atrás de los pantalones y miró hacia el bosque—. En Nueva York, Victor...

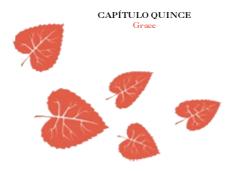
Se calló. El teléfono había empezado a sonar dentro de la casa. Me hubiera gustado preguntarle qué había pasado en Nueva York, pero cuando entré y cogí el teléfono, resultó ser Isabel. Llamaba para decir que los lobos habían matado a una chica. Que no era Grace, pero que hiciera el favor de encender el dichoso televisor.

Lo encendí y Cole y yo nos quedamos de pie delante del sofá. El se cruzó de brazos mientras yo pasaba de un canal a otro.

Los lobos volvían a salir en las noticias. Hacía diez años, la manada de Mercy Falls había atacado a una chica. La cobertura informativa había sido breve y especulativa y había manejado la palabra « accidente».

Ahora, una década más tarde, había muerto otra chica y la cobertura era interminable.

La palabra que más se oía era « exterminio» .



Era una pesadilla.

Todo estaba oscuro a mi alrededor. No era la oscuridad de mi habitación por la noche, llena de contornos, sino la oscuridad absoluta e insondable de un lugar sin luz. Primero me salpicó el agua en la piel desnuda y sentí las picaduras de una lluvia torrencial; luego fue una tromba de agua que caía de algún lugar por encima de mi cabeza.

A mi alrededor, la lluvia empapaba el bosque.

Era humana.

No tenía ni idea de dónde estaba.

De pronto estalló un resplandor. Me puse en cuclillas, temblando, justo a tiempo de ver las bifurcaciones de un rayo más allá de las ramas negras que tenía encima, mis dedos mojados y sucios extendidos delante de mí y los fantasmas amoratados de los troncos a mi alrededor.

Y luego, oscuridad.

Esperé. Sabía que estaba a punto de llegar, pero aun así no estaba preparada para aquello.

El trueno sonó como si se hubiese originado dentro de mí. Retumbó tan fuerte

que me tapé las orejas con las manos y pegué la cabeza al pecho, antes de que la lógica me tranquilizase diciéndome que solo era un trueno y que los truenos no podían hacerme daño.

Pero en los oídos resonaban mis propios latidos.

Me incorporé a oscuras —tanta oscuridad hacía daño en los ojos— y me abracé el cuerpo. Mi instinto me decía que debía encontrar refugio y ponerme a salvo.

Otro relámpago.

Vi fugazmente el cielo violáceo, unas ramas retorcidas y unos ojos.

Contuve la respiración.

Todo se volvió oscuro.

Negro.

Cerré los ojos, pero pude seguir viendo la figura en negativo: un animal grande a unos metros de distancia, mirándome fijamente.

El vello de los brazos se me erizó poco a poco, una advertencia lenta y silenciosa. De pronto solo pude pensar en aquella ocasión, con once años, en que estaba leyendo sentada en el columpio. Miré hacia arriba y vi unos ojos... y luego se me llevaron a rastras.

Un trueno ensordecedor.

Me tensé al oír que el animal se acercaba.

Un relámpago volvió a iluminarlo todo. Dos segundos de luz y allí estaban: unos ojos sin color en los que se reflejaba el relámpago. Una loba. A tres metros.

Era Shelby.

Todo volvió a oscurecerse.

Eché a correr.

## CAPÍTULO DIECISÉIS Sam

## Me desperté.

Parpadeé, momentáneamente perplejo por la intensidad de la luz de mi habitación en plena noche. Poco a poco fui recobrando la memoria y recordé que había de jado la luz encendida pensando que no podría dormirme.

Pero allí estaba, con los ojos vacilantes, recién salidos del sueño, mirando las sombras asimétricas que proyectaba el flexo desde un extremo de la habitación. El cuaderno se me había deslizado del pecho y todas las palabras que había escrito parecían torcidas. Y encima de mí, las grullas de papel giraban en sus hilos describiendo círculos frenéticos y desiguales, mecidas por el chorro de aire que salía de la rejilla del techo. Parecían desesperadas por escapar de su mundo.

Cuando tuve claro que no iba a conciliar el sueño de nuevo, estiré la pierna y con el pie descalzo encendí el reproductor de CD que había sobre la mesa, a los pies de la cama. Por los altavoces sonó un punteo de guitarra; cada nota marcaba el ritmo de mi corazón. Estar tumbado en la cama sin poder dormirme me recordaba a las noches de antes de conocer a Grace, cuando vivía en la casa con Beck y los demás. En aquella época, la población de grullas de papel garabateadas con recuerdos que tenía sobre la cabeza no corría peligro de crecer

demasiado para su hábitat, porque yo aún contaba los días que faltaban para mi fecha de caducidad, para el momento en que me perdería a mí mismo en el bosque. Me quedaba despierto hasta altas horas de la noche, corroído por el desen

Pero en aquella época el deseo era abstracto. Anhelaba algo que sabía que no podía tener: una vida más allá de septiembre y de los veinte años, una vida en la que pudiese pasar más tiempo siendo Sam que siendo lobo.

Pero lo que anhelaba ahora no era un futuro imaginado, sino un recuerdo concreto: yo repantigado en el sillón de piel del despacho de los Brisbane, con una novela —Hijos de hombres— entre las manos, mientras Grace, sentada a la mesa, mordisqueaba un lápiz y hacía un trabaj o para el instituto. Sin decir nada, porque no estábamos obligados; envuelto en el agradable aroma a cuero del sillón, el vago olor a pollo asado que flotaba en el aire, y el sonido de Grace suspirando y haciendo girar la silla. Por la radio sonaban canciones pop, éxitos que solo percibía como ruido de fondo hasta que Grace desafinaba cantando algún estribillo.

Pasado un rato, Grace había dejado de interesarse por su trabajo y había pasado a hacerme compañía en el sillón. « Déjame sitio», me dijo, aunque era imposible. Protesté cuando me pellizó el muslo al intentar acomodarse a mi lado. « Perdón por hacerte daño», me dijo al oído, pero no era una disculpa de verdad, porque para disculparte con una persona no le mordisqueas la oreja. Yo le di otro pellizco y ella se rió al apretar la cara contra mi clavícula. Una de su manos se abrió paso entre el sillón y mi espalda para tocarme los omóplatos. Yo hice como que seguía leyendo y ella hizo como que descansaba apoyándose en mí, pero siguió pellizcándome el omóplato y yo seguí haciéndole cosquillas con la mano que me quedaba libre; nos besamos una y otra vez, y ella no paraba de refirse.

No existe meior sabor que la risa de otra persona en tu boca.

Pasado un rato, Grace se durmió de verdad sobre mi pecho y yo intenté en vano hacer lo mismo. Luego volví a coger el libro y le acaricié el pelo mientras leía, con su respiración como rumor de fondo. Su peso anclaba al suelo mis pensamientos fugaces; nunca había estado tan asentado en el mundo como en acuel momento.

Ahora, mirando cómo las grullas de papel tiraban con urgencia de sus hilos, sabía exactamente lo que quería porque y a lo había tenido.

No pude volver a conciliar el sueño.



No podía correr más que un lobo.

Ninguna de las dos veía bien en la oscuridad, pero Shelby podía orientarse por el olfato y el oído. Yo iba descalza, me enredaba en los espinos, tenía uñas romas y demasiado cortas para atacar, y resollaba como si mis pulmones no fueran capaces de coger suficiente aire. Me sentía impotente en aquel bosque, bajo aquella tormenta. Solo era capaz de pensar en el recuerdo de unos dientes clavados en mi clavícula, en un aliento cálido en la cara y en mi sangre filtrándose en la nieve.

Volvió a sonar otro trueno, aún más fuerte que los rápidos y dolorosos latidos de mi corazón

El pánico no iba a ayudarme.

Tranquilizate, Grace.

Corría a ciegas entre relámpago y relámpago con los brazos estirados al frente, en parte para evitar chocar contra algo y en parte con la esperanza de encontrar un árbol que tuviera las ramas lo bastante bajas para subirme a él. Esa era la única ventaja de que disponia frente a Shelby: mis dedos. Pero allí todos

los árboles eran pinos jóvenes o robles enormes, sin ramas hasta los diez o quince metros de altura.

Y detrás de mí, en alguna parte, estaba Shelby.

Sabía que la había visto, así que no se molestó en guardar silencio. La oía a ratos a mi espalda, siguiéndome el rastro, guiada por su olfato y por su oído.

Me daba aún más miedo no oírla.

Brilló otro relámpago. Me pareció ver...

Me quedé inmóvil, en silencio, a la espera. Contuve la respiración. Tenía el cabello pegado a la cara y a los hombros, pero un pelo mojado se me había adherido a la comisura de los labios. Me costaba menos contener la respiración que resistir la tentación de apartarme ese pelo. Alli de pie, inmóvil, solo podía pensar en mis pequeñas desgracias: me dolian los pies, la lluvia me escocía en las piernas manchadas de barro —debía de haberme cortado con algún espino que no había visto—, tenía el estómago completamente vacío.

Intenté no pensar en Shelby y fijar la mirada en el punto donde me había parecido ver mi posible salvación, para poder trazar un camino cuando un relámpago volviese a iluminarlo todo.

El cielo volvió a centellear y vi con claridad lo que me había parecido distinguir antes. Apenas era visible, pero allí estaba: el contorno oscuro de la cabaña donde la manada guardaba sus cosas. Estaba a varias decenas de metros a mi derecha, por encima de mí, como sobre un montículo. Si lograba llegar hasta allí, podría cerrarle la puerta en el hocico a Shelby.

El bosque se oscureció y un trueno quebró el silencio. Sonó tan fuerte que, durante unos segundos, se tragó cualquier otro sonido.

En aquella oscuridad muda arranqué de un salto, con las manos por delante, e intenté no desviarme del camino hacia la cabaña. Pronto oi a Shelby a mis espaldas, cerca, partiendo una ramita al abalanzarse sobre mí. Más que oir su cercanía, la sentí. Su pelaje me rozó la mano. La esquivé a duras penas y luego

comprendí que estaba cay endo intenté agarrarme a algo oscuridad interminable cay endo

No me di cuenta de que gritaba hasta que me quedé sin aliento y cesó el sonido. Di contra algo frio y sólido y al mismo tiempo se me vaciaron los pulmones. Solo tuve un segundo para darme cuenta de que había caído al agua antes de que esta me llenase la boca.

No había ni arriba ni abajo, solo oscuridad y agua colándose en mi boca y cubriéndome la piel. Estaba fría, muy fría. Mis ojos veían explosiones de color, pero no era más que un síntoma: mi cerebro gritaba pidiendo aire.

Subí como pude hasta la superficie, jadeé y escupí una bocanada de barro líquido. Notaba cómo me caía del pelo y me corría por las mejillas.

Por encima de mí retumbó un trueno, y el sonido pareció llegar de muy lejos; era como si estuviese en el centro de la Tierra. Traté de dominar los estremecimientos y estiré las piernas en busca del fondo. Cuando logré hacer pie, el agua me llegaba hasta la barbilla. Estaba helada y muy sucia, pero al menos podía mantener la cabeza fuera del agua sin cansarme. Tenía tanto frío que los hombros me temblaban.

Y allí de pie en el agua helada, lo sentí: una náusea lenta que empezaba en el estómago y me subía por la garganta. El frío tiraba de mí y le ordenaba a mi cuerpo que se transformase.

Pero no podía transformarme. Siendo loba, tendría que nadar para mantener la cabeza fuera del agua. y no podía nadar eternamente.

Quizá pudiese salir de un salto. Avancé por el agua helada medio nadando, medio andando a trompicones, con los brazos extendidos hacia arriba. Debía de haber un modo de salir de allí. Mis manos tropezaron contra una pared de tierra completamente vertical cuyo limite superior quedaba fuera de mi alcance. Noté que se me retorcía el estómago.

No, pensé. No, ahora no puedes transformarte.

Intenté rodear la pared tanteando en busca de una posible escapatoria, pero se extendía interminable hacia arriba. Intenté agarrarme, pero no lograba clavar los dedos en la tierra apelmazada, y las raíces cedían bajo mi peso y me devolvían al barro. Me temblaba la piel por culpa del frío y de la inminente transformación. Me mordi el labio inferior para intentar calmarme.

Podía pedir ay uda a gritos, pero no había nadie para oírme.

Y sin embargo, ¿qué otra opción tenía? Si me transformaba en loba, moriría. Solo podría nadar durante un rato. De repente me pareció una horrible forma de morir: sola, en un cuerpo que nadie reconocería.

El frío tiró de mí, me corrió por las venas y dio vía libre a la enfermedad que me corroía por dentro. *No, no, no.* Pero ya no podía resistirlo más; sentí que los dedos me latían mientras la piel me burbujeaba y cambiaba de forma.

El agua se agitó a mi alrededor cuando mi cuerpo comenzó a desgarrarse.

Grité el nombre de Sam en la noche oscura hasta que ya no recordé cómo hablar.



—Conque aquí es donde sucede la magia, ¿eh? —dijo Cole—. ¿Vas a ponerte ya las mallas?

Estábamos junto a la puerta de atrás de The Grooked Shelf, la librería donde pasaba gran parte del tiempo. Con la tormenta había dormido fatal, y después de las noticias de la noche anterior hubiese preferido no ir a trabajar, pero no había manera de cambiar mi turno con tan poca antelación. Así que allí estaba. Tuve que reconocer que la cotidianeidad de estar allí aliviaba un poco mi ansiedad. Bueno, si no hubiera sido por Cole. Todos los días dejaba a Cole en casa para irme a trabajar, sin darle mayor importancia. Pero aquella mañana me había quedado mirándolo al coger mis cosas y, al ver que observaba en silencio cómo me preparaba para irme, le había preguntado si quería venir conmigo. Aún no me arrepentía de habérmelo llevado, pero al día le quedaban muchas horas.

Cole me miró con los ojos entrecerrados desde el pie de la escalera de entrada; agarraba la barandilla con ambas manos y llevaba el pelo cuidadosamente revuelto. La sencilla luz matinal le daba un aspecto tranquilo y encantador. Camuflaje.

--: Las mallas? -- repetí.

- —Sí, tu traje de superhéroe —aclaró Cole—. Sam Roth, licántropo de noche, librero de día. ¿No necesitas llevar capa para eso?
- —Sí —repuse mientras abría la puerta—. En este país la gente lee poquísimo; se necesita una capa hasta para vender un libro de cocina. Si entra alguien te metes en la trastienda, ¿vale?
- $-_i$ Quién va a reconocerme en una librería? Oye,  $_i$ la parte delantera es tan cutre como la trasera?

La parte trasera de todas las tiendas de la calle principal daba a aquel callejón atestado de contenedores pintarrajeados, malas hierbas que parecian árboles enanos y bolsas de plástico que habían escapado de la muerte para enredarse en las barandillas. Por allí solo pasaban los dueños de las tiendas y sus empleados. En el fondo me gustaba aquel deterioro: el caos era tan absoluto que no me sentía obligado a intentar limpiarlo.

- -Esta parte no la ve nadie -dije-. Da igual que no sea bonita.
- —Es como la sexta canción de un disco —repuso Cole, y sonrió como si aquello le recordara algo—. ¿Cuál es el plan, Stan?

Abrí la puerta trasera de un empujón.

—¿Plan? Tengo que trabaj ar hasta mediodía. Isabel se pasará un rato antes de que acabe para contarme lo que ha averiguado desde anoche. Quizá luego te ponga una bolsa en la cabeza y vayamos a comer.

La trastienda estaba hecha un desastre, llena de papeles y cajas que había que sacar a la basura. Yo no era un amante del orden, y Karyn, la dueña, tenía un sistema arcano para archivar las cosas que solo ella entendia. Grace se quedó espantada la primera vez que vio aquel desorden. Mientras y o encendia las luces, Cole se puso a examinar pensativamente un cúter y un montón de marcapáginas cogidos con una goma.

---Vuelve a dejarlos en su sitio ---dije.

Recorrí la tienda encendiendo luces y abriendo persianas mientras Cole me seguía con las manos a la espalda, como un niño al que le hubieran dicho que no rompiese nada. Estaba totalmente fuera de lugar, como un depredador refinado y agresivo moviéndose entre unas estanterias iluminadas por el sol que, comparadas con él, parecían de lo más sencillas. Me pregunté si daba aquella imagen conscientemente o si era un efecto secundario de su personalidad, y me planteé cómo iba a sobrevivir alguien como él, un sol furioso, en un lugar como Mercy Falls.

Con Cole mirándome fijamente, me sentí cohibido al abrir la puerta, conectar la caja registradora y encender la música. Me hubiese extrañado que le gustase la estética de la tienda, pero me sentí ligeramente orgulloso cuando echó un vistazo a su alrededor. Había mucho de mí en aquel lugar

A Cole le llamó la atención la escalera enmoquetada que arrancaba de la parte trasera de la tienda.

- —¿Qué hay arriba?—preguntó.
  - -Poesía y ediciones especiales.

Y también recuerdos de Grace y yo demasiado desgarradores para revivirlos en aquel momento.

Cole cogió una novela para chicas de un expositor, la miró distraídamente y la puso de nuevo en su sitio. Solo llevaba allí cinco minutos y ya estaba inquieto. Miré el reloj para ver cuánto faltaba hasta que llegase Karyn para echarme una mano; de pronto, cuatro horas me parecían mucho tiempo, intento recordar el impulso filantrópico que me había hecho llevar a Cole a la librería.

Y de pronto, cuando me dirigía al mostrador, vi algo por el rabillo del ojo. Fue una de esas visiones fugaces que te sorprenden más tarde, cuando te das cuenta de la cantidad de cosas que has logrado ver durante un segundo. Una de esas visiones borrosas que uno suele olvidar sin más se había convertido en una instantánea: Amy Brisbane, la madre de Grace, pasando por delante del enorme escaparate de la librería de camino a su estudio. Tenía un brazo pegado al pecho para sujetar la correa del bolso, como si fuese a soltarse en cualquier momento. Llevaba un pañuelo de gasa de color crudo y tenía la mirada perdida que pone la gente cuando quiere hacerse invisible. Al verle la cara supe que se había enterado de lo de la chica muerta en el bosque, y que estaría preguntándose si sería Grace.

Tenía que contarle que no era ella.

Ah, pero es que los Brisbane habían cometido unos cuantos pecadillos. Recordé el puñetazo en la cara que me había dado Lewis Brisbane en una habítación de hospital. Y la noche en que me habían echado de su casa. Y los días eternos que me había pasado sin poder ver a Grace porque de pronto habían decidido que querían ejercer de padres. Lo poco que tenía, me lo habían quitado.

Y sin embargo, la cara de Amy Brisbane se me había quedado grabada aunque sus zancadas de marioneta ya la hubiesen alejado del escaparate.

Le habían dicho a Grace que yo no era más que un rollete de adolescencia.

Me golpeé la palma de una mano con el puño una y otra vez, sin saber qué hacer, consciente de que Cole me estaba mirando. Esa mirada perdida... Sabía que era la misma que tenía y o desde hacía un tiempo.

A Grace le habían amargado sus últimos días como humana. Por mi culpa.

Aquello no me gustaba nada. No me gustaba saber que lo que quería hacer y lo que debía hacer no coincidían.

-Cole, por favor, vigila la tienda.

Se giró hacia mí con una ceja levantada. Dios, no quería hacerlo; una parte de mí deseaba que Cole me dijese que no y así decidiese por mí.

-No va a entrar nadie -añadí-. Tardo un segundo, te lo prometo.

Cole se encogió de hombros.

-Lárgate.

Dudé un segundo más, deseando poder fingir que la persona que había atisbado no éra la madre de Grace. Después de todo, solo había distinguido una cara medio tanada por un nafuelo. Pero sabía lo que había visto.

-: No quemes nada!

Empujé la puerta principal y salí a la calle. Tuve que apartar la mirada, deslumbrado por la repentina luminosidad; en la tienda, el sol únicamente se colaba por el escaparate, pero en el exterior lo bañaba todo de luz. Entrecerré los ojos y vi que la madre de Grace casi había llegado al final de la manzana.

Eché a andar tras ella todo lo deprisa que pude, pero me cortaron el paso dos señoras de mediana edad que cotorreaban con unos vasos de café humeante en la mano; luego, una anciana de piel arrugada que fumaba frente a una tienda de objetos de segunda mano, y por último, una mujer que empujaba una sillita doble que ocunaba toda la acera.

Empecé a correr, consciente de que había dejado a Cole al cuidado de la tienda. La madre de Grace ni siquiera se había parado antes de cruzar la calle. Me detuve sin aliento en la esquina para dejar pasar a una camioneta, antes de alcanzarla en el hueco sombreado que había frente a la fachada lila de su estudio. Vista de cerca, parecía un loro que estuviese mudando las plumas: el pelo crespo se le escapaba de una diadema, llevaba un extremo de la blusa más metido en la falda que el otro y el pañuelo que había visto antes se le había soltado y quedaba mucho más largo de un lado.

-¡Un momento! -jadeé-. Espere.

No estaba seguro de qué expresión esperaba encontrar en su cara cuando me viese. Estaba preparado para la indignación o la rabia, pero se limitó a mirarme como si yo no fuese... nada. Una molestia, quizá

—¿Sam? —dijo tras una pausa, como si hubiese tenido que pensar para recordar mi nombre—. Estoy muy ocupada.

Estaba intentando meter la llave en la cerradura. Pasados unos segundos, desechó la llave que tenía en la mano y buscó otra en su chillón bolso de retales, que parecía lleno de cosas de todo tipo. De haber necesitado alguna prueba de que Grace no era como su madre, aquel bolso habría bastado. La señora Brisbane no me miró mientras rebuscaba. Su desprecio absoluto —como si ya no mereciese su enfado ni sus sospechas—hizo que me arrepintiera de haber salido de la tienda.

Di un paso atrás.

—He pensado que a lo mejor no lo sabía. No es Grace —levantó la vista tan bruscamente que el pañuelo se le acabó de caer del cuello—. Me lo ha dicho Isabel —añadí—. Culpeper. La chica que han encontrado no es Grace.

De pronto, mi buena obra del día me empezó a parecer una idea de lo más estúpida: cualquiera podía echar por tierra mi historia en un momento.

-Sam... -dijo la señora Brisbane en un tono muy bajo, como si estuviese

hablando con un niño fantasioso. La mano se le quedó flotando sobre el bolso, con los dedos extendidos e inmóviles como los de un maniquí—. ¿Estás seguro?

- —Isabel le dirá lo mismo
- Cerré los ojos, notando una puñalada de satisfacción al comprobar cuánto parecia dolerle la ausencia de Grace, y acto seguido me sentí fatal. Los padres de Grace siempre conseguían hacerme sentir peor persona de lo que era. Incómodo, me agaché rápidamente para recoger su pañuelo.
  - -Tengo que volver a la tienda -dije mientras se lo devolvía.
- —Espera —respondió—. Pasa un momento. ¿Tienes unos minutos? —dudé y ella contestó por mí—: Ah, estás trabajando. Claro. ¡Me... me has seguido?

Me miré los pies.

- -Tenía pinta de no saberlo.
- -No lo sabía -repuso, e hizo una pausa.

Cuando la miré, vi que tenía los ojos cerrados y se frotaba la barbilla con el borde del pañuelo.

- —Lo peor de todo, Sam —susurró—, es que me alegro de que sea la hija de otra madre la que ha muerto.
- —Yo también —dije pausadamente—. Si piensa que por eso es mala persona, yo también lo soy, porque me alegro mucho.

La señora Brisbane bajó las manos y me miró fijamente a la cara.

-Debes de pensar que soy mala madre.

No dije nada, porque tenía razón. Suavicé mi respuesta encogiéndome de hombros. Era lo más parecido a mentir de lo que era capaz.

Se quedó mirando un coche que pasaba.

- —Seguro que sabes que tuvimos una discusión muy fuerte con Grace antes de que... antes de que se pusiese enferma. Fue sobre ti —me miró para comprobar si era cierto. Como no respondí, se lo tomó como un sí—. Antes de casarme tuve un montón de novios sin importancia. Me encantaba salir con chicos. No me gustaba estar sola. Pensaba que Grace era como yo, pero no se me parece en nada, ¿eh? Vosotros dos vais en serio, ¿verdad?
  - -Muy en serio.
- —¿Seguro que no puedes pasar? No me resulta fácil desahogarme aquí fuera, donde todos pueden verme.

Pensé con inquietud en Cole, solo en la tienda. Pensé en la gente con la que me habia cruzado en la acera: dos señoras tomando café, una tendera fumando y una mujer con dos bebés. Las posibilidades de que Cole pudiese meterse en un lío me parecieron infimas.

—Solo un momento —repuse.

### CAPÍTULO DIECINUEVE Cole

Una librería no era el lugar más divertido para quedarme tirado. Pasé unos minutos dando vueltas por la tienda, buscando libros que me mencionaran, rozando con el pie la moqueta de la escalera para trazar mi nombre, buscando en la radio algo menos insultante e inofensivo. Aquel lugar olía a Sam... o más bien, él olía a librería. A tinta, a edificio antiguo y a algo más vegetal que el café pero menos interesante que la mana. Todo era muy... erudito. Me sentía rodeado de conversaciones en las que no me interesaba participar.

Al final encontré un libro sobre cómo sobrevivir en situaciones extremas y me senté a hojearlo en el taburete de detrás del mostrador, con los pies apoy ados junto a la caja registradora. No venía Cómo ser un Licántropo, ni Cómo recuperarse de una adicción, ni Cómo vivir contigo mismo.

Sonó el timbre de la puerta, pero no levanté la vista; pensé que era Sam que volvía

### -- ¿Oué haces tú aguí?

Antes de mirarla, ya sabía quién era por el desdén de su voz y el rastro floral de su perfume. Dios, qué buena estaba. Sus labios tenían pinta de saber a barrita

de regaliz. Su rímel parecía tan espeso como la pintura al óleo, y llevaba el pelo más largo que antes: podría haberme rodeado la muñeca dos veces con su melena rubia y glacial, aunque no es que estuviese pensando en eso (de verdad que no. Bueno, sí). Mientras dejaba que la puerta se cerrase lentamente a sus espaldas, abrió su boca comestible.

—Bienvenida a The Grooked Shelf —dije levantando una ceja—. ¿Puedo ayudarte a encontrar algo? Nuestra sección de auto-ayuda es enorme.

-Seguro que tú te la conoces a fondo -contestó Isabel.

Llevaba en las manos dos vasos desechables que dejó enérgicamente sobre el mostrador, lejos de mis pies. Me miró a la cara con desprecio o algo parecido, tal vez miedo. ¿Isabel Culpeper era capaz de sentir miedo?

- —¿En qué demonios está pensando Sam? —me espetó—. ¿No os dais cuenta de que cualquiera puede verte la cara por el escaparate?
  - -Así se alegran la vista.
  - —Qué bien debe de sentar ser tan despreocupado.
  - -Qué bien debe de sentar preocuparse tanto por los problemas aj enos.

Algo lento y desconocido me corría por las venas. Me sorprendió y me impresionó a partes iguales darme cuenta de que era rabia; no podía recordar la ultima vez que había estado rabioso, aunque estaba seguro de que había sido por algo relacionado con mi padre, y ya no sabía qué se hacía en aquellos casos.

-No pienso seguirte el rollo -dijo.

Miré los vasos: uno para ella y otro para Sam. Aquel detalle parecía impropio de la Isabel a la que y o conocía.

—¿Y a Sam sí que pensabas seguírselo?

Isabel me miró fijamente durante un segundo y negó con la cabeza.

—Dios, Cole, ¿podrías ser más inseguro?

La respuesta a esa pregunta siempre era afirmativa, pero no me gustó que sacase a relucir mis vicios más intimos. Me incliné hacia delante para examinar las dos bebidas mientras Isabel me fulminaba lentamente con la mirada. Quité las tapas de los vasos y observé el contenido. En uno había algo que olía sospechosamente sano: té verde, quizá, o posiblemente pus de caballo. En el otro había café. Le di un sorbo. Sabía amargo y dificil, con la cantidad justa de leche y azúcar para resultar bebible.

—Eso era mío —diio.

Le dediqué una sonrisa de oreja a oreja. No me apetecía sonreír, pero lo disimulé sonriendo aún más

- -Y ahora es mío. Casi estamos en paz.
- —¿En paz por qué?

La miré esperando a que hiciese memoria. Cincuenta puntos si lo adivinaba en treinta segundos. Veinte puntos si lo adivinaba en un minuto. Diez puntos si lo adivinaba en... Isabel se cruzó de brazos y miró por la ventana como si esperara que nos sorprendiesen los paparazzi. Increiblemente, estaba tan enfadada que hasta podía oler su ira. Mis sentidos lobunos echaban humo y tenía la piel de gallina. Todos mis instintos me ordenaban reaccionar: « Lucha o huye». Ninguna de las dos cosas parecía factible. Como seguía callada, sacudí la cabeza e hice el gesto de llevarme el teléfono a la oreja.

—Ah —dijo Isabel levantando las cejas—. ¿Lo dices en serio? ¿Todavía? ¿Por las llamadas? Anda ya, Cole. No pensaba seguirte el rollo. Eres nocivo.

-; Nocivo? -repetí.

Mentiría si dijese que no me halagó aquella palabra; tenía tanta fuerza que resultaba tentadora. « Nocivo» .

—Sí, la nocividad es una de mis virtudes —dije—. ¿Te enfadaste porque no me acosté contigo? Qué raro; normalmente, las chicas me gritan precisamente porque sí me las paso por la piedra.

Se rió con ironía y dio la vuelta al mostrador taconeando con fuerza hasta quedarse de pie junto a mí. Noté su aliento caliente en la mejilla; su enfado hablaba más alto que su voz.

—Si pongo esta cara es porque hace dos noches estuve así de cerca de ti, viendo cómo te retorcías y babeabas por culpa de algo que te habías metido en la vena. Ya te saqué una vez de ese agujero. Estoy al borde del abismo, Cole; no quiero tener cerca a alguien que está igual que yo. Quieres arrastrarme en tu caída, y vo lo que quiero es salir.

Así era como Isabel me enredaba en su magia: aquella pequeña demostración de sinceridad —tampoco tanta— acababa de desarmarme. Curiosamente, me costaba mucho seguir enfadado con ella. Baj é las piernas del mostrador lentamente, primero una y luego la otra, y giré en el taburete para ponerme de cara a ella. En lugar de retroceder para dejarme espacio, se quedó donde estaba, de pie entre mis piernas. Un desafío. O quizá una rendición.

—Eso es mentira —dije —. Si me encontraste en esa madriguera fue porque tú va estabas allí abai o.

Estaba tan cerca de mí que pude oler su pintalabios. Era plenamente consciente de que sus caderas estaban tan solo a un par de centímetros de mis muslos

—No pienso quedarme a ver cómo te suicidas —dijo Isabel.

Durante un minuto, se hizo un silencio solo roto por el motor de un camión de repento al pasar por la calle. Isabel me miraba la boca, pero de repente apartó la vista.

-Dios, no puedo quedarme aquí -dijo-. Dile a Sam que ya lo llamaré.

Estiré los brazos y le puse las manos en las caderas antes de que pudiera darse la vuelta.

—Isabel —dije, mientras uno de mis pulgares le rozaba la piel justo encima del talle de los vaqueros—. No estaba intentando suicidarme.

### —¿Solo buscabas un buen colocón?

Intentó apartarse, pero no la solté. Ni yo la estaba sujetando con la fuerza suficiente para retenerla, ni ella estaba tirando lo bastante fuerte para soltarse, así que nos quedamos igual que estábamos.

- -No intentaba colocarme. Estaba tratando de transformarme en lobo.
- —Lo que tú digas. Son matices —respondió Isabel sin mirarme.

La solté y me puse en pie para encararla; hacía mucho tiempo que sabía que una de mis mejores armas era mi capacidad para invadir el espacio vital de los demás. Nuestras miradas se cruzaron y me invadió la sensación de que aquello estaba bien, de que estaba diciendo lo que tenia que decir en el momento justo y a la persona adecuada, esa sensación tan rara de saber lo que tienes que contar y creértelo al mismo tiempo.

—No te lo repetiré, así que más te vale creerme la primera vez Estoy buscando una cura.

# CAPÍTULO VEINTE Sam

Amy —intenté pensar en ella como «Amy» y no como «la madre de Grace» — abrió la puerta de par en par y me condujo por una antesala pintada de un color lila más apagado que el de la fachada, hasta llegar a una sala increiblemente luminosa y llena de lienzos. La luz entraba por la pared de atrás, llena de ventanales que daban a un solar destartalado donde había aparcados unos tractores. Si no te fijabas en la vista, el espacio era profesional y elegante: paredes pintadas de color gris claro, como las de un museo, con cuadros que colgaban de unos cables sujetos a las molduras del techo. Había lienzos en las paredes y arrumbados en los rincones; algunos parecían recién pintados.

—¿Agua? —preguntó.

Me quedé plantado en mitad de la sala e intenté no tocar nada. Tardé unos segundos en poner en contexto la palabra «agua»: para beber, no para ahogarme.

-No, gracias.

Las otras veces que había visto cuadros de Amy, siempre se trataba de obras atípicas y enigmáticas: animales en zonas urbanas, amantes pintados de extraños colores. Pero todos los lienzos que había allí carecían de vida. Aunque fuesen

cuadros de lugares —callejones y graneros—, parecían planetas yermos. No había animales, ni amantes, ni punto focal. El único cuadro que tenía algún tema era el que estaba en el caballete. Se trataba de un lienzo enorme, casi tan alto como yo, y era todo blanco salvo por una figura diminuta sentada en la parte inferior izquierda. La chica, que daba la espalda al espectador, tenía los hombros encorvados y una melena castaña que le caía por la espalda. Aunque estuviese mirando hacia otra parte, era Grace sin lugar a dudas.

- —Adelante, psicoanalizame —dijo Amy mientras yo miraba los cuadros.
- -Me estoy quitando -repuse.

Nada más hacer esa pequeña broma me sentí un tramposo, como la noche anterior, cuando había jugado con Cole a cantar el siguiente verso en lugar de acribillarlo a preguntas. Estaba confraternizando con el enemigo.

—Pues dime lo que piensas —pidió—. Me pones nerviosa, Sam. ¿Te lo había dicho alguna vez? ¿No? Pues debería habértelo confesado. Te lo confieso ahora. Cuando estabas con Grace nunca decías nada, y yo no sabía qué hacer. Todo el mundo habla conmigo, puedo hacer hablar a cualquiera. Cuanto más rato nasabas sin decir nada. más me preguntaba cuál era el problema.

La miré sin decir nada; hubiera preferido no confirmar sus palabras, pero no sabía qué contestarle.

—Ahora creo que me estás tomando el pelo —añadió—. ¿Qué piensas?

Pensaba muchas cosas, pero casi todas debían quedarse en el plano de los pensamientos y no pasar al de las palabras. La mayor parte eran afirmaciones airadas y acusatorias. Me giré hacia la Grace del lienzo para usarla como harretra

- -Estaba pensando que a esa Grace no llegué a conocerla.
- Amy cruzó el estudio para plantarse a mi lado. Me aparté de ella. Lo hice sutilmente, pero se dio cuenta.
  - -Ya. Pues es la única Grace que vo conozco.
  - -Parece solitaria. Fría -dije lentamente, preguntándome dónde estaría.
- —Independiente. Cabezota —bruscamente, Amy dejó escapar un suspiro y se alejó de mi— Yo no me tenía por mala madre. Mis padres nunca respetaron mi intimidad: se leían hasta el último libro que me leía yo e iban a todas las fiestas a las que yo iba. Eran muy estrictos con la hora de llegada a casa. Viví bajo un microscopio hasta que me fui a la universidad para no volver. Ahora apenas nos hablamos, y ellos siguen mirándome con lupa —imitó unos prismáticos con las manos—. Pensaba que Lewis y yo éramos buenos padres. En cuanto Grace quiso empezar a hacer cosas sola, nosotros la dejamos. No te mentiré: también estaba encantada de poder recuperar mi vida social. Pero a Grace parecía irle muy bien. Todo el mundo se quejaba de que sus hijos daban la nota o de que iban mal en los estudios. Si a Grace hubiese empezado a irle mal, habríamos cambiado de método.

Más que a confesión, aquello sonaba a la declaración de una artista, a un conflicto destilado en unos fragmentos de entrevista. No la miré.

—La deiasteis sola —diie, aún mirando a la Grace del cuadro.

Se hizo el silencio. Quizá Amy no esperara que yo dijese nada. O quizá no esperara que no le diese la razón.

- —Eso no es verdad —protestó al fin.
- —Yo creo lo que me contaba ella. La vi llorar por vuestra culpa. Era algo real, a Grace no le gustan los dramatismos.
  - —Nunca nos pidió más.

Me giré y la miré fijamente con mis ojos amarillos. Sabía que eso la haría sentir incómoda, igual que a todo el mundo.

-: De verdad?

Amy me aguantó la mirada durante unos segundos y luego la apartó. Pensé que debía de estar deseando haberse despedido de mí en la acera.

Pero cuando volvió a mirarme, tenía las mejillas húmedas y la nariz se le estaba poniendo roja.

—Vale, Sam. Nada de mentiras, ¿eh? Sé que a veces me pasaba de egoísta y solo veía lo que quería ver. Pero lo mismo podría decirse de ella: Grace tampoco era la hiia más cariñosa del mundo.

Se dio media vuelta para limpiarse la nariz en la manga de la blusa.

--;La quieres? --pregunté.

--Más de lo que ella me quiere a mí ---contestó, con la mej illa apoy ada en el hombro

No respondí: ignoraba hasta qué punto quería Grace a sus padres. Hubiese deseado estar con ella y no en aquel estudio, sin saber qué decir.

Amy fue hasta el baño contiguo y la oi sonarse la nariz con fuerza antes de volver. Se detuvo a un par de metros de mí y se dio unos toquecitos en la nariz con un pañuelo de papel. Tenía la típica mirada rara que pone la gente cuando está a punto de hablar más en serio de lo que acostumbra.

—Y tú, ¿la quieres? —preguntó.

Noté que me ardían las orejas, aunque no me avergonzaba de lo que sentía.

—Si no, no estaría aquí.

Se mordió el labio y asintió mirando al suelo.

-¿Dónde está? - preguntó.

Me quedé inmóvil. Pasados unos segundos, levantó la vista y añadió:

-Lewis cree que la mataste tú.

No sentí nada. Aún no. De momento no eran más que palabras.

—Es por tu pasado. Decía que eras demasiado callado y raro, y que tus padres te habían arruinado la vida. Que era imposible que no te hubieses quedado destrozado después de aquello, y que mataste a Grace cuando supiste que no ibamos a dejar que volviese a verte. Deseé apretar los puños, pero pensé que daría mala imagen, así que dejé que mis manos siguiesen colgando abiertas. Tenía la impresión de que eran dos pesos muertos, de que y a no pertenecían a mi cuerpo. Amy me observaba, j uzgaba mi reacción.

Sabía que quería palabras, pero a mí no me apetecía decir nada. Me limité a negar con la cabeza.

Esbozó una sonrisa triste.

—Yo no pienso igual, pero... ¿dónde está, Sam?

La inquietud me fue invadiendo lentamente. No sabía si se debía a la conversación, al olor de la pintura o al hecho de saber que Cole estaba solo en la librería.

-No lo sé -dije con sinceridad.

La madre de Grace me tocó el brazo.

-Si la ves antes que nosotros, dile que la queremos.

Pensé en Grace y en aquel vestido vacío y arrugado. Grace, tan lejos y tan inalcanzable en el bosque.

—¿Incondicionalmente? —pregunté, aunque sabía que, dijera lo que dijera, no iba a poder convencerme.

Separé las manos, dándome cuenta de que había estado acariciándome la cicatriz de una muñeca con el pulgar de la otra mano.

La voz de Amy sonó segura.

—Incondicionalmente.

Pero no la creí.



Con Cole St. Clair, el problema era que podías creerte todo lo que te dijera y, al mismo tiempo, no podías creerte nada. Era tan presuntuoso que resultaba fácil confiar en que pudiera lograr lo imposible. Pero también era un canalla tan increíble que no podías dar por cierto nada que saliese de su boca.

El problema era que yo quería creerlo.

Cole metió los pulgares en los bolsillos traseros de sus pantalones, como queriendo demostrar que no pensaba tocarme a menos que yo diese el primer paso. Con todos los libros que tenía detrás, parecía un póster de esos que se ven en las bibliotecas, en los que personajes famosos invitan a la lectura. ¡NO DEJES NUNCA DE LEER, DICE COLE ST. CLAIR! Cualquiera hubiese dicho que se sentía moralmente superior a mí.

Y lo malo es que le sentaba de maravilla.

De repente me acordé de un caso en el que había trabajado mi padre. No recordaba todos los detalles —es más, seguro que se trataba de una mezela de varios casos—, solo que el protagonista era un pringado al que habían acusado de algo en el pasado y al que años después habían demandado por alguna otra cosa. Mi madre había dicho algo así como: «Concédele el beneficio de la duda».

Nunca olvidaré la respuesta de mi padre, porque fue la primera y única cosa inteligente que le había oído decir: « La gente no cambia. Solo cambia lo que hace con su vida»

Si mi padre tenía razón, eso significaba que detrás de aquellos sinceros ojos verdes que me escrutaban se escondía el mismo Cole de siempre, perfectamente capaz de ser la persona que había sido antes, de estar tirado en el suelo, borracho, intentando reunir el valor suficiente para suicidarse. No sabía si podía aceptar todo aquello.

-i,Y tu cura para la licantropía es... la epilepsia? - dije por fin.

Cole bufó con desdén

- —Ah. ese es un efecto secundario. Ya lo solucionaré.
- —Podrías haber muerto.

Me dedicó una amplia y magnífica sonrisa, plenamente consciente de que era amplia y magnífica.

- —Pero sobreviví
- -Eso no quiere decir que no seas un suicida.
- —Arriesgarse no es ser un suicida —repuso Cole en tono altivo—. Si no, los paracaidistas en caída libre vivirían en la consulta de un psiquiatra.
- —¡Los paracaidistas en caída libre llevan paracaídas, o lo que sea que lleven los paracaidistas en caída libre!

Cole se encogió de hombros.

- —Yo os tenía a Sam v a ti.
- —Ni siquiera sabíamos que estabas... —me callé al oír sonar mi móvil y me aparté de Cole para ver quién era.

Mi padre. Si alguna vez había habido un buen momento para dejar que saltara el contestador, era aquel; pero después de la bronca del día anterior, tenía que contestar.

Vi que Cole seguía mirándome mientras abría el teléfono.

- —Sí, ¿qué?
- -: Eres Isabel? -la voz de mi padre sonaba sorprendida v... optimista.
- —Sí, a menos que tengas otra hija —repuse—. Lo cual explicaría muchas cosas

Mi padre hizo como si no me hubiese oído. Parecía estar de un buen humor sospechoso.

- -Te he llamado sin querer. Con quien quiero hablar es con tu madre.
- —Pues me has llamado a mí. ¿Para qué quieres hablar con ella? Cualquiera diría que estás fumado —refunfuñé, y Cole enarcó las cejas.
- Esa boca... —contestó mi padre automáticamente—. Marshall acaba de llamarme: esa chica ha sido la gota que ha colmado el vaso. Se ha enterado de que han retirado la protección a nuestra manada de lobos y van a organizar una cacería aérea. Esta vez, el estado se encarga de todo; nada de paletos con rífles.

Usarán un helicóptero. Van a hacerlo como Dios manda, igual que en Idaho.

- -O sea, que van en serio.
- —Solo les falta programarla —dijo mi padre—. Reunir los recursos materiales y humanos y todo eso.

No sabía por qué, aquella última frase me resultó familiar: lo de «recursos materiales y humanos» parecía la típica expresión estúpida de Marshall que mi padre repetía después de haberla oído por teléfono hacía unos minutos.

Todo había terminado.

La cara de Cole ya no tenía la expresión perezosamente atractiva de un momento antes. Algo en mi vozo en mi cara debía de haberle hecho entender de qué se trataba, porque estaba mirándome tan intensamente que me hacía sentir desnuda. Aparté la cara.

- —¿Tienes idea de cuándo será? —le pregunté a mi padre, que estaba hablando con otra persona cuy a risa se oía de fondo.
- —¿Cómo? Ah, Isabel, ahora no puedo hablar. Puede que dentro de un mes, según me han dicho. Pero estamos intentando adelantarlo. Antes hay que encontrar un piloto para el helicóptero y delimitar la zona. Ya nos vemos cuando llegue a casa. Oye... ¿Por qué no estás en el instituto?
  - —Estov en el baño.
- —Si estabas en el instituto, no tenías por qué contestar —dijo mi padre mientras alguien lo llamaba por su nombre—. Tengo que irme. Adiós, cielo.

Cerré el móvil y me quedé mirando las estanterías que tenía delante. Había una biografía de Teddy Roosevelt en un lugar destacado.

-Cielo... -dijo Cole.

—No empieces.

Me di media vuelta y le miré a los ojos. No estaba segura de cuánto había oído, pero tampoco hacía falta mucho para entender lo fundamental. En la cara de Cole había algo que me daba una sensación rara. Para él, la vida siempre había sido un chiste vagamente gracioso, pero malo. Sin embargo, en aquel momento, ante aquella noticia, Cole se mostraba... vacilante. Durante dos segundos fue como si pudiese ver todo lo que tenía por dentro. Y justo entonces, sonó la campana de la puerta v ese Cole desaparecció.

Sam se quedó plantado en el umbral de la tienda y la puerta se cerró lentamente a sus espaldas.

—Malas noticias, Ringo —dijo Cole; volvía a ser el mismo de siempre—.
Vamos a morir

Sam me miró con ojos interrogantes.

—Mi padre lo ha conseguido. Han aprobado la cacería. Solo les falta contratar un piloto para el helicóptero.

Sam se quedó ante la puerta durante un buen rato, con la mandíbula apretada. En su mirada había algo extraño y resuelto. A sus espaldas, el cartel de la puerta decía CERRADO.

Estaba a punto de decir algo cuando Sam se me adelantó y, en un curioso tono formal, dijo:

- —Voy a sacar a Grace del bosque. A los demás también, pero a ella primero. Cole levantó la vista.
- -Creo que en eso puedo ay udarte.



El bosque estaba resbaladizo y silencioso después de aquellos días de lluvia. Cole iba el primero, y la seguridad de sus pasos demostraba que había recorrido aquellos senderos a menudo. Isabel se había ido al instituto a regañadientes, y cuando Karyn llegó para relevarme, Cole y yo volvimos a casa de Beck tan rápido como pudimos. En el coche, Cole me habló de su brillante idea para atrapar a Grace: trampas.

No me lo podía creer; durante todo aquel tiempo, mientras yo creía que Cole estaba destrozando la casa, también había tratado de atrapar animales. Lobos. Todo lo que tenía que ver con Cole era tan impredecible que ni siquiera llegaba ya a sorprenderme

-¿Cuantas cosas de esas tienes? - pregunté mientras caminábamos por el bosque.

Podría haber estado pensando en la noticia que nos había dado Isabel en la cacería imminente, pero me concentré en avanzar entre los árboles: estaba todo tan mojado que hacía falta un poco de concentración. El agua de la noche anterior goteaba de las ramas al agarrarme a ellas, y los pies me resbalaban.

-Cinco -respondió Cole, que se había parado a golpear el zapato contra el

tronco de un árbol. Del dibujo de las suelas cayeron trozos de barro-... Y pico.

--:Y pico?

Cole reanudó la marcha

-Estov preparando una para Tom Culpeper -dijo sin volverse.

No me pareció mala idea.

-- ¿Y que piensas hacer si atrapas uno?

Cole hizo un ruido de asco exagerado al pisar un montón de boñigas secas de ciervo

—Averiguar qué es lo que nos hace transformarnos y si tú estás curado de verdad —me sorprendió que no me hubiese pedido todavía una muestra de sangre—. Puede que luego te reclute para algún experimento benigno —añadió, pensativo.

Todo apuntaba a que empezaba a conocerlo mejor de lo que creía.

-Puede que no -dije yo.

De pronto olí algo que me recordó a Shelby. Me paré, giré lentamente hasta dar una vuelta completa y pasé con cuidado por encima de una rama verde con púas que arrastraba por el suelo. alaragada como un látigo.

- -- Oué haces. Ringo? -- preguntó Cole deteniéndose a esperarme.
- —Me ha parecido oler... —me callé. No sabía cómo explicárselo.
- -; A la loba blanca? ¿La que tiene mala leche?

Lo miré: su expresión denotaba astucia.

—Sí, Shelby —dije; no encontraba el rastro que había detectado un segundo antes—. Siempre trae problemas. ¿La has visto últimamente?

Cole asintió, lacónico. Se me hizo un nudo en el estómago de pura decepción, fría y sin digerir. Hacía meses que no había visto a Shelby y tenía la esperanza de que se hubiese ido del bosque. No era insólito que algunos lobos abandonasen su manada. En casi todas había un chivo expiatorio con el que los demás se cebaban: lo apartaban de la comida y lo excluían de la jerarquía. Muchas veces, se veía obligado a recorrer cientos de kilómetros para formar otra manada lejos de sus torturadores.

Hacía tiempo, Salem, un lobo mayor al que no había conocido como humano, era el macho omega de la manada del bosque de Boundary. Pero mientras intentaba sobrevivir a la meningitis, vi lo suficiente a Shelby para saber que había caído en desgracia a ojos de Paul y, por lo tanto, a ojos de la manada. Era como si Paul supiera de algún modo lo que Shelby nos había hecho a Grace y a mí.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Cole.

No quería contárselo. Hablar de Shelby suponía sacar sus recuerdos de las caias en las que los había guardado cuidadosamente, y no me apetecía hacerlo.

—Shelby prefiere ser loba. Tuvo... tuvo una infancia desgraciada, no sé dónde, y está desequilibrada —respondí con cautela.

Nada más decirlo ya estaba arrepentido, porque era lo mismo que había dicho de mí la madre de Grace.

Cole resopló.

-Así le gustan a Beck-dijo.

Se dio media vuelta y echó a andar tras el rastro que había dejado Shelby; unos segundos después lo seguí, aunque tenía la cabeza en otra parte.

Estaba recordando el día en que Beck había llevado a Shelby a casa. Nos dijo que le diésemos tiempo, que la dejásemos respirar, que necesitaba muchas cosas que nosotros no podíamos ofrecerle. Pasados unos meses, un día de calor, Beck me dijo: « ¿Podrías ir a ver qué hace Shelby?». En realidad, no pensaba que estuviese haciendo nada: si no. habría ido él mismo.

La encontré fuera de la casa, en cuclillas junto a la entrada. Dio un respingo cuando me oyó, pero al ver que era yo se dio media vuelta, indiferente. Para ella, yo era como el aire: ni bueno ni malo. Estaba allí, y punto. No reaccionó cuando me acerqué hacia donde estaba agachada, con la cara oculta por su pelo de un rubio clarísimo.

Sujetaba un lápiz en la mano, y estaba usando la punta para remover trocitos de tripas y vueltas de intestino. Parecían lombrices. Entre ellos había algún órgano de color verde metálico con aspecto aceitoso. En el otro extremo de las tripas, a unos centímetros, se estremecía y movía las patas un estornino, apoyado primero en el pecho y luego de costado, amarrado al lápiz de Shelby por sus propias visceras.

-Esto es lo que les hacemos cuando nos los comemos -dijo Shelby.

Recuerdo que me quedé allí de pie intentando oír cualquier rastro de emoción en su voz. Señaló la caja torácica del pájaro, destrozada, con el lápiz que tenía en la otra mano, y caí en la cuenta de que era uno de los lápices que tenía en mi habitación. De Batman. Acababa de sacarle punta. La imagen de Shelby en mi habitación me resultaba más real y horripilante que el animal torturado y tirado junto a la entrada asfaltada.

- -¿Eso lo has hecho tú?-pregunté. Sabía que sí.
- —Aquí tiene el cerebro. Es más pequeño que el ojo de un avestruz —dijo Shelby como si yo no hubiese abierto la boca.

Señaló el ojo del estornino. Vi que apoyaba la punta del lápiz en la superficie brillante y en mi interior algo se preparó para lo inevitable. El estornino yacía inmóvil, pero se le notaba el pulso en las tripas que quedaban a la vista.

-No lo hagas -dije.

Shelby le atravesó el ojo con mi lápiz de Batman y esbozó una sonrisa ausente que no tenía nada que ver con la alegría. Me miró sin girar la cabeza.

Me quedé allí plantado, respirando entrecortadamente, con el corazón latiéndome a toda velocidad como si me hubiese atacado a mí. Al mirar a Shelby y al estornino, negro, blanco y rojo, me resultaba difícil recordar qué se sentía al

ser feliz.

Nunca se lo conté a Beck

Era prisionero de la vergüenza. No se lo había impedido. Lo había hecho con mi lápiz. Y como penitencia, nunca olvidé aquella imagen. La llevaba a cuestas, y pesaba mil veces más que el cuerpo de aquel pajarillo.

¿Y qué tosco animal, al que por fin ha llegado la hora, se arrastra hacia Belén para nacer?

Deseé que Shelby estuviera muerta y que su rastro, que seguíamos Cole y yo, no fuese más que un fantasma, un recuerdo en lugar de una promesa. Mucho tiempo atrás, me habría bastado con que abandonase el bosque en busca de otra manada. Pero yo ya no era aquel Sam. Esperaba que estuviese en alguna parte de la que ya no pudiese volver.

Pero su olor en la maleza húmeda era demasiado fuerte. Estaba viva. Había pasado por allí hacía poco.

Me detuve a escuchar

—Cole

El detectó el tono de advertencia en mi voz y se paró en seco. Durante unos segundos, no oímos nada salvo el murmullo del bosque animándose al entrar en calor Los pájaros chillaban de árbol en árbol. Lejos, fuera del bosque, el ladrido de un perro recordaba a un canto tirolés. Y por fin, un sonido angustioso, lejano y apenas audible. Si no nos hubiéramos detenido, el ruido de nuestros pies lo habría tapado. Era el gimoteo de un lobo en apuros.

--¿Es una de tus trampas? --le pregunté en voz baja.

Cole negó con la cabeza.

Volvimos a oírlo. Noté en el estómago algo parecido a la duda: no pensaba que fuera Shelby.

Me llevé el dedo índice a los labios y Cole asintió con un leve movimiento de cabeza para indicar que me había entendido. Si había un animal herido, no quería espantarlo antes de que pudiésemos ayudarlo.

De pronto nos convertimos en lobos con piel humana, silenciosos y vigilantes. Igual que cuando era lobo y salía de caza, eché a correr con largas zancadas que apenas tocaban el suelo. Era silencioso sin necesidad de pararme a recordarlo; al olvidarme de mi humanidad apareció el sigilo, esperando a que mi recuerdo lo devolviese al primer plano.

El suelo estaba escurridizo por la humedad. Al bajar a un barranco poco profundo, con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio, di un resbalón y mis zapatos dejaron un rastro de huellas deformes. Me paré a escuchar. Cole resoplaba mientras intentaba seguirme. Volví a oír el gimoteo del lobo, y su angustia hizo que me diese un vuelco el corazón. Continué avanzando

sigilosamente.

Los latidos de mi corazón me retumbaban en los oídos

Cuanto más me acercaba, menos me gustaba aquello. Oía el gimoteo del lobo, pero también un rumor de agua; aquello no tenía sentido. Por el fondo de aquel barranco no corría ningún río, y estábamos muy lejos del lago. Aun así, se oían chapoteos.

Por encima de nosotros un pájaro chilló con fuerza, y la brisa levantó las hojas que me rodeaban para mostrar su pálido envés. Cole me miraba sin ver mientras escuchaba. Llevaba el pelo más largo que cuando nos conocimos y tenía mejor color. Curiosamente, parecía estar en su elemento, alerta y en tensión entre los árboles. La brisa hizo revolotear una nube de pétalos, aunque no había ningún árbol en flor a la vista. Hacía un día normal y precioso de primavera, pero yo respiraba cada vez peor y lo único que me venía a la cabeza era. Recordaré este momento durante el resto de mi vida.

De repente tuve una visión perfectamente clara en la que me ahogaba. El agua fria y fangosa me cubría la cabeza, me quemaba la nariz por dentro y me oorimía los pulmones hasta ahogarme.

Era un recuerdo fragmentario, totalmente fuera de lugar. Así se comunicaban los lobos

Entonces supe dónde estaba. Olvidando mi sigilo, recorrí los últimos metros como buenamente pude.

-: Sam! -gritó Cole.

Logré parar a tiempo. El suelo cedió bajo mi pie derecho y oí el ruido de la tierra al caer en el agua. Retrocedí hasta una distancia prudencial y miré hacia abajo.

A mis pies el barro estaba increiblemente amarillo, como un arañazo de un color irreal por debajo de las hojas oscuras. Era una sima recién abierta, a juzgar por las raíces que habían quedado a la vista, dedos de bruja que asomaban retorcidos de las resbaladizas paredes. El borde del agujero, por donde se había hundido el terreno, era irregular; supuse que era una cueva subterránea cuyo techo no había aguantado el peso de tanta agua. El agujero debía de tener una profundidad de cuatro o cinco metros, no era fácil saberlo. El fondo estaba lleno de barro o de una especie de agua entre amarilla y anaranjada, lo bastante espesa para pegarse a las paredes y lo bastante clara para ahogarse en ella.

Dentro había un lobo con el pelaje apelmazado y lleno de barro. Ya no gimoteaba, simplemente flotaba en el agua. Ni siquiera movía las patas. Tenía el pelaje demasiado sucio para identificarlo.

—: Estás vivo? —susurré.

Al oír mi voz, el lobo movió las patas convulsivamente y levantó la cabeza para mirarme.

Grace

Mi cerebro era una radio sintonizada con todas las emisoras al mismo tiempo; pensaba tantas cosas a la vez que se neutralizaban entre sí.

Vi la prueba de su lucha: marcas de zarpas en la blanda arcilla a la altura de la superficie del agua, trozos de tierra arrancados de la pared del agujero, la huella superficial que había dejado un cuerpo antes de deslizarse de nuevo. Llevaba allí un buen rato y, cuando me miró, vi que estaba cansada de luchar. También detecté complicidad en sus ojos reflexivos y llenos de entendimiento. De no haber sido por el agua fría que la rodeaba, que retenía su cuerpo en forma lobuna, probablemente se habría transformado en humana.

Eso no hacía más que empeorar las cosas.

A mi lado, Cole respiró hondo antes de hablar.

-- ¡No hay nada por lo que pueda subir? Algo para que al menos...

No terminó la frase, porque yo ya estaba buscando algo que nos sirviese alrededor de la boca de la sima. Pero con Grace en su forma lobuna, ¿qué podía hacer? El agua estaba al menos a dos metros por debajo de donde me encontraba, y aunque diese con algún objeto lo bastante largo para llegar hasta ella —quizá hubiese alguno en la cabaña—, tendría que ofrecerle una superficie lo bastante ancha para caminar, ya que no podía agarrarse para trepar. ¿Podría convencerla de que caminara por encima de algo? Ni aun teniendo manos y dedos le hubiese resultado fácil, pero al menos no habría sido totalmente imposible.

—Es inútil —dijo Cole empujando una rama con el pie. La única madera que había cerca del agujero eran un par de pinos podridos derribados por las tormentas y los años, nada útil—. ¡Hay algo en casa?

—Una escalera.

Pero tardaría por lo menos treinta minutos en ir y volver, y no estaba seguro de que Grace pudiese aguantar media hora más. Allí arriba, a la sombra de los árboles, hacía frío, y pensé que en el agua aún debía de hacer más. ¿Cuánto frío podría soportar antes de sufrir hipotermia? Volví a agacharme junto al borde del agujero, lleno de impotencia. Me estaba envenenando lentamente el mismo miedo que había sentido al ver a Cole sufriendo un ataque epiléptico.

Grace había avanzado hasta la pared del agujero más cercana a mí; vi cómo intentaba lograr un punto de apoyo, con las patas temblándole de cansancio. Ni siquiera había conseguido elevarse tres centímetros por encima del agua cuando las patas le resbalaron por la pared. La cabeza apenas le sobresalía del agua, y sus orejas temblorosas estaban a media asta. Se notaba que estaba cansada, helada derrotada.

—No aguantará hasta que traigamos la escalera —dijo Cole—. No le quedan tantas energías.

Sentí náuseas ante la posibilidad de su muerte.

-Cole Es Grace

Me miró a mí en lugar de a ella y torció el gesto.

A nuestros pies, la loba levantó la vista y me sostuvo la mirada durante un segundo en que sus ojos marrones se posaron en los míos, amarillos.

-Grace -dije -. No te rindas.

Mis palabras parecieron darle fuerzas. Volvió a nadar, esta vez hacia otra parte de la pared. Me dolió reconocer a Grace, decidida a no dejarse vencer. Intentó subir de nuevo, con una paletilla apoyada en el barro y la otra pata escarbando en la empinada pared por encima del agua. Tenía las patas traseras apoyadas en algo bajo la superficie. En tensión, con los músculos temblorosos, empujó contra la pared de tierra, cerrando un ojo para que no le entrase el barro. Tiritando, me miró con el ojo que tenía abierto. Qué fácil era mirar más allá del barro, más allá del lobo, más allá de todo, y ver a Grace en aquel ojo.

Entonces cedió la pared. En una lluvia de barro y polvo, cayó al agua y lo salpicó todo. La cabeza de Grace desapareció por debajo del fango.

Durante unos segundos infinitos, el agua marrón quedó inmóvil.

En esos segundos que tardó en volver a la superficie, tomé una decisión.

Me quité la cazadora, me planté junto al borde de la sima y, sin pararme a pensar en las consecuencias, salté.

Oí que Cole gritaba mi nombre demasiado tarde.

Medio me deslicé, medio caí al agua. Toqué con el pie algo resbaladizo y, antes de poder decidir si era el fondo del agujero o simplemente una raíz sumergida, el agua me engulló.

El agua lodosa me escoció en los ojos durante un segundo antes de cerrarlos. En esos segundos de oscuridad, el tiempo desapareció y se convirtió en un concepto arbitrario, y entonces hice pie y saqué la cabeza del agua.

-¡Sam Roth, serás cabrón! -dijo Cole en tono de admiración, lo cual significaba seguramente que había tomado una decisión errónea.

El agua me llegaba por la clavícula. Era viscosa y estaba muy, muy fría. De pie en aquel agujero me sentí como si no tuviese piel, solo huesos y aquella agua glacial pasando entre ellos.

Grace estaba apoyada en la pared de enfrente, con la cabeza contra el barro y el gesto a mitad de camino entre el recelo y algo que su cara lobuna no alcanzaba a expresar. Ahora que ya conocía la profundidad de la sima, supuse que Grace debía de estar de pie sobre las patas traseras, apoyada contra la pared para ahorrar fuerzas.

-Grace -dije, y al oír mi voz, sus ojos se endurecieron de miedo.

Intenté no tomármelo como algo personal; los instintos lobunos tenían prioridad, por mucha humanidad que me hubiese parecido ver en ellos. Aun así, tuve que replantearme mi plan de intentar subirla hasta el borde del agujero. Me costaba concentrarme; tenía tanto frío que me dolía la piel, convertida en carne de gallina. Mis antiguos instintos me ordenaban que saliese del agua antes de

transformarme

Estaba más que fría.

Cole se había agachado junto al borde del agujero. Noté su inquietud; intuía la pregunta que no se atrevía a hacerme, pero no sabía qué contestarle.

Avancé hacia Grace para ver cómo reaccionaba. Sobresaltada, se apartó para defenderse y perdió pie. Se la tragó el agua y desapareció durante varios segundos. Cuando volvió a asomar, intentó en vano encontrar el mismo lugar donde reposaba antes, pero la pared no la sostuvo. Chapoteó débilmente resoplando por la nariz. No le quedaba mucho tiempo.

-¿Quieres que baje? - preguntó Cole.

Negué con la cabeza. Tenía tanto frío que mis palabras eran más aliento que voz

-Demasiado... fría. Te... transformarías.

A mi lado, la loba, angustiada, dejó escapar un gañido apenas audible.

Grace, pensé cerrando los ojos. Por favor, recuerda quién soy. Abrí los ojos.

Había desaparecido. Una onda avanzó lentamente hacia mí desde el lugar donde se había hundido.

Me lancé hacia delante braceando en el agua y mis zapatos se hundieron en el suelo blando del agujero. Pasaron unos segundos angustiosos en los que lo único que rozaban mis brazos era el cieno, y lo único que tocaba con los dedos eran raíces. La sima, que me había parecido pequeña desde arriba, ahora me parecía enorme e insondable.

Solo podía pensar una cosa: Va a morir antes de que la encuentre. Va a morir a unos centímetros de mis dedos, aspirando agua por la nariz y respirando barro. Recordare este momento una y otra vez cada día de mi vida.

Entonces toqué por fin algo más grande. Noté la solidez de su pelo mojado y la levanté hasta sacarle la cabeza del agua.

No debería haberme preocupado que me mordiera. En mis brazos parecía flácida, casi sin peso, lastimosa y deshecha. Era un amasijo de ramitas y barro y estaba fría como un cadáver por todas las horas pasadas en el agua. Por la nariz le salía agua marrón.

Mis brazos no paraban de temblar. Apoyé la frente en su hocico embarrado, pero ella no se movió. Notaba sus costillas presionándome en la piel. Volvió a soltar una bocanada de agua sucia y pringosa.

-Grace -susurré-. Esto no puede acabar así.

Cada una de sus exhalaciones sonaba húmeda y áspera. Mi cerebro era un hervidero de ideas y planes —si pudiese sacarla algo más del agua, si pudiese calentarla un poco, si pudiese mantenerla fuera del agua hasta que se recuperara, si Cole pudiese traer la escalera—, pero era incapaz de concentrarme en ninguno. Sosteniéndole la cabeza por encima del barro líquido, me giré lentamente, tanteando con los pies para buscar el saliente en el que había estado

apoy ada.

Levanté la vista hacia el borde del agujero. Cole había desaparecido.

No supe qué pensar.

Encontré bajo el agua una raíz gorda y resbaladiza que aguantaba mi peso, me subi encima y me apoyé en la pared, con el cuerpo lobuno de Grace en mis brazos. La apreté contra mi pecho hasta que sentí los latidos rápidos e irregulares de su corazón. Estaba temblando, no sabía si de miedo o de agotamiento. Tampoco sabía cómo ibamos a salir de allí.

Lo que sí sabía era que no pensaba soltarla.



Correr siendo un lobo no suponía ningún esfuerzo. Todos los músculos tenían esa finalidad. El cuerpo entero contribuía a ese movimiento continuo y perfecto, y el cerebro de un lobo no contemplaba la idea de cansarse en ningún momento. Solo pensabas en correr como si nunca fueras a parar, hasta que te parabas.

Siendo humano me sentía torpe y lento. Con tanto barro, mis pies no me servían de gran cosa; se me pegaba a las suelas y tenía que detenerme constantemente para quitármelo. Cuando llegué a la cabaña, estaba sin aliento y me dolían las rodillas de correr cuesta arriba. Pero no había tiempo para descansar. Ya tenía una idea más o menos clara de lo que quería coger, a menos que encontrase algo mejor. Abrí la puerta y examiné lo que había dentro; algunas cosas que me habían parecido infinitamente prácticas la primera vez que las había visto me parecían ahora inútiles y superfluas. Cajas de plástico llenas de ropa y otras con comida. Agua embotellada. Un televisor Mantas.

Localicé las cajas de herramientas y busqué en ellas lo que necesitaba: algún tipo de cable, correa, cuerda, una serpiente pitón. Cualquier cosa que pudiese atar alrededor de una caja grande para convertirla en una especie de montacargas para lobos. Pero no había nada. Aquello era como una guardería para

licántropos: provisiones para picotear algo y echarse a dormir.

Solté un taco

Quizá debería arriesgarme a tardar un poco más e ir a casa para coger la escalera.

Pensé en Sam, temblando en aquel agujero con Grace en brazos.

De repente me vino un recuerdo: el cadáver de Victor en el fondo de un hoyo mientras le caía tierra encima. Solo se trataba de una mala pasada de mi cabeza, y ni siquiera era cierto —antes de enterrarlo, lo habíamos envuelto en una manta —, pero era suficiente. No pensaba enterrar a otro lobo con Sam. Y menos a Grace

Estaba empezando a desarrollar una teoría sobre Sam y Grace y sobre el hecho de que Sam fuese incapaz de funcionar sin ella: esa clase de amor solo funciona cuando estás seguro de que el otro siempre estará ahí. Si la mitad de la ecuación se va, o muere, o su amor no es del todo perfecto, el conjunto se convierte en la historia más trágica y penosa del mundo, ridícula de puro absurda. En ausencia de Grace, Sam era un chiste sin la gracia final.

Piensa, Cole. ¿Cuál es la respuesta lógica?

Era mi padre quien me hablaba.

Cerré los ojos, me imaginé las paredes del agujero y a Grace, Sam y yo en lo alto. Qué fácil. A veces, la mejor solución era más sencilla.

Abrí los ojos, cogí dos de las cajas más capaces, las volqué para vaciarlas y agarré una toalla. Metí una caja dentro de otra, junto con la toalla, y me embutí las tapas debajo del brazo. Era como si las mejores armas de mi vida siempre hubiesen sido las más inofensivas: cajas grandes de plástico, un CD en blanco, una jeringuilla sin marcar, mi sonrisa en una habitación a oscuras.

Cerré de golpe la puerta de la cabaña.

### Grace

Estaba muerta y flotando en un lugar lleno de agua, más profundo y ancho que yo. Era burbujas al respirar barro en la boca lo veía todo negro un segundo y al siguiente

ya era

Grace.

Flotaba muerta en un lugar lleno de agua

más fría y fuerte que yo.

No te duermas.
El calor de un cuerpo pegado a mi piel
desgarrada
Por favor, Grace. ¿Me entiendes?
Vuelta del revés
todo
amarillo, dorado, la piel embadurnada
No te duermas.
Estaba
despierta

### Cole

Cuando llegué, el agujero estaba sumido en un silencio inquietante. No sabía por qué, pero esperaba encontrarme a Sam y a Grace muertos. En otra época hubiese atrapado esa sensación para componer una canción con ella, pero de eso hacía mucho tiempo.

Y no estaban muertos. Sam levantó la vista cuando llegué al borde del agujero. Tenía el pelo pegado a la cabeza; eran las típicas greñas que uno se arregla sin pensar, pero a Sam no le quedaba ninguna mano libre. Los hombros le temblaban de frío y pegaba la barbila contra el pecho al estremecerse. Si no hubiese sabido lo que llevaba en brazos, nunca habría adivinado que aquella cosa pequeña y oscura era un animal vivo.

-Cuidado -dije.

estaba

Sam miró hacia arriba en el momento en que yo lanzaba las dos cajas y entrecerró los ojos cuando se estrellaron contra el agua con un chapuzón que me salpicó incluso a mí. Mi lobo interior se sobresaltó con la sensación de frío, pero esta desapareció casi inmediatamente. Era un extraño recordatorio de que al final volvería a transformarme en lobo, y no porque me hubiese pinchado con una aguja o hubiese experimentado con nada. Al final me transformaría porque no podía evitarlo.

- -¿Co-cole? preguntó Sam desconcertado.
- —Ponte de pie sobre las cajas. Quizá con una hay a suficiente. ¿Pesa mucho?
- —No...
- —Entonces podrás pasármela.

Esperé mientras Sam avanzaba con torpeza hacia la caja más cercana. Estaba flotando: iba a tener que hundirla y ponerla boca abajo para que le sirviese de plataforma. Intentó inclinarse para agarrar el borde sin soltar a Grace,

pero su cabeza se separó del pecho de Sam y cayó a un lado, flácida y sin fuerzas. Estaba claro que no podía manejar la caja sin soltar a Grace, y soltar a Grace significaba ahogarla.

Se quedó plantado mirando cómo flotaba el bidón, con los brazos temblando por debajo de Grace. Estaba totalmente immóvil. Tenía la cabeza ladeada y miraba el agua o algo que había más allá. Sus hombros dibujaban dos líneas descendentes. Victor me había enseñado a reconocer lo que significaba eso: rendirse se decía igual en cualquier idioma.

Uno puede sentarse y dejar que los demás se adueñen de su solo, o levantarse y apropiarse de la música. La verdad era que a mí nunca me había favorecido quedarme sentado.

—¡Cuidado! —grité. Y sin darle a Sam tiempo para reaccionar, medio me deslicé, medio salté al agujero.

Durante un segundo sentí un vértigo enorme, porque mi cuerpo no estaba seguro de hasta dónde caería. Pegué los brazos al cuerpo justo antes de que el barro líquido me cubriese.

-Esto quema -dije entre dientes, porque el agua estaba muy, muy fría.

Tras su máscara lodosa la expresión de Sam parecía vacilante, pero enseguida entendió lo que me proponía.

- -Hav... hav que darse prisa.
- —¿Tú crees? —pregunté.

Sam tenía razón: el agua fría se agitaba y me toqueteaba, palpando al lobo que había dentro de mi. Volqué la primera caja y el peso del agua acabó por hundirla. A tientas, haciendo todo lo posible por bloquear los retortijones, la puse boca abajo y la empujé hasta el fondo. Alcancé la otra, dejé que se llenase de agua y la coloqué de lado sobre la primera. Agarré la tapa, que estaba flotando, y cerré la caja de arriba.

-Su-sujétala -dijo Sam-. De-deja que agarre bien a Grace y ...

No acabó la frase, pero no era necesario. Se cambió a Grace de brazo y subió a la primera caja. Alargué la mano que tenía libre para sujetarlo. Su brazo tenía la misma temperatura que el barro. Subió a la segunda caja sin soltar a Grace, tan inerte en sus brazos como un perro muerto. Las cajas se tambalearon; yo era lo único que evitaba que se desmoronasen bajo su peso.

—Deprisa —susurré.

Dios, qué fría estaba el agua; no podía acostumbrarme. Iba a transformarme en lobo, pero no, aún no... Agarré el borde de las cajas. Sam estaba con Grace de pie sobre la de arriba, y su hombro quedaba a la altura del borde del agujero. Cerró los ojos durante un segundo, susurró una disculpa y acto seguido lanzó el cuerpo de la loba fuera del agujero, a tierra firme. Era un metro escaso, pero vi cuánto le dolió. Se giró hacia mí todavía temblando de frío.

Estaba tan cerca de transformarme que ya notaba el sabor a lobo.

—Tú primero —dijo Sam, con los dientes apretados para que no le temblase la voz—. No quiero que te transformes.

No era yo quien importaba ni quien debía salir de aquel agujero a toda costa, pero Sam no dejó espacio para el diálogo. Saltó de la escalera improvisada con un chapuzón que me mojó aún más. En las tripas tenía un nudo del tamaño de mi cabeza que se ataba y se desataba. Era como tener mis propios dedos dentro del diafragma, subiéndome de puntillas por la garganta.

—Sube —insistió Sam.

El cuero cabelludo comenzó a desplazárseme. Sam alargó una mano y me agarró de la mandibula con tanta fuerza que me hizo daño. Me miró fijamente a los ojos y sentí que el lobo que llevaba dentro respondía a su desafio, aquel instinto tácito que le confería autoridad a su orden. A aquel Sam no lo conocía.

—¡Salta! —me ordenó—. ¡Sal de aquí!

Dicho así, no tenía alternativa. Trepé por las cajas con el cuerpo retorciéndoseme y encontré el borde del agujero con los dedos. Cada segundo que pasaba fuera del agua me sentía más humano y menos lobo, aunque aún apestaba a animal, a transformación casi imminente. El olor me envolvía cada vez que giraba la cabeza. Hice una pausa para recuperar fuerzas y salí del agujero arrastrándome sobre el estómago. No era el movimiento más sexy del mundo, pero aun así me quedé impresionado conmigo mismo. A un metro escaso, Grace y acía de costado. Estaba immóvil, pero respiraba.

Sam se subió con inseguridad a la primera caja y esperó un momento hasta encontrar el equilibrio.

—Solo... solo tengo un segundo antes de que esto se caiga —dijo—.  $\parbox{$\xi$Puedes...?}$ 

-Hecho

Se equivocaba: tenía menos de un segundo. Apenas había logrado ponerse en cuclillas sobre la segunda caja cuando las dos comenzaron a derrumbarse bajo su peso. Se estiró hacia arriba y, justo cuando lo agarré del brazo, las cajas cayeron al agua con un ruido más amortiguado de lo que esperaba. Sam agitó el otro brazo para que se lo cogiese, y yo me apoyé en el borde empapado de la sima y tiré de él. Menos mal que era un tío larguirucho con los brazos como ramitas; si no, habríamos acabado los dos de nuevo en el agujero y todo habría terminado. Me quedé reclinado, apoyado en los brazos, sin aliento. No había ni un centímetro cuadrado de mi cuerpo que no estuviese cubierto de barro pegajoso. Sam se sentó junto a Grace, apretando y relajando los puños y mirando las bolitas de barro que se formaban al hacerlo. La loba yacía inmóvil a su lado, respirando entrecortadamente.

- -No hacía falta que bajaras -dijo Sam.
- -Claro que hacía falta.

Levanté la vista y vi que me devolvía la mirada. Allí en el bosque, a oscuras,

sus ojos parecían muy pálidos. Sorprendentemente, eran los ojos de un lobo. Lo recordé agarrándome de la mandibula y ordenándome que subiese, apelando a mis instintos lobunos. La última vez que alguien me había mirado así y me había ordenado que le prestase atención y me concentrase había sido durante mi primera transformación, y la voz había sido la de Geoffrey Beck

Sam estiró un brazo y le tocó el costado a Grace; vi cómo movía los dedos y trazaba el contorno de las costillas, ocultas bajo el pelaje.

—Hay un poema que dice así: Wie lange braucht manjeden Tag, bis man sich kennt—dii o.

Siguió tocando las costillas de la loba, con el ceño fruncido, hasta que ella levantó la cabeza ligeramente, inquieta. Sam se puso las manos sobre el regazo.

-Significa « cuánto nos cuesta, cada día, conocernos el uno al otro» . No he sido i usto contigo.

Las palabras de Sam no tenían importancia, o en el fondo quizá sí.

- —Reserva tu poesía alemana para Grace —dije tras una pausa—, no vay as a contagiarme tus rarezas.
  - —Lo digo en serio.
- -Yo también -contesté sin mirarlo-. Hasta curado eres increíblemente anormal

Sam no se rió

- —Acepta la disculpa. Cole. v no volveré a sacar el tema.
- —Vale —contesté, poniéndome en pie y lanzándole la toalla—. Disculpa aceptada. En tu defensa, diré que no me merecía que fueses justo conmigo.

Sam envolvió cuidadosamente el cuerpo de la loba con la toalla. Ella dio un respingo, pero estaba demasiado cansada para reaccionar.

—No me educaron así —dijo por fin—. La gente no debería tener que ganarse la amabilidad, sino la crueldad.

De repente pensé en lo diferente que habría sido aquella conversación con Isabel delante. Ella no habría estado de acuerdo; pero, para Isabel, la crueldad y la amabilidad a menudo eran lo mismo.

-En fin... -suspiró Sam.

Levantó a Grace en brazos, embutida en la toalla de forma que no se pudiera rebullir ni aunque recuperase las fuerzas, y se encaminó hacia la casa.

En lugar de seguirlo, retrocedí hasta el borde de la sima y miré hacia abajo. Las cajas seguían flotando en el barro, tan cubiertas de aquella pasta sucia que era imposible adivinar su color original. La superficie del agua estaba inmóvil, y no había nada que hiciese adivinar su profundidad.

Escupi en el agujero. El agua era tan espesa que, al tocar la superficie, mi escupitajo ni siquiera formó ondas. Habría sido una mierda morir allí dentro. Pensé que todas las maneras de morir que había intentado habían sido fáciles. En ese momento no me lo habían parecido, cuando estaba tirado en el suelo diciendo

« bastabastabastabastabastapuierosalirdeaquí» sin nadie que me escuchase. Nunca se me había ocurrido pensar que pudiese ser un privilegio morir siendo Cole y no otra cosa.

# CAPÍTULO VEINTICUATRO Isabel

Antes de morir Jack, mis padres siempre hacían lo mismo: elegían un momento en el que mi hermano y yo estuviésemos tan tranquilos —a veces simplemente estudiando, pero más a menudo cuando estábamos a punto de salir, por ejemplo, para ver una película cuyo estreno esperábamos desde hacía meses— y nos secuestraban

Nos llevaban a II Pomodoro, o sea, El Tomate para los que, como yo, no hablan paleto. Il Pomodoro estaba a una hora y media de Mercy Falls en mitad de ninguna parte, que no es moco de pavo, teniendo en cuenta que Mercy Falls también estaba en mitad de ninguna parte. ¿Qué sentido tenía ir de un culo del mundo a otro? La gente pensaba que Tom Culpeper era un abogado estirado que destripaba a sus rivales con la facilidad de un velocirráptor, pero yo sabía la verdad: mi padre se transformaba en un gatito enternecedor en manos de unos italianos que le servían pan de ajo mientras un tenor cantaba suavemente de fondo.

Total, que después de un duro día en el instituto, muerta de ganas de terminar para acercarme hasta la casa de Beck a ver qué hacían Sam y Cole, con la cabeza ocupada en un millón de cosas, debería haberme imaginado que era el momento ideal para un secuestro paterno. Pero como había pasado más de un año desde el anterior, me pilló desprevenida y con la defensa baja. En cuanto salí de clase, me sonó el móvil. Era mi padre, claro, así que o lo cogía o me arriesgaba a cargármela. Abrí el teléfono y le indiqué con un gesto a Mackenzie que siguiera sin mí.

- —¿Si? —dije, presionando el mando del coche para comprobar si podía abrirlo desde tan lej os.
- —Vuelve directamente a casa cuando termines —respondió mi padre. Se oyó en el fondo el rumor del grifo y el ruido de una polvera al abrirse—. Esta noche vamos a Il Pomodoro. Saldremos en cuanto llegues.
- —¿Lo dices en serio? —pregunté—. Tengo deberes y mañana madrugo. Podéis ir sin mí, será más romántico.
- —Ja, ja, ja —la alegría de mi padre era todavía más implacable que su ira—. Vamos en grupo, Isabel. Es una especie de fiesta de celebración. Todos quieren verte; ha pasado mucho tiempo desde la última vez —mi madre murmuró algo —. Tu madre dice que si vas, te pagará el cambio de aceite del coche.

Abri la puerta del todoterreno y frunci el ceño al ver el charco que estaba pisando. Aquella semana todo estaba pasado por agua. Del coche salió una bocanada de aire tibio, señal de que estábamos en primavera: había hecho suficiente calor para templar el interior del coche mientras estaba cerrado.

—Eso ya me lo prometió el otro día a cambio de llevarle la ropa a la tintorería.

Mi padre se lo comunicó a mi madre. Durante unos segundos reinó el silencio y luego se oyó otro murmullo.

- —Dice que te llevará a Duluth para algo llamado mechas y reflejos. Espera, yvas a hacerte algo en el pelo? No es que me gusten mucho las...
- —En serio, no quiero ir —interrumpí—. Ya había hecho planes. De todos modos, ¿qué celebráis? ¿Es por lo de la cacería?
- —Bueno, sí, pero no vamos a pasarnos la noche hablando de eso. Será divertido. Vamos a...
- —Venga, vale. Iré. Dile a mamá que, más que teñirme, lo que necesito es un corte de pelo. Pero no con el inútil que le gusta a ella. Me hace parecer una maruja. Debió de aprender a cortar el pelo viendo teleseries de los años noventa.

Me subí al coche y arranqué el motor intentando no pensar en la noche que me esperaba. Por Grace y por Sam hacía cosas que no hubiese hecho por nadie más.

-Me haces muy feliz, Isabel -dijo mi padre.

Fruncí el ceño mirando el volante, pero decidí creerlo. Más o menos.

ese sitio. Éramos de California, por el amor de Dios; deberíamos haber tenido cierto criterio culinario. Pero alli estábamos, sentados a una mesa con un mantel de cuadros rojos y blancos y escuchando cómo una pobre aspirante a soprano cantaba ópera junto a nuestra mesa, mientras leíamos el menú y picoteábamos cuatro clases diferentes de pan, ninguna de las cuales parecía italiana. La sala estaba oscura y tenía techos bajos y paredes insonorizadas. Aquello era una tumba italoamericana aderezada con pesto.

Había hecho todo lo posible para sentarme al lado de mi padre, porque éramos unas quince personas y el objetivo de acudir a la cena era estar lo bastante cerca de él para escuchar lo que decía. Al final acabé con una mujer llamada Dolly sentada entre él y yo. Su hijo, que debía de haberse peinado poniéndose de espaldas a la hélice en un túnel de viento, se sentó a mi otro lado. Mordisqueé los extremos de un colín e intenté no tocar con los codos a ninguno de mis vecinos de mesa

De pronto, algo pasó volando por encima de la mesa y aterrizó en medio de mi escote. Justo enfrente, otro superviviente del túnel de viento —un hermano, quizá—sonreía y miraba furtivamente a mi vecino de mesa. Dolly, ajena a todo aquello, hablaba con mi madre, que se sentaba al otro lado de mi padre.

Me apoyé en la mesa y me incliné hacia el que me había tirado la miga de pan.

—Si vuelves a hacerlo —dije en un tono tan alto que se sobrepuso a la voz de la cantante de ópera, a las de Dolly y mi madre y a los crujidos de los colines—, el primer hijo que teneas se lo venderé al demonio.

—Es un plasta. Perdona —me dijo el chico que tenía al lado cuando volví a recostarme, aunque lo que en realidad quería decir era: « Qué excelente excusa para empezar una conversación. ¡Gracias, hermano!» . Grace habría dicho: « A lo mejor solo intentaba ser amable» , porque Grace siempre pensaba bien de la gente. Pero Jackme habría dado la razón.

En realidad, me costaba mucho olvidar que la última vez que había estado allí, Jack se había sentado enfrente de mí, de espaldas a aquella estantería llena de botellas de vino, igual que el chaval que tenía enfrente. Aquella noche Jack se había comportado como un imbécil, aunque intenté no acordarme de esa parte. Sentía que si me ponía a recordar lo mucho que lo despreciaba a veces, no lo añoraba como debía. Prefería recordarlo sonriente y sucio de tierra en el camino de entrada a casa, aunque a veces me parecia imaginar más bien un recuerdo de un recuerdo de su sonrisa en vez de la sonrisa en sí. Si lo pensaba demasiado, acababa por sentirme inerávida. sin asideros.

La cantante de ópera se calló, todo el mundo aplaudió educadamente y ella pasó al pequeño escenario que estaba en un lado del restaurante, donde consultó algo con otra persona que llevaba un traje igual de deprimente. Mi padre aprovechó la ocasión para golpear la copa con la cuchara. —Un brindis para todos aquellos que tengan algo en la copa con lo que brindar —dijo incorporándose a medias—. Por Marshall, que creyó en la viabilidad del proyecto. Y por Jack, que no puede acompañarnos esta noche... — hizo una pausa—, pero que, si estuviese aquí, nos daría la lata para que le deiásemos beber.

Aunque fuese cierto, me pareció un brindis de lo más cutre, pero dejé que Dolly y el chico que tenía al lado entrechocasen sus copas con la mía, llena de agua. Miré desdeñosamente al chaval que tenía enfrente y retiré la copa antes de que la tocase con la suya. Ya me sacaría luego la miga de pan de la blusa.

Marshall presidía la mesa. No paraba de hablar con voz potente de congresista, de esas a las que les queda bien decir cosas como « impuestos menos gravosos para la clase media», « gracias por su donativo» y « cielo, ¿puedes traerme ese suéter que tiene un dibuio de un pato?».

- —¿Sabíais que tenéis los lobos más peligrosos de Norteamérica? —dijo en cierto momento con voz retumbante y tono coloquial, y sonrió de oreja a oreja, feliz de haber compartido aquella información con nosotros. Se había aflojado la corbata como si estuviese entre amigos y no trabajando—. Hasta que entró en acción la manada de Mercy Falls, solo se habían confirmado dos ataques mortales de lobos en Norteamérica. En total. A humanos, claro. Más al oeste, no era raro que mataran reses; por eso establecieron la cuota de doscientos veinte lobos en Idaho
  - -¿Esos son los lobos que se pueden cazar? -preguntó Dolly
- -Exacto -dijo Marshall, con un repentino acento de Minnesota que me sorprendió.
  - -Parecen muchos lobos -repuso Dolly -. ¿Aquí tenemos tantos?
- Mi padre intervino con suavidad; comparado con Marshall, parecía más cultivado y elegante. Aunque, teniendo en cuenta que estábamos cenando en II Pomodoro, está claro que de culto no tenía nada.
- —Oh, no. Se estima que la manada de Mercy Falls tiene unos veinte o treinta animales. Como mucho —dijo.

Me pregunté cómo habría reaccionado Sam ante aquella conversación y qué habrían decidido hacer Cole y él, si es que habían decidido algo. Recordé la extraña determinación que había reflejado la cara de Sam en la librería y me sentí vacía e incompleta.

- —Entonces, ¿qué hace que nuestra manada sea tan peligrosa? —preguntó Dolly apoyando la barbilla en los dedos. Estaba recurriendo a un truco que yo usaba a menudo: fingir ignorancia interesada para atraer toda la atención.
- —La familiaridad con los humanos —respondió mi padre, haciendo un gesto a uno de los camareros para indicarle que trajera ya la comida—. Lo que más ahuyenta a los lobos es el miedo; una vez que pierden el miedo, son unos depredadores territoriales. En el pasado, en lugares como Europa o la India,

había manadas con fama de asesinas de personas.

No había ni rastro de emoción en su voz cuando decía « asesinas de personas» no estaba pensando en « asesinas de Jacl». Tenía un objetivo, una misión, y mientras se centrase en eso, estaría bien. Aquel era mi padre esiempre: poderoso y frustrante pero, a fin de cuentas, alguien de quien estar orgullosa y a quien respetar. No había visto aquella versión de mi padre desde antes de la muerte de Jack Comprendí amargamente que, de no haber estado en juego las vidas de Sam, Grace y Cole, me habría sentido feliz en aquel momento a pesar de estar en Il Pomodoro, viendo a mis padres sonreir y charlar como en los viejos tiempos. Solo que todo aquello tenía un precio. Podía recuperar a mis padres pero a cambio tenía que perder a todos mis amigos de verdad.

- —Oh, no, en Canadá tienen manadas importantes —le estaba explicando mi padre al hombre que tenía enfrente.
- —No es solo una cuestión de número —añadió Marshall, porque si no lo decía él, no lo decía nadie.

Nos quedamos callados hasta que la cantante se arrancó de nuevo sobresaltando a todos los comensales. Vi que la boca de Marshall formaba claramente un «Dios mío», pero era imposible oírlo por encima de los gorgoritos de la soprano.

Sentí el teléfono vibrar contra mi pierna al mismo tiempo que algo me cosquilleaba en el cuello. Levanté la vista y vi que el estúpido de enfrente me sonreía con cara de bobo: acababa de lanzarme otra miga de pan que se me había colado por el escote igual que la primera. El volumen de la música era demasiado alto para decirle algo; menos mal, porque lo único que se me ocurría eran tacos. Es más, cada vez que lo miraba, volvía a acordarme de Jack allí sentado y de cómo estábamos todos hablando de los animales que lo habían matado y no de él, que ya no volvería a sentarse en aquel restaurante. Di un respingo cuando algo volvíó a rozarme, esta vez en la cabeza. Era el chico de al lado, que tenía los dedos junto a mi sien.

-Tienes algo en el pelo -gritó por encima de la música.

Levanté la mano para indicarle que no siguiese por ahí.

Mi padre estaba enzarzado en una benévola partida de gritos con Marshall, intentando hacerse oír por encima de algo que recordaba bastante a Bizet.

-Desde el aire se ve todo -le oí gritar.

Cogí el teléfono y lo abrí. Al ver el número de Sam, los nervios me hicieron un nudo en el estómago. Me había enviado un mensaje de texto lleno de erratas.

la hmos encontradp, staba fatl xo cole la salvo comoun heroe, pense qt gustria sabrlo, s

No daba nombres: Sam sabía ser muy listo cuando quería. Pero me resultaba

dificil imaginarme las palabras « Cole» y « héroe» en la misma frase. « Héroe» parecia indicar algún tipo de galantería. Intenté contestarle por debajo de la mesa para que no me viesen ni aquel chico tan servicial que tenía a un lado ni Dolly, que tenía al otro. Le dije que estaba cenando, enterándome de algunos detalles, y que ya hablaríamos más tarde. O que me pasaría por allí. Cuando escribí « A lo mejor me paso», volví a sentir un retortijón en el estómago y un absurdo subidón de culpabilidad que me dejó sin aliento.

La soprano dejó de cantar y todo el mundo aplaudió —Dolly justo a la altura de mi oreja—, pero mi padre y Marshall siguieron hablando inclinados el uno hacia el otro. como si no se hubiesen enterado de que había parado la música.

—... hacerlos salir del bosque como la otra vez pero con más hombres, permisos de caza, autorización de Medioambiente y toda la pesca, y cuando estén al norte del bosque de Boundary, a cielo abierto, los helicópteros y los tiradores se encargarán de ellos.

—Con que hay a un noventa por ciento de aciertos como en Idaho... —repuso
Marshall con el tenedor apoy ado en un entrante, como si estuviera tomando notas
con él

—El resto vendrá rodado —dijo mi padre—. Sin la manada no pueden sobrevivir. Hacen falta más de dos lobos para abatir a las presas.

El teléfono volvió a vibrarme en las manos. Lo abrí. Era Sam de nuevo.

### pense q se ibaa morir, no sabs lo alivjado q estoy

Oi que el chico de enfrente se reía y supuse que me había lanzado algo que yo no había notado. No quise mirarlo porque solo vería su cara delante de la estantería, justo donde había estado la de Jack De pronto supe que iba a vomitar, y no precisamente a largo o medio plazo. Tenía que salir de inmediato si no quería hacer nada de lo que avergonzarme.

Eché la silla hacia atrás y empujé a Dolly, que estaba haciendo alguna pregunta estúpida. Me abrí paso entre mesas, cantantes y entrantes hechos de marisco procedente de algún lugar muy lejos de Minnesota.

Llegué al cuarto de baño —una sala sin compartimentos, equipada como si se tratase del cuarto de baño de una casa y no de un restaurante— y me encerré dentro. Me apoyé contra la pared y me tapé la boca con la mano. Pero en lugar de vomitar, me eché a llorar.

No debería habérmelo permitido, porque al salir tendría la nariz colorada e hinchada y los ojos rojos, y todos sabrían que había estado llorando, pero no pude evitarlo. Era como si las lágrimas me asfixiaran. Respiré entrecortadamente. Mi cabeza era un torbellino: Jack sentado a la mesa comportándose como un imbécil, la voz de mi padre hablando de los cazadores y los helicópteros, el hecho de que Grace hubiese estado a punto de morir sin y o saberlo, los chicos estúpidos

que me tiraban cosas para colármelas por el escote, seguramente exagerado para una cena de familia, Cole mirándome mientras yo estaba tendida en la cama, y aquello que lo había desencadenado todo: el texto sincero y con erratas de Sam sobre Grace.

Jack ya no estaba, mi padre siempre conseguía lo que quería, yo deseaba y odiaba a Cole St. Glair, y nadie, nadie iba a sentir jamás por mí lo que Sam sentía por Grace justo cuando me había enviado aquel mensaje.

Estaba sentada en el suelo del cuarto de baño, con la espalda contra el armario del lavabo. Recordé lo mordaz que habia sido al encontarme a Cole hecho polvo, tirado en el suelo de la casa de Beck, no la última vez, sino cuando me había dicho que necesitaba salir de su cuerpo o suicidarse. Había pensado que era débil, egoísta, que se miraba el ombligo. Pero ahora lo entendía. Si en ese momento alguien me hubiese dicho: «Isabel, tómate esta pastilla y todo desaparecerá». me la habíra tomado.

Llamaron a la puerta.

—Está ocupado —dije, furiosa porque mi voz sonase pastosa y tan distinta a la mía.

—¿Isabel? —preguntó mi madre.

Había llorado tanto que estaba jadeante. Intenté hablar sin alterarme.

—Enseguida salgo.

El pomo giró: con las prisas había olvidado echar el pestillo.

Mi madre entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Miré al suelo, humillada. Lo único que podía ver eran sus pies, a unos centimetros de los mios. Llevaba los zapatos que le había regalado. Me dieron ganas de echarme a llorar otra vez, cuando intenté reprimir el sollozo, me salió un gemido ahogado.

Mi madre se sentó en el suelo a mi lado, también con la espalda contra el lavabo. Olía a rosas igual que yo. Apoyó los codos en las rodillas y se pasó la mano por su cara serena de doctora Culpeper.

—Les diré que has vomitado —dijo. Apoyé la cabeza entre las manos—. Me he tomado tres copas de vino, así que no puedo conducir —sacó las llaves y me las puso delante de las manos para que pudiese verlas entre los dedos—. Pero tú si.

—¿Y qué pasa con papá?

-Tu padre puede irse con Marshall. Hacen buena pareia.

Levanté la vista

—Pero me verán

Mi madre negó con la cabeza.

—Saldremos por la puerta que hay en este lado. No tenemos por qué pasar junto a la mesa. Voy a llamar a tu padre —sacó del bolso un pañuelo de papel y me secó la barbilla—. No soporto este maldito restaurante.

```
—Vale —diie.
```

—¿Vale? —Vale

Se levantó y le di la mano para que tirase de mí.

—No deberías sentarte en el suelo —dijo—. Está sucio y podrías pillar un rotavirus, alguna bacteria o yo qué sé. ¿Por qué tienes un trocito de pan dentro de la camisa?

Me saqué las migas con delicadeza. Nuestros dos reflejos en el espejo se parecían inquietantemente, solo que mi cara estaba hecha un desastre por las lágrimas y encima iba despeinada, y ella no. Justo lo contrario de los doce meses anteriores.

-Vale -dije -. Vámonos antes de que vuelvan a cantar.

# CAPÍTULO VEINTICINCO Grace

No recordaba haberme despertado. Solo recordaba que existía. Me incorporé parpadeando ante aquella luz tan intensa, me protegí la cara con las manos y me palpé la piel. Me dolía todo, pero no como cuando me transformaba, sino como si me hubiera visto atrapada en un corrimiento de tierra. Las baldosas del suelo tenían una frialdad implacable. No había ventanas, solo una fila de bombillas sobre el lavabo que creaba un día artificial.

Tardé unos segundos en recobrar la compostura y otros tantos en procesar lo que veía. Un cuarto de baño, Junto al lavabo, enmarcada, una postal de unas montañas. Una ducha con mampara, nada de bañera. Una puerta cerrada. De repente lo reconocí: era el lavabo de la planta alta de casa de Beck Y entonces comprendí el significado de mi presencia allí: había vuelto a Mercy Falls, había vuelto con Sam. Demasiado atontada para poder valorarlo, me levanté. Bajo mis pies, las baldosas estaban llenas de barro y tierra. Su color —un amarillo enfermizo— me hizo toser y ahogarme con un agua inexistente.

Un movimiento me llamó la atención y me quedé inmóvil, con la mano sobre la boca. Pero era yo, nada más: desde el espejo me miraba una versión desnuda de Grace con muchas costillas, los ojos abiertos de par en par y la boca tapada

por los dedos. Bajé la mano para tocarme la última costilla y, como si hubiesen estado esperando ese gesto, me sonaron las tripas.

—Pareces un poco salvaje —susurré, solo para ver cómo se movía mi boca. Seguía hablando igual que vo. Oué tranquilidad.

En el borde del lavabo había varias prendas, dobladas con el esmero de quien está muy acostumbrado a doblar ropa o de quien nunca lo ha hecho. Las reconocí: eran las que me había llevado en la mochila a casa de Beckhacía no sé cuántos meses. Cogí una camiseta blanca de manga larga, mi favorita, y me puse una camiseta azul de manga corta encima; eran viejas amigas. Luego me puse vaqueros y calcetines. Ni sujetador ni zapatos; ambas cosas estaban en el hospital, o donde acabasen las cosas que abandonan en los hospitales las chicas que se desaneran.

Esta era mi vida ahora: me transformaba en loba sin previo aviso, había estado a punto de morir, y lo que más iba a preocuparme a lo largo del día era que tendría que ir por ahí sin sujetador.

Debajo de la ropa había una nota. Sentí cosquillas en el estómago al reconocer la letra de Sam, toda apretada y apenas legible.

GRACE, CRED QUE ESTD ES LO PEDR QUE HE HECHD EN MI VIDA: EN-CERRAR A MI NOVIA EN EL CUARTO DE BAÑO. PERO NO SABÍAMOS QUÉ HACER CONTIGO HASTA QUE TE TRANSFORMASES. AQUÍ TE DEJO LA ROPA. LA PUERTA NO ESTÁ CERRADA CON LLAVE PARA QUE PUEDAS ABRIRLA EN CUANTO TENGAS DEDOS. ME MUERO DE GANAS DE VERTE.

Felicidad. Eso era lo que sentía. Sostuve la nota entre las manos e intenté rememorar lo que había pasado, el momento de mi encierro y el de mi salida del bosque. Era como tratar de recordar el nombre de un actor cuya cara te suena vagamente. Qué exasperación: todos mis recuerdos bailaban sin que pudiese alcanzarlos. Nada, nada, y entonces... entonces empecé a ahogarme con el recuerdo de la oscuridad y el barro. Shelby. Me acordé de Shelby. Tragué saliva y volví a mirarme en el espejo. En mi expresión se notaba el miedo y estaba apretándome el cuello con la mano.

No me gustaba el aspecto que tenía mi cara cuando me asustaba; se parecía a otra chica a la que no reconocía. Me quedé allí plantada y fui recobrando la calma hasta que la Grace que veía en el espejo fue la misma a la que yo estaba habituada, y entonces probé a abrir la puerta. Tal como había dicho Sam, no estaba cerrada con llave. Salí al pasillo.

Me sorprendió descubrir que era de noche. Oí el murmullo de los electrodomésticos en el piso de abajo, el susurro del aire al salir por los conductos de la calefacción, los típicos sonidos que hacía una casa habitada cuando pensaba que nadie la estaba escuchando. Recordé que la habitación de Sam quedaba a la izquierda, pero por su puerta entreabierta solo se veía penumbra. A mi derecha, al final del pasillo, había otra puerta abierta por donde se escapaba la luz. Elegí esa segunda opción. Pasé por delante de unas antiguas fotografías de Becky otras personas sonrientes y, curiosamente, una colección de calcetines clavados a la pared formando un dibujo.

Miré por el hueco de la puerta y vi que era la habitación de Beck Medio segundo después, caí en la cuenta de que no tenía motivos para creer que fuese la habitación de Beck Estaba pintada de verde y azul intensos, los muebles eran oscuros y tenían un diseño sencillo. En la mesita de noche, una lamparita iluminaba una pila de biografías y unas gafas de leer. No había nada especialmente llamativo; solo era una habitación muy cómoda y sencilla, del mismo modo en que Beck parecía alguien cómodo y sencillo.

Pero no era Beck quien estaba metido en la cama sino Cole, despatarrado en diagonal, con los pies colgándole por el borde, los zapatos puestos y los dedos hacia abajo. A un lado tenía un librito encuadernado en piel, y al otro había un montón de paneles sueltos y fotografías.

Cole parecía dormido entre aquel desorden. Comencé a dar marcha atrás, pero en cierto momento la tarima crujió y bajo el edredón azul sonó un ruidito en respuesta.

—¿Estás despierto? —pregunté.

—*Оиі*.

Giró la cabeza para verme mientras me acercaba a los pies de la cama. Me dio la impresión de que estábamos en una habitación de hotel: el ambiente acogedor, ordenado y desconocido, la austera combinación de colores, el flexo encendido, el abandono que flotaba en el aire... El suelo estaba frío, y mis dedos empezaron a pedir a gritos unos calcetines.

Cole levantó la vista. Ver su cara siempre me impresionaba: era tan guapo que tenía que esforzarme por olvidarlo para poder hablar con él como una persona normal. Al fin y al cabo, no podía evitar tener aquella cara. Iba a preguntarle dónde estaba Sam, pero me lo pensé mejor; habría sido bastante maleducado usar a Cole como señal de tráfico.

- —¿Esta es la habitación de Beck? —pregunté, y Cole estiró el brazo por encima del edredón con el pulgar levantado—. ¿Por qué duermes aquí?
- —No estaba dormido —respondió Cole, y rodó hasta quedar boca arriba—.
  Sam nunca duerme y estoy intentando aprender sus secretos.

Apoyé el culo en los pies de la cama, sin llegar a sentarme pero sin estar del todo de pie. Aquello de que Sam no durmiese me puso un poco triste.

—¿Sus secretos están en esos papeles?

Cole se rió. Su risa, corta y seca, parecía sacada de un disco. Pensé que era un sonido solitario

—No, estos son los secretos de Beck —buscó algo a tientas hasta que sus dedos encontraron el libro encuadernado en piel—. El diario de Beck

Posó la otra mano sobre algunos papeles sueltos y me di cuenta de que estaba tumbado sobre unos cuantos más

—Papeles de la hipoteca, testamentos y fondos de inversión, historiales del dentista y recetas de medicamentos con los que Beck intentaba curar a la manada —pumperó

Me sorprendió un poco saber que todas aquellas cosas existían, pero no habría debido sorprenderme. No eran las típicas cosas que Sam hubiese buscado —los datos no eran lo que más le interesaba—, y además, seguramente conocería todo aquello por haberlo vivido.

- —¿Crees que a Beck le gustaría que husmeases en sus cosas? —dije, suavizando la pregunta con una sonrisa.
- —Bueno, él no está aquí —repuso Cole, pero luego se lo pensó mejor y añadió en tono serio—: Beck me dijo que quería que fuese su sucesor y luego se marchó. Esta es la mejor forma que conozco de aprender. Es mucho mejor que reinventar la rueda
- —Creía que Beck quería que lo sucediera Sam —dije, pero acto seguido me respondí y o sola—: Ah... Debió de pensar que no volvería a transformarse y por eso te reclutó a ti.

Bueno, por eso había reclutado a alguien; por que había elegido a Cole en concreto ya no estaba tan claro. En algún momento debió de encontrárselo y pensó que sería un buen lider para la manada; en algún momento debió de verse reflejado en Cole. Pensé que quizá yo también pudiera verlo. Sam tenía los gestos de Beck, pero Cole tenía... ¿la personalidad fuerte de Beck? ¿Su confianza? En Cole había algo parecido al carácter de Beck donde Sam era suave, Cole era impulsivo.

Cole volvió a reírse con la misma risa cínica, llena de bravuconería. Pero era como Isabel; con ella había aprendido que, si le quitabas el cinismo, oías una verdad hecha de cansancio y soledad. Aún se me pasaban muchos de los matices que captaba Sam, pero no era difícil oír las cosas si escuchabas atentamente.

—Reclutar es un verbo demasiado noble —dijo Cole, incorporándose en la cama y tirándose de las piernas para sentarse como los indios—. Me hace pensar en hombres uniformados, en grandes causas y en alistarse para defender el estilo de vida americano. Beck no quería que muriese, por eso me eligió a mí. Creyó que iba a suicidarme y que él podía salvarme.

No pensaba dejar que se saliese con la suy a.

-La gente se suicida a diario -repuse-. Unos treinta mil estadounidenses

cada año o algo así. ¿De verdad piensas que te eligió por eso? Yo no. No es lógico. De entre todo el mundo, está claro que te eligió a ti por una razón concreta, sobre todo teniendo en cuenta que eres famoso y, por tanto, un peligro. Es pura lógica.

Cole me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, agradable porque era sincera.

- —Me caes bien —dij o—. Puedes quedarte.
- —¿Dónde está Sam?
- —Abajo.
- —Gracias —repuse—. Oye... ¿Ha venido Olivia por aquí?

No le cambió la cara, lo que me indicó su ignorancia tanto como cualquier cosa que hubiese podido decir. El estómago me dio un vuelco pequeñito.

- —¿Quién? —preguntó.
- —Otra de las lobas. Es amiga mía. La mordieron el año pasado. Es de mi edad.

Me dolió imaginármela saliendo del bosque y sufriendo lo mismo que yo.

Cole hizo un gesto raro con la cara, pero fue demasiado rápido para descifrarlo; no se me daba bien interpretar las expresiones de la gente. Apartó la vista, se puso a reunir algunos papeles, los apoyó contra uno de sus pies y luego los empujó de forma que volvieron a quedar como al principio.

- —No la he visto.
- -Vale. Me voy a ver a Sam.

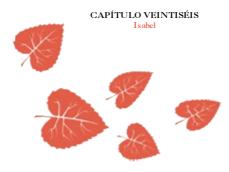
Avancé hacia la puerta con una curiosa burbuja de nervios en el pecho. Sam estaba alli y yo también, en mi propia piel. Iba a estar con él de nuevo. De pronto, senti un miedo irracional a que al verlo las cosas fuesen diferentes, a que lo que sentía no tuviese equivalencia en lo que veía, a que él ya no sintiese lo mismo por mí. ¿V si teníamos que volver a empezar desde cero? Sabía que mis temores eran totalmente infundados y, al mismo tiempo, estaba segura de que no desaparecerían hasta que volviese a ver a Sam.

-Grace -dijo Cole cuando ya me iba.

Me detuve en el umbral y giré la cabeza. Él se encogió de hombros.

—Da igual —murmuró.

Cuando salí al pasillo, Cole ya había vuelto a tumbarse en la cama y los papeles estaban extendidos por encima, por debajo y alrededor de él; estaba rodeado de todo lo que había dejado Beck. No me hubiese extrañado verlo perdido entre todos aquellos recuerdos y palabras, y sin embargo parecía animado, protegido por todo el dolor que lo había precedido.



Conducir delante de mis padres siempre me hacía parecer peor conductora de lo que era. Mira que había pasado tiempo al volante; pero si uno de mis padres se sentaba en el asiento del copiloto, inmediatamente empezaba a frenar bruscamente, a girar demasiado pronto y a encender los limpiaparabrisas al ir a darle al botón de la radio. Aunque nunca me había dado por hablar con gente que no me escuchaba (Sam Roth estaba empezando a ser la excepción), cada vez que mi padre o mi madre se montaban en el coche, empezaba a criticar las matrículas personalizadas que se ponía la gente, a quejarme de que iban demasiado lentos o a comentar que ponían los intermitentes tres kilómetros antes de pensar en girar.

Por eso, cuando iluminé con los faros una camioneta medio fuera de la carretera, con el morro metido en la cuneta, dije:

-Ese se ha lucido al aparcar.

A mi madre, que estaba adormilada y se sentía benévola por el vino y por la hora, aquello le llamó la atención.

-Isabel, para detrás de ellos. A lo mejor necesitan avuda.

Yo solo quería llegar a casa para poder llamar a Sam o a Cole y enterarme

de qué estaba pasando con Grace. Nos quedaban tres kilómetros de camino; el universo estaba siendo un poco injusto conmigo. Iluminado por mis faros, el vehículo parado no tenía buena pinta.

—Mamá, fuiste tú quien me dijo que nunca parase por si me violaban o me secuestraba un demócrata.

Mi madre negó con la cabeza y sacó una polvera del bolso.

—Yo nunca te he dicho eso. Le pega más haberlo dicho a tu padre —bajó la visera para mirarse en el espejito iluminado—. Yo habría dicho « un anarquista».

Avancé lentamente. Era una camioneta de caja alta —siempre he pensado que solo vendem ese tipo de vehículos a tipos mayores de cincuenta años—, y tenía toda la ninta de pertenecer a un borracho que había parado a vomitar.

—¡Qué hacemos? ¡Ni siquiera sabemos cambiar una rueda! —intenté pensar que podía pasarle a alguien para obligarle a parar en el arcén, aparte del asunto vómito

-Hav un policía -dijo mi madre.

Efectivamente, había un coche de policía aparcado con las luces puestas. La caia de la camioneta lo había ocultado hasta entonces.

—Podrían necesitar av uda médica —añadió mi madre en tono animado.

Mi madre vivía con la esperanza de que alguien necesitase ayuda médica. Cuando yo era pequeña, siempre estaba deseando que alguien se hiciese daño en los columpios. En los restaurantes de comidar ápida, se quedaba mirando a los cocineros a la espera de algún desastre. En California siempre se paraba cuando veía algún accidente. Cuando se hacía la superheroína, su frase favorita era: «¿ALGUIEN NECESITA UN MÉDICO? ¡YO SOY MÉDICA!». Una vez mi padre me dijo que no fuese tan dura con ella, que le había costado mucho sacarse el título por problemas familiares y disfrutaba de poder ir diciendo por ahí que era médica. Si, vale, procuré comprenderlo, pero pensaba que ya lo había superado.

Suspirando, me paré detrás de la camioneta. Aparqué mejor que el otro conductor, aunque tampoco era muy difícil. Mi madre salió rápidamente del todoterreno y yo la seguí más despacio. En la parte trasera de la camioneta había tres pegatinas que decían: «Alistate», «Cuelga y conduce» e, inexplicablemente. « Preferiría estar en Minnesota».

Al otro lado de la camioneta, un poli hablaba con un tipo pelirrojo que llevaba camiseta blanca y tirantes —tenía mucha barriga pero poco culo—. Curiosamente, la puerta de la camioneta estaba abierta y había una pistola en el asiento del conductor.

- -¡Doctora Culpeper! -saludó el agente con animación.
- —Hola, agente Heifort. He parado para ver si me necesitaban —respondió mi madre con voz acaramelada.

Aquel tono era su especialidad; te envolvía tan lentamente que no te dabas

cuenta de que te estaba asfixiando hasta que era demasiado tarde.

—Muy amable por su parte —repuso Heifort, que tenía los dedos sobre la pistolera—. ¿Esta es su hija? Es tan guapa como usted, doctora.

Mi madre dijo que la halagaba en exceso, Heifort insistió... El tipo pelirrojo se removia, inquieto. Mi madre y el policía se pusieron a hablar de la lata que daban los mosquitos en aquella época del año. El pelirrojo dijo que aquello no era nada comparado con lo que estaba por venir, llamándolos « mojquitos» todo el rato

—¿Para qué es la pistola? —pregunté, y los tres me miraron sin decir nada.

Me encogí de hombros.

- —Simple curiosidad —me disculpé.
- —Parece que el señor Lundgren ha decidido ocuparse él mismo de la caza del lobo y alumbrarse con los faros del coche —dijo Heifort.
- —Agente, ya sabe que no es eso lo que ha pasado. Me lo he encontrado y le he disparado desde la camioneta, que no es lo mismo —protestó Lundgren.
- —Supongo que no —repuso Heifort—. Pero tenemos un animal muerto y está prohibido disparar un arma tras la puesta de sol. Y menos un revólver del calibre 38. Debería saberlo, señor Lundgren.
  - -Esperen -dije -. ; Ha matado a un lobo?

Metí las manos en los bolsillos de la cazadora. Aunque la noche era cálida, me recorrió un escalofrío

Heifort señaló la parte delantera de la camioneta, negando con la cabeza.

—Mi marido me ha dicho que nadie puede cazarlos hasta el día de la batida aérea, para no asustarlos y que no se escondan —dijo mi madre, que había endurecido su tono acaramelado.

—Cierto —respondió Heifort.

Me alejé de ellos y me dirigí a la cuneta, hacia donde había señalado Heifort, consciente de que el tipo pelirrojo me miraba acongojado. Vi el pelaje crespo de un animal que yacía de costado sobre la hierba.

Querido Dios y también San Antonio, si andas por ahí: ya sé que pido muchas tonterías, pero esto es importante. Por favor, por favor, que no sea Grace.

Aunque sabía que en teoría estaba a salvo con Sam y Cole, respiré hondo y me acerqué un poco más. La brisa movió el pelo del animal. Tenía un orificio ensangrentado en la paletilla, otro en el hombro y otro más justo detrás del cráneo. El orificio de salida de la bala, en lo alto de la cabeza, era asqueroso. Para comprobar si los ojos me sonaban de algo tendría que arrodillarme, pero ni me molesté.

- -Esto es un coy ote -dije en tono acusatorio.
- —Sí señora —contestó Heifort con jovialidad—. Es grande, ¿eh?

Suspiré aliviada. Hasta una chica de ciudad como yo sabía diferenciar un lobo de un coyote. Supuse que Lundgren había bebido más de la cuenta o quería

probar su pistola nueva.

- —No habrá tenido muchos problemas de este tipo, ¿verdad? —le preguntó mi madre a Heifort, en el tono que ponía cuando quería obtener información para mi padre y no para ella—. ¿Está la gente tomándose la justicia por su mano? No nos lo estará ocultando. /verdad?
- —Hacemos todo lo que podemos —respondió Heifort—. Casi todo el mundo se está comportando; no quieren estropearles la cacería a los helicópteros. Pero no me extrañaría que tuviésemos algún contratiempo antes del gran día. Los muchachos no pueden evitarlo —hizo un gesto en dirección a Lundgren como si no pudiese oirlo—. Ya le digo que hacemos todo lo que podemos.

Mi madre no se quedó satisfecha.

—Eso mismo les digo y o a mis pacientes —dijo en tono frío, y me miró con el ceño fruncido—. Isabel, no toques eso.

Ni siquiera estaba cerca. Crucé la cuneta invadida de hierba hasta llegar donde estaba mi madre.

—No habrá bebido esta noche, ¿verdad, doctora? —preguntó Heifort mientras mi madre se dirigía hacia el coche. Los dos tenían la misma mirada de hostilidad edulcorada

Mi madre le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo sí —respondió, e hizo una pausa para regodearse—, pero conduce Isabel. Vamos. Isabel.

En cuanto nos subimos al coche, antes de cerrar de un portazo, masculló:

—Paletos... Odio a ese hombre. Creo que esto me ha curado de mi propensión filantrópica.

No me lo creí: la próxima vez que pensase que podía ay udar, volvería a saltar del coche en marcha sin preguntar antes si querían su ay uda o no.

Supongo que cada vez me parecía más a mi madre.

—Tu padre y yo nos estamos planteando volver a California cuando esto acabe —dijo mi madre.

Estuve a punto de estamparme con el coche.

- --;Y cuándo pensabais decírmelo?
- —Cuando fuese definitivo. Tengo varias ofertas de trabajo; solo tengo que cuadrar los horarios y ver por cuánto podemos vender la casa.
  - -Repito: ¿cuándo pensabais decírmelo? -insistí, casi sin aliento.
- —Bueno, Isabel, estás a punto de ir a la universidad y casi todas las que has solicitado están alli. Para ti será más fácil. Creía que no te gustaba vivir aquí repuso mi madre. peroleia.
- —No. Bueno, es que... no me puedo creer que no me hayáis dicho que existía esa opción antes de... —no estaba segura de cómo acabar la frase, así que me callé.

Levanté una mano. Habría levantado las dos, pero tenía que conducir con la otra.

—Nada. California. Genial. Viva.

Me imaginé cómo sería embalar mis enormes abrigos, tener vida social, vivir en un lugar donde nadie conociese la sórdida historia de la muerte de mi hermano. Cambiar a Grace, a Sam y a Cole por una vida llena de planes hechos por teléfono, días de veintitrés grados y libros de texto. Si, ir a la universidad en California siempre había sido mi plan de futuro. Sin embargo, parecía que el futuro estaba llegando antes de lo previsto.

—No me puedo creer que ese hombre haya confundido un coyote con un lobo —reflexionó mi madre mientras enfilábamos el camino de entrada a casa —. No se parecen en nada.

Me acordé de la primera vez que había visto mi casa: en aquel momento había pensado que parecía sacada de una película de miedo. Ahora me había dejado encendida la luz de mi habitación, y la casa parecía más bien sacada de un libro para niños. Una enorme mansión estilo Tudor con una ventana amarillenta en la última planta.

-Bueno -dije-, la gente ve lo que quiere ver.

# CAPÍTULO VEINTISIETE Grace

Encontré a Sam inclinado sobre la barandilla del porche delantero, una silueta alargada y oscura apenas visible en la noche. Era curioso lo mucho que Sam podía transmitir solo con la curva que trazaban sus hombros y su manera de agachar la cabeza. Hasta alguien como yo, para quien una sonrisa es una sonrisa y nada más que una sonrisa, podía percibir la frustración y la tristeza en la línea que describía su espalda, en la flexión de su rodilla izquierda, en su manera de apoyar de lado uno de los pies.

De pronto me sentí cohibida, tan insegura y emocionada como la primera vez que lo vi.

Me apoyé yo también contra la barandilla, sin encender la luz del porche ni saber muy bien qué decir. Me apetecia dar saltos, agarrarlo por el cuello, golpearle el pecho y reír como una loca o echarme a llorar. No estaba segura de cuál era el protocolo para aquel tipo de situaciones.

Sam se volvió hacia mí y, a la tenue luz que se escapaba de la ventana, pude apreciar la barba de varios días que le poblaba la mandibula. Había madurado durante mi ausencia. Alargué la mano y se la pasé por la cara; él esbozó una sonrisa triste.

- —¿Duele? —pregunté mientras le frotaba a contrapelo; había echado de menos acariciarlo.
  - —¿Por qué me iba a doler?
  - -No sé... ¿Porque lo hago a contrapelo? -aventuré.

Me sentía abrumada por la felicidad de estar allí, acariciando su barbilla sin afeitar. Todo era terrible y genial al mismo tiempo. Me dieron ganas de sonreír e imaginé que mi mirada y a lo estaba haciendo, porque Sam también sonreía. Sin embargo, se le veía algo desconcertado, como si no estuviese seguro de si quería sonreír o no.

—Una cosa más —añadí—. Hola.

Entonces sí que sonrió de verdad.

—Hola, ángel —contestó en voz baja.

Me rodeó el cuello con sus brazos larguiruchos y me abrazó fuerte, y yo me aferré a él con todas mis fuerzas. Me encantaba besar a Sam, pero ningún beso superaría nunca aquella sensación: su aliento contra mi pelo, mi oreja pegada a su camiseta. Sentí que juntos éramos una sola criatura, más fuerte: una Grace-Sam

- -¿Has comido algo? preguntó sin soltarme.
- —Un sándwich. También he encontrado unos zuecos, pero no eran comestibles

Sam se rió en voz baja. Me alegró oír su risa; la había echado mucho de menos

- -No se nos da muy bien ir de compras -dijo.
- —A mí no me gusta comprar comida. Es lo mismo una semana tras otra. Me gustaría ganar mucho dinero para que algún día alguien se encargase de ir de compras por mí. ¿Se necesita mucha pasta para eso? No quiero una gran mansión, solo que alguien me haga la compra —murmuré contra su camiseta, que olía a suavizante.

Sam reflexionó un momento. Aún no me había soltado.

- -Creo que es mejor que cada uno haga su propia compra.
- -Seguro que la reina de Inglaterra no pisa el supermercado.

Resopló por encima de mi cabeza.

- —Pero ella come lo mismo todos los días. Gelatina de anguilas, sándwiches de abadejo y bollitos con Marmite.
  - —Dudo que sepas lo que es el Marmite —bromeé y o.
- —Es algo que untas en el pan y que está asqueroso. Eso me dijo Beck —Sam apartó los brazos, se recostó contra la barandilla y me miró —. /Tienes frío?

Tardé un segundo en darme cuenta de que esa pregunta implicaba otra: « ¿Vas a transformarte?» .

Pero me sentía bien, real, Grace por los cuatro costados. Negué con la cabeza y me apoyé a su lado. Durante un instante nos quedamos allí, inmóviles en la

oscuridad, contemplando la noche. Cuando miré a Sam, reparé en que tenía las manos entrelazadas. Los dedos de la mano derecha apretaban el pulgar izquierdo con tanta fuerza que se había puesto blanco.

Apoy é la cabeza en su hombro, donde solo la camiseta separaba su piel de mi mej illa. Sam respondió al contacto con un suspiro entrecortado antes de decir:

—Creo que eso de ahí es la aurora boreal.

Desvié la mirada sin levantar la cabeza.

—¿Dónde?

—Allí, encima de los árboles. ¿La ves? Hay un tono rosado.

Entrecerré los ojos. Había un millón de estrellas.

- —Eso, o las luces de la gasolinera. Ya sabes, ese QuikMart que hay a las afueras del pueblo.
- —Una conjetura deprimente y práctica —dijo Sam—. Hubiese preferido algo mágico.
- —Las auroras boreales no tienen más magia que el QuikMart —señalé. Había hecho un trabajo sobre el tema para la asignatura de Ciencias y sabía bastante sobre aquel fenómeno. Aunque, la verdad, eso de que el viento solar y los átomos entrasen en contacto para regalarnos un espectáculo de luz sí que tenía algo de mágico.
  - -Esa es una conjetura igual de deprimente y práctica.

Levanté la cabeza y me eché a un lado para mirarlo.

- -Aun así, es precioso.
- —A menos que realmente sea el QuikMart —repuso Sam, mirándome con una expresión tan pensativa que me puse un poco nerviosa.

De mala gana, como si de repente hubiese recordado sus buenos modales, añadió:

- -¿Estás cansada? Si quieres, podemos entrar.
- —No, me encuentro bien. Solo quiero estar contigo un rato. Antes de que todo se vuelva más complicado y confuso.

Contempló la oscuridad con el ceño fruncido.

- -Vamos a comprobar si efectivamente es una aurora boreal -dijo de pronto.
  - -: Tienes un avión?
- —Tengo un Volkswagen. Deberíamos buscar un sitio más oscuro, alejarnos del QuikMart para adentrarnos en los bosques de Minnesota. ¿Qué me dices?

En su rostro lucía ahora esa sonrisa timida que tanto me gustaba. Me pareció que había pasado una eternidad desde la última vez que la había visto.

- —¿Tienes las llaves? —pregunté, y él se palpó el bolsillo—. ¿Qué hay de Cole? —añadí señalando hacia arriba.
  - --Está durmiendo, como todo el mundo a estas horas de la noche --aseguró.

No quise decirle que estaba despierto. Me vio vacilar y malinterpretó mi

gesto.

—Aquí la pragmática eres tú. ¿Te parece mala idea? No sé. Quizá sea mala idea

—Me apetece ir —contesté agarrándole con fuerza de la mano—. No estaremos fuera mucho tiempo.

Al subir al Vollswagen, aparcado en el camino de entrada, y sentir que el motor cobraba vida con un rugido, tuve la sensación de que estábamos conspirando para algo que iba mucho más allá de perseguir luces en el cielo. Podriamos estar yendo a cualquier otra parte, persiguiendo la promesa de lo mágico. Sam encendió la calefacción mientras yo empujaba el asiento hacia atrás (alguien lo había echado hacia delante). Antes de mover la palanca del cambio y salir marcha atrás por el camino de entrada, Sam me apretó la mano unos segundos.

-¿Preparada?

Le sonrei. Por primera vez desde el hospital —desde antes del hospital, de hecho—, me sentía como la Grace de siempre, aquella que podía hacer todo lo que se propusiese.

—Nací preparada.

Bajamos por la carretera a toda velocidad. Sam estiró el brazo para acariciarme con un dedo la oreja y el coche dio un bandazo. Volvió a mirar rápidamente al frente y se rió un poco de sí mismo mientras enderezaba el volante

—Mira por la ventanilla —dijo—. Parece que me cuesta recordar cómo se conduce, así que dime tú hacia dónde tenemos que ir, dónde brilla más. Confio en ti

Pegué la cara al cristal y entrecerré los ojos para distinguir el resplandor. Al principio me costó adivinar de dónde venía, de modo que primero dirigí a Sam hacia carreteras más oscuras, lejos de las luces de las casas y del pueblo. Pero a medida que pasaban los minutos, nos resultaba más fácil encontrar el camino hacia el norte. Cada cruce nos alejaba más de la casa de Beck, de Mercy Falls y del bosque de Boundary. De pronto nos encontramos a kilómetros de nuestras vidas, descendiendo por una carretera recta bajo un cielo vasto, vastísimo, agujereado por cientos de millones de estrellas, rodeados por la immensidad del mundo. En una noche como aquella no costaba creer que, no hacía tanto tiempo, la gente solo veía de noche con la luz de las estrellas.

—En 1859 —dije— hubo una tormenta solar. La aurora boreal brillaba con tanta fuerza que la gente podía leer en plena madrugada.

Sam no lo puso en tela de juicio.

- —¿Y tú cómo lo sabes?
- -Porque me parece interesante -repuse.

Volvió a sonreír; aquella sonrisa divertida daba a entender lo mucho que le

gustaba mi superdesarrollado hemisferio cerebral izquierdo.

- —Cuéntame alguna otra cosa interesante.
- —Aquellas auroras fueron tan potentes que los telegrafistas desenchufaban las baterías y hacían funcionar los telégrafos con su energía —dije.
- —Mentira —rebatió Sam, pero era obvio que me creía—. Cuéntame otra cosa interesante

Estiré el brazo para tocarle la mano, que descansaba sobre la palanca del cambio. Le acaricié la parte interior de la muñeca con el dedo pulgar y sentí que se le ponía la carne de gallina. Localicé su cicatriz, de textura anormalmente suave. aunque algo arrugada y abultada en los bordes.

—He perdido la sensibilidad —dijo—. Donde tengo la cicatriz no siento nada.

Cerré la mano alrededor de su muñeca, solo un momento, y presioné el pulgar contra su piel. Sentí el revoloteo de su pulso.

-Podríamos seguir adelante, marcharnos de aquí -propuse.

Sam se quedó callado, y al principio pensé que no me había entendido. Reparé entonces en la mano con la que sujetaba el volante. Gracias a la luz del salpicadero, observé que aún tenía barro bajo las uñas. A diferencia de mí, él no se había desprendido de su piel sucia.

-; En qué piensas? -pregunté.

Cuando contestó lo hizo con voz pastosa, como si le costase dejar salir las palabras.

—En que el año pasado, por estas fechas, no hubiese querido hacerlo —tragó saliva—. En eso y en que, si pudiésemos, lo haría ¿Te lo imaginas?

Claro que si. Me imaginaba una vida en algún lugar lejos de alli, empezando desde cero, solos él y yo. Pero en cuanto la imagen tomaba forma —los calcetines de Sam sobre un radiador bajo la ventana, mis libros desparramados en una diminuta mesa de cocina, tazas de café apiladas en el fregadero—, pensaba en todo lo que tendría que dejar atrás: Rachel, Isabel, Olivia. Mis padres. Los había abandonado de manera tan abrupta tras el dudoso milagro de mi transformación, que la rabia que había sentido hacia ellos me parecía suavizada y lejana. Ya no tenían poder sobre mi futuro. Ni ellos ni nadie, salvo el invierno.

De pronto, por la ventanilla de Sam vi la aurora, nítida y brillante. Obviamente, no se trataba de la luz de ninguna tienda.

-¡Sam, Sam! ¡Mira! ¡Gira, gira, gira por ahí!

Retorciéndose lentamente en el cielo, a nuestra izquierda, asomaba un jirón de color rosa sinuoso y enmarañado que parpadeaba y brillaba como si estuviese vivo. Sam giró a la izquierda y tomó una carretera estrecha, mal asfallada, que atravesaba un campo negro interminable. El coche serpenteaba entre los baches de la carretera y la gravilla crujía a nuestro paso. Los dientes me castañetearon al pasar sobre un bache. Sam empezó a hacer « aaaaaaaaaaaa» para que su voz subiera y bajara con el traqueteo del Volkswagen.

—¡Para aquí! —le indiqué.

Los campos se perdían de vista en todas direcciones. Sam echó el freno de mano y juntos miramos por el parabrisas.

Flotando en el cielo, justo encima de nosotros, estaba la aurora boreal. Como una brillante carretera de color rosa, serpenteaba en el cielo y desaparecia detrás de los árboles. A un lado brillaba un halo de un tono violeta más intenso. Las luces titilaban y se estiraban, aumentaban y se encogían, avanzaban y se contraían. La luz se volvía de repente algo homogéneo, un camino hacia el cielo, y un segundo después era un conjunto de muchas cosas, un ejército de luz que avanzaba siempre hacia el norte.

-- ¿Quieres salir? -- preguntó Sam.

Yo ya tenía la mano en el tirador de la puerta. Fuera hacía mucho frío, pero de momento me encontraba bien. Me reuní con Sam en la parte delantera del coche, donde se había recostado sobre el capó. Cuando me acomodé a su lado, apoyándome en las manos, noté el calor del motor como un escudo contra la fría noche

Los dos miramos hacia arriba. El paisaje que nos rodeaba era tan llano y oscuro que hacía que el cielo pareciese immenso como un océano. Con la loba que llevaba dentro y Sam a mi lado —ambos extrañas criaturas—, sentí que éramos una parte intrínseca de aquel mundo, de aquella noche, de aquel misterio infinito.

El corazón me latía cada vez más rápido por alguna razón que no lograba identificar. De pronto fui muy consciente de que Sam se encontraba a centímetros de mí, contemplando el espectáculo conmigo, con el aliento formando nubecillas frente a su cara.

— Visto desde tan cerca, me cuesta mucho creer —dije, y por alguna razón, la voz se me quebró al pronunciar la palabra « creer» — que no sea algo mágico. Sam me besó

Su beso cayó a un lado de mi boca, porque yo seguía mirando hacia arriba, pero era un beso de verdad, no uno de esos que se dan con cuidado. Me volví hacia él para que pudiese besarme otra vez. Noté calor en los labios ante la sensación desconocida que me producia su barba, y cuando me acarició el brazo sentí mucho más de lo normal el contacto de las yemas de sus dedos, callosas y ásperas, contra mi piel. Todo dentro de mi sentía hambre e impaciencia. No entendía cómo algo que habíamos hecho tantas veces podía resultar tan extraño, nuevo y aterrador.

Mientras nos besábamos, no me importaba haber sido una loba horas antes, ni saber que volvería a transformarme, ni que nos esperaran mil trampas cuando se acabase aquel beso. Lo único que importaba era el roce de nuestra nariz, la suavidad de su boca, el dolor que me estremecía por dentro.

Sam se apartó, hundió su cara en mi cuello y me abrazó. Me estrechaba con

tal fuerza que apenas podía respirar y tenía el hueso de la cadera aplastado contra el capó, pero jamás le habría pedido que me soltase.

Dijo algo, pero apenas oí su voz contra mi piel.

-- ¿Cóm o? -- pregunté.

Me soltó y me miró la mano, que descansaba sobre el capó. Con la punta del pulgar presionó la yema de mi dedo índice y se quedó mirando la forma que dibujaban nuestros dedos juntos, como si fuese algo fascinante.

-He echado de menos ver tu cara -susurró sin mirarme.

En el cielo, las luces parpadeaban y cambiaban. No tenían principio ni final, pero aun así parecían estar abandonándonos. Volví a pensar en el barro que Sam tenía bajo las uñas y en los rasguños de su sien. ¿Qué más había ocurrido mientras vo estaba en el bosque?

—Y yo he echado de menos tener mi cara —repuse.

Pensaba que iba a sonar divertido, pero al decirlo ninguno de los dos se rió. Sam retiró la mano y miró hacia arriba, a la aurora boreal. Observaba el cielo como si tuyese la mente en blanco.

Entonces me di cuenta de lo cruel que había sido: no había correspondido a sus palabras románticas, ni le había dicho algo que tal vez necesitara escuchar después de haber estado tanto tiempo sin mi. Pero ya había pasado el momento, y no se me ocurría nada que no sonase cursi. Consideré si decirle « te quiero» , pero solo pensar en decirlo en vozalta me hacía sentir rara. No sabía por qué me pasaba eso: lo quería más que a nada en el mundo y, sin embargo, no sabía cómo decirlo. Le tendí la mano y Sam la coeió.

### Sam

Fuera del coche las luces eran aún más deslumbrantes, como si el aire frío que nos rodeaba se moviese y brillase con tonos rosas y violetas. Levanté el brazo todo lo que pude, imaginándome que podía peinar la aurora. Hacía frío, pero era un frío bueno, del que te hace sentir vivo. El cielo estaba tan despejado que se veian todas las estrellas. Ahora que había besado a Grace, no podía parar de pensar en acariciarla. Tenía la cabeza llena de los lugares que me quedaban por tocar: la suave piel del interior de su codo, la curva que empezaba justo encima de la cadera, la línea de su clavicula. Quería besarla de nuevo, me moría de ganas; quería más de ella, pero lo que hicimos fue quedarnos cogidos de la mano con la cabeza echada hacia atrás, y juntos giramos lentamente mirando hacia el cielo infinito. Era como caer al vacío o como volar.

Me debatí entre salir de aquel momento o quedarme como estaba, en un estado de expectativa y seguridad simultáneas.

En cuanto volviésemos a casa, la cacería se convertiría de nuevo en algo real.

Y y o no me sentía preparado para eso.

-Sam, ¿vas a casarte conmigo? -preguntó Grace de pronto.

Di un respingo y la miré, pero ella seguía contemplando las estrellas como si acabase de preguntarme qué tiempo iba a hacer. Sin embargo, tenía los ojos entrecerrados en un gesto severo que desmentía el tono despreocupado de su voz.

No sabía qué esperaba que dijese. Me dieron ganas de soltar una carcajada y, de repente, lo vi todo claro. Tenía razón: el bosque la reclamaría durante los meses más fríos, pero ni iba a morir ni la había perdido para siempre. Allí, en aquel momento, la tenía a mi lado. En comparación, todo lo demás parecía insignificante, manejable, secundario.

De pronto el mundo parecía un lugar prometedor, afable. Vislumbré el futuro y era un lugar donde quería estar.

Me di cuenta de que Grace seguía esperando una respuesta. La atraje hacia mí hasta que nos quedamos nariz contra nariz bajo la aurora boreal.

- —¿Me lo estás pidiendo? —pregunté.
- -Solo quiero dejar las cosas claras.

Pero estaba sonriente: esbozaba una sonrisa pequeña pero sincera porque me había leido el pensamiento. En su sien, unos cabellos sueltos se mecían con la brisa; me dio la sensación de que debían de hacerle cosquillas, pero ella ni pestañeó.

-Es por no vivir en pecado, más que nada -explicó.

Y entonces, pese a que el futuro era un lugar peligroso, me eché a reir porque la quería y ella me quería a mi, y el mundo era maravilloso y estaba inundado de luz rosa

Me besó suavemente

- —Di que sí —me pidió temblando ligeramente.
- -Sí -contesté-. Hay trato.

Me pareció algo físico, algo que podía sujetar con las manos.

- —¿Lo dices en serio? No lo digas si no lo piensas de verdad.
- —Lo digo muy en serio —afirmé, con voz menos grave de lo que pretendía.
- —Vale —dijo Grace; de pronto, parecía contenta y segura de mis sentimientos. Soltó un pequeño suspiro y recolocó nuestras manos para que los dedos quedasen entrelazados—. Ya puedes llevarme a casa.

# CAPÍTULO VEINTIOCHO Sam

De vuelta en casa, Grace cayó en mi cama y se durmió casi antes de apoyarse en la almohada. Envidié la sencillez de su relación con el sueño. Yacía inmóvil, sumida en el inquietante y en apariencia mortal sueño de los exhaustos. No pude unirme a ella; en mi interior todo estaba despierto. Mi cabeza no hacía más que reproducir una y otra vez las cosas que habían sucedido aquel día, hasta que al final me parecieron una larga secuencia imposible de descomponer en momentos individuales.

La dejé en el piso de arriba y bajé en silencio. Ya en la cocina, rebusqué en el bolsillo y dejé las llaves del coche sobre la encimera. No me cuadraba que la cocina tuviese el mismo aspecto que antes: después de lo que había pasado aquella noche, todo debería haber tenido un aspecto diferente. El murmullo de un televisor en el piso de arriba era la única prueba de que Cole estaba en casa, y di gracias por aquella soledad. Sentía al mismo tiempo tanta felicidad y tanta tristeza que no tenía ganas de hablar. Aún notaba la forma de la cara de Grace apoyada contra mi cuello y recordaba su rostro al mirar las estrellas, mientras esperaba mi respuesta. No estaba preparado para que todo eso se diluyese al hablar en voz alta

Lo que hice fue quitarme la cazadora y entrar en el salón. Cole también había dejado encendida aquella tele, con el sonido quitado, así que la apagué y cogí la guitarra, que estaba apoyada contra el sillón. Se había ensuciado un poco por haber estado fuera y tenía una nueva muesca; o Cole o yo la habíamos tratado con menos cuidado del debido.

Perdona, pensé, porque aún no quería hablar en voz alta. Rasgueé las cuerdas suavemente; el cambio de temperatura del exterior al interior de la casa la había desafinado un poco, pero no tanto como pensaba. Podría haberme puesto a tocar enseguida, pero preferí dedicar un momento a afinarla. Me pasé la correa por encima de la cabeza con un movimiento sencillo y familiar, como si estuviese poniéndome mi camiseta favorita, y recordé la sonrisa de Grace.

Entonces me puse a tocar. Variaciones sobre un acorde en Sol mayor, el acorde más maravilloso que se ha inventado, infinitamente feliz. Si Grace quisiese, podria vivir con ella dentro de un acorde en Sol mayor, pensé. Todo lo que yo tenía de bueno y de sencillo podía resumirse en ese acorde. Era el segundo acorde que Paul me había enseñado, los dos sentados en aquel viejo sofía a cuadros. El primero había sido un acorde en Mi menor. « Porque en cada vida debe haber un poco de lluvia», había dicho Beck al cruzar el salón, citando una de sus películas favoritas. Era un recuerdo que me dolía un poco.

« Porque en cada canción debe haber un interludio en un acorde menor» , había corregido Paul.

El acorde en Mi menor, más serio, era sencillo para un novato como yo. Me resultaba mucho más dificil tocar el idílico Sol mayor, pero Paul hacía que lo alegre fuese fácil.

Aquel era el Paul que recordaba, no el Paul lobo que me había derribado sobre un montón de nieve de pequeño. Del mismo modo, la Grace que recordaba era la que dormía en el piso de arriba, no la loba con sus ojos que habíamos encontrado en la sima.

Me había pasado casi toda la vida sintiendo miedo o recordándolo. Pero aquello se había acabado.

Toqué el acorde mientras avanzaba por el pasillo hacia el cuarto de baño. La luz ya estaba encendida, así que no tuve que dejar de tocar mientras me quedaba mirando la bañera que había al otro lado.

Solo era capaz de ver lo que tenía delante, y los recuerdos tiraban de mí. Seguí tocando la guitarra, punteando una canción sobre el presente para espantar el pasado. Me quedé plantado con los ojos fijos en la bañera vacía.

El agua goteaba y luego paraba

teñida de sangre

El peso de la correa de la guitarra en el hombro me mantenía anclado al suelo. La presión de las cuerdas contra los dedos me retenía en aquel lugar y aquel momento. En el piso de arriba Grace dormía.

Entré en el cuarto de baño y el movimiento de mi reflejo en el espejo me asustó. Me quedé quieto para observarme bien. ¿Aquella era mi cara?

el agua reptando por la tela de la camiseta

este no es sam

tres dos

Cambié los dedos de posición para tocar un acorde en Do mayor. Me llené la cabeza de todo lo que pude para tocar ese acorde: Chica de verano, me enamore de una chica de verano. Me aferré a las palabras que me había dicho Grace un rato antes. «¿Vas a casarte commigo?».

Al salvarme hacía tiempo, Grace y a había hecho casi todo el trabajo. Ahora me tocaba salvarme a mí.

No dejaba de mover los dedos mientras avanzaba; con la guitarra cantando aunque yo no lo hiciese, me quedé plantado junto a la bañera y la miré por dentro. Durante un segundo me pareció un objeto de lo más normal y prosaico: un recipiente seco a la espera de que alguien lo llenase.

Entonces empezaron a zumbarme los oídos.

Vi la cara de mi madre.

No era capaz de hacerlo.

Mis dedos encontraron el acorde en Sol mayor y tocaron por su cuenta mil variaciones, canciones que sabían tocar solos mientras yo pensaba en otras cosas. Canciones que formaban parte de algo más grande que yo, de alguna mina de felicidad que cualquiera podía explotar.

Vacilé; los azulejos devolvían el eco de mis acordes. Las paredes se cerraban a mi alrededor y la puerta parecía estar muy lejos.

Entré en la bañera y mis zapatos rechinaron suavemente en la superficie seca. El corazón me latía con fuerza contra la camiseta. Un enjambre de abejas me zumbaba en la cabeza. Allí vivían mil momentos diferentes a aquel: momentos con cuchillas, momentos en los que todo lo que era yo borboteaba al desaparecer por el sumidero, momentos en los que unas manos me inmovilizaban bajo el agua. Pero también estaba Grace sosteniéndome la cabeza por encima de la superficie la voz de Grace llamándome para que recobrase el conocimiento, Grace cogiéndome de la mano.

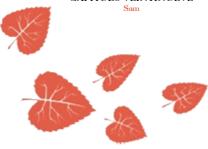
Y el momento más importante de todos era aquel. El momento en que yo, Sam Roth, había entrado allí por voluntad propia, con la música en las manos, fuerte, por fin fuerte.

Rilke decía:

Porque entre los inviernos hay uno tan infinitamente invierno que solo si lo atraviesas sobrevivirá tu corazón.

Así me encontró Cole una hora después: sentado con las piernas cruzadas en la bañera vacía, la guitarra en el regazo mientras mis dedos le arrancaban un acorde en Sol may or, cantando una canción que nunca antes había cantado.

### CAPÍTULO VEINTINUEVE



Despiértame, despiértame, dijiste pero yo dormía también, también soñaba y ahora me despierto, todavía me despierto y veo el sol



Me sentía totalmente despierta.

La habitación estaba a oscuras y en silencio. Acababa de soñar con ese preciso momento, pero en mi sueño había alguien más de pie junto a la cama.

- ¿Sam? —susurré pensando que solo llevaba dormida unos minutos y que él acababa de despertarme al acostarse.

A mis espaldas, Sam soltó un gruñido grave: estaba claramente dormido. Entonces me di cuenta de que lo que me daba calor no eran las mantas sino el propio Sam, una manta humana. En circunstancias normales, el regalo de su presencia me habría arrullado y no habría tardado en dormirme de nuevo. Sin embargo, estaba tan convencida de que alguien había estado allí, de pie junto a la cama, que me desconcertó encontrarlo pegado a mí. Se me erizó el vello de la nuca; estaba recelosa. A medida que los ojos se me acostumbraban a la oscuridad, fui distinguiendo las grullas de papel. Se mecían y se inclinaban movidas por un viento invisible.

Oí un ruido

Era un sonido sordo e interrumpido, como si alguien hubiera tirado algo pero lo hubiera atrapado al vuelo. Contuve la respiración y agucé el oído: había sonado

en el piso de abajo. Otro ruido amortiguado. ¿En el salón? ¿Una cosa chocando contra otra en el iardín?

-Sam, despierta -le apremié.

Al volverme para mirarlo, di un respingo: sus ojos brillaban en la oscuridad a mi lado. Ya estaba despierto y escuchaba en silencio, igual que yo.

—¿Has oído eso? —susurré.

Asintió. No es que lo viese hacerlo, pero percibí el roce de su cabeza contra la almohada.

-;En el garaje? -sugerí.

El asintió de nuevo

Otro roce sordo confirmó mi suposición. Los dos salimos de la cama a cámara lenta vestidos con la misma ropa con la que habíamos ido a perseguir la aurora boreal. Sam iba delante de mí, pero fui yo quien vio a Cole aparecer por el pasillo que llevaba a las habitaciones de abajo. Tenía todo el pelo de punta. Aunque siempre había imaginado que no dedicaba ni un minuto a peinarse —era una de esas estrellas de rock con pinta de pasar de su aspecto—, en aquel momento me di cuenta de que debía de dedicar bastante rato a domar sus greñas. No llevaba más que unos pantalones de chándal, y parecía más molesto que asustado.

—¿Qué coño pasa? —preguntó con voz gutural, aún medio dormido.

Los tres nos quedamos allí plantados, descalzos, aguzando el oído durante unos minutos. No oímos nada más. Sam se pasó la mano por el pelo y se hizo sin querer una especie de cresta. Cole se llevó el dedo a los labios y luego señaló el otro lado de la cocina, donde estaba la puerta del garaje. Tenía razón: si aguantaba la respiración, aún podía distinguir roces procedentes de allí.

Cole cogió la escoba del hueco de la nevera. Yo elegí un cuchillo del taco de madera que había sobre la encimera. Sam nos miró perplejo y nos siguió con las manos vacías.

Nos quedamos al otro lado de la puerta, a la espera de algún otro ruido. Al cabo de un rato se oyó algo, esta vez más fuerte y metálico. Cole me miró con las cejas enarcadas y abrió la puerta mientras yo estiraba el brazo para encender la luz del garaje.

Y vimos

Nada

Intercambiamos una mirada atónita

- -- ¿Hay alguien ahí? -- pregunté.
- —No me puedo creer que hubiese otro coche aparcado aquí todo este tiempo y que no me hayas dicho nada, Sam —dijo Cole como si se sintiese traicionado.

El garaje, como la mayoría de los garajes, estaba abarrotado de cosas raras y apestosas de esas que uno no quiere guardar dentro de casa. Un destartalado BMW ranchera de color rojo ocupaba prácticamente todo el espacio, cubierto de

polvo por la falta de uso, pero también estaba la típica máquina de cortar el césped, un banco de trabajo cubierto de soldaditos de plomo y una matrícula de Wyoming colgada sobre la puerta con la inscripción BECK 89.

Algo me hizo volver la mirada hacia la ranchera.

—Chist. ¡Mirad! —exclamé.

Había una desbrozadora apoyada en el morro del coche. Entré en el garaje para ponerla en su sitio y me di cuenta de que el capó estaba entreabierto. Presioné con la mano.

- —¿Esto ya estaba así?
- —Sí. Lleva abierto por lo menos diez años —contestó Sam, y a a mi lado.

El BMW no era ninguna belleza, y el garaje seguía oliendo al líquido, fuera el que fuese, que había estado soltando durante años. Sam señaló una caja de herramientas volcada junto al guardabarros trasero.

- —Pero eso no estaba así —susurró.
- —Hav algo más —añadió Cole—. Escuchad.

Distinguí el sonido al que se refería: era una especie de chirrido procedente de debajo del coche.

Me disponía a agacharme cuando Sam me agarró del brazo y se arrodilló para echar un vistazo.

- -; Será posible! -exclamó al cabo de un segundo-. Es un mapache.
  - -Pobrecito -dije yo.
  - —Podría ser un bicho rabioso come niños —resopló Cole.
- —Cállate —le espetó Sam, que seguía mirando bajo el vehículo—. No sé cómo sacarlo de ahí.

Cole pasó por delante de mí y agarró la escoba como si fuese un bastón.

-Me interesa más saber cómo ha logrado colarse.

Rodeó el coche por la parte trasera, se dirigió a la puerta lateral del garaje, que estaba entreabierta, y le dio un golpecito con el pie.

-Sherlock ha encontrado una pista.

### Sam

- —Sherlock debería buscar el modo de sacar a nuestro amigo de ahí abajo —dije yo.
  - -O amiga -repuso Cole, y Grace le lanzó una mirada de aprobación.

Armada con el cuchillo de cocina parecía fuerte, sexy, sorprendente y desconocida. El comentario que acababa de intercambiar con Cole quizá hubiera debido ponerme celoso, pero el caso es que me alegró; esa era la prueba definitiva de que empezaba a ver a Cole como un amigo. Al fin y al cabo, todos albereamos la esperanza de que nuestros amigos sena amigos entre sí.

Me dirigí a la entrada del garaje, molesto por la arenilla que se me clavaba en los pies descalzos. Abri la puerta de persiana y esta se enrolló con un ruido infernal hasta dejar a la vista el oscuro camino de entrada donde tenía aparcado el Vollswagen. El paisaje era inquietante y desolador. La brisa nocturna traía una fragancia a hojas nuevas y brotes; sentí frío en los brazos y los dedos de los pies. La combinación del viento y la noche immensa hizo que se me acelerase el corazón. Me estaba llamando. La fuerza del deseo hizo que me quedara en blanco momentáneamente.

Regresé con esfuerzo junto a Cole y Grace. Cole ya había empezado a dar golpes en los bajos del coche, pero Grace observaba la noche con una expresión que reconoci como el reflejo de la mía, una mezcla de contemplación y añoranza. Advirtió que la estaba mirando pero no se immutó, y tuve la impresión de que sabía cómo me sentía. Por primera vez en muchísimo tiempo, me recordé esperándola en el bosque, esperando a que se transformase para que los dos fuésemos lobos al mismo tiempo.

- —Sal de ahí cabronazo —dijo Cole—. Estaba teniendo un sueño increíble cuando me despertaste.
- —¿Y sí me pongo al otro lado y le empujo con alguna cosa? —preguntó Grace, y me miró durante un segundo antes de darse media vuelta.
- —El cuchillo me parece un poco excesivo —sugerí yo apartándome de la puerta del garaje —. Toma, usa este rastrillo.

Grace observó su cuchillo y lo dejó sobre un bebedero para pájaros, otro intento fallido de Beckpara embellecer aquel lugar

—No soporto a los mapaches —apuntó Cole—. ¿Ves? Por eso me parece complicada tu idea de trasladar a los lobos. Grace.

Ella metió el rastrillo con habilidad bajo el coche.

-No sé qué tiene que ver una cosa con la otra.

El hocico enmascarado del mapache asomó debajo del BMW. De repente, el animal esquivó la escoba de Cole y salió disparado hacia la puerta abierta del garaje, pero en el último momento se escondió detrás de una regadera que había al otro lado del coche.

- —¡Será tonto, el cabrón! —dijo Cole asombrado.
- Grace se acercó, apartó suavemente la regadera y, tras un momento de vacilación, el mapache se apresuró a regresar debajo del coche, pasando de largo una vez más por delante de la puerta abierta. Grace, siempre tan lógica, levantó la mano que le quedaba libre.
  - -Tienes la puerta justo ahí. Ocupa toda la pared.

Cole, más entusiasmado de lo que requería la situación, se puso a dar palos otra vez con la escoba por debajo del coche. Asustado por el nuevo ataque, el mapache volvió corriendo a esconderse tras la regadera. Desprendía un olor a miedo tan fuerte y vagamente contagioso como el hedor de su piel.

- —Esta es la razón por la que los mapaches no consiguen conquistar el planeta —afirmó Cole, apoy ado en la escoba como un Moisés en pantalones de chándal.
  - -Esta es la razón por la que nos cazan -dije y o.
  - Grace miró al mapache, agazapado en un rincón.
  - -No es una lógica muy elaborada -dijo con semblante compasivo.
- —Carecen de concepto del espacio —expliqué—. Los lobos tienen una lógica muy elaborada, solo que no es humana. Pero no tienen concepto del espacio. Ni noción del tiempo. Ni saben de fronteras. Y el bosque de Boundary es demasiado pequeño para la manada.
- —Por eso debemos trasladarla a un lugar mejor —repuso Grace—. Algún lugar con menos habitantes por kilómetro cuadrado, donde no haya gente como Tom Culpener.
- —Siempre habrá gente como Tom Culpeper —dij imos Cole y yo al unísono, y Grace nos sonrió compungida.
- —Tendria que estar muy aislado —añadí—. No podria tratarse de una finca privada a no ser que fuera nuestra, y no creo que seamos tan ricos. Y tampoco puede haber una población de lobos preexistente; si no, correríamos el riesgo de que, al menos al principio, matasen a buena parte de la manada. Y también tendría que ser un sitio rico en caza. Además, no estoy muy seguro de cómo capturar a veintitantos lobos; Cole ya lo había intentado y no ha conseguido atrapar a ninguno.

A Grace se le estaba uniendo cara de obstinación; en momentos así perdía su sentido del humor.

—¿Se os ocurre alguna idea mejor?

Me encogí de hombros.

Cole se rascó el torso desnudo con el extremo de la escoba.

- —Bueno, no sería la primera vez que los trasladan a otro lugar —dijo, y Grace y yo lo miramos asombrados. Cole prosiguió sin prisas: estaba acostumbrado a tener a la gente pendiente de sus palabras—. El diario de Beck empieza cuando se transformó en lobo. Pero no sucedió en Minnesota.
  - -Vale -dijo Grace-. Digamos que te creo. ¿Dónde, entonces?

Cole señaló con la escoba la matrícula de Wyoming que colgaba sobre la puerta.

—Un día, la población de lobos auténticos comenzó a regresar. Y tal como ha dicho Ringo, empezaron a matar a los lobos de temporada. Por eso Beck llegó a la conclusión de que tenían que trasladarse.

Me invadió una extraña sensación de traición. No es que Beck me hubiese mentido sobre su lugar de procedencia; estaba seguro de que nunca le había preguntado directamente si había vivido siempre en Minnesota y, a decir verdad, la matricula estaba en un lugar bastante visible. Era simplemente que... uf. Wyoming. Cole, un fisgón con buenas intenciones, sabía cosas de Beck que y o

desconocía. Una parte de mí pensaba que era porque Cole había tenido los huevos de leer el diario de Beck, pero otra parte pensaba que yo no debería haber tenido necesidad de leerlo

-- ¿Y cuenta cómo lo hizo? -- pregunté.

Cole me lanzó una mirada suspicaz.

- —Un poco.
- —¿Cómo de poco?
- -Solo dice que Hannah los ayudó.
- —Nunca he oído hablar de esa tal Hannah —dije, aunque era consciente de que podía parecer receloso.
- —Normal —respondió Cole, de nuevo con aquella mirada tan rara—. Beck decía que se había contagiado hacía poco pero que, por alguna razón, no era capaz de ser humana durante tanto tiempo como los demás. Dejó de transformarse en humana el año siguiente al traslado. Según Beck, cuando Hannah era loba, tenía más facilidad que los demás para conservar recuerdos humanos. No muchos, pero recordaba caras y sabía volver a lugares donde había estado siendo humana.

Ya sabía por qué me miraba así. Grace también me estaba mirando. Me di la vuelta

-Vamos a sacar a este mapache de aquí de una vez por todas.

Nos quedamos inmóviles y en silencio durante unos segundos, algo atontados por la falta de sueño, hasta que me di cuenta de que algo se movía cerca de mí. Dudé durante un segundo, con la cabeza ladeada, y agucé el oído para localizarlo.

—Hola —susurré.

Agazapado tras un cubo de basura que tenía justo al lado había otro mapache, este algo más grande, que me observaba con ojos recelosos. Claramente había elegido un escondite mejor que el primero, ya que su presencia me había pasado totalmente inadvertida. Grace estiró el cuello para atisbar por encima del coche.

Como tenía las manos vacías, me agaché, cogí el asa del cubo de basura y lo empujé lentamente hacia la pared. El mapache se vio obligado a salir por el otro lado, corrió sin despegarse de la pared hasta llegar a la puerta y desapareció en la noche.

—¿Había dos? —preguntó Grace—. Este ha…

Enmudeció en cuanto el primer mapache, inspirado por el éxito de su compañero, salió disparado tras él sin desviarse hacia ninguna regadera.

—Uf —suspiró Grace—. Mientras no haya un tercero... Menos mal que al fin ha aprendido para qué sirve una puerta.

Mientras me dirigía a la puerta del garaje para cerrarla, miré a Cole por el rabillo del ojo. Estaba observando el lugar por el que habían desaparecido los mapaches, con el ceño fruncido y una expresión que, por una vez, no le favorecía especialmente.

Grace empezó a hablar, pero al ver que yo estaba mirando a Cole se quedó callada.

Estuvimos en silencio durante más de un minuto. A lo lejos, los lobos habían empezado a aullar. Se me erizó el vello de la nuca.

—Esa es la respuesta —dijo Cole—. Eso es lo que hizo Hannah y lo que tenemos que hacer nosotros si queremos sacar a los lobos del bosque —se volvió para mirarme—. Uno de nosotros tiene que guiarlos.

# CAPÍTULO TREINTA Y UNO Grace

Al despertarme por la mañana, me sentí como una vez que había estado de campamento.

Con trece años, mi abuela me pagó dos semanas en un campamento de verano. Era solo para chicas y se llamaba Cielo Azul. Me encantó. Dos semanas en las que cada día estaba programado, con los planes ya listos e impresos en unas hojas A4 que encontrábamos cada mañana en nuestros casilleros. Era justo lo contrario de vivir con mis padres, que pasaban de horarios. Fue algo fantástico, y también fue la primera vez que me di cuenta de que se podía ser feliz sin seguir el criterio de mis padres. El único problema que le veia al campamento era que no resultaba tan acogedor como mi casa. Tenía el cepillo de dientes mugriento de guardarlo en el bolsillo pequeño de la mochila, porque a mi madre se le había olvidado comprarme unas bolsitas de plástico. La litera era dura e incómoda, y nunca sabía bien cómo apoy ar el hombro. La cena estaba buena, aunque un poco salada, y estaba demasiado separada de la comida; aquello no era como en casa, no podía ir a la cocina cuando quería picotear unas galletitas. Todo era divertido, distinto y ligeramente imperfecto, y eso lo hacía mucho más desconcertante.

Y allí estaba ahora, en casa de Beck en la habitación de Sam. No era

realmente mi casa; esa palabra aún me traía a la memoria el recuerdo de las almohadas que olían a mi champú, las novelas desgastadas de John Buchan que había conseguido en un rastrillo de la biblioteca, con el valor añadido que eso les daba, el sonido del agua mientras mi padre se afeitaba antes de irse a trabajar, el rumor grave de la radio en el estudio, la lógica infinitamente cómoda de mi rutina cotidiana. ¿Volvería aleún día a sentir aleo narecido?

Estaba sentada en la cama de Sam, atontada por el sueño y sorprendida de que él estuviera tumbado a mi lado, pegado a la pared, con una mano apoyada en ella. No lograba acordarme de ninguna mañana en la que me hubiese despertado antes que él y, un poco neurótica, lo miré hasta que comprobé que su pecho subía y bajaba a través de la camiseta raída.

Me levanté esperando que se despertase en cualquier momento; por un lado tenía ganas de que lo hiciera, por otro no. Pero él siguió durmiendo acurrucado, como si lo hubiesen arroi ado así sobre la cama.

Me encontraba rara, nerviosa y somnolienta al mismo tiempo, y me costó más de lo que hubiera pensado llegar hasta el pasillo. Tuve que detenerme un momento para recordar dónde estaba el baño y, una vez allí, me di cuenta de que no tenía ni peine ni cepillo de dientes, y que la única ropa que podía ponerme era una camiseta de Sam con el nombre de un grupo que no conocía. Así que usé su cepillo repitiéndome a cada pasada que era casi lo mismo que besarle, y casi llegué a creérmelo. Encontré su peine j unto a una maquinilla de afeitar con una pinta lamentable; usé el peine y dejé la maquinilla en su sitio.

Me miré en el espejo y me dio la impresión de que me miraba a mi misma desde el otro lado, desde el lado en el que no pasaba el tiempo.

—Ouiero decirle a Rachel que estov viva —dii e en voz alta.

No me sonó tan absurdo hasta que me puse a pensar en lo mal que podría salir todo

Volví a la habitación. Sam seguía durmiendo, así que me fui al piso de abajo. Si, quería que se despertase, pero también disfrutaba de aquella sensación de estar sola sin sentirme sola. Me recordaba a todas las veces en las que me había sentado a leer o a estudiar mientras Sam hacía cualquier otra cosa junto a mí. Juntos pero en silencio, como dos lunas girando en amistosas órbitas.

Al llegar abajo vi a Cole tirado en el sofá, durmiendo con un brazo sobre la cabeza. Me acordé de que había una cafetera en el sótano, así que atravesé de puntillas el salón y bajé las escaleras sin hacer ruido.

El sótano resultaba tan acogedor como desconcertante: no contaba con ventanas ni respiraderos, y la única luz que tenía era eléctrica, con lo cual era imposible saber qué hora era. Me resultaba raro volver allí y, curiosamente, me sentí un poco triste. La última vez que había bajado había sido tras el accidente de coche, para hablar con Beck después de que Sam se hubiera transformado en lobo. Pensaba entonces que lo había perdido para siempre. Ahora era a Beck al

que habíamos perdido.

Encendí la cafetera y me arrellané en el mismo sillón en el que me había sentado para hablar con Beck Detrás de su sillón vacio se alineaban estanterías con cientos de libros que Beck ya no volvería a leer. Ocupaban todas las paredes; la cafetera estaba en uno de los pocos rincones en los que no se apilaban los libros. Me pregunté cuántos habría. ¿Cabrían diez por cada treinta centímetros de estante? Debía de haber unos mil, quizá más. Desde donde me encontraba vi que estaban cuidadosamente ordenados: por tema los ensayos, por autor las sobadas novelas

Yo quería tener una biblioteca así cuando llegase a la edad de Beck No aquella en particular, sino una cueva llena de palabras que yo misma me habría ido construvendo. Pero no sabía si eso seria posible.

Suspiré, me levanté del sillón y fui ojeando los estantes hasta que reparé en que Beck tenía unos cuantos libros de texto. Cogí algunos, me senté en el suelo y dejé con cuidado la taza de café cerca de donde estaba. No sabía el tiempo que llevaba leyendo cuando oí un crujido en la escalera. Levanté la vista y vi unos pies descalzos que bajaban: era Cole, que se acababa de despertar. Parecía somnoliento, con la cara cruzada por la marea de la almohada.

- —Hola. Brisbane —dii o.
- -Hola, St. Clair.

Cole sacó la cafetera eléctrica del soporte y la llevó hasta donde yo estaba. Rellenó mi taza y él se sirvió otra, guardando un solemne silencio durante todo el proceso. Luego ladeó la cabeza para leer los títulos de los libros que había elegido.

- -Educación a distancia, ¿eh? ¿Qué haces empollando tan temprano?
- Agaché la cabeza.
- -Es lo único que tenía Beck
- —« Obtén el mejor resultado en las pruebas de acceso a la universidad. Títulos homologados. Conviértete en un licántropo con estudios sin abandonar la comodidad de tu sótano» —se burló Cole—. Te fastidia, ¿verdad? Lo de dejar los estudios, quiero decir.

Levanté la vista y me quede mirándolo. No me había dado cuenta de que sonara fastidiada. De hecho, no me había dado cuenta de que aquello me fastidiara.

—No. Bueno, si. Es verdad. Quería ir a la universidad. Quería acabar el instituto. Me gusta estudiar.

Después de decir eso, caí en la cuenta de que Cole había preferido tocar con NARKOTIKA a estudiar una carrera. No sabía bien cómo explicar la emoción que sentía al pensar en la universidad: no sabía cómo describir las cosas que me imaginaba al mirar los programas de estudios, con todas sus posibilidades, o el simple placer que me invadía al abrir una libreta sin estrenar con un libro de texto

nuevo al lado; lo atractiva que me resultaba la idea de estar rodeada de gente a la que también le gustaba estudiar: de tener un pequeño apartamento que pudiese organizar a mi modo, como si fuera mi reino. Me sentí un poco tonta.

—Te debo de parecer una empollona.

Cole siguió mirando su café con expresión pensativa.

-Estudiar, ¿eh? A mí también me gusta -dijo.

Agarró uno de los libros y lo abrió por una página al azar; el capítulo se titulaba « Estudia el mundo desde tu sillón», y había un dibujo de un monigote que hacía justamente eso.

-Grace, ¿te acuerdas de todo lo que pasó en el hospital?

Era una clara invitación a que le preguntara qué había pasado, así que lo hice. Él me explicó con detalle lo que había sucedido aquella noche, desde el momento en que empecé a vomitar sangre y Sam y él me llevaron al hospital, que él consiguió dar con la solución para salvarme. Luego me contó que mi padre le había pezado un puñetazo a Sam.

Pensé que no lo había entendido bien.

- -Pero no le pegó de verdad, ¿no? Ouerrás decir que...
- -Le atizó con todas sus fuerzas, Grace.
- Le di un sorbo al café. No sabía qué me resultaba más raro: si la imagen de mi padre pegando a Sam o todo lo que me había perdido mientras estaba tumbada en la cama del hospital, transformándome en loba. De pronto pensé que la temporada que había pasado como loba era tiempo perdido, días que nunca podría recuperar. Como si algo me hubiese partido la vida por la mitad.

Deseché la idea y volví a imaginar a mi padre pegando a Sam.

—Creo que me estoy enfadando —dije—. Sam no le devolvió el golpe, /verdad?

Cole se echó a reír v se sirvió más café.

- -Entonces no llegué a curarme del todo, ¿no? -pregunté.
- —No. No llegaste a transformarte, que no es lo mismo. La toxina St. Clair... Espero que no te moleste, pero le he puesto mi nombre a la toxina lobuna por si me dan el Nobel o el Pulitzer o lo que sea... Bueno, pues la toxina St. Clair está bien instalada en tu oreanismo.

—Entonces, Sam tampoco está curado —repuse.

Dejé el café en el suelo y aparté los libros. Aquello me superaba: todo lo que habíamos hecho había sido inútil. La idea de tener una gran biblioteca y una cafetera de color rojo parecía del todo inalcanzable.

—Bueno, eso no lo sé. Después de todo, él se... Mira, por ahí aparece el chico maravilla. Buenos días. Ringo.

Sam había bajado en un silencio casi absoluto y estaba al pie de la escalera. Tenía los pies enrojecidos de haberse duchado. Al verlo me sentí un poco menos pesimista, aunque su presencia no resolvía nada de lo que quedaba por resolver. -Estábamos hablando del tratamiento -explicó Cole.

Sam caminó sin hacer ruido hasta donde yo estaba.

- —¿Del tratamiento psiquiátrico? —se sentó a mi lado con las piernas cruzadas. Le ofrecí café y, como era de esperar, dijo que no con la cabeza.
- —No, de tu tratamiento. Y del tratamiento en el que he estado trabajando. He pensado mucho en lo que haces para transformarte a voluntad.

Sam puso mala cara.

- —Yo nunca me he transformado a voluntad.
- -No a menudo, Ringo -admitió Cole-, pero a veces sí.

Sentí una pequeña punzada de esperanza: si había alguien que podía averiguar cómo funcionaban los lobos del bosque de Boundary, ese era Cole. Después de todo, a mi me había salvado.

- —Lo hiciste cuando me rescataste de la manada hace tantos años, Sam dije—. ¿Y qué me dices de la clínica, cuando te pusimos la inyección?
- De pronto me pareció que había pasado muchísimo tiempo desde aquella noche en la clínica de la madre de Isabel. De nuevo me asaltó la tristeza.
  - --: Has llegado a alguna conclusión? -- pregunté volviéndome hacia Cole.
- Él empezó a hablar sobre la adrenalina y la forma en que afectaba la toxina St. Clair al sistema nervioso, y explicó cómo estaba intentando utilizar las extrañas transformaciones de Sam para preparar una cura. Sam, mientras tanto, lo miraba con mal humor.
- —Pero si fue solo cuestión de adrenalina, ¿no bastaría con que alguien te diese un buen susto para transformarte? —pregunté.

Cole se encogió de hombros.

—Lo intenté usando una inyección de adrenalina y funcionó, pero solo un poco.

Sam me miró con el ceño fruncido y me pregunté si estaría pensando lo mismo que y o: lo peligroso que sonaba ese « solo un poco».

- —La adrenalina no consiguió que mi cerebro reaccionara de la manera adecuada —prosiguió Cole—. No provocó la transformación de la misma manera en que puede hacerlo el frío o el aumento de la toxina St. Clair. Es muy difícil hacer una réplica de algo cuando no tienes ni idea de qué es lo que pasa realmente. Es como hacer un dibujo de un elefante a partir del sonido que hace en la iaula de al lado.
- Vaya, me impresiona que hayas adivinado que es un elefante —dijo Sam
   Por lo visto, Beck y los demás ni siquiera consiguieron acertar con la especie
   se levantó y me tendió la mano—. Vamos a preparar algo de comer.

Pero Cole no había acabado.

—Beck no quiso verlo —dijo con cierto desdén—. Disfrutaba del tiempo que pasaba siendo lobo. Si mi padre estuviera metido en esto, mandaría que atraparan a unos cuantos lobos, les haría TAC y resonancias magnéticas, les enchufaría mil

cuatrocientos electrodos, usaría algún que otro medicamento tóxico y un par de baterías de coche y, cuando ya se hubiese cargado a tres o cuatro licántropos, habría conseguido una cura. En su trabajo es bueno que te cagas.

Sam agachó la cabeza.

- -Preferiría que no hablases así de Beck
- —¿Cómo?
- —Como si él fuera... —Sam se quedó callado y me miró con expresión ceñuda. como si el final de la frase estuviese escondido en mi cara.

Yo sabía lo que había estado a punto de decir: « ... igual que tú» .

—¿Y esto qué? —dijo Cole con una sonrisa forzada, y señaló el sillón de Beck como si también hubiera conversado con él en aquel sótano.

Me resultaba raro pensar que Cole hubiese tratado con Beck sin que nosotros lo supiéramos.

- —Vamos a hacer una cosa —propuso Cole—. Tú me dices cómo era Becky yo te doy mi versión. Y luego tú, Grace, nos dices cuál de las dos versiones te parece mejor.
  - -No creo que... -empecé a decir.
- —Yo lo conocí durante doce años —me interrumpió Sam—, y tú durante doce segundos, así que mi versión gana.
- —¿Ah, sí? ¿Te explicó cómo era su vida cuando trabajaba de abogado? ¿Te contó historias de cuando vivía en Wyoming? ¿Te habló de su mujer? ¿Te dijo dónde conoció a Ulrik? ¿Te contó lo que estaba haciendo con su vida cuando Paul se lo encontró?
  - -Me contó cómo se convirtió en lobo -dijo Sam.
- —A mí también —tercié yo, con la impresión de que debía apoyar a Sam—.

  Me contó que le mordieron en Canadá y que conoció a Paul en Minnesota.
- -iNo os contó que cuando estaba en Canadá quiso suicidarse y que Paul le mordió para evitarlo?—preguntó Cole.
  - —Te contó eso porque era lo que necesitabas oír —dijo Sam.
- —Y a ti te contó la historia de la excursión y de que Paul estaba ya aquí en Minnesota porque eso era lo que tú necesitabas oir —repuso Cole—. Dime qué pinta Wyoming en todo esto, porque de eso no nos contó nada a ninguno de los dos. No vino de Canadá a Mercy Falls cuando descubrió que aquí también había lobos, ni tampoco le mordieron cuando estaba de excursión. Te contó la historia de una forma más sencilla para que no pensases mal de él. Y a mí me la contó así porque no pensó que le hiciese falta convencerme de nada. No me digas que no has dudado nunca de él, Sam, porque eso no es posible. Ese hombre te contagió primero y luego te adoptó. Seguro que alguna vez se te habrá pasado por la cabeza.

Sentí pena por Sam, pero él no agachó la cabeza ni miró para otro lado. Parecía perpleio.

- —Sí que lo he pensado.
  - -¿Y qué piensas ahora? -preguntó Cole.
  - —No lo sé.
  - -Algo tienes que pensar.
  - —No lo sé.

Cole se puso de pie y se acercó hacia Sam con un impetu casi intimidatorio,

—¿No quieres preguntárselo?

Sam, dicho sea en su honor, no parecía intimidado en absoluto.

- —No es posible.
- —¿Y si lo fuese? —dijo Cole—. ¿Y si pudieses hablar con él durante quince minutos? Puedo encontrarlo. Puedo encontrarlo y tengo algo que debería hacer que se transformase. No durante mucho tiempo, pero el suficiente como para poder hablar. Yo también tengo algunas preguntas que hacerle.

Sam frunció el ceño

--Haz lo que quieras con tu cuerpo, pero no voy a meter en esto a alguien que no puede dar su consentimiento.

Cole pareció ofenderse.

- —Es adrenalina, no sexo adolescente.
- La voz de Sam sonó inflexible:
- —No voy a correr el riesgo de matar a Beck solo para preguntarle por qué no me contó que había vivido en Wyoming.

Era la respuesta obvia, la que Cole debía de haberse imaginado que le daría Sam. Pero en la cara de Cole volvió a aparecer una sonrisa forzada, casi imperceptible.

—Si atrapásemos a Beck y le hiciésemos transformarse en humano —dijo—, quizá podríamos hacerle empezar desde cero otra vez, como a Grace. ¿Arriesgarías su vida por eso?

Sam se quedó callado.

-Dime que sí -prosiguió Cole-. Dime que lo encuentre y lo haré.

Pensé que Sam y Cole no se llevaban bien por aquel tipo de cosas. Porque cuando llegaba el momento de la verdad, Cole, a pesar de tener buenas intenciones, tomaba decisiones equivocadas, y eso Sam no podía justificarlo. Ahora Cole intentaba tentarle con algo que Sam deseaba con todas sus fuerzas, pero colocaba al lado otra cosa que Sam rechazaba de plano. Yo no tenia muy claro qué quería que contestase Sam.

Vi cómo tragaba saliva. Se giró hacia mí y me preguntó en voz baja:

—¿Qué digo?

No sabía qué decirle que él no supiese ya. Me crucé de brazos. Se me ocurrían mil razones a favor y mil en contra, pero todas palidecían ante la ansiedad que reflejaba la cara de Sam.

-Hagas lo que hagas, tienes que ser capaz de mirarte luego en el espejo -le

dii e.

-Morirá ahí fuera de todos modos, Sam -dijo Cole.

Sam se alejó con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y observó las filas de libros que habían pertenecido a Beck

—Está bien. Sí. encuéntralo —murmuró sin volverse.

Mi mirada se cruzó con la de Cole

La tetera silbó en el piso de arriba y Sam, sin mediar palabra, subió a hacerla callar. Una excusa elegante, pensé, para salir de la habitación. La idea de intentar provocar que Beckse transformase me hizo un nudo en el estómago; en el pasado se me había olvidado con demasiada facilidad el riesgo que corríamos cuando intentábamos aprender cosas nuevas sobre nosotros mismos.

- —Cole... Para Sam, Beck lo es todo. Esto no es un juego. No hagas nada de lo que no estés seguro, ¿vale?
- —Siempre estoy seguro de lo que hago. Lo que pasa es que a veces no estoy seguro de vaya a haber un final feliz



El primer día que pasé siendo yo fue muy extraño. No acababa de sentirme cómoda sin mi ropa y mis rutinas, consciente en todo momento de que la loba que llevaba dentro seguía agitándose cuando menos lo esperaba. Por un lado, me gustaba la incertidumbre de ser una loba nueva, porque sabía que al final me transformaría automáticamente con la llegada del invierno, igual que le sucedía a Sam cuando lo conocí. Y a mí me encantaba el frío. No quería tenerle miedo.

Para lograr una cierta normalidad le propuse a Sam hacer una cena en condiciones, pero la cosa resultó más difícil de lo que imaginaba. Sam y Cole habían llenado los armarios con una extraña combinación de alimentos que caían más en la categoría de « precocinados» que en la de « ingredientes». Aun así, encontré lo necesario para hacer tortitas con huevos fritos, que a mi modo de ver era una comida en toda regla. Sam vino a ay udarme sin decir nada, mientras Cole se quedaba tumbado en el suelo del salón contemplando el techo.

Miré por encima del hombro.

- -- ¿Qué está haciendo? ¿Me pasas la espátula?
- Sam me la dio
- -Creo que le duele la cabeza.

Pasó por detrás de mí para coger los platos; durante un segundo, su cuerpo se apretó contra el mío y me posó una mano en la cintura para sujetarme. Me inundó una oleada de aleo entre el deseo y la nostalgía.

—Oye —le dije, y él se giró con los platos en las manos—. Deja esos platos y ven aquí.

Sam se inclinó hacia mí, pero en ese momento, un movimiento extraño me llamó la atención

-¿Qué ha sido eso? - pregunté bajando la voz-. ¡Quieto!

Se quedó inmóvil y siguió la dirección de mi mirada. Acababa de descubrir lo que me había alarmado: un animal se movía en la penumbra del jardín. La luz que salía por las dos ventanas de la cocina iluminaba el césped. Por un momento lo perdí de vista, pero luego volví a verlo iunto a la barbacoa.

Durante un instante, mi corazón se volvió ligero como una pluma: era una loba blanca. Olivia era una loba blanca, y hacía muchísimo tiempo que no la veía

-Shelby -dijo Sam.

Y al fijarme en sus movimientos, me di cuenta de que tenía razón. No había en aquel animal ni rastro de la gracia y la agilidad con que Olivia se movía cuando era loba. Cuando levantó la cabeza, lo hizo de forma rápida y desconfíada. Se quedó mirando la casa: estaba claro que sus ojos no eran los de Olivia. Acto seguido, se agachó y meó junto a la parrilla.

—Genial —exclamé.

Sam frunció el ceño.

Observamos en silencio cómo Shelby iba de la barbacoa a otro lugar en mitad del césped y volvía a marcar el territorio. Estaba sola.

—Está cada vez peor —dijo Sam.

Shelby se detuvo y se quedó un buen rato mirando fijamente la casa. Por alguna extraña razón, sentí que nos observaba, aunque sabía que, en caso de que pudiera vernos, solo vislumbraría unas siluetas inmóviles. Pero incluso desde allí vi que tenía el pelo del lomo erizado.

—Está loca.

Los dos dimos un respingo al oír la voz de Cole a nuestra espalda.

- —¿A qué te refieres? —pregunté.
- —La he visto cuando pongo las trampas. Es valiente y más mala que un demonio
- —Eso ya lo sabía —repuse, sintiendo un escalofrío al recordar la noche en que había atravesado una ventana para atacarme, y la mirada de sus ojos entre relámpago y relámpago—. He perdido la cuenta de las veces que ha intentado matarme.
  - —Está asustada —me interrumpió Sam.

Seguía observando a Shelby, que ahora lo miraba fijamente a él y a nadie

más. Era tremendamente inquietante.

—Asustada, sola, enfadada y celosa —añadió—. Tu llegada, Grace, y la de Cole y Olivia, han hecho que la manada cambie muy deprisa. Ya no le queda mucho que perder. Se está quedando sin nada.

La última tortita estaba empezando a quemarse. Aparté la sartén del fuego.

- -No me gusta que ronde por aquí.
- —No creo... no creo que tengas de que preocuparte —dijo Sam. Shelby seguía parada, contemplando su silueta—. Para ella, el culpable soy y o.

La loba echó a correr al mismo tiempo que la voz de Cole resonaba en el jardín:

-;Largo de aquí, zumbada!

Shelby se perdió en la oscuridad al mismo tiempo que la puerta de atrás se cerraba con un chasquido.

- -Gracias, Cole -dije yo-. Has demostrado mucha sutileza.
- —Es una de m is grandes virtudes.

Sam seguía mirando por la ventana con el ceño fruncido.

—No sé si habrá

El teléfono de la mesa sonó sin dejarle acabar la frase. Cole lo cogió, puso cara rara y me lo pasó sin contestar.

Era Isabel

--;Sí?-diie.

-Grace.

Me esperaba algún comentario sobre el hecho de que ahora fuese humana, algo brusco y sarcástico. Pero se limitó a decir: « Grace».

-Isabel -contesté por decir algo.

Miré a Sam: parecía tan desconcertado como y o.

- --: Sam sigue ahí contigo?
- -Sí. ¿Quieres hablar con el?
- —No, solo quería asegurarme de que... —Isabel se quedó callada; se oía mucho ruido de fondo—. Grace, ¿te ha contado Sam que encontraron a una chica muerta en el bosque? ¿Una chica a la que mataron los lobos?

Miré a Sam, pero él no podía oír las palabras de Isabel.

- -No -repuse, cada vez más inquieta.
- -Ya la han identificado -Isabel hizo una pausa-. Es Olivia.

Olivia.

Olivia.

Olivia.

Vi todo lo que me rodeaba con una claridad absoluta. Sobre la nevera había una fotografia de un hombre de pie junto a un kay ak haciendo el gesto de la paz. Pegado a la puerta había también un imán en forma de diente con el nombre de una clínica dental y un número de teléfono. Junto a la nevera había una encimera algo descolorida con bastantes rasguños. Encima había una botella de Coca-Cola de las antiguas que contenía un lápiz y uno de esos boligrafos con una flor en el extremo superior. Del grifo de la cocina caía una gota de agua cada once segundos; antes de caer, la gota giraba en el sentido de las agujas del reloj hasta que acumulaba la fuerza necesaria para precipitarse hacia el fregadero que tenía debajo. Nunca había reparado en los colores cálidos de aquella cocina: marrón, rojo y naranja en la encimera, los armarios, los azulejos y las descoloridas fotografías pegadas a las puertas de los armarios.

-¿Qué has dicho? -preguntó Sam-. ¿Qué le has dicho?

No entendi por qué me preguntaba eso, cuando yo no había dicho nada. Me quedé mirándolo con el ceño fruncido y vi que tenía el teléfono en la mano, pero yo no recordaba habérselo dado.

Pensé: Soy una mala amiga, porque no me duele. Estoy contemplando la cocina y pensando que, si esta fuera mi casa, pondría moqueta para no tener tanto frío en los pies. No debía de querer a Olivia, porque ni siquiera tengo ganas de llorar. Estoy pensando en moquetas en vez de pensar que está muerta.

—Grace —dijo Sam. Vi a Cole detrás de él, con el teléfono en la mano, hablando—. ¿Oué quieres que haga?

Me pareció una pregunta muy rara. Le miré a los ojos.

- —Estoy bien —dije.
- -No. no estás bien.
- -Que sí -dije-. No estoy llorando. Ni siquiera tengo ganas de llorar.

Me alisó el pelo por detrás de las orejas y tiró suavemente de él hacia atrás como si fuese a hacerme una coleta, sujetándolo con una mano.

—Las tendrás —me susurró al oído.

Apoyé la cabeza en su hombro; me parecía increíblemente pesada, como si ya no pudiese sostenerla.

—Quiero llamar a unas cuantas personas para ver cómo están. Quiero llamar a Rachel —dije—. Quiero llamar a John. Quiero llamar a Olivia.

Me di cuenta de lo que acababa de decir y me quedé con la boca abierta, como si pudiese volver a guardar mis últimas palabras y decir algo que tuviese más lógica.

- —Ay, Grace —suspiró Sam tocándome la barbilla, pero su compasión me pareció algo muy lejano.
- —Bueno, y a no podemos hacer gran cosa, ¿no? —dijo Cole al teléfono en un tono que nunca le había oído.

### CAPÍTULO TREINTA Y TRES Sum

Aquella noche fue Grace quien no pudo dormir. Yo me sentía como una copa vacía que se balanceaba y basculaba para recibir regueros de sueño; solo era cuestión de tiempo que se llenase del todo y me arrastrase.

Mi habitación estaba sumida en la oscuridad, a excepción de las luces de Navidad que adornaban el techo como diminutas constelaciones en un cielo claustrofóbico. Tenía intención de tirar del enchufe que había junto a la cama para quedarnos completamente a oscuras, pero el cansancio me susurraba al oído y me distraía. No entendía por qué estaba tan cansado, después de haber dormido por fin la noche anterior. Era como si mi cuerpo le hubiese cogido el gusto al sueño ahora que Grace estaba de nuevo a mi lado, y nunca fuese a tener suficiente.

Grace estaba sentada junto a mi, apoyada en la pared, con las piernas enredadas en las sábanas. Me pasaba una y otra vez la palma de la mano por el pecho. lo cual no me avudaba a sentirme más despeiado.

—Oye —murmuré alzando la mano para tocarla, aunque apenas llegué a rozarle el hombro—. Acuéstate aquí conmigo y duérmete.

Ella estiró los dedos y me los puso sobre la boca. Tenía una expresión

nostálgica impropia de ella; en la penumbra, parecía otra chica con una máscara de Grace.

- -No puedo dejar de pensar...
- Era una sensación lo bastante familiar como para hacer que me incorporara un poco y me quedara apoyado en los codos. Sus dedos se deslizaron por mis labios y volvieron a mi pecho.
  - -Túmbate -dije-. Eso te ayudará.
- Grace tenía una expresión triste e insegura; parecía una niña. Me incorporé y tiré de ella. Nos apoyamos en el cabecero de la cama y Grace posó la cabeza en mi pecho, iusto donde antes tenía la mano. Olía a mi champó.
- —No puedo dejar de pensar en ella —susurró en un tono más decidido, ahora que no nos mirábamos a la cara—. Y tampoco dejo de pensar en que debería estar en mi casa, Sam, pero no quiero volver.

No sabía muy bien qué responder a aquello. Yo tampoco quería que se marchase, pero era consciente de que aquel no era su sitio. De haber estado curada, habría insistido en que fuésemos a su casa para hablar con sus padres. Lo habríamos solucionado; los habríamos convencido de que ibamos en serio y no habríamos vuelto a dormir en la misma cama hasta que se mudase a mi casa debidamente. No me habría hecho ninguna gracia, pero habría tenido que conformarme. Ya le había dicho una vez que con ella quería hacer las cosas bien, y seguía pensando lo mismo.

Pero no había manera de hacer bien las cosas. Grace era una chica y también una loba. Y mientras dijese que no se atrevia, a volver, mientras siguiese albergando dudas sobre la reacción de sus padres, la quería allí, commigo. Algún día pagaríamos bien caros aquellos momentos robados que pasábamos juntos, pero no pensaba que estuviésemos haciendo nada malo. Le pasé los dedos por el pelo hasta que me topé con un nudo diminuto y tuve que sacarlos para empezar de nuevo.

- —No pienso obligarte a hacerlo —murmuré.
- —Tenemos que solucionarlo antes o después —repuso Grace—. Ojalá tuviese ya dieciocho años. Ojalá me hubiese marchado hace mucho tiempo. Ojalá estuviésemos ya casados. Ojalá no tuviese que inventarme ninguna mentira.
- Al menos, no era el único que pensaba que sus padres no se tomarían muy bien la verdad
- —Esta noche no vamos a solucionar nada —concluí con una certeza pasmosa.

Al decirlo reconocí con algo de ironía el típico razonamiento de Grace, la frase que tantas veces me había dicho ella para que me durmiese.

—Tengo la sensación de que avanzamos en círculos —dijo Grace—. Cuéntame algo.

Dejé de acariciarle el pelo porque la tranquilidad que me proporcionaba ese

gesto repetitivo me estaba arrastrando de nuevo al sueño.

- -¿Como qué?
- -Como la historia que me contaste de cuando Beck te enseñó a cazar.
- Intenté pensar en alguna anécdota, algo que no necesitase demasiadas explicaciones. Algo que la hiciese reir. Pero ahora todas las historias de Beck parecían manchadas, oscurecidas por la duda. Cualquier cosa sobre él que no hubiese visto con mis propios ojos me parecía apócrifa.

Busqué algún otro recuerdo.

—Ese BMW ranchera no fue el primer coche que tuvo Ulrik Cuando yo llegué a esta casa, tenía un Ford Escort de color marrón. Feísimo —diie.

Grace suspiró como si aquel le pareciera un buen comienzo de un cuento para dormir. Cerró el puño y me agarró la camiseta. El gesto me despejó al instante y me trajo a la cabeza al menos cuatro cosas que no eran ni historias para dormir ni formas de consolar delicadamente a una chica triste.

Tragué saliva y me concentré en mis recuerdos.

—El Escort estaba hecho polvo. Cuando pasábamos por encima de algún bache, había algo que rozaba el suelo. El tubo de escape, imagino. Una vez, Ulrik atropelló a una zarigüeya en el pueblo y la arrastró todo el camino de vuelta a casa —Grace soltó una risita afónica, de esas que se sueltan por compromiso—. Siempre olía fatal. Como si los frenos rozaran con algo, o como si Ulrik no hubiese limpiado bien todos los restos de la zarigüeya.

Hice una pausa mientras recordaba los viajes que había hecho en aquel coche, en el asiento del copiloto; todas las veces que había esperado sentado dentro mientras Ulrik compraba cerveza en la tienda, o de pie a un lado de la carretera, mientras Beck maldecía el motor mudo y me preguntaba por qué narices Ulrik había salido en aquel cacharro. Aquello databa de la época en la que Ulrik aún era humano gran parte del año, cuando ocupaba la habitación contigua a la mía y me despertaba a menudo con ruidos rarísimos. Estaba como una cabra

—Cuando empecé en la librería, iba a trabajar en ese coche —dije—. Ulrik le compró el BMW ranchera a un tipo que vendía rosas junto a la carretera en St. Paul, así que yo heredé el Escort. Dos meses después de sacarme el carné, se me pinchó una rueda.

En aquella época yo tenía dieciséis años. Era inocente en el más amplio sentido de la palabra, y todas las tardes me sentía eufórico y asustado al mismo tiempo por ser capaz de volver del trabajo conduciendo mi propio coche. De pronto, un día, la rueda hizo un ruido increíble que a mí me pareció un disparo y pensé que iba a morir.

- —¿Sabías cómo cambiarla? —preguntó Grace como si tal cosa.
- -No tenía ni idea. Tuve que aparcar en el arcén y estrenar el móvil que acababan de regalarme por mi cumpleaños para llamar a Beck y pedirle que

fuese a ayudarme. Estrené el teléfono para confesar que no sabía cambiar una rueda pinchada. Qué poco masculino.

Grace se rió de nuevo en voz baja.

- —Poguísimo… —confirmó.
- -Más bien nada -recalqué, contento de oír esa risita.

Retomé el hilo del recuerdo. Beck había tardado muchísimo en llegar hasta allí; Ulrik lo había llevado aprovechando que tenía que ir al trabajo. Haciendo caso omiso a mi cara de funeral, Ulrik me saludó muy animado desde la ventanilla del BMW: «¡Nos vemos, chaval!». Su coche desapareció en la oscuridad del atardecer, sus luces traseras casi fluorescentes en el paisaje invernal y eris.

- —Total, que llegó Beck —proseguí, consciente de que, después de todo, le había incluido en aquella anécdota sin darme cuenta; quizá Beck estuviese presente en todas mis anécdotas—. « Te has cargado el coche, ¿ch?», me dijo. Iba bien abrigado: llevaba un abrigo, guantes y varias bufandas, pero aun así enseguida empezó a temblar. Cuando vio la rueda desinflada, soltó un silbido y se puso a tomarme el pelo: « Menuda obra de arte: ¿Has atronellado un alce?».
  - -: Lo habías atropellado?
- —¡Qué va! Beck se burló de mí y me enseñó dónde estaba la rueda de repuesto, y entonces...

Me callé. Al empezar tenía intención de contar la historia de cuando Ulrik quiso vender el Escort: había freido dos kilos de beicon y los había metido en el maletero para atraer a los compradores, porque le habían dicho que los agentes inmobiliarios horneaban galletas en las casas para que olieran bien. Pero el sopor había hecho que me desviara, y la historia que estaba contando ahora terminaba con la sonrisa de Beck desvaneciéndose a la luz de los faros, con un montón de bufandas, jerséis y guantes en el suelo junto al Escort, conmigo empuñando una llave inglesa sin saber qué hacer con ella, con la imagen de Beck transformándose mientras pronunciaba mi nombre.

### -- ¿Y entonces?

Intenté encontrar el modo de dar un giro a la historia para hacerla más alegre, pero al pensarlo me acordé de un detalle que había pasado por alto durante años

—Beck se transformó y yo me quedé allí plantado con la dichosa llave inglesa en la mano y la misma cara de idiota.

Luego había recogido su abrigo y un montón de camisetas del suelo y las había sacudido para quitarles los pegotes de nieve y tierra antes de lanzarlas al asiento trasero del Escort. También me había permitido dar un buen portazo. Con los brazos enlazados por detrás de la cabeza, me había apartado de la carretera y el coche. La pérdida de Beck aún no había empezado a dolerme, pero el hecho de haberme quedado tirado en la carretera me había calado de inmediato.

Grace hizo un ruidito triste como si se compadeciera del Sam de entonces, aunque a aquel Sam le llevó mucho tiempo entender lo mucho que había perdido en aquellos escasos minutos.

—Me quedé allí durante un buen rato, contemplando todos los trastos inútiles acumulados en la parte de atrás del coche. Ulrik llevaba una máscara de hockey en el maletero, que me miraba como si estuviese diciendo: « Eres tonto, Sam Roth». Entonces oí que un coche aparcaba detrás de mí... Se me había olvidado esa parte hasta ahora, Grace. ¿Y a que no sabes quién se paró a preguntar si necesitaba avuda?

Grace frotó la nariz contra mi camiseta.

- -No sé. ¿Ouién?
- —Tom Culpeper.
  - -- ¡No! -- Grace levantó la cara para poder mirarme--. ¿En serio?

Con aquella luz tenue, Grace ya se parecía más a sí misma: tenía él pelo revuelto de haber estado apoyada en mi pecho y los ojos más animados. Mi mano, que seguía en su cintura, deseaba a toda costa colarse por dentro de la camiseta y abrirse paso por la curva de su espalda, acariciarle los omóplatos y hacerla pensar únicamente en mí.

Pero era un puente que no quería comenzar a cruzar solo. No sabía en qué punto nos encontrábamos. Se me daba bien esperar.

—Si —contesté en lugar de besarla—. Era Tom Culpeper. Grace volvió a acomodarse sobre mi pecho.

- —;Oue fuerte!
- Tú eres el chico de Geoffrey Beck», me dijo. Aunque había poca luz, me fijé en que su todoterreno tenía una costra de hielo, tierra y sal («niarro», como lo llamaba Ulrik, una mezcla de «nieve» y «barro»), y en que la luz de sus faros proyectaba una línea torcida entre el Escort y yo. Se lo pensó un poco y añadió: «Sam. verdad? Parece que necesitas avuda».

Recuerdo que en aquel momento me alivió oír mi nombre pronunciado por una voz tan normal que casi borraba el recuerdo de cómo lo había dicho Beck al transformarse

- —Me echó una mano —dije—. Las cosas eran diferentes, supongo. Debió de ser poco después de que se viniesen a vivir aquí.
  - -: Iba Isabel con él?
- —No recuerdo haberla visto —reflexioné—. Intento no considerarlo mala persona, Grace. Lo hago por Isabel. No sé qué opinión tendría ahora de él si no fuera por lo de los lobos.
- —Si no fuera por lo de los lobos, ninguno de nosotros habría dedicado ni un minuto de su tiempo a pensar en él.
- —Esta historia tendría que haber terminado con dos kilos de beicon reconocí—. Se supone que debía hacerte reir.

Grace suspiró con fuerza, como si el peso del mundo le impidiese respirar. Sabía perfectamente cómo se sentía.

—No te preocupes. Apaga la luz —repuso estirando el brazo para taparnos con el edredón. Olía ligeramente a loba, y pensé que no aguantaría toda la noche sin transformarse—. Estoy lista para dar por concluido el día.

Con mucho menos sueño que antes, dejé caer el brazo a un lado de la cama y desenchufé las luces. La habitación se oscureció y, al rato, Grace susurró que me quería en un tono algo triste. La abracé con fuerza y lamenté que fuese tan complicado quererme.

Su respiración ya se estaba volviendo más pesada cuando le susurré que yo también la quería. Me quedé despierto pensando en Tom Culpeper y en Beck, y en que en ambos casos había que rascar la superficie para llegar a la verdad. Seguía viendo a Culpeper caminando por la nieve hacia mí, con la nariz roja por el frío, dispuesto a ayudar a un chaval desconocido. Y entre los repetidos fogonazos de esa imagen seguía viendo a los lobos abalanzarse sobre mi, derribar mi cuerpo de niño flaco y cambiar para siempre el curso de mi vida.

Aquello había sido cosa de Beck Había decidido llevárseme. Lo había planeado mucho antes de que mis padres decidiesen que no me querían. Ellos solo le habían facilitado las cosas.

No sabía cómo podía vivir sin que aquello me corroyese por dentro, sin que envenenase cada recuerdo feliz que guardaba de mi infancia. Sin que estropease todo lo que nos unía a Becky a mí.

No entendía que una persona pudiese ser Dios y el diablo al mismo tiempo. Que una misma persona pudiese destruirte y salvarte a la vez. Si todo lo que yo era, tanto lo bueno como lo malo, estaba en una madeja de hilos que él mismo había entrelazado, ¿cómo podía saber si debía quererlo u odiarlo?

En mitad de la noche, Grace se despertó con los ojos como platos y sufriendo convulsiones. Pronunció mi nombre igual que había hecho Beckaños atrás, junto a la carretera. E igual que Beck, me dejó con un montón de ropa vacía y mil preguntas sin responder.

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO Isabel

A la mañana siguiente, mi móvil sonó a las siete. Era una llamada desde el móvil de Sam. Normalmente, a las siete habría estado preparándome para ir al instituto, pero como era sábado estaba sentada en la cama poniéndome las zapatillas para salir a correr. Qué le iba a hacer: era presumida, y correr me ponía las piernas estupendas.

Abrí el móvil. No sabía qué esperar.

- —;Sí?
- -Lo sabía -dijo Cole-. Sabía que lo cogerías si pensabas que era Sam.
- —Dios mío. ¿Lo dices en serio?
- -Muy en serio. ¿Puedo entrar?

Salté de la cama y fui hasta la ventana para echar un vistazo. Al final del camino de entrada vi el morro de una ranchera bastante fea.

- --: Estás en ese cacharro?
- —Sí, y huele fatal —dijo Cole—. Te invitaría a hablar conmigo en la intimidad del coche, pero de verdad que huele muy fuerte. No se que será, pero apesta.
  - -¿Que quieres, Cole?

- —Tu tarjeta de crédito. Necesito encargar una red de pesca, algunas herramientas y un par de somníferos que te juro que pueden comprarse sin receta. Ah v los necesito nara mañana.
  - -Será broma, ¿no?
- —Le dije a Sam que podía atrapar a Beck Voy a construir una trampa en el agujero que Grace tuvo la amabilidad de encontrar al caerse dentro. De cebo voy a poner la comida favorita de Beck, que él mismo tuvo el detalle de describir en su diario al contar una anécdota sobre un incendio en la cocina.
- --Estás de broma, ¿verdad? Porque si no, diría que estoy hablando por teléfono con un loco
  - —El olfato es el sentido más asociado con la memoria.
  - Suspiré v me tumbé en la cama con el teléfono pegado a la oreia.
  - -iY eso qué tiene que ver con lo de evitar que mi padre os mate a todos? Hizo una pausa.
  - -Beck va trasladó una vez a los lobos. Oujero preguntarle cómo lo hizo.
- -¿Y una red, unas cuantas herramientas y unos medicamentos van a avudarte a hacerlo?
  - -Si no, al menos son unos ingredientes estupendos para pasar un buen rato.
- Miré hacia arriba. Hacía mucho tiempo, Jack había lanzado un pegote de plastilina al lugar donde el techo se encontraba con la pared inclinada, y allí seguía.

Suspiré.

- —Vale. Cole. Nos vemos en la puerta lateral, junto a la escalera por la que subiste la otra vez. Aparca ese trasto en alguna parte donde no lo vean mis padres cuando se despierten. Y no hagas ruido.
- —Yo nunca hago ruido —dijo Cole, y el teléfono enmudeció al mismo tiempo que se abría la puerta de mi habitación.

Tirada en la cama, miré hacia la puerta cabeza abajo y no me sorprendió ver entrar a Cole. Cerró con mucho cuidado. Llevaba unos pantalones con bosilolos dos y una camiseta negra. Parecía alguien famoso, pero empezaba a darme cuenta de que eso dependia de la pose, no de lo que llevase puesto. En mi habitación, tan etérea, llena de tejidos claros, almohadas que brillaban y espejos que te devolvían la sonrisa, Cole parecía fuera de lugar; pero estaba empezando a comprender que eso también dependia de cómo era y no de dónde estuviese.

- —Así que hoy eres Barbie Campo a Través —dijo, y recordé que tenía puestas las zapatillas de correr y los pantalones cortos.
- Cole avanzó hasta mi tocador y esparció una nube de mi perfume. El reflejo de Cole agitó la mano para despejar la niebla.
  - -No, soy Barbie sin Sentido del Humor -repuse.

Cole agarró mi rosario y apoyó el pulgar sobre una de las cuentas. Lo sostenía como si aquel fuese un gesto que le resultase familiar, aunque costaba

imaginarse a Cole St. Clair entrando en una iglesia sin que esta se incendiase.

- —¿No estaba cerrada con llave la puerta lateral? —pregunté.
- —Qué va.

Cerré los ojos. Mirarlo estaba haciendo que me sintiese cansada. Sentí el mismo peso interior que había sentido en Il Pomodoro y pensé que lo que de verdad necesitaba era irme a alguna parte donde no me conociese nadie: empezar de nuevo sin llevar conmigo ninguna de mis decisiones, conversaciones o expectativas.

La cama suspiró cuando Cole se tumbó junto a mi. Olía a limpio, como a espuma de afeitar y a playa, y comprendí que debía de haberse arreglado antes de visitarme. Aquello también me hizo sentir rara.

Volví a cerrar los oios.

- --: Cómo está Grace? ¿Cómo lleva lo de Olivia?
- —Y yo qué sé. Se transformó anoche, así que la encerramos en el cuarto de baño
- —Yo no era amiga de Olivia —dije, porque me parecía importante que él lo supiese—. En realidad, no la conocía
- —Yo tampoco —repuso Cole. Hizo una pausa y añadió en un tono diferente —: Me gusta Grace.

Lo dijo como si fuese algo muy serio y, por un momento, pensé que lo que quería decir era que estaba colado por ella, algo que me hubiera resultado inconcebible. Pero enseguida lo aclaró:

—Me gusta verla junto a Sam. Hasta ahora nunca había creído en el amor; pensaba que era algo que James Bond se inventó hace mucho tiempo para poder echar algún que otro polvo.

Nos quedamos tumbados unos minutos más sin decir nada. Fuera, los pájaros empezaban a despertarse. La casa estaba en silencio: aquella mañana no hacia tanto frío como para encender la calefacción. Me costaba no pensar en que Cole estaba tumbado a mi lado, aunque estuviese callado: olía muy bien, y yo me acordaba perfectamente de lo que había sentido al besarlo. También recordaba la última vez que había visto a Sam besando a Grace, y recordaba, más que ninguna otra cosa, la presión de la mano de Sam sobre ella. No creía que aquella imagen se correspondiese con la de Cole y yo besándonos. Al pensarlo, mi cabeza empezó a llenarse de voces que gritaban que deseaba a Cole y de otras que dudaban si estaba bien desearlo. Me sentí culpable, sucia y eufórica, como si ya hubiese cedido.

—Cole, estoy cansada —afirmé, y nada más decirlo pensé que no tenía ni idea de por qué lo había dicho.

No contestó. Se quedó tumbado, más callado que nunca.

Irritada por su silencio, luché contra las ganas de preguntarle si me había oído

Por fin, en medio de un silencio tan profundo que oí cómo se separaban sus labios antes de hablar dijo:

-A veces pienso en llamar a casa.

Estaba acostumbrada al egocentrismo de Cole, pero aquello de tapar mi confesión con otra suya superaba todo lo que le había visto hacer hasta entonces.

—Pienso en llamar a casa y decirle a mi madre que no estoy muerto —
continuó—. Pienso en llamar a mi padre y preguntarle sí le gustaría que
hablásemos del efecto de la meningitis en la estructura celular o pienso en llamar
a Jeremy, mi bajista, y decirle que no estoy muerto, pero que no quiero que me
sigan buscando. Y decirles a mis padres que no estoy muerto, pero que no pienso
volver a casa.

Se quedó callado durante tanto tiempo que pensé que había acabado de hablar. La luz de la mañana fue haciéndose más brillante en mi vaporosa habitación a medida que la niebla comenzaba a disiparse.

—Pero me canso solo de pensarlo —dijo al fin—. Me recuerda lo que sentía antes de irme: era como tener los pulmones de plomo. Como si ni siquiera pudiese plantearme que me importase nada. Como si desease que se muriesen todos, o morirme yo, porque no soporto el peso de tanta historia entre nosotros. Y todo eso, sin siquiera descolgar el teléfono. Estoy tan cansado que no quiero volver a despertar. Pero acabo de descubrir que no fue culpa suya que yo me sintiese así. Fue culpa mía desde el principio.

No respondí: estaba pensando otra vez en la revelación que había tenido en el cuarto de baño de II Pomodoro. En ese deseo de terminar con todo de una vez, de sentirme acabada, de no desear nada. Pensé en lo bien que había descrito Cole la fatiga que me embargaba.

—Soy parte de lo que odias de ti misma —dijo Cole. No era una pregunta.

Pues claro que era parte de lo que odiaba de mí misma. Todo era parte de lo que odiaba de mí misma, no era nada personal.

—Me voy —dijo incorporándose.

Noté su calor donde había estado tumbado.

-Cole, ¿crees que soy amable?

—¿En plan « amable y simpática» ?

-En plan « digna de que me amen».

Cole me miró fijamente y, por un segundo, tuve la extraña sensación de que podía ver exactamente qué aspecto había tenido de más joven y cuál tendría cuando fuese mayor. Era algo desgarrador, una mirada furtiva a su futuro.

-Puede ser -repuso-. Pero no deias que nadie lo intente.

Cerré los ojos v tragué saliva.

-No sé cuál es la diferencia entre rendirme y no luchar -dije.

A pesar de tener los párpados cerrados con fuerza una se me escapó del ojo izquierdo. Me cabreó que se me escapara. Me cabreó muchísimo.

La cama se inclinó bajo el peso de Cole y, más que verlo, sentí que se inclinaba sobre mí. Noté en la mejilla su respiración, cálida y acompasada. Dos respiraciones. Tres. Cuatro. Yo ya no sabía lo que quería. Entonces oí que dejaba de respirar y un segundo después noté sus labios sobre los míos.

No fue como nuestro primer beso, hambriento, urgente, desesperado. No fue como ningún beso que me hubiese dado con nadie. Fue tan suave como el recuerdo de un beso, tan dulce como si me hubiese acariciado los labios con las yemas de los dedos. Abrí la boca y me quedé quieta era un beso tranquilo como un susurro, nada que ver con el grito ansioso de la vez anterior Cole me tocó el cuello con la mano e hizo un poco de presión con el pulgar en la piel junto a la mandíbula. Fue una caricía, no me hizo pensar « necesito más» , sino « esto es lo que quiero» .

Todo en el más absoluto silencio. Creo que ninguno de los dos respiraba.

Cole se incorporó lentamente y yo abrí los ojos. Tenía una expresión ausente, como siempre; era la cara que ponía cuando algo le importaba.

-Así es como te besaría si te quisiese -dijo.

Al ponerse de pie, ya no parecía alguien famoso. Recogió de la cama las llaves del coche, que se le habían salido del bolsillo, salió y cerró la puerta sin volver a mirarme.

Lo oí bajar por la escalera: los primeros cinco peldaños, lento y vacilante, y los demás corriendo.

Me puse el pulgar en el cuello donde Cole había posado el suyo y cerré los ojos. Aquello no se parecía ni a luchar ni a rendirse. No me había dado cuenta de que existía una tercera alternativa, y aunque lo hubiese sospechado, j amás habría adivinado que tenía algo que ver con Cole.

Exhalé larga y ruidosamente entre unos labios a los que acababan de besar; luego me incorporé y saqué la tarjeta de crédito.

### CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



No me apetecía mucho ir a trabajar aquella mañana, con el fin del mundo a la vuelta de la esquina, pero como no se me ocurría ninguna excusa convincente que ponerle a Karyn, salí de casa y fui en coche hasta Mercy Falls. No soportaba seguir oyendo cómo la Grace loba arañaba las paredes del baño de la planta baja, así que me alivió marcharme. Pero me sentía culpable por ver las cosas así: aunque yo no fuese testigo de su pánico, Grace seguiría sintiéndolo.

Hacía un día precioso; por primera vez en una semana, no parecía que fuese a llover. El cielo era de un azul somnoliento e intenso, casi veraniego. Las hojas de los árboles mostraban mil tonos de verde, desde un matiz eléctrico y plástico hasta un tono casi negro. En lugar de aparcar detrás de la tienda como hacía siempre, aparqué en la calle principal, lo bastante lejos del centro para no tener que meter dinero en el parquimetro; en Mercy Falls, esa distancia equivalia a unas pocas manzanas. Dejé la cazadora en el asiento del copiloto, me metí las manos en los bolsillos y eché a andar.

Mercy Falls no era un pueblo rico, pero sí pintoresco a su manera, y esa misma cualidad hacía del centro un lugar bastante próspero. Su encanto, al que había que añadir que estaba cerca de la preciosa zona de Boundary Waters, era todo un reclamo turístico. Y como los turistas traían dinero, en Mercy Falls había varias manzanas de tiendas para que se dejasen parte de él en el pueblo. Muchas eran tiendas de ropa, de esas en las que entraban solo las mujeres mientras sus maridos esperaban en el coche o fisgoneaban en la ferretería de la calle Grieves. Aun así, eché un vistazo a los escaparates que me encontré a mi paso. Iba andando por el bordillo para que me alcanzasen los tímidos rayos del sol de la mañana. Era una sensación agradable, un pequeño premio de consolación en aquella semana terrible y maravillosa a la vez.

Pasé de largo una tienda que vendía ropa y adornos, me detuve y di media vuelta para echar otro vistazo al escaparate. Había un maniquí sin cabeza que llevaba un vestido veraniego de color blanco. Era una prenda muy sencilla, con tirantes estrechos y un cinturón suelto, de algo que, según creía recordar, se llamaba tela calada. Me imaginé a Grace con él puesto, con aquellos tirantes finos sobre los hombros, un triángulo de piel desnuda bajo la garganta, el bajo justo sobre la rodilla. Me imaginé sus caderas bajo aquel tejido tan fino y mis manos frunciendo la tela a la altura de su cintura al atraerla hacia mí. Era un vestido informal, un vestido pensado para el verano, y me hizo pensar en campos de hierba tibia y en melenas rubias aclaradas por un sol muy seguro de sí mismo.

Me quedé allí de pie durante un buen rato, contemplándolo, deseando todo lo que representaba. Quizá fuese una tontería pensar en eso cuando había tanto en juego. Desplacé el peso de mi cuerpo de una pierna a otra hasta tres veces, incapaz de retomar mi camino, y cada vez volvía a ver la imagen de Grace —el viento levantándole el borde del vestido y presionando la tela contra el vientre y los pechos— y me quedaba paralizado frente al escaparate.

Lo compré. Llevaba cuatro billetes de veinte en la cartera —Karyn me había pagado en efectivo la semana anterior—, y me fui de allí con uno solo y el vestido en una bolsita. Volví sobre mis pasos para dejarlo en el coche y luego fui a The Crooked Shelf con la cabeza gacha, sintiendo calor e inseguridad por haber comprado un regalo que costaba más de lo que ganaba en un día de trabajo. ¿Y si no le gustaba? Tal vez hubiese debido guardar el dinero para comprar un anillo. Aunque Grace hablase en serio y de verdad quisiera casarse conmigo, cosa que me parecía imposible en aquel momento, la idea de regalarle un anillo me parecía muy remota. No tenía ni idea de cuánto podía costar; quizá necesitase ponerme a ahorrar. ¿Y si al anunciarle que tenía un regalo para ella se llevaba una desilusión por no ver lo que esperaba? De repente me sentí como el chico de diecinueve años más joven y más viejo del planeta. ¿Qué hacía yo pensando en anillos? ¿Y por qué no había caído antes en la cuenta? Por otra parte, con lo pragmática que era Grace, a lo mejor le molestaba que le hubiese comprado un regalo en luear de solucionar el tema de la cacería.

Esas eran las dudas que me asaltaban de camino a la librería. Al levantar la persiana, absorto en mis pensamientos, la tienda me pareció un lugar solitario y

ajeno al paso del tiempo. Era sábado, así que una hora después de abrir, Karyn entró por la puerta de atrás y se encerró en la diminuta trastienda para pasar pedidos y hacer cuentas. Karyn y yo teníamos una relación de lo más sencilla; me gustaba saber que estaba en la tienda aunque no nos dirigiésemos la palabra.

No había clientes y me sentía inquieto, así que me acerqué a su oficina. El sol se asomaba con impetu por el escaparate y extendía sus largos dedos hasta el fondo de la tienda, calentándome el cuerpo mientras me apoyaba en el marco de la puerta.

—Hola —dii e.

Karyn estaba rodeada de montones de facturas y catálogos de libros. Levantó la vista y me dedicó una agradable sonrisa. En mi opinión, todo en ella resultaba agradable: era una de esas mujeres que siempre se sienten cómodas consigo mismas y con el mundo, y a lleven puesto un forro polar o un collar de perlas. Si sus sentimientos hacia mí habían cambiado desde la desaparición de Grace, no se le notaba. Deseaba poder decirle lo mucho que le agradecía su amabilidad inmasible.

- -Se te ve contento -dijo.
- —¿En serio?
- -Más contento que antes -matizó-. ¿Ha habido mucho trabajo?

Me encogí de hombros.

- —No demasiado. He barrido y limpiado unas huellas pequeñitas en el escaparate.
- —Niños, ¿quién los necesita? —preguntó Karyn; por supuesto, era una pregunta retórica Si hiciese más calor, tendríamos clientes. Y si hubiese salido ya el nuevo libro de Tate Flaugherty, habría aquí una multitud. A lo mejor deberíamos preparar el escaparate para la promoción. ¿Qué te parece un decorado tipo Alaska para Caos en Juneau?

Hice una mueca.

- —Acabamos de salir de un decorado tipo Alaska que ocupaba toda Minnesota.
  - —Ajá. Tienes razón.

Pensé en mi guitarra, en la aurora boreal y en las canciones que tenía que componer sobre los últimos días.

—Deberíamos poner biografías de músicos —sugerí—. El escaparate quedaría muy bonito.

Karyn me señaló con su lápiz.

—Anótate un punto.

Bajó la mano y dio golpecitos con el lápiz en la carta que tenía sobre la mesa, un gesto que de repente me recordó a Grace.

—Sam, sé que Beck está... enfermo, y que quizá esto que voy a decirte no sea una prioridad ahora mismo, pero ¿has pensado qué vas a hacer con lo de la

universidad?

Parpadeé al escuchar la pregunta y me crucé de brazos. Su mirada recayó en mis brazos cruzados, como si formasen parte de mi respuesta.

—No lo he pensado mucho —no quería que crey ese que estaba desmotivado, de modo que añadí—: Antes quiero saber a qué universidad irá Grace.

Tardé medio segundo en darme cuenta de que ese último comentario sobraba por tres razones, y el hecho de que Grace estuviese desaparecida oficialmente era la principal.

Al rostro de Karyn no asomaron ni la pena ni el asombro. Simplemente me dedicó una mirada pensativa, frunció los labios y descansó la barbilla sobre uno de los pulgares. Entonces intuí que lo sabía todo de nosotros y que aquello no era más que una comedia que Beck y y o habíamos representado para ella.

Ni se te ocurra preguntar.

- —He pensado que si no retomas los estudios de inmediato, quizá quieras trabajar aquí a tiempo completo —dijo: no eran las palabras que esperaba oir de su boca así que no respondí—. Ya sé lo que estás pensando: no está bien pagado. Por eso te subo el sueldo dos dólares la hora
  - -No puedes permitírtelo.
- —Vendes muchos libros. Me sentiria más tranquila si supiese que eres tú quien está siempre detrás del mostrador. Cada día que pasas sentado en ese taburete es un día sin que tenga que preocuparme de cómo va la tienda.
- —Yo... —en realidad le agradecía la oferta, no tanto porque necesitase el dinero como por el voto de confianza que suponía. Sentí que la cara me ardía y que mis labios esbozaban una sonrisa.
- —Bueno, me siento un poco culpable por intentar mantenerte alejado de la universidad un año más. Pero si piensas esperar de todos modos...—añadió.

La campanilla de la puerta sonó al abrirse: uno de los dos tenía que salir y me alegré de ser yo. La conversación no me estaba resultando incómoda ni desagradable, pero necesitaba un momento para asimilarla, para considerar la oferta con un poco de perspectiva hasta estar seguro de qué expresión debía adoptar y qué palabras debía decir cuando volviese a hablar con Karyn. Tenía la impresión de estar siendo demasiado desagradecido, demasiado lento.

- —¿Puedo darle un par de vueltas? —pregunté.
- —Me extrañaría que no lo hicieses. Ya nos conocemos, Sam.

Le sonreí y me di la vuelta para volver a la tienda. Por eso estaba sonriendo cuando el agente de policía me vio aparecer. La sonrisa se me borró de la cara. De hecho, tardó demasiado en desvanecerse: mis labios aún reflejaban un sentimiento que había acabado unos segundos antes. Pensé que el policía podía haber entrado allí por cualquier motivo: para hablar con Karyn, por ejemplo. Tal vez solo quisiera hacer una preguntita rápida.

Pero en el fondo sabía que no era por eso.

Me di cuenta de que se trataba del agente William Koenig. Koenig era un tipo joven, sencillo, informal. Quise pensar que nuestros anteriores encuentros inclinarían la balanza a mi favor, pero su cara me aclaró todo lo que necesitaba saber. Había adoptado una expresión dura, la de alguien que se está arrepintiendo de haber sido amable en el pasado.

—Eres un tipo difícil de encontrar, Sam —dijo mientras yo me acercaba lentamente a él, con las manos colgando a los lados del cuerpo.

—¿En serio?

Me sentía incómodo, a la defensiva, aunque su tono de voz era desenfadado. No me preocupaba demasiado que me hubiera encontrado, aunque tampoco me hacía gracia que estuviese buscándome.

-Estaba seguro de que te localizaría aquí -prosiguió Koenig.

Asentí con la cabeza.

—Bien pensado.

Me daba la impresión de que debía preguntarle si podía hacer algo por él, pero en realidad no quería saberlo. Lo único que quería era que me dejasen en paz para poder digerir todo lo que me había ocurrido en las últimas setenta y dos horas.

-Tenemos unas cuantas preguntas que hacerte -dijo.

La puerta sonó de nuevo para dejar paso a una mujer. Llevaba un enorme bolso morado que atrajo mi mirada como un imán.

- —¿Dónde están los libros de autoayuda? —me preguntó como si no se hubiera dado cuenta de que tenía delante a un policía. Tal vez la gente normal hablara con los policías desenfadadamente, aunque me costaba imaginármelo.
- Si Koenig no hubiese estado allí, le habría dicho que cualquier buen libro servía como autoayuda y que si podía concretar un poco, y la mujer habría salido de allí con cuatro libros en lugar de uno. Ese era mi trabajo. Pero con Koenig delante, me limité a decir:
  - —Ahí. Los tiene usted detrás.
  - -En comisaría -dijo Koenig-. Para preservar tu intimidad.

Mi intimidad...

Aquello tenía muy mala pinta.

--: Sam? --insistió Koenig.

Me di cuenta de que seguía con la mirada clavada en aquel bolso de piel morado que se movía lentamente por la tienda. A la mujer le había sonado el móvil y estaba hablando a voces.

- -Vale -dije -. No tengo alternativa, ¿verdad?
- —No puedo obligarte; si no quieres acompañarme, estás en tu derecho repuso Koenig—. Pero con una orden de detención, todo es más desagradable.

Asentí con la cabeza. Palabras. Tenía que decir algo. ¿Qué tenía que decir? Pensé en Karvn sentada en la trastienda, pensando que todo iba bien porque vo estaba a cargo.

- -Tengo que avisar a mi jefa de que me voy. ¿Puedo?
- —Por supuesto.

Noté que me seguía con la mirada mientras me dirigía a la trastienda.

—Karyn —dije apoyándome en el marco de la puerta, sin lograr que mi voz sonase despreocupada. Me di cuenta de que casi nunca la llamaba por su nombre, y me sonó raro pronunciarlo—. Lo siento, tengo que marcharme un momento. El... eh... el agente Roenig quiere hacerme unas preguntas.

Durante un segundo, ni se inmutó. Luego endureció el gesto.

-¿Que quiere qué? ¿Está ahí fuera?

Se levantó de un salto y me aparté para que pudiese asomarse por la puerta. Koenig esperaba en el pasillo, contemplando una de las grullas de papel que yo había colgado de la barandilla.

- -Agente, ¿hay algún problema? -preguntó Karyn.
- Lo dijo en ese tono de voz enérgico y eficiente con el que trataba a los clientes dificiles, que no revelaba emoción alguna y que dejaba claro que no se andaba con tonterías. Los dos llamábamos a aquel tono « la Karyn de negocios», porque la transformaba en una persona completamente diferente.
- —Señora... —dijo Koenig en tono de disculpa; era una reacción típica ante la Karyn de negocios—. Uno de nuestros investigadores tiene que hacerle algunas preguntas a Sam. Me ha pedido que lo lleve a comisaría para que puedan mantener una conversación en privado.
- —¿Una conversación? —repitió Karyn—. ¿Una de esas conversaciones en las que es mejor que hay a un abogado delante?
  - —Eso depende de Sam, pero ahora mismo no se le acusa de nada.
  - Ahora mismo

Los dos lo oímos perfectamente. « Ahora mismo» era otro modo de decir « de momento» . Karvn me miró.

- —Sam, ¿quieres que llame a Geoffrey? —supe que mi cara me delataba, porque se contestó ella sola—. No está disponible, ¿verdad?
  - -No me pasará nada -le aseguré.
- —Esto podría considerarse acoso policial —le advirtió Karyn a Koenig—. Sam es una presa fácil porque es diferente a los demás. Si Geoffrey Beck estuviese en el pueblo, ¿estaríamos manteniendo esta conversación?
- —Con el debido respeto, señora, si Geoffrey Beck estuviese en el pueblo, estaríamos hablando con él.

Karyn hizo una mueca de disgusto y se quedó callada. Koenig dio un paso atrás para salir del pasillo central y dirigirse hacia la puerta. Vi un coche de policía aparcado en doble fila frente a la tienda, esperándonos.

Le estaba inmensamente agradecido a Karyn por haberme defendido y por haber actuado como si aquello fuese también asunto suvo.

- —Sam, llámame si necesitas cualquier cosa o si te sientes incómodo. ¿Ouieres que te acompañe?
  - -No me pasará nada -repetí.
  - —No va a pasarle nada —recalcó Koenig—. No pretendemos presionarle.
- —Siento tener que irme —me disculpé: los sábados por la mañana Karyn solo iba a trabajar durante unas horas y luego dejaba la tienda en manos del que estuviese de turno. Le había echado a perder el día.

-Sam, no has hecho nada malo -respondió Karyn.

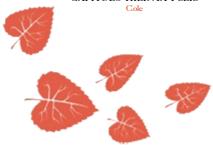
Se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Olía a jacintos. Luego se dirigió al agente Koenig y sustituyó el tono de la Karyn de negocios por otro más acusador:

—Más vale que esto sea necesario.

Koenig me condujo por el pasillo hasta la puerta. Me di cuenta de que la mujer del bolso morado me observaba, aún con el móvil pegado a la oreja. El volumen estaba tan alto que los dos oímos a su interlocutora preguntar: « ¿Lo están deteniendo?»

—Sam —dij o Koenig—, limítate a decir la verdad. No tenía ni idea de lo que me estaba pidiendo.

### CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



Tras salir de casa de los Culpeper, me dediqué a dar vueltas con el coche. Iba en el viejo BMW ranchera de Ulrik, llevaba algo de dinero y no tenía a nadie que me lo prohibiese.

En la radio sonaba una canción de un grupo que en una ocasión había sido telonero nuestro. Su actuación fue tan desastrosa que me hizo sentir un virtuoso, algo difícil de conseguir en aquella época. Debería haberles dado las gracias por hacernos quedar bien. El cantante se llamaba Mark, o Mike, o Mack, o Abel, o algo así. Después del concierto se acercó a mí, borracho como una cuba, y me dijo que yo había sido su mayor influencia. Saltaba a la vista.

Ahora, un millón de años después, el locutor describía el single como el único éxito del grupo. Yo seguía dando vueltas con el coche. El móvil de Sam estaba mudo en mi bolsillo, pero por una vez me daba igual. Le había dejado un mensaje a Isabel que no requería que me devolviese la llamada. Me bastaba con habérselo dicho.

Llevaba las ventanillas bajadas y el brazo fuera, azotado por el viento y con la palma de la mano húmeda por la niebla. El paisaje de Minnesota se extendía a los lados de la carretera: pinos achaparrados, rocas amontonadas al azar, casas sin gracia y lagos que de repente brillaban detrás de los árboles. Pensé que los habitantes de Mercy Falls debian de haber decidido hacerse casas feas para compensar un poco la belleza del paisaje. Para evitar que el pueblo explotase por un exceso de encanto, o algo así.

Seguí dando vueltas a To que le había contado a Isabel: que estaba pensando en llamar a mi familia. En general le había dicho la verdad, solo que la idea de llamar a mis padres me resultaba desagradable e imposible. En el diagrama de conjuntos formado por mis padres y yo, la intersección estaba vacía.

Pero aún pensaba en llamar a Jeremy. Jeremy, el bajista-yogui del grupo. Me preguntaba qué tal le iría sin Victor y sin mí. Me gustaba imaginarme que habría empleado su dinero en irse a la India de mochilero o algo por el estilo. Lo que hacía que me apeteciese llamar a Jeremy y a nadie más era que nadie había llegado a conocerme mejor que Victor y él. En realidad NARKOTIKA era eso: un modo de conocer a Cole St. Clair. Victor y Jeremy se habían pasado varios anos ayudándome a describir cuánto dolía ser y o a cientos de miles de oyentes.

Lo hacían tan a menudo que eran capaces de hacerlo sin mí. Recuerdo una entrevista en la que me suplantaron tan bien que no me molesté en contestar a ninguna otra. Nos estaban entrevistando en la habitación del hotel a primera hora de la mañana porque después teníamos que coger un avión. Victor estaba resacoso y de mala leche, y Jeremy comía barritas de cereales frente a una mesa baja de cristal. La habitación tenía un balcón estrecho con vistas a ninguna parte; yo había abierto la puerta y estaba tumbado en el suelo. Había estado haciendo abdominales con los pies enganchados al travesaño inferior de la barandilla, pero ahora contemplaba las estelas que dejaban los aviones en el cielo. El entrevistador estaba sentado con las piernas cruzadas en una de las camas sin hacer. Era joven, estaba colocado, tenía prisa y se llamaba Jan.

- -¿Quién compone las canciones? -preguntó-. ¿O lo hacéis entre todos?
- —Lo hacemos entre todos —dijo Jeremy recreándose en cada palabra; le había dado por hablar con acento sureño y se había convertido al budismo, todo al mismo tiempo—. Cole escribe la letra, yo le llevo café, luego compone la música y Victor le lleva galletitas.
- —Entonces, casi todo lo compones tú, ¿no, Cole? —Jan levantó la voz para que pudiese oírlo mejor desde el balcón—. ¿De dónde sacas la inspiración?

Desde mi posición estratégica, mirando hacia arriba podía ver dos cosas: las fachadas de ladrillo de los edificios de enfrente y un recuadro de cielo incoloro justo encima. Tumbado de espaldas, todas las ciudades parecían iguales.

Jeremy partió un trozo de una barrita y todos oímos caer las migajas en la mesa

—A eso no va a contestar —dijo Victor desde la otra cama, tan gruñón como si estuviera a punto de venirle la regla.

Jan parecía sorprendido, como si yo fuese el primero de sus entrevistados que se negaba a contestar esa pregunta.

-: Por qué no?

—Porque no. No soporta que le pregunten eso —repuso Victor. Iba descalzo, y estiró los dedos de los pies con un leve crujido—. Tío, es una chorrada de pregunta. La vida, ¿vale? De ahí sacamos la inspiración.

Jan garabateó algo. Era zurdo y escribía en una postura muy rara, como si fuese un muñeco Ken al que le hubiesen ensamblado mal las piezas. Deseé que estuviera anotando: « No volver a hacer esta pregunta nunca más» .

- —Vale. Eh... Vuestro EP *Uno/Otro* ha entrado en la lista de *Billboard* de los diez discos más vendidos. ¿Oué os parece este éxito tan increíble?
- —Yo voy a comprarle a mi madre un BMW —dijo Victor—. No, voy a comprarle toda Baviera. Los BMW los hacen allí, ¿no?
  - -El éxito es un concepto arbitrario -contestó Jeremy.
- —El siguiente será mejor —dije. Era la primera vez que afirmaba aquello en voz alta, pero como ya lo había dicho, automáticamente pasaba a ser verdad.

Jan siguió escribiendo y ley ó la siguiente pregunta que tenía apuntada.

—Eh... Eso significa que habéis desplazado al disco de Human Parts Ministry del primer puesto en la lista de los más vendidos, donde llevaba más de cuarenta semanas. Perdón, cuarenta y una. Os juro que en la entrevista no habrá erratas. Joey, de Human Parts Ministry, ha dicho que si Mira arriba mira abajo ha tenido tanto éxito es porque mucha gente se ha identificado con la letra. ¿Creéis que los oyentes se identifican con la letra de Uno/Otro?

Uno/Otro trataba del Cole que sonaba por los altavoces del escenario, frente al Cole que vagaba de noche por los pasillos de los hoteles. Uno/Otro era la certeza de que estaba rodeado de adultos que llevaban una vida que yo me negaba a llevar. Era el zumbido que oía dentro de mi cabeza y que me decía que hiciese algo, pero yo no encontraba nada importante que hacer. Era la parte de mí que se comportaba como una mosca golpeándose una y otra vez contra una ventana. Era la inutilidad de hacerse mayor. Era una melodía de piano que me había salido bien a la primera. Era el día que había recogido a Angie para salir y había aparecido vestida con una chaqueta que le hacía parecer su madre. Eran caminos que acababan en callejones sin salida, carreras que acababan en un despacho y canciones cantadas a gritos en un gimnasio por la noche. Era haber comprendido que la vida era aquello y que yo allí no pintaba nada.

—No —contesté—. Es por la música.

Jeremy se acabó la barrita de cereales y Victor hizo crujir los nudillos. Vi gente del tamaño de un microbio sobrevolándome en un avión del tamaño de una hormiga.

—He leído que de pequeño cantabas en el coro de una iglesia, Cole —dijo Jan consultando sus notas—. ¿Sigues siendo católico practicante? ¿Y tú, Victor? Ya sé que tú no, Jeremy.

-Creo en Dios -respondió Victor en tono poco convincente.

—¿Y tú, Cole? —insistió Jan.

Contemplé el cielo vacío a la espera de ver pasar otro avión. Era eso o mirar las fachadas de los edificios. Lo uno / lo otro.

—Voy a decirte una cosa sobre Cole —dijo Jeremy; en aquel silencio, sonaba como si estuviese subido a un pulpito—. La religión de Cole es desmontar lo imposible. No cree en los imposibles. No acepta un no por respuesta. La religión de Cole es esperar a que alguien le diga que algo es imposible para hacerlo. Cualquier cosa. Da igual lo que sea, mientras no pueda hacerse. ¿Quieres saber cómo fue el origen del mundo? En los albores del tiempo había un océano y un vacío; del océano, Dios creó el mundo, y del vacío creó a Cole.

Victor se echó a reír

-Creía que eras budista -dijo Jan.

-A ratos -contestó Jeremy.

Desmontar lo imposible.

Los pinos que flanqueaban la carretera eran tan altos que me pareció estar recorriendo un túnel que me llevaría al centro de la Tierra. Hacía ya no sé cuántos kilómetros que había dejado atrás Mercy Falls.

Volvía a tener dieciséis años y la carretera se desplegaba ante mí con una infinidad de posibilidades. Me sentía limpio, vacío, perdonado. Podía pasarme la vida conduciendo e ir a cualquier parte. Podía ser cualquier persona. Pero sentí que el bosque de Boundary tiraba de mí y, por una vez, el hecho de ser Cole St. Clair dejó de parecerme una maldición. Tenía una meta, un objetivo, y era imposible: encontrar una cura.

Estaba a punto de lograrlo.

El coche volaba sobre la carretera, tanto que el viento me había dejado la mano helada. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía poderoso. El vacio que era yo, aquello que pensaba que nunca podría llenar ni satisfacer, había entrado en el bosque, y el bosque me había hecho perderlo todo, incluidas las cosas que ni siquiera sabía que quería conservar.

Y al final era Cole St. Clair con una nueva piel. Tenía el mundo a mis pies y todo el día por delante para recorrer kilómetros.

Saqué el móvil de Sam y marqué el número de Jeremy

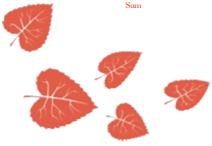
-Jeremy -dije.

-Cole St. Clair... -repuso lentamente, como si no le sorprendiese.

Se hizo el silencio al otro extremo de la línea. Como Jeremy me conocía, no tuvo que esperar a que se lo dijese.

-No vas a volver, ¿verdad?

### CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



Me interrogaron en una cocina.

El departamento de policía de Mercy Falls era pequeño y, al parecer, no estaba acondicionado para practicar interrogatorios. Koenig me hizo pasar por una sala llena de oficinistas que interrumpieron la conversación para mirarme, y luego por dos despachos llenos de mesas y de siluetas uniformadas sentadas ante ordenadores. Al fin llegamos a un cuarto diminuto con un fregadero, una nevera y dos máquinas expendedoras. Era la hora de comer y en el cuarto flotaba un olor abrumador, una mezcla de platos precocinados mexicanos y vómito. Hacía un calor de mil demonios.

Koenig me condujo a una silla de madera colocada junto a una mesa plegable. Recogió unas cuantas servilletas, una lata de refresco y un plato en el que quedaba un trozo de tarta de limón, lo tiró todo a la basura y se quedó en el umbral, de espaldas a mi. Lo único que veia de él era la parte posterior de su cabeza; la línea del pelo casi rapado que se le marcaba en la nuca pareció inquietantemente perfecta. Justo en esa línea nacia una cicatriz marrón, tal vez recuerdo de una quemadura, que bajaba hasta desaparecer por el cuello de la camisa. Pensé en la historia que habría detrás de aquella cicatriz. Quizi no fuese

dramática como la de mis muñecas, pero alguna historia tendría. La idea de que todo el mundo tenía algo que contar sobre una herida, visible o no, me dejó exhausto, agobiado por el peso de tantos pasados ocultos.

Koenig hablaba en voz baja con alguien que estaba en el pasillo. Solo pude distinguir fragmentos de su conversación:

—Samuel Roth... No... Orden de detención... ¿Cadáver?... Lo que encuentre.

El calor me daba ganas de vomitar. Se me hizo un nudo en el estómago y se me revolvieron las tripas. De repente, tuve la horrible sensación de que, a pesar del calor; o precisamente debido al calor, iba a transformarme allí mismo, en acuel diminuto cuarto donde no tendría escanatoria.

Reposé la cabeza sobre los brazos. Pese a oler a comida rancia, la superficie de la mesa estaba fresca. Notaba pinchazos y retortijones en el vientre; por primera vez en muchos meses, me sentí inseguro en mi propia piel.

Por favor, no te transformes. Por favor, no te transformes.

Cada vez que respiraba me repetía aquellas palabras para mis adentros.

--: Samuel Roth?

Levanté la cabeza. Un agente con bolsas debajo de los ojos estaba plantado en la puerta. Olía a tabaco. Tuve la sensación de que todo lo que me rodeaba en aquella habitación estaba diseñado para arremeter contra mis sentidos lobunos.

—Soy el agente Heifort. ¿Te importa que el agente Koenig se quede en la sala mientras hablamos?

No sabía si me saldría la voz, así que me limité a negar con la cabeza. Seguía con los brazos apoy ados en la mesa. Notaba una abrumadora sensación de vacío en el pecho, como si todo lo que hubiese allí dentro estuviese suelto.

Heifort apartó la silla que quedaba frente a mí hasta dejar sitio para su barriga y se sentó. Llevaba un bloc de notas y una carpeta que dejó sobre la mesa. Detrás de él, en el umbral, estaba Koenig de brazos cruzados. Aunque Koenig tenía mucha más pinta de poli, la familiaridad de su presencia ejercía un efecto tranquilizador en mí. Al policía barrigón parecía hacerle mucha ilusión la idea de interrogarme.

—Esto es lo que vamos a hacer —anunció—. Te haré una serie de preguntas y tú las contestas lo mejor que puedas, ¿de acuerdo?

Su voz poseía una jovialidad de la que carecía su mirada. Asentí con la cabeza.

- $-_{\hat{\iota}}P$ or dónde anda tu padre últimamente, Sam? Hace tiempo que no vemos a Geoffrey Beck
- —Ha estado enfermo —repuse; era más fácil contar una mentira que ya había utilizado antes
  - -Lo siento -dijo Heifort-. ¿Es grave?
- —Cáncer —contesté y, mirando la mesa, añadí—: Lo están tratando en Minneapolis.

Heifort tomó nota. Deseé que no lo hubiese hecho.

—¿Conoces la dirección del hospital? —preguntó.

Me encogí de hombros tratando de parecer triste.

-Ya lo averiguaré más tarde -dijo Koenig.

Heifort también tomó nota de eso.

-; Por qué me están interrogando? -pregunté.

Sospechaba que no tenía tanto que ver con Beck como con Grace, y algo en mi fuero interno se negaba a que me detuviesen por la desaparición de alguien a quien había tenido en mis brazos la noche anterior.

—Bueno, ya que lo preguntas... —dijo Heifort sacando la carpeta de debajo del bloc de notas

Extrajo una foto y me la puso delante. Era un primer plano de un pie: el pie de una chica, esbelto y largo. El trozo de pierna que se distinguía estaba desnudo y descansaba sobre un lecho de hoias. Había sangre entre los dedos.

Hice una larga pausa entre una respiración y la siguiente.

Heifort colocó otra fotografía sobre la primera.

Me estremecí v aparté la mirada, aliviado v horrorizado al mismo tiempo.

-- ¿Te dice algo esta fotografía?

Era una foto sobreexpuesta de una chica desnuda, blanca como la nieve, delgadisima, tirada sobre las hojas del suelo. Tenía la cara y el cuello destrozados. La conocía. La última vez que la había visto tenía la piel bronceada, sonreía y le latía el corazón.

Ay, Olivia. Cuánto lo siento.

—¿Por qué me enseña esto? —pregunté.

No era capaz de mirar la foto. Olivia no merecía que los lobos la mataran. Nadie merecía morir así.

—Esperábamos que pudieses aclararnos algo —dijo Heifort.

A medida que hablaba iba dejando sobre la mesa más fotografías del cadáver, cada una tomada desde un ángulo diferente. Deseé que parase; necesitaba que parase.

—Al fin y al cabo —prosiguió—, la encontramos en las inmediaciones de la finca de Geoffrey Beck Desnuda. Después de haber estado desaparecida una buena temporada.

Un hombro desnudo embadurnado de sangre. La piel cubierta de tierra. La palma de la mano vuelta hacia arriba. Cerré los ojos, pero no consegui librarme de aquellas imágenes. Sentí que se habían infiltrado dentro de mí para tomar forma y poblar mis pesadillas.

- —Yo no he matado a nadie —aseguré en un tono que me resultó poco convincente, como si lo hubiese dicho en un idioma que no dominaba.
- -Oh, esto ha sido obra de los lobos -dijo Heifort-. La mataron ellos. Pero no creemos que fueran los lobos quienes la desnudaron y la deiaron junto a esa

finca

Abri los ojos, pero no miré las fotografias. Había un tablero de corcho en la pared con un trozo de papel clavado donde se leía: « POR FAVOR, LIMPIE EL MICROONDAS SI SU COMIDA SALTA AL CALENTARLA. GRACIAS. LA DIRECCIÓN»

- —Le juro que no tengo nada que ver con eso. No sabía dónde estaba. Yo no he sido —en mi interior pesaba una sospecha: sabía quién la había matado—. ¿Por qué iba a hacer algo así?
- —La verdad, amigo, es que no tengo ni idea —reconoció Heifort; no supe por qué había dicho « amigo» , ya que su tono de voz desentonaba completamente con aquella palabra—. Lo ha hecho algún hijo de puta desquiciado, y me cuesta mucho meterme en su cabeza. Lo único que sé es esto: dos chicas que te conocían han desaparecido en el transcurso del último año. Tú fuiste la última persona que vio a una de ellas. No hemos tenido noticias de tu padre adoptivo desde hace meses, y tú eres el único que parece saber dónde está. Ahora nos encontramos el cadáver de una de las chicas cerca de tu casa, desnudo y con señales de inanición. Parece lo típico que solo haría un hijo de puta muy perturbado. Y ahora mismo tengo delante a un chico al que maltrataron sus padres v. según dicen. le iodieron la vida. Te importaría hablarnos del tema?

Hablaba lentamente y en tono cordial. Koenig parecía absorto en la fotografía de un barco que nunca había navegado cerca de Minnesota.

Al principio, cuando Heifort había empezado a hablar, la rabía me había removido algo por dentro y, a medida que continuaba, esa sensación había ido creciendo. Después de todo lo que había sufrido, no estaba dispuesto a que me resumiesen en una frase como aquella. Levanté la vista y miré a Heifort fijamente. Su expresión se tensó un poco y supe que, como siempre, mis ojos amarillos lo desconcertaban. De pronto me sentí muy tranquilo y en mi voz resonaron las palabras de Beck

- —¿Es una pregunta, agente? Creia que me había hecho venir para que ofreciese una coartada, para que le describiese mi relación con mi padre o para que le confirmase que haría cualquier cosa por Grace. Pero todo apunta a que está poniendo en tela de juicio mi salud mental. No tengo ni idea de lo que se me imputa. ¿Me está acusando de secuestrar chicas? ¿De asesinar a mi padre? ¿De dedicarme a trasladar cadáveres de aquí para allá? ¿O simplemente piensa que soy un desequilibrado?
- —Eh, eh, tranquilo —dijo Heifort—. No te estoy acusando de nada, Samuel. Haz el favor de controlar ese arrebato de ira juvenil, porque nadie te está acusando de nada.

No me sentí mal por haberle mentido antes, ya que él lo estaba haciendo ahora. ¿No me estaba acusando? ¡Y una mierda!

-¿Qué quiere que le diga? -empujé todas las fotos de Olivia hacia él-.

Esto es horrible, pero y o no he tenido nada que ver.

Heifort dejó las fotografías donde estaban. Se giró sin levantarse de la silla para lanzarle a Koenig una mirada elocuente, pero Koenig permaneció impasible. Entonces se volvió de nuevo hacia mí haciendo crujir la silla y se frotó un oio.

—Samuel, quiero saber dónde están Geoffrey Becky Grace Brisbane. Llevo demasiado tiempo en este oficio para creer que las casualidades existen. ¿Sabes cuál es el denominador común en todo esto? Tú.

No dije nada. Yo no era el denominador común.

—¿Piensas colaborar y decirme algo, o vamos a tener que hacerlo por las malas? —presionó Heifort.

-No tengo nada que añadir.

Heifort se quedó mirándome un buen rato, como si esperara encontrar en mi expresión algo que me delatase.

—Me temo que tu padre adoptivo no te ha hecho ningún favor enseñándote a hablar como un abogado —dijo por fin—. ¿Es todo lo que tienes que decir?

Tenía muchísimas cosas que decir, pero no a él. Si el interrogatorio lo hubiese llevado a cabo Koenig, le habría dicho que lo que más deseaba en el mundo era que Grace apareciese. Y que quería que Beck volviese. Y que no era mi padre adoptivo, sino mi padre a secas. Y que no sabía lo que le había pasado a Olivia, pero que lo único que intentaba era mantenerme a flote. Que necesitaba que me dejasen en paz, nada más. Que me dejasen en paz para intentar superarlo a mi manera.

-Si -concluí.

Heifort frunció el ceño en un gesto de duda.

—Pues hemos terminado de momento. William, encárgate del chico, ¿quieres?—añadió tras una pausa.

Koenig asintió brevemente mientras Heifort se apartaba de la mesa y se levantaba. Me costó algo menos respirar una vez hubo desaparecido por el pasillo.

—Te llevaré a tu coche —dijo Koenig indicándome con un gesto que me levantase.

Le hice caso y me sorprendió encontrar tierra firme bajo mis pies, aunque las piernas aún me temblaban un poco. Los dos echamos a andar por el pasillo, pero Koenig se paró en seco cuando le sonó el móvil. Se lo sacó del cinturón y míró la pantalla

—Espera, tengo que atender esta llamada. ¿Sí? William Koenig. Sí, señor. Espere. ¿Qué ha pasado ahora?

Metí las manos en los bolsillos. Estaba algo mareado: tenía los nervios de punta tras el interrogatorio, el estómago vacío, y esas fotos de Olivia... La voz de Heifort sonó en el despacho que quedaba a mi izquierda. Los oficinistas se rieron: debía de haber hecho alguna gracia. Me pareció increíble que pudiese desconectar con tanta facilidad y pasar instantáneamente de un arrebato de ira justiciera por la muerte de una chica a contar chistes en el cuarto de al lado.

Koenig, al teléfono, intentaba convencer a su interlocutor de que el hecho de que su mujer le cogiese el coche no constituía un robo aunque estuviesen separados, ya que se trataba de un bien conyugal.

-Hola, Tom -dijo entonces alguien.

Probablemente hubiese decenas de Toms en Mercy Falls, pero supe de inmediato de quién se trataba. Reconocí el olor de su loción de afeitado y se me puso la piel de gallina.

El despacho tenía una ventana que daba a la entrada, justo enfrente de nosotros, y por allí asomaba Tom Culpeper. Estaba haciendo sonar las llaves en el bolsillo del abrigo, uno de esos abrigos que pueden describirse como «resistentes», «clásicos» y « de cuatrocientos dólares» que lleva la gente que pasa más tiempo subida en un todo terreno que trabajando en un establo. Tenía la mirada gris y hundida de alguien que no ha dormido, pero su voz sonaba suave y controlada. Era la voz de un abogado.

Intenté decidir qué era peor si arriesgarme a hablar con Culpeper o hacer frente al olor a vómito de la cocina. Me planteé una retirada.

-; Tom! ¡Granuja! -exclamó Heifort-. Espera, ahora te abro.

Salió disparado del despacho, recorrió el sinuoso pasillo que llevaba hasta el cuarto donde estaba Culpeper, le abrió la puerta y le dio una palmada en el hombro. Estaba claro que se conocían.

- -¿Has venido por trabajo o solo para liarla? preguntó.
- —He venido a ver el informe forense —dijo Culpeper—. ¿Qué tenía que decir sobre el tema el hijo de Geoffrey Beck?

Heifort se apartó ligeramente para que Culpeper pudiese verme.

-Ah, hablando del rey de Roma...

Habría sido un gesto de educación por mi parte saludarlo, pero no dije nada.

-; Cómo está tu viejo? - preguntó Culpeper.

Estaba claro que su pregunta era irónica, y no solo porque el bienestar de Beck no le importaba lo más mínimo, sino también porque Culpeper no era en absoluto la clase de persona que emplearía la palabra « viejo».

- —Me sorprende que no te hava acompañado —añadió.
- —Lo habría hecho si hubiese podido —repuse con crudeza.
- —He estado hablando con Lewis Brisbane, ¿sabes? Para ofrecerle aseoramiento legal. Los Brisbane saben que pueden contar conmigo si me necesitan.

Ni siquiera me atrevía a pensar en las consecuencias de que Tom Culpeper se convirtiera en abogado y confidente de los padres de Grace. En cualquier caso, la posibilidad de una relación cordial con ellos en el futuro parecía increíblemente remota. De hecho, la posibilidad de cualquier futuro que me hubiese planteado en algún momento parecía increíblemente remota.

- -¿Estás colocado o qué?-preguntó asombrado Tom Culpeper.
- Comprendí que me había quedado demasiado tiempo callado, dejando que mi cara reflejara lo que sentía. Culpeper negó con la cabeza en un gesto no tanto de crueldad como de estupefacción ante lo raritos que éramos los inadaptados.
- —Te daré un consejo: prueba a alegar enajenación mental, y que Dios nos ampare. Becksiempre ha tenido debilidad por los tarados.

En honor de Heifort he de decir que intentó reprimir una sonrisa.

Koenig cerró el móvil con fuerza y entornó los oj os.

—Señores —anunció—, voy a acompañar al señor Roth a su coche a menos que lo necesiten para algo más.

Heifort negó con la cabeza en un gesto lento y solemne.

Culpeper se volvió hacia mí con las manos en los bolsillos. No había rabia en su voz; al fin y al cabo, guardaba en la manga todos los ases de la baraja.

—Cuando veas a tu padre —sentenció—, dile que todos sus lobos habrán desaparecido dentro de dos semanas. Deberíamos haberlo hecho hace mucho tiemno. No sé a qué crejais que estabais jugando, pero se acabó.

Tom Culpeper me escrutó, aunque no con aire vengativo; la suya era una herida que se reabría demasiado a menudo para cicatrizar. ¿Quién era yo para juzgarlo? Culpeper no sabía la verdad. No podía saberla. Pensaba que los lobos no eran más que simples animales, y que nosotros éramos unos vecinos irresponsables que daban prioridad a lo que no debían.

Pero también vi algo más: no pararía hasta vernos muertos.

Koenig me agarró del brazo y miró a Culpeper.

- -Creo que está confundiendo al hijo con el padre, señor Culpeper.
- -Es posible -repuso-. Aunque y a conoce el dicho: « De tal palo...» .

La gracia de aquel dicho estaba en que era cierto.

—Vámonos —me dijo Koenig.

# CAPÍTULO TREINTA Y OCHO Grace

Sam estaba tardando en volver a casa.

No quería preocuparme.

Sin él, me sentía inútil e inquieta en casa de Beck, cuando era loba, al menos no era tan consciente de mi ausencia de metas y objetivos. Nunca me había dado cuenta de que, antes, casi todo el día se me iba en estudiar, cocinar, planear locuras con Rachel, estudiar un poco más, quedar con Olivia, visitar la biblioteca y reparar la tabla suelta del suelo porque mi padre nunca se decidía a hacerlo. La lectura era una recompensa por el trabajo y, sin trabajo, no me apetecía ponerme a leer aunque el sótano de Beck estuviese lleno de libros.

Antes, mi única preocupación había sido graduarme con buenas notas para no tener que preocuparme por si me aceptaban en esta o en aquella universidad. Luego, tras conocer a Sam, había añadido a la lista de preocupaciones que él siguiese siendo humano.

Ahora esas dos cosas y a no importaban.

Tenía tanto tiempo libre que el tiempo libre carecía de sentido. Me parecía estar de vacaciones. Mi madre me había dicho una vez que no sabía disfrutar del tiempo libre, y que habría que sedarme cuando no tuviese clase. A mí me había

parecido un poco duro por su parte, pero ahora lo encontraba perfectamente razonable.

Lavé las seis prendas de ropa que tenía en casa de Beck, fregué todos los platos que había en la pileta y, al final, llamé a Isabel porque era la única persona a la que podía llamar, y si no hablaba con alguien iba a echarme a llorar por Olivia y eso no iba a hacerle nineún bien a nadie.

- —Dime por qué no es buena idea que le diga a Rachel que estoy viva —le dije a Isabel en cuanto cogió el teléfono.
- —Porque se pondrá como loca, le dará un ataque de nervios, montará un numerito y al final sus padres lo descubirrán y todo el mundo se enterará contestó [sabel—]. Más preguntas? No.
  - -Rachel puede ser muy razonable.
- —Acaba de enterarse de que los lobos le han destrozado la garganta a una de sus amigas. No será nada razonable.

Me quedé callada. Lo único que me hacía conservar la cordura era imaginar la muerte de Olivia como algo abstracto. Si empezaba a pensar en cómo había ocurrido, en que era imposible que hubiese sido una muerte rápida, en que no se merecía morir; si empezaba a pensar en lo que había sentido aquel día en el bosque nevado, cuando los lobos empezaron a desgarrarme la piel, y en lo que había pasado si Sam no hubiese estado allí para detenerlos... Me resultó increible que Isabel hablara con tanto desapego, y me dieron ganas de colgar en aquel mismo momento. Lo único que me hizo seguir al teléfono fue la certeza de que, si colgaba, me quedaría sola con la imagen de la muerte rondándome la cabeza una y otra vez.

—Al menos, así reaccioné yo a lo de Jack « Razonable» no es la palabra que usaría para describirme —dijo Isabel, y yo tragué saliva—. Grace, no te lo tomes como algo personal. Es un hecho. Cuanto antes lo asumas, mejor para ti. Y ahora deja de pensar en eso. ¡Por qué quieres hablar con Rachel?

Parpadeé hasta que se me aclaró la vista. Me alegraba de que Cole no estuviese presente; él me tenía por una especie de dama de hierro y yo no quería convencerlo de lo contrario. Sam era el único al que le permitía verme hecha polyo, porque Sam me conocía tan bien como yo misma.

- —Porque es mi amiga y no quiero que piense que estoy muerta. ¡Y porque me gustaria hablar con ella! No es tan tonta como piensas.
- —Qué sentimental eres —repuso Isabel, pero no en tono peyorativo—. Me has preguntado por qué era una mala idea y yo te he contestado. No pienso cambiar mi respuesta.

Solté un suspiro que resultó más triste de lo que pretendía.

—Pues vale —me espetó Isabel como si le hubiese gritado—. Habla con ella. Si no es capaz de asimilar la verdad, a mí no me eches la culpa —se echó a reír por algún chiste que solo ella había entendido, y luego añadió—: Yo no le contaría que eres medio loba, solo le diría que estás viva. Bueno, eso suponiendo que me hagas caso.

- -Siempre te hago caso. Menos cuando no te lo hago.
- —Hombre, la Grace de siempre. Eso está mejor: empezaba a pensar que te habías vuelto completamente tonta.

Sonreí para mis adentros; aquello era lo más parecido a una verdad emotiva que iba a sacarle a Isabel. Entonces se me ocurrió otra cosa.

- -¿Puedes hacerme un favor más?
- -Les das la mano y se toman el brazo...
- —Si no, no sé cómo enterarme. Ni siquiera sé si tú puedes averiguarlo sin que la gente empiece a sospechar. Pero si hay alguien que puede, esa eres tú.
  - -Sigue haciéndome la pelota, Grace. Todo ayuda.
- —También tienes un pelo muy bonito —dije, y soltó una carcajada—. Quiero saber si aún podría graduarme y endo a clases de verano.
- —Para eso tendrías que ser humana. Aunque algunos de los ceporros de mi clase no lo parecen, la verdad.
- —A eso voy —repuse—. Hace un tiempo que no me transformo. Creo que podría funcionar. Cuando vuelva a aparecer claro.
  - —¿Sabes qué es lo que necesitas? —preguntó Isabel—. Un buen abogado.

Ya lo había pensado. No estaba segura de qué decía la ley del estado de Minnesota sobre los menores que se escapaban de casa, que es lo que suponía que dirían que había hecho. Me parecía increíblemente injusto acabar con una mancha en mi expediente por culpa de aquello, pero ya vería cómo me las arreglaba.

—Conozco a una chica cuy o padre es abogado.

Isabel soltó una carcajada estrepitosa.

- —Me enteraré —dijo—. Solo a ti se te ocurriría preocuparte por acabar el instituto, cuando en tu tiempo libre te dedicas a transformarte en animal. Resulta reconfortante ver que hay cosas que nunca cambian. Eres una empollona. El ojito derecho de los profes. Un bicho raro... Ah, mira, ahora tiene más gracia lo de « bicho» .
  - -Me alegra servirte de diversión -dije haciéndome la ofendida.

Isabel volvió a reírse.

—A mí también me alegra.

# CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



Esta vez, Koenig me indicó que me sentase en el asiento delantero. El coche se había convertido en un horno bajo la insistencia del sol, y Koenig puso el aire acondicionado a tope. El aire salía tan frio que en la cara se me condensaron unas gotitas de humedad, pero el lobo que debía de seguir llevando dentro ni se inmutó. Todo olía a ambientador de pino.

Koenig apagó la radio, donde sonaba rock de los 70.

No podía dejar de pensar en Culpeper disparándole a mi familia desde un helicóptero.

El único sonido que rompía el silencio era el crepitar ocasional del transmisor que Koenig llevaba enganchado al hombro. Me sonaron las tripas y Koenig se inclinó sobre mí para abrir la guantera. Dentro había un paquete de galletas saladas y dos chocolatinas.

Cogí las galletas.

- —Gracias —dije; me las había ofrecido con tanta naturalidad que no me resultó incómodo agradecérselo.
- —Sé que Heifort se equivoca —dijo sin mirarme a la cara—. Sé cuál es el denominador común. v no eres tú.

Me di cuenta de que no se había desviado hacia la librería. No estábamos acercándonos al centro del pueblo, sino alejándonos hacia las afueras de Mercy Falls

—Entonces, ¿cuál es? —pregunté.

Esperé su respuesta con expectación; tal vez dijera « Becl», « el bosque de Boundary» o cualquier otra cosa así, pero no pensaba que fuese a hacerlo.

—Los lobos —repuso.

Contuve la respiración. La voz de la operadora crepitó en la radio: « ¿Unidad diecisiete?» .

Koenig presionó un botón de la radio v ladeó la cabeza hacia el hombro.

- -Estoy en la carretera y llevo un pasajero. Llamaré en cuanto esté libre.
- —Recibido.

Aguardó unos segundos y, sin mirarme, dijo:

—Sam, necesito que me digas la verdad porque ya no hay tiempo para andarse con rodeos. La verdad, no lo que le has contado a Heifort. ¿Dónde está Geoffrey Beck?

Las ruedas hacían ruido al rozar el asfalto. Nos habíamos alejado bastante de Mercy Falls. Los árboles pasaban a toda velocidad por la ventanilla, y me vino a la mente el día en que había ido a recoger a Grace a la tienda de aparejos de pesca. Me pareció que había pasado una eternidad.

No podía confiar en él. No estaba preparado para la verdad y, aunque lo hubiese estado, nuestra regla número uno era no contárselo a nadie. Y menos a un policía que había estado presente mientras me acusaban de secuestro y asesinato.

—No lo sé —mascullé, aunque apenas se me oyó con el ruido de la carretera.

Koenig frunció los labios y negó con la cabeza.

—Estuve presente en la primera cacería, Sam. No fue legal, y lo lamento mucho. Todo el pueblo estaba conmocionado por la muerte de Jack Culpeper. Estuve allí cuando los ahuyentaron del bosque para acorralarlos contra el lago. Aquella noche vi un lobo y desde entonces no he podido olvidarlo. Van a hacer salir del bosque a todos los lobos y los matarán desde el helicóptero uno a uno, Sam. He visto documentos que lo demuestran. Voy a preguntártelo de nuevo y vas a decirme la verdad, porque yo soy la única alternativa que os queda a los lobos y a ti. Dime la verdad, Sam. ¿Dónde está Geoffrey Beck?

Cerré los ojos.

Tras los párpados vi desfilar el cadáver de Olivia y la cara de Tom Culpeper.

-Está en el bosque de Boundary.

Koenig dejó escapar un larguísimo suspiro.

—Y Grace Brisbane también, ¿verdad? —preguntó; no quise abrir los oj os—.
Y tú... tú estabas allí. Llámame loco, dime que me equivoco. Dime que aquella

noche no pude ver un lobo con los ojos de Geoffrey Beck Dime que me confundí

Entonces sí que abrí los párpados, porque tenía que ver qué cara ponía al decirlo. Estaba mirando al frente con el ceño fruncido. La incertidumbre hacía que pareciese más joven y que su uniforme no impusiese tanto.

—No se confundió —dii e.

-No tiene cáncer.

Negué con la cabeza. Sin volverse hacia mí, Koenig asintió ligeramente, como para sí mismo.

—Y si no hay el menor rastro de Grace Brisbane no es porque haya desaparecido, sino porque es una... —Koenig enmudeció. No era capaz de decirlo

Fui consciente de todo lo que dependía de aquel momento. ¿Acabaría o no la frase? ¿Aceptaría la verdad como había hecho Isabel, o la apartaría y la tergiversaría para encontrarle un fundamento religioso o para que encajase mejor en una visión del mundo menos extraña, como habían hecho mis padres?

Seguí mirándolo.

—... una loba —las manos de Koenig se crisparon sobre el volante—. A Beck y a ella no podemos encontrarlos porque son lobos.

—Sí.

Koenig negó con la cabeza.

—Mi padre me contaba historias de lobos. Me contó que un amigo suy o de la universidad era licántropo, y recuerdo que me rei de él. Nunca supe si se había inventado la historia o si contaba la verdad.

-Es verdad

El corazón me latía con fuerza; había revelado nuestro secreto. Traté de recordar cada conversación que había mantenido con Koenig para ver si aquello modificaba la imagen que tenía de él, pero no la cambiaba.

—Entonces... No me puedo creer que vay a a preguntarte esto, pero ¿por qué siguen siendo lobos cuando están a punto de aniquilar a toda la manada?

—No lo pueden evitar. Depende de la temperatura. Lobo en invierno, persona en verano. Cada año pasamos menos tiempo siendo humanos hasta que, al final, nos convertimos en lobos para siempre. Y cuando nos transformamos, no conservamos nuestros recuerdos.

Fruncí el ceño: cuanto más tiempo pasaba con Cole, menos exacta me parecía aquella explicación. Era una sensación extraña y desconcertante, ver cómo algo que había dado por sentado durante tanto tiempo empezaba a cambiar. Como si, de repente, me dijeran que la ley de la gravedad ya no funcionaba los lunes.

—Lo he simplificado en exceso —añadí—, pero esas son las reglas básicas. También me sentí raro al decir « simplificado en exceso» , una expresión que solo utilizaba para corresponder al lenguaje formal de Koenig.

- -Entonces, Grace...
- —Está desaparecida porque, con este tiempo, su condición todavía es inestable. ¿Oué iba a decirles a sus padres?

Koenig reflexionó durante unos segundos.

- -- ¿Y tú naciste siendo licántropo?
- -No, se emplea la típica técnica de las películas de miedo: un mordisco.
- -- ¿Y Olivia?
- —La mordieron el año pasado.

Koenig resopló suavemente.

- —Es increíble. Lo sabía. No paraba de encontrar pruebas que me llevaban en esa dirección, pero seguía sin creérmelo. Y cuando Grace Brisbane desapareció del hospital y dejó tras de sí ese camisón manchado de sangre... Dijeron que estaba muriêndose, que no podía haberse marchado de alli por su propio pie.
  - -Necesitaba transformarse -dije en voz baja.
- —En el departamento de policía todos pensaban que tú eras el culpable. Han estado buscando el modo de crucificarte, Tom Culpeper el primero. Tiene a Heifort y a todos los demás comiendo de su mano.

Hablaba con cierta amargura, y eso me hizo verlo con otros ojos: me lo imaginé sin uniforme, en su casa, sacando una cerveza de la nevera, acariciando a su perro, viendo la tele. Una persona normal y corriente, diferente de la identidad uniformada que le había asignado.

- -Te pondrían la soga al cuello con mucho gusto, Sam.
- —Genial —dije—, porque lo único que puedo hacer es repetirles que no he hecho nada, por lo menos hasta que Grace se estabilice lo suficiente para reaparecer. En cuanto a Olivia...
  - --¿Por qué la mataron? --me interrumpió Koenig.

Shelby acaparó mis pensamientos, mirándome fijamente por la ventana de la cocina con unos ojos teñidos de rabia y desesperación.

—No creo que fuese la manada. Hay una loba que ha estado dando problemas. Antes ya atacó a Grace. También a Jack Culpeper. Los otros no matarian a una chica, y menos en verano. Hay otros modos de conseguir comida

Procuré alejar el recuerdo del cadáver destrozado de Olivia.

El coche avanzó durante un par de minutos sin que ninguno de los dos dijese nada.

—Entonces, la situación es la siguiente —empezó a decir Koenig, y me divirtió comprobar que cualquier cosa que salía de su boca sonaba a jerga policial—. Ya han obtenido el permiso para eliminar a toda la manada. Catorce días pasan muy deprisa. Según dices, algunos no podrán transformarse en humanos antes de esa fecha, y otros no podrán hacerlo nunca. Con lo cual

estamos hablando de una matanza en toda regla.

Por fin. Sentí alivio y miedo al mismo tiempo al oír a alguien definir el plan de Culpeper con aquella palabra: matanza.

- —No hay muchas alternativas. Podrías revelar la identidad real de los lobos, pero...
  - -No creo que sea buena idea -me apresuré a decir.
- —Iba a decirte que dudo mucho que sea viable. Contarle a todo Mercy Falls que hay una manada de lobos portadores de una enfermedad incurable y contagiosa poco después de haber descubierto que han matado a una chica...
  - -No acabaría bien -dije rematando la frase por él.
- —Y la otra alternativa consiste en intentar movilizar a las asociaciones de defensa de los animales para que salven a la manada. En Idaho no funcionó, y creo que con un margen de tiempo tan escaso sería imposible, pero...
  - -Hemos pensado en trasladarlos a otro lugar -confesé.

Koenig se quedó callado.

-Cuéntame más

No me salían las palabras. Koenig era tan preciso y tan lógico que me daba miedo no estar a su altura.

—Llevarlos a algún sitio donde estén más alejados de los humanos. Pero eso... podría ponernos en una situación aún peor, a menos que sepamos cómo es a gente de ese otro lugar. Y no sé cómo se comportará la manada en otro territorio, sin límites. No sé si debería intentar vender la casa de Beck para comprar un terreno o qué. No tenemos dinero suficiente para hacernos con una finca grande. Los lobos son extremadamente móviles, pueden recorrer kilómetros y kilómetros, así que siempre existe el riesgo de que la manada se meta en un lío.

Koenig se puso a tamborilear con los dedos en el volante y entornó los ojos. Hubo un silencio bastante largo. Me alegré. Lo necesitaba. Las repercusiones de lo que le había confesado a Koenig eran impredecibles.

- —Voy a pensar en voz alta —dijo finalmente Koenig—. Tengo una propiedad a varias horas de aquí, pasado Boundary Waters. Era de mi padre, pero acabo de heredarla.
  - -No... -empecé a decir.
- —Es una especie de península que se interna en un lago —me interrumpió Koenig—. Bastante grande. Antes había un complejo turístico, pero acabaron cerrándolo por rencillas familiares. La entrada está cercada. No es la mejor cerca del mundo, solo unos cuantos carretes de alambre tendidos entre los árboles en ciertas zonas, pero podría reforzarse.

Nuestras miradas coincidieron. Supe que los dos estribamos pensando lo mismo: aquella podía ser la solución.

-No sé si una península bastará para alimentar a mi manada, por grande que

sea. Tendría que llevarles comida.

- —Pues se la llevas
- --¿Y los campistas? --pregunté.
- —Enfrente hay una explotación minera —repuso Koenig—. La compañía propietaria la cerríó en el año setenta y siete, pero las tierras siguen siendo suy as. Por eso el compleio turistico no salió adelante.

Me mordí el labio. Me costaba mucho albergar esperanzas.

- —Aún habría que llevarlos hasta allí.
- —Y sin que nadie se entere —apostilló Koenig—. Tom Culpeper no aceptaría el traslado como alternativa a la eliminación de la manada.
  - -Cuanto antes -añadí.

Koenig se quedó callado.

No me quitaba de la cabeza todos los intentos infructuosos de Cole para capturarlos, y el tiempo que tardaríamos en atrapar a veintitantos lobos y transportarlos hacia el norte.

—Quizá no sea buena idea, pero puedes considerarlo una alternativa —dijo por fin.

Una alternativa. Una alternativa suponía una posible línea de acción, y no estaba seguro de que fuese siguiera eso. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer?



Aquel día interminable se acabó por fin cuando Sam llegó a casa con una pizza y una sonrisa algo ambigua. Mientras cenábamos me contó lo que le había dicho Koenig. Estábamos sentados en el suelo de su habitación, con las luces de Navidad y el flexo de la mesa encendidos y la caja de pizza entre los dos. El flexo apuntaba a un rincón del techo abuhardillado, y su luz difuminada le daba a la habitación un aspecto acogedor de cueva. En el reproductor de CD sonaba bajito una voz ronca y grave acompañada de un piano.

Sam fue desgranando lo que había pasado. Rozaba el suelo con los dedos a cada cosa que me contaba, como si fuese apartando inconscientemente la última para pasar a la siguiente. Todo era un desastre y yo me sentía a la deriva, pero no podía evitar pensar en lo mucho que me gustaba mirarlo con aquella luz cálida. Su rostro no era tan suave como cuando nos habíamos conocido, ni tan joven, pero sus rasgos gestos rápidos, la forma en que se humedecía el labio inferior antes de seguir hablando... Estaba enamorada de todo aquello.

Sam me pregunto qué pensaba.

- —;De qué?
- —De todo. ¿Qué hacemos?

El confiaba plenamente en mi capacidad para dotarlo todo de cierta lógica. Pero yo aún tenía que asimilar muchas cosas: Koenig había averiguado el misterio de los lobos, existía la posibilidad de trasladar a la manada y estábamos planteándonos confiar nuestro destino a alguien a quien apenas conocíamos. ¿Cómo podiamos estar seguros de que guardaría el secreto?

- -Para contestar a eso necesito otro trozo de pizza -dije-. ¿Cole no quería?
- —Me ha dicho que está ayunando. No quiero saber por qué. No parecía especialmente triste.

Separé el borde de mi trozo de pizza y Sam se lo comió. Suspiré. La idea de abandonar el bosque de Boundary me descorazonaba.

- —Los lobos no tienen por qué quedarse para siempre en la península. Quizá se nos ocurra una idea mej or más adelante, cuando se calme toda esta historia de la cacería.
  - -Antes hay que hacerlos salir del bosque.

Cerró la caja de pizza y siguió con el dedo el logotipo.

- —¿Te ha dicho Koenig si va a ayudarte a salir de este lio? Me refiero a lo de mi desaparición. Evidentemente, sabe que no me has secuestrado y asesinado dije—. ¿Ha pensado cómo hacer que te dejen en paz?
  - —No lo sé, no ha dicho nada de eso.

Intenté que no se me notase la frustración; al fin y ni cabo, no era él quien me hacía sentir así.

- -i.No te parece que es algo importante?
- —Supongo. A los lobos solo les quedan dos semanas; después ya me preocuparé por limpiar mi nombre. No creo que la policía pueda encontrar nada que me inculpe —dijo Sam mirando para otro lado.
- --Pensaba que la policía ya no sospechaba de ti. Pensaba que Koenig lo sabía
  - -Koenig lo sabe. Es el único. Pero no puede decirles que soy inocente.
  - -¡Sam!

Se encogió de hombros sin mirarme.

—Ahora mismo no puedo hacer nada.

La idea de que lo interrogasen en comisaría me resultaba dolorosa, el hecho de que mis padres pudiesen creerlo capaz de haberme hecho daño era aún peor, y la posibilidad de que lo juzgasen por asesinato era inconcebible.

Entonces se me ocurrió una idea.

- —Tengo que hablar con mis padres —dije recordando la conversación que había mantenido con Isabel—. O con Rachel. O con alguien. Tengo que hacer que alguien sepa que estoy viva. Si Grace no está muerta, se acabó el misterio de su asesinato.
  - -Ya. Y seguro que tus padres se muestran comprensivos repuso Sam.
  - -No lo sé, Sam, pero no voy a dejar... que te metan en la cárcel.

Arrugué la servilleta y la tiré contra la caja de pizza, enfadada. Habíamos estado tan cerca de tener que separamos, habíamos pasado por tantas cosas, que me parecía espantoso que lo que finalmente nos separase fuese algo artificial, un suceso que no tenía nada que ver con lo que realmente nos ocurría. Sam puso cara de culpabilidad, como si se creyese responsable de mi supuesta muerte.

- -Por mal que me vaya con mis padres, la alternativa es peor -remaché.
- -¿Confías en ellos?
- -Sam, no creo que intenten matarme -le espeté.

Me callé, me tapé la nariz y la boca con las manos y exhalé con fuerza.

Sam se quedó impasible, sosteniendo la servilleta que llevaba un rato desgarrando.

Me oculté la cara. No podía soportar mirarlo.

—Lo siento. Sam. Lo siento.

Pensé en su expresión impasible, con esa mirada fija y lobuna, y sentí que las lágrimas intentaban abrirse paso a toda costa.

El suelo crujió cuando Sam se puso en pie. Me quité las manos de la cara.

- -Por favor, no te vay as -susurré-. Lo siento.
- -Tengo un regalo para ti. Me lo he dejado en el coche. Voy por él.

Me acarició la cabeza v se fue sin hacer ruido.

Cuando me dio el regalo, aún me sentía la peor persona del mundo. Sam se arrodilló delante de mí como un penitente, atento a mí rostro mientras yo abría la bolsa. Al principio, no sé por qué, pensé que sería ropa interior, y me sentí aliviada y decepcionada al mismo tiempo al ver que era un precioso vestido de verano. Estaba visto que últimamente no conseguía poner en orden mis emociones.

Pasé la mano por el cuerpo del vestido y alisé la tela mientras me fijaba en los tirantes estrechos. Era una prenda hecha para un verano caluroso y libre de preocupaciones, algo que parecía muy remoto en aquel momento. Levanté la vista y vi que Sam se mordía el labio inferior a la espera de mi reacción.

—Eres el chico más maravilloso del mundo —susurré sintiéndome fatal e indigna de él—. No tenías por qué comprarme nada. Pero me gusta saber que piensas en mí cuando no estamos juntos.

Le puse la mano en la mej illa y él giro la cara y me besó en la palma; al notar sus labios en mi mano, algo se me removió por dentro. Mi voz sonó más grave cuando le dije:

—¿Quieres que me lo pruebe?

Me metí en el baño y, aunque el vestido no tenía nada de complicado, tardé en ponérmelo unos cuantos minutos que se me hicieron eternos. No estaba acostumbrada a llevar vestido y me daba la sensación de que no llevaba nada puesto. Me quedé junto a la bañera, mirándome en el espejo e intentando imaginar qué le habría hecho a Sam decidirse por aquel vestido. ¿Habría pensado que iba a gustarme? ¿Le habría parecido sexy? ¿Habría querido comprarme algo y aquello había sido lo primero que había encontrado? No sabía si había mucha diferencia entre que le hubiese pedido consejo a una dependienta y que hubiese visto el vestido en una percha y me hubiese imaginado con él puesto.

Mi reflejo parecía el de una universitaria, una chica mona y segura de sí misma, consciente de qué era lo que más la favorecía. Alisé la parte de delante del vestido; la falda me hacia cosquillas en las piernas. El cuerpo revelaba la curva de mis pechos. De pronto, me pareció que debía volver al cuarto a toda prisa para que Sam me viese. Era urgente que me mirase y me tocase.

Pero cuando volví a la habitación me sentí cohibida de repente. Sam estaba sentado en el suelo, apoyado contra la cama, escuchando música con los ojos cerrados, pero los abrió cuando cerré la puerta. Hice un mohín y me agarré las manos por detrás de la espalda.

```
-- Oué te parece? -- le pregunté.
```

Se puso en pie.

—Oh —dijo.

-No he podido atarme el lazo de la espalda.

Sam respiró hondo y se acercó a mi. Noté que el corazón me latía más deprisa, aunque no entendí por qué. Cogió los extremos del lazo y me pasó los brazos por detrás: pero en lugar de hacer un nudo, los dejó caer y apoyó las manos en mi espalda. Noté su tacto cálido a través del algodón, como si entre las yemas de sus dedos y mi piel no hubiese nada. Apoyó la cara en mi cuello. Lo oía respirar: parecía que contuviese cada respiración, que la refrenase.

De pronto comenzamos a besamos. Hacía mucho tiempo que no nos besábamos así, como si nuestra vida dependiera de ello. Durante un segundo me preocupó pensar que acababa de comer pizza, pero luego me di cuenta de que Sam también había comido. Deslizó las manos hasta mis caderas, y sus dedos fuertes y ansiosos arrugaron la tela del vestido y despejaron mis dudas. Me bastaba con eso —el calor de las palmas de sus manos en mis caderas— para que todo en mi interior se agitara ferozmente. Me apretó con tanta fuerza que me hizo daño y vo dejé escapar un suspiro.

```
-Puedo parar si no estás preparada.
```

De rodillas en la cama, nos seguimos besando, y él siguió tocándome con mucho cuidado como si nunca antes me hubiese tocado, como si no recordase qué forma tenía mi cuerpo y estuviese descubriendola de nuevo. Posó las manos en mis omóplatos, ceñidos por la tela del vestido, y fue rozando con las palmas la superficie de los hombros. Recorrió con los dedos el arranque de mis senos en el escote. Cerré los ojos: había muchas otras cosas que me preocupaban, pero solo podía pensar en mis muslos y en las manos de Sam recorriéndolos por debajo del

vestido, levantando la tela como si fuesen nubes de verano que me envolvían. Cuando abrí los ojos, tenía las manos apoyadas sobre las suyas y bajo nosotros había cientos de sombras. Todas eran mías o de Sam, pero era imposible saber a quién pertenecía cada una.

## CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



Aquel nuevo mejunje era puro veneno.

Pasada la medianoche, salí de la casa por la puerta trasera. Todo estaba oscuro, pero me paré a escuchar para asegurarme de que nadie me seguia. Tenía el estómago tenso de hambre, una sensación dolorosa y productiva al mismo tiempo: era la prueba palpable de que estaba trabajando. El ayuno me había dejado nervioso y vigilante, en una especie de subidón cruel. Dejé el cuaderno con los detalles de mis experimentos junto a la puerta trasera para que Sam supiese adonde había ido si no volvía. El bosque siseaba, insomne mientras todos dormían.

Presioné la aguja contra el interior de mi muñeca y cerré los ojos.

El corazón va me daba patadas como un conejo.

El líquido de la jeringuilla era incoloro como un escupitajo e inconsistente como una mentira. En mis venas produjo un efecto de cuchillas y arena, fuego y mercurio. Era como tener una navaja haciéndome muescas en todas las vértebras. Tenía exactamente veintitrés segundos para preguntarme si esta vez me había suicidado y once más para desear que no. Tres más para desear

haberme quedado en la cama y dos para pensar: ¡Joder!

Salí disparado de mi cuerpo humano; mi piel tardó tan poco en abrirse que fue como si se me escurriese de los huesos. El corazón me iba a explotar. Las estrellas daban vueltas y luego se centraban. Intenté agarrarme a la escalera, a la pared, al suelo, a cualquier cosa que no se moviese. El cuaderno se cayó del escalón, mi cuerpo se desplomó para hacerle compañía y, antes de darme cuenta. va estaba corriendo.

Había encontrado la mezcla que iba a usar para arrancar a Beck de su cuerpo de lobo

Aunque ya era un lobo, mi cuerpo aún estaba tomando forma: las articulaciones volvían a unirse, la piel se iba cerrando a lo largo de la columna, las células se reinventaban a cada zancada. Era una máquina increible. Aquel cuerpo de lobo me mantenía con vida mientras me robaba mis recuerdos humanos

Eres Cole St Clair

Uno de los dos tenía que ser capaz de conservar los recuerdos si queríamos trasladar a los lobos. Al menos tenía que poder recordar lo justo para reunirlos y llevarlos hasta un lugar. Debía existir algún modo de convencer al cerebro de un lobo para que recordase un objetivo concreto.

Cole St Clair

Intenté no olvidarlo. No quería olvidarlo. ¿De qué me servía transformarme a propósito, conquistar al lobo momentáneamente, si no podia disfrutar de mi triunfo?

Cole.

Era capaz de oír todo lo que tenía que decir el bosque. El viento pasaba gritando y rozándome las orejas mientras corría. Saltaba con seguridad sobre azras y ramas caídas, y mis uñas repiqueteaban al pisar las rocas. El suelo desapareció bajo mis patas al saltar sobre una zanja, y en pleno salto me di cuenta de que no estaba solo. Media docena de cuerpos saltaban conmigo, siluetas ligeras en la noche oscura. Más que por sus nombres, los identifiqué por sus olores. Era mi manada. Rodeado de aquellos lobos me sentía a salvo, seguro, invencible. Me mordian en la oreja, juguetones, y empezamos a intercambiar imágenes: la zanja convertida en un barranco; el suelo blando donde una conejera llena de tierra esperaba a que alguien escarbase en ella: el cielo, oscuro e infinito sobre nuestras cabezas.

La cara de Sam Roth.

Vacilé.

Las imágenes iban y venían, cada vez más difíciles de atrapar porque los demás lobos me estaban dejando atrás. Intenté estirar mis recuerdos para retener un nombre y una cara. Sam Roth. Reduje la marcha; la imagen y las palabras siguieron rondándome la cabeza hasta que dejaron de tener relación la una con

las otras. Uno de los lobos volvió sobre sus pasos y me empujó para invitarme a jugar, pero le enseñé los dientes hasta que comprendió que no me apetecía. Resignado, me lamió el hocico para confirmar mi posición de superioridad, y volví a gruñirle para que me dejase tranquilo. Volví sobre mis pasos, con la nariz pegada al suelo y el oido aguzado. Buscaba algo que no entendía.

Sam Roth.

Avancé con cautela por el bosque oscuro. Buscaba una explicación a aquella imagen que me asaltaba: una cara humana.

Noté que el pelo del lomo se me erizaba rápida e inexplicablemente.

Entonces algo se abalanzó sobre mí.

La loba blanca me lanzó una dentellada al cuello mientras yo intentaba mantener el equilibrio bajo su peso. Me había pillado desprevenido, pero no me agarraba con fuerza, así que me la quité de encima con un gruñido. Nos observamos mientras caminábamos en circulos. Ella tenia las orejas erguidas para escuchar mis movimientos, porque mi pelaje se camurlaba en la oscuridad. Su pelaje blanco, sin embargo, destacaba como una herida. Todo en su pose era agresivo. Por el olor no parecía que estuviese asustada, pero no era grande. Retrocedería, y si no lo hacía, la pelea no duraría mucho.

La había subestimado

Cuando me atacó por segunda vez, me echó las patas por encima de los hombros como si estuviese abrazándome y me hincó los dientes justo debajo de la mandibula. Cerró la boca, acercándose peligrosamente a mi tráquea. Dejé que me tirase de espaldas para poder golpearla en la panza con mis patas traseras, pero solo consegui zafarme de ella momentáneamente. Era rápida, eficiente y temeraria. Luego me mordió la oreja, y sentí una explosión de calor antes de notar la humedad de la sangre. Cuando me retorci para librarme de ella, sentí mi piel desgarrarse entre sus dientes. Cargamos el uno contra el otro, pecho con pecho. Cerré la boca sobre su cuello y la sujeté con todas mis fuerzas, pero se libró de mi, escurridiza como el aeua.

Me mordió en un lado de la cara y tocó hueso con los dientes. Logró asirme mejor y encontró una buena presa.

Mi oj o.

Retrocedí arrastrándome, desesperado, intentando soltarme antes de que me destrozase el ojo y la cara. En aquel momento olvidé mi orgullo; gimoteé y agaché las orejas intentando parecer sumiso, pero ella no demostró interés alguno. Sus gruñidos hacían que me vibrase el cráneo. El ojo iba a reventarme por la presión, si es que no lo atravesaba primero con los dientes.

Cerró aún más las mandíbulas. Me temblaban todos los músculos, preparándose y a para el dolor.

De pronto chilló y me soltó. Retrocedí sacudiendo la cabeza, con un lado de la cara manchado de sangre y la oreja rabiando de dolor. Frente a mí, la loba

blanca se encogió en señal de sumisión ante un enorme lobo gris. A su lado había un lobo negro, con las orejas erguidas en una pose agresiva. La manada había vuelto.

El lobo gris se giró hacia mí y, tras él, vi que la loba blanca levantaba inmediatamente las orejas, renunciando a rendirse. Cuando el lobo gris no la miraba, todo en ella indicaba rebelión, como si dijera: Me rindo de momento, pero solo mientras me estés mirando. Me observaba sin pestañear, y comprendí que me estaba amenazando. U ocupaba mi lugar en la manada por debajo de ella, o algún día tendriamos que volver a enfrentarnos. Y quizá ese día la manada no acudiese en mi avuda.

No estaba dispuesto a retroceder.

Le devolví la mirada

El lobo gris dio unos pasos hacia mí y me transmitió imágenes de mi cara desgarrada. Me olisqueó la oreja con cautela. Se mostraba receloso; yo olía cada vez menos a lobo y más a esa otra cosa en la que me convertía cuando no era un lobo. Mi extraño cuerpo trabajaba a marchas forzadas para curarme la cara y volver a transformarme en humano. No hacía frío suficiente para conservar aquella piel.

La loba blanca seguía mirándome.

Sentí que no me quedaba mucho tiempo. Mí cerebro y a estirándose de nuevo.

A mi lado, el lobo gris gruñó, y me tensé hasta que comprendí que la amenaza iba dirigida a la loba. El lobo gris se alejó de mi sin dejar de gruñir y el negro hizo lo mismo. La loba blanca dio un paso atrás y luego otro. Se marchaban

Noté una sacudida por todo el cuerpo que terminó justo debajo del ojo y me escoció. Me estaba transformando. El lobo gris —Beck— lanzó una dentellada a la loba blanca para obligarla a alejarse de mí.

Me estaban protegiendo.

La loba blanca y yo nos miramos por última vez. La próxima...

# CAPÍTULO CUARENTA Y DOS Isabel

Me pasé el fin de semana esperando a que Grace me llamase para invitarme a casa de Beck, y cuando por fin caí en la cuenta de que debía de estar esperando a que yo me dejara caer por allí como siempre, ya estábamos a lunes. La caja de juguetes peligrosos de Cole ya había llegado, y pensé que podía entregársela y ver a Grace al mismo tiempo. Así no parecería que iba expresamente a ver a Cole. Sabía lo que me convenía, aunque no me gustase.

Cuando Cole salió a recibirme a la puerta principal de la casa de Beck, iba descamisado y estaba ligeramente sudoroso. Parecía haber estado excavando con las manos y tenía el ojo izquierdo amoratado. Una sonrisa benevolente le cruzaba la cara de oreja a oreja. Era una expresión grandiosa, aunque aún no se había peinado y llevaba unos pantalones de chándal. No podía negarse que Cole resultaba teatral hasta en el más prosaico de los escenarios.

—Buenos días —dijo asomando la cabeza por la puerta—. Hoy hace el típico día de Minnesota. No me había dado cuenta.

Era un día estupendo, de esos primaverales y perfectos que en Minnesota se cuelan sin problema entre varias semanas de frío o en mitad de una ola de calor veraniego. El césped olía a los arbustos de boj que había plantados frente a la casa

—Ya no es hora de decir buenos días —repuse—. Tus cosas están en el coche. Como no me dijiste qué somníferos querías, te he traído los más fuertes que he encontrado.

Cole se pasó la sucia palma de la mano por el pecho y estiró el cuello como si desde allí pudiera ver lo que le había llevado.

—Cómo me conoces. Pasa, estaba preparando una cafetera para animarme. He pasado una noche horrible.

A sus espaldas, en el salón, atronaba la música; me pareció increíble que Grace estuviese en la misma casa que aquello.

—No sé si quiero entrar.

Cole soltó una carcajada desdeñosa para mostrar lo absurdo que le parecía mi comentario y echó a andar descalzo hacia el todoterreno.

- --: Asiento delantero o trasero?
- —Trasero, sin dudarlo.

No era una caja grande y podría haberla llevado yo, pero prefería ver cómo los brazos de Cole se tensaban para acarrearla.

-Pasa a mi taller, chiquilla -dijo.

Entré en la casa tras él. Hacía más fresco que en el exterior y olía a quemado. La música atronadora tenía un ritmo que hacía vibrar las suelas de mis zapatos, y casi tuve que gritar para hacerme oír.

- —;Sam v Grace?
- —Ringo se fue en su coche hace unas horas. Ha debido de llevarse a Grace. No sé adonde han ido.
  - —¿No se lo preguntaste?
- —No estamos casados —respondió Cole y, en un tono algo más humilde, añadió—: Todavía.

Cerró la puerta de una patada y me indicó con la cabeza que lo siguiera.

Con aquella caótica banda sonora de fondo, me encaminé hacia la cocina, que era donde más olía a quemado. Aquello parecía una zona catastrófica. La encimera estaba llena de vasos, rotuladores, jeringuillas, libros y un paquete de azúcar desgarrado y tumbado. Todos los armarios estaban cubiertos de fotografías de los lobos de Mercy Falls con sus cuerpos humanos. Intente no tocar nada.

- —¿Que está quemándose?
- —Mi cerebro —repuso Cole dejando la caja junto al microondas, en el último hueco que quedaba libre en la encimera—. Perdona el desastre. Hoy hay amitriptilina de comer.
- $-_{\vec{c}}$ Sam sabe que has convertido su cocina en un laboratorio para producir droga?
  - -Si, tengo la aprobación del señor Roth. ¿Quieres un café antes de ayudarme

a preparar la trampa?

El azúcar crujió bajo los tacones de mis botas.

-No he dicho que vaya a ayudarte a prepararla.

Cole echó un vistazo al interior de una taza antes de dejarla en la mesa, delante de mi. v llenarla de café.

- —Lo he leído entre líneas. ¿Azúcar? ¿Leche?
- —¿Estás colocado? ¿Por qué nunca llevas camiseta?
- —Duermo desnudo —respondió Cole echando leche y azúcar en el café —. A medida que avanza el día, voy poniéndome más ropa. Deberías haber venido hace una hora —lo fulminé con la mirada —. Además, no estoy colocado. La duda ofende

No parecía nada ofendido.

Le di un sorbo al café. Se podía beber.

- -- ¿En qué estás trabajando?
- —En algo que no mate a Beck —dijo; parecía adoptar una actitud entre desdeñosa y posesiva con los productos químicos que había en la cocina—. ¿Sabes una cosa que me vendría al pelo? Que me ayudases a entrar en el laboratorio de tu instituto esta noche.
  - —¿Para robar?
- —Para coger prestado un microscopio. Con un equipo de investigación hecho de Legos y plastilina, los descubrimientos científicos que puedo hacer están muy limitados. Necesito material de verdad.

Me quedé mirándolo; no era fácil resistirse a aquel Cole electrizante y seguro de sí mismo. Fruncí el ceño.

—No pienso ay udarte a robar en mi instituto.

Cole me tendió la mano.

—Vale, pues devuélveme el café.

No me había dado cuenta de lo mucho que tenía que alzar la voz para que se me oyese sobre la música hasta que hubo una pausa entre canciones y pude bajarla.

- —Ahora es mío —repuse, recordando lo que me había dicho en la librería—.
  Pero podría avudarte a entrar en la clínica de mi madre.
  - —Eres una mensch.
  - —No tengo ni idea de qué significa eso.
  - —Yo tampoco. Sam lo dijo el otro día y me gustó cómo sonaba.

Eso resumía a Cole: veía algo que no entendía, le gustaba y lo hacía suyo.

Rebusqué en mi bolso.

—También te he traído otra cosa. Le ofrecí un Mustang en miniatura, negro y brillante.

Cole lo aceptó y se lo puso en la palma de la mano. Se quedó quieto; no me había dado cuenta de que hasta ese momento había estado moviéndose.

- —Seguro que este consume menos que el mío —dijo pasados unos segundos, deslizándolo por el borde de la mesa mientras imitaba el ruido del motor, suave y ascendente. Al llegar al final de la mesa, lo hizo despegar—. Pero no pienso deiarte conducirlo.
  - -Da igual; no me favorecen los coches negros.

De pronto, Cole estiró el brazo y me agarró de la cintura. Los ojos se me abrieron como platos.

-A ti te favorece todo. Eres perfecta, Isabel Culpeper.

Se puso a bailar y, como me tenía cogida, bailé con él. Aquel Cole era aún más persuasivo que el anterior. Era una sonrisa hecha realidad, un objeto físico hecho con sus manos enlazadas en mi cintura y su cuerpo largo apretado contra el mío. Me encantaba bailar, pero siempre que lo hacía era consciente de que estaba bailando y de cómo se movía mi cuerpo. Sin embargo, mientras la música retumbaba y Cole bailaba conmigo, todo se volvió invisible salvo la música. Yo era invisible

Mis caderas eran la percusión del bajo. Mis manos sobre Cole eran los gemidos del sintetizador. Mi cuerpo solo era la vibración rítmica de la canción.

Mis pensamientos eran fogonazos entre latidos.

latido:

mi mano en el vientre de Cole

latido:

nuestras caderas pegadas

latido:

la risa de Cole

latido:

éramos uno solo

Aun sabiendo que a Cole se le daban bien esas cosas —al fin y al cabo, se dedicaba a ello—, era increible. Y más asombroso todavía era que Cole no estuviera intentando resultar increible sin mí, porque hasta el último gesto de su cuerpo tenía como objetivo que nos moviésemos juntos. Allí no había ego alguno, solo la música y nuestros cuerpos.

Cuando acabó la canción, Cole dio un paso atrás, jadeante, y esbozó una sonrisa. No entendí cómo podía parar: yo quería bailar hasta caer rendida, quería apretar mi cuerpo contra el suyo hasta que ya no fuese posible separarlos.

- -Eres adictivo -le dije.
- —Mira quién fue a hablar.

# CAPÍTULO CUARENTA Y TRES



Como Grace ya se sentía más cómoda en su piel, aprovechamos para pasar el día fuera. Fuimos al centro comercial porque necesitaba calcetines y camisetas, pero ella se quedó acurrucada dentro del coche mientras yo se los compraba a toda prisa. Entré también en la tienda de comestibles para comprar unas cuantas cosas que ella había apuntado en una lista. Me resultó agradable hacer algo tan prosaico, un sucedáneo de rutina. La sensación solo se veía enturbiada por el hecho de que Grace, oficialmente desaparecida, estaba atrapada en el coche, yo estaba atado al bosque de Boundary, aún enredado con lo de la manada, y ambos éramos prisioneros en casa de Becka la espera de que nos commutasen la pena.

Nos llevamos la comida a casa y con la lista de Grace hice una grulla de papel que colgué del techo de mi habitación junto a las demás. Se inclinó hacia la ventana, mecida por la corriente que salía del conducto del aire, pero cuando la golpeé con el hombro, su hilo se enredó con el de la grulla contigua.

- -Me gustaría ir a ver a Rachel -dijo Grace.
- -Vale -repuse; ya tenía las llaves del coche en la mano.

Llegamos al antiguo instituto de Grace mucho antes de que acabasen las clases, y esperamos en silencio en el aparcamiento a que sonase el timbre. En

cuanto sonó, Grace se agachó en el asiento de atrás para que nadie la viese.

Había algo extraño y terrible en aquella situación: los dos sentados frente a su antiguo instituto, observando cómo los alumnos del último curso salían poco a poco y se quedaban esperando al autobús. Se movian en grupitos de dos o tres. Había colores vivos por todas partes: mochilas fluorescentes colgadas al hombro, camisetas chillonas con nombres de equipos, las hoj as verdes de los árboles en la zona del aparcamiento... Con las ventanillas subídas, las conversaciones de la gente de fuera eran mudas. Y al no oír sus voces, se me ocurrió que tal vez pudieran comunicarse exclusivamente con el cuerpo. Había manos levantadas, hombros que se contoneaban, cabezas echadas hacia atrás en plena risa. Sobraban las palabras, si es que estaban dispuestos a permanecer en silencio el tiempo suficiente para aprender a hablar sin ellas.

Miré el reloj del coche. Aunque solo llevábamos allí unos minutos, la espera se me estaba haciendo larga. Hacia un día precioso, más veraniego que primaveral, uno de esos días en los que el cielo azul y despejado parece totalmente inalcanzable. Los chavales continuaban saliendo del instituto, pero yo no reconocía a ninguno. Había pasado una eternidad desde la época en que esperaba a Grace a la salida de clase, cuando aun tenía que esconderme del frío.

Me sentía mucho mayor que ellos. Eran alumnos de último curso, así que algunos podrían tener mi edad, y eso me pareció incomprensible. No me veia caminando en uno de aquellos grupos con la mochila al hombro, esperando el autobús o dirigiéndome hacia mi coche. Tenía la sensación de que jamás había sido tan joven como ellos. ¿Existiría un universo paralelo en el que Sam Roth no hubiese conocido nunca a los lobos, ni perdido a sus padres, ni abandonado Duluth? ¿Qué aspecto tendría ese Sam que iría a clase, se despertaría temprano para abrir sus regalos de Navidad y le daría un beso a su madre en la mejilla el día que se graduase en el instituto? ¿Tendría ese Sam sin cicatrices una guitarra, una novia, una buena vida?

Me sentí como un mirón. Quería marcharme de allí.

Entonces apareció. Ataviada con un vestido marrón liso y unas medias de rayas moradas, Rachel caminaba sola por el otro lado del aparcamiento con aspecto algo sombrío. Bajé la ventanilla. No había modo de hacerlo sin que pareciese una página de una novela policiaca; « El joven la llamó desde su coche. Ella se acercó; sabía que la policía sospechaba de él, pero siempre le había parecido simpático...».

-; Rachel! -grité.

Ella abrió los ojos como platos y tardó un buen rato en adoptar una expresión más favorecedora. Se detuvo a unos tres metros de la ventanilla del conductor, con los pies juntos y las manos prendidas en las correas de la mochila.

- —Hola —dijo; parecía recelosa o tal vez apenada.
- -- ¿Puedo hablar contigo un momento?

Se dio la vuelta para echar un vistazo al instituto y después me miró.

-Claro -contestó, pero no se acercó más.

Me dolió un poco que quisiera mantener las distancias. Además, todo lo que dijese tendría que gritarlo para que me oyese a tres metros, y eso no me lo podía permitir.

-¿Te importaría... eh... acercarte un poco?

Rachel se encogió de hombros y no se movió del sitio.

Dejé el motor encendido, me bajé y cerré la puerta. Ella se quedó inmóvil mientras me acercaba, pero frunció ligeramente el ceño.

—¿Cómo te va? —pregunté con amabilidad.

Rachel me miró atentamente mientras se mordía con fuerza el labio inferior. Era increible lo triste que parecía, tanto que me costaba pensar que Grace se hubiese equivocado al decidir que quería ir allí

- -Siento mucho lo de Olivia -dije.
- —Yo también —contestó en tono valiente—. John lo lleva fatal.

Tardé un segundo en recordar que John era el hermano de Olivia.

- -Rachel, estoy aquí para hablar de Grace.
- —¿Qué pasa con Grace? —su voz sonaba precavida. Deseé que confiase en mí aunque, en realidad, no tenía motivos para hacerlo.

Hice una mueca y observé cómo los estudiantes subían a los autobuses. Aquello parecía un anuncio: el cielo despejado, las hojas verdes y relucientes, el amarillo chillón de los autobuses... Una estampa a la que había de añadir a Rachel, porque sus medias a rayas parecían las típicas que solo se pueden comprar por catálogo. Rachel era la mejor amiga de Grace, y Grace pensaba que sabía guardar un secreto. No solo un secreto, sino nuestro secreto. Aunque confiase en el juicio de Grace, me resultaba increfiblemente dificil soltar la verdad

- -Necesito saber si puedes guardar un secreto, Rachel.
- -Se dicen cosas muy feas de ti, Sam.

Suspiré.

—Lo sé. Las he oido. Espero que sepas que nunca le haría daño a Grace, pero... No te pido que confies en mi palabra. Solo quiero asegurarme de que si fuera a decirte algo importante, algo realmente importante, sabrías guardar el secreto. Sé sincera.

Sentí que estaba dispuesta a bajar la guardia.

—Sé guardar un secreto —afirmó, y yo me mordí el labio y cerré los ojos durante un segundo—. No creo que la hayas matado tú —añadió con toda naturalidad, como si estuviese pronosticando que no iba a llover por la noche porque estaba despejado—. No sé si te sirve de consuelo.

Abrí los oj os. Sí que me servía de consuelo.

-De acuerdo. Allá voy. Sé que te parecerá una locura, pero... Grace está

viva, está aquí en Mercy Falls y se encuentra bien.

Rachel se inclinó hacia mí

- —No la tendrás atada en tu sótano. ¿verdad?
- Lo más fuerte de todo era que, en el fondo, había dado más o menos en el clavo
- —Muy graciosa, Rachel. No, no la retengo en contra de su voluntad. Está escondida y todavía no quiere salir. Es una situación algo complicada que...
- —Ay, Dios mío, la has dejado embarazada —exclamó Rachel levantando las manos— Lo sabía. Lo sabía
  - -Rachel -dije -. Escucha, Rachel ...

Ella seguía hablando.

- —... y mira que hablamos del tema, ¿era demasiado pedir que usase la cabeza? Pues sí Ella...
  - -Rachel -dije-, no está embarazada, ¿vale?
- Me miró fijamente. Pensé que los dos empezábamos a cansarnos de aquella conversación
  - -Vale, Entonces, ¿qué pasa?
- —Bueno, te va a costar un poco asimilarlo. En realidad, no sé cómo decírtelo. Quizá sea mejor que te lo cuente ella misma.
  - —Sam —dijo Rachel—, a todos nos han dado clase de educación sexual.
- —Que no, Rachel. Tengo que decirte una cosa: «Peter el de los Pétreos Pectorales», No tengo ni idea de qué significa, pero Grace me ha dicho que lo entenderías.

Vi que empezaba a procesar el significado de aquellas palabras y a plantearse si se las habría sacado a Grace por la fuerza.

- -; Y por qué no me lo dice ella misma? -preguntó con recelo.
- —¡Pues porque no has querido acercarte al coche! No puede salir, y yo sí. Se supone que nadie sabe dónde está, ¿recuerdas? Si te hubieses acercado al coche cuando te he llamado, te habría saludado desde el asiento de atrás.

Cuando vi que seguía albergando dudas, me froté la cara con las manos.

- —Mira, Rachel, ve hasta el coche y compruébalo tú misma. Yo me quedo aquí, así que no voy a poder partirte la crisma con una botella de cerveza y meterte en el maletero. Te quedas más tranquila?
- —Si te alejas un poco más, puede ser —repuso—. Lo siento Sam pero veo la tele. Sé cómo se hacen estas cosas.

Me presioné con los dedos el puente de la nariz.

- —Mira. Llámame al móvil. Lo he dejado en el coche, y Grace está dentro. Lo cogerá y así podrás hablar con ella. No tienes por qué acercarte si no quieres.
  - Rachel sacó el móvil del bolsillo de su mochila.
- —Dime tu número —lo marcó mientras se lo iba dictando—. Ya ha conectado

Señalé el Volkswagen: aunque las puertas estaban cerradas, se oía vagamente el tono de llamada

- -No me lo cogen -dijo Rachel en tono acusador.
- Justo en ese momento, la ventanilla del conductor se abrió y Grace asomó la cabeza.
- —Por el amor de Dios —susurró—, vais a llamar la atención de todo el mundo si seguís ahí plantados. ¿Pensáis subir al coche o qué?

Rachel abrió los ojos como platos.

Me llevé las manos a la cabeza.

- --¿Me crees ahora? --dije.
- -¿Vas a decirme por qué se esconde?
- —Creo que sonará mejor si te lo cuenta ella misma —contesté señalando a Grace.

## CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO



Había pensado que el simple hecho de verme sería suficiente para Rachel. El hecho de que estaba viva me parecía una prueba bastante convincente de la inocencia de Sam, pero en la práctica Rachel seguía sin estar segura. Sam tardó varios minutos en convencerla para que subiese al coche, incluso después de haberme visto dentro.

—No creas que las tengo todas conmigo solo porque Grace esté en tu coche —le dijo Rachel a Sam, contemplando con recelo la puerta abierta—. Podrías haber estado dándole setas alucinógenas en tu sótano y querer hacerme lo mismo a mi

Sam volvió a mirar hacia el instituto con los ojos entrecerrados, deslumbrado por el sol. Debía de estar pensando lo mismo que yo: que en Mercy Falls casi todo el mundo desconfíaba de él, y que si alguien lo veía en un aparcamiento junto a una chica con pinta de indecisa. las cosas podían ponerse feas.

- —No estoy muy seguro de cómo contrarrestar esa acusación.
- —Rachel, no estoy drogada —añadí y o—. Sube al coche. Rachel me miró con el ceño fruncido y luego volvió a mirar a Sam.
- —No hasta que me digáis por qué queréis seguir escondiéndoos.

- -Es una larga historia.
- —Pues resúmela —contestó Rachel cruzándose de brazos.
- -Habría que explicar muchas cosas.

Rachel no se inmutó

—Resúmela

Solté un suspiro.

- -Rachel, me transformo en loba a cada dos por tres. No te asustes.
- Esperó a que le dijese algo más para encontrarles sentido a mis palabras, pero no había modo de resumirlo de una manera más convincente.
- —¿Por qué iba a asustarme? —preguntó al fin—. ¿Solo porque seas una loca que dice locuras? Claro que te transformas en loba. Yo también me transformo en cebra. Fijate en las rayas que se me quedan luego.
- —Rachel —dijo Sam suavemente—, te prometo que tiene mucho más sentido cuando te lo explican. Si le das a Grace la posibilidad de veros en... algún lugar más discreto, seguirá pareciéndote raro, pero no imposible.

Rachel lo miró horrorizada y acto seguido me miró a mi.

- —Lo siento, Grace, pero dejar que me lleve en coche hasta su guarida no me parece buena idea —extendió la mano hacia Sam, que la miró como si fuese un arma. Rachel movió los dedos y añadió—: Yo conduzco.
  - ¿Quieres conducir... hasta mi casa? preguntó Sam.

Rachel asintió con la cabeza.

Sam se aturulló un poco, pero no le cambió la voz.

- -¿Cuál es la diferencia entre que conduzcas tú y que conduzca y o?
- —¡No lo sé! ¡Así me siento más cómoda! —su mano seguía extendida, esperando la llave—. En las películas nadie conduce hacia su propia muerte.

Sam me miró. Su cara parecía decir: « ¡Grace, socorro!».

- -Rachel -dije con firmeza-, ¿sabes manejar el cambio de marchas?
- -No -repuso Rachel -. Pero aprendo rápido.
- —Rachel… —dij e mirándola.
- —Grace, reconoce que esto es bastante raro. Tú desapareces del hospital, y Olivia... y de repente Sam se presenta contigo y, qué quieres que te diga, lo de las setas alucinógenas parece cada vez más posible, sobre todo si empiezas a hablar de lobos. Solo falta que aparezca Isabel Culpeper diciendo que los alienígenas van a abducirnos a todos; mi frágil estado emocional no podría soportarlo. Creo que...

Suspiré.

- —Rachel
- -Vale -dijo.

Tiró la mochila en el asiento de atrás y subió al coche.

Mientras nos dirigíamos a casa de Beck, con Sam conduciendo, yo a su lado y Rachel en el asiento de atrás, me inundó una añoranza repentina e inexplicable. De pronto eché de menos mi casa, y me desesperó pensar en la vida que había perdido. En realidad, no sabía qué era lo que echaba de menos —no a mis padres, porque estaba más que acostumbrada a no verlos— hasta que me di cuenta de que lo que había provocado aquella sensación era el olor a fresa, increíblemente empalagoso, del champú de Rachel. Aquello era lo que echaba de menos: las tardes y noches con Rachel, encerradas en su habitación, apoderándonos de la cocina de mis padres o acompañando a Olivia en una de sus excursiones fotográficas. No era mi casa lo que echaba de menos, sino a las personas. Y la vida.

Me giré hacia atrás y estiré el brazo hacia Rachel, aunque no alcancé a tocarla con los dedos. Ella se limitó a agarrarme la mano y la apretó con fuerza. Así nos quedamos durante el resto del trayecto, yo medio vuelta hacia atrás, ella inclinada un poco hacia delante y las dos con las manos apoyadas en el respaldo de mi asiento. Sam tampoco dijo nada, aparte de « huy, perdón», cuando bajó de marcha antes de tiempo y el coche dio una sacudida.

Luego, cuando llegamos a la casa, se lo conté todo: desde el momento en que los lobos se me habían llevado a rastras del columpio, hasta el día en que había estado a punto de morir ahogada con mi propia sangre. Y todo lo que había sucedido entre medias. Nunca había visto a Sam tan nervioso, pero yo no estaba preocupada. Desde el momento en que le había dado la mano en el coche, supe que en aquella extraña y nueva vida Rachel era una de las cosas que iba a tener que conservar.

### CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO



¿Por qué cometer un delito grave pudiendo cometer uno menor? Entrar en el laboratorio del instituto habría sido robo. Entrar en el despacho de mi madre usando una de las llaves de repuesto era un simple hurto. Era de sentido común. Había dejado el todoterreno en el aparcamiento del supermercado que había al otro lado de la calle, para que quien pasase por delante de la clínica no viese nada raro. Habría sido una magnifica delincuente. De hecho, no lo descartaba; aún era joven, y era posible que la carrera de medicina no se me diese bien.

—No rompas nada —le dije a Cole al indicarle que pasase él primero. Teniendo en cuenta que se trataba de Cole St. Clair, seguramente sería un gasto inútil de saliva

Cole recorrió el pasillo mirando los carteles de las paredes. Aquella clínica para gente de bajos ingresos era un proyecto a tiempo parcial de mi madre, que también colaboraba con el hospital del pueblo. Cuando la clínica abrió, mi madre decoró las paredes con cuadros que no le cabían en casa o de los que se había cansado. Quería que el entorno resultara acogedor, había dicho al mudarnos a Mercy Falls. Después de la muerte de Jack, había repartido un montón de cuadros de los que tenía en casa y, pasado un tiempo prudencial, se llevó también

los cuadros de la clínica para reemplazarlos. Ahora, la clínica lucía una decoración que a mí me gustaba llamar « período farmacéutico tardío».

—Al fondo a la derecha —dije—. Ahí no, eso es el baño.

La luz del atardecer ya se estaba debilitando cuando cerré la puerta por dentro, pero daba igual. Al sonar el zumbido de los tubos fluorescentes entró en vigor el tiempo clínico, en el que no importa qué hora sea porque todas las horas son iguales. Siempre estaba diciéndole a mi madre que si de verdad quería que la clínica pareciese acogedora y recordara más a una casa que a un supermercado, la solución era poner bombillas de las de toda la vida.

Cole ya había desaparecido en el diminuto laboratorio de mi madre, y yo lo seguí de cerca. Esa mañana me había saltado las clases, pero no se me habían pegado las sábanas, precisamente. Primero había ido a casa de Beck para llevarle a Cole sus cosas y luego le había ayudado a montar su enorme trampa, con cuidado de no caerme en el agujero del que decía que habían sacado a Grace. Y allí estaba ahora, después de esperar a que cerrase la clínica y de llamar a mis padres para decirles que estaba en una reunión del consejo escolar. No me hubiese importado tomarme un descanso. Además, apenas habíamos comido; me sentía una mártir de la causa lobuna. Me paré en el vestíbulo, abrí la neverita que había bajo el mostrador y cogí dos zumos. Mejor un zumo que nada.

En el laboratorio, Cole ya se había aposentado en una silla, dándome la espalda y apoyado en el banco donde estaba el microscopio. Con una de las manos señalaba hacia el techo. Tardé un segundo en darme cuenta de que se había pinchado un dedo y tenía la mano en alto para que le sangrase menos.

—¡Quieres una tirita, o estás cómodo haciendo de Estatua de la Libertad? — pregunté.

Le puse el zumo cerca, pero luego me lo pensé mejor, abrí la tapa y le acerqué la botella a la boca para que pudiese beber. El movió el dedo ensangrentado en señal de agradecimiento.

—No he encontrado las tiritas —dijo—. Quiero decir que no las he buscado. ¿Esto es metanol? Mira. sí.

Le busqué una tirita y le hice rodar una silla para acercarla a la suya. No es que tuviese mucho espacio para rodar; el laboratorio era en realidad el trastero, y estaba lleno de cajones y estantes con muestras de medicamentos, cajas de algodón, bastoncillos y depresores, botellas de alcohol y de agua oxigenada, un aparato para hacer análisis de orina, un microscopio y un agitador de tubos de ensayo. No quedaba mucho espacio para dos sillas ocupadas.

Cole había manchado un portaobjetos con su sangre y lo estaba mirando por el microscopio.

-- Oué buscas? -- pregunté.

No respondió; tenía el ceño fruncido en una expresión de profunda concentración que me hizo sospechar que no me había oído. Me gustaba verlo así, sin actuar, limitándose a ser... Cole con todas sus fuerzas. Cuando le cogí la mano para limpiarle la sangre, no se resistió.

—Por el amor de Dios —exclamé—. ¿Con qué te has cortado, con un cuchillo para untar mantequilla?

Le puse una tirita y le solté la mano, que inmediatamente usó para ajustar el microscopio.

El silencio se me hizo eterno, aunque apenas debió de durar un minuto. Cole se apartó del microscopio sin mirarme, soltó una carcajada entrecortada, juntó las manos formando un triángulo frente a la cara y apoyó las puntas de los dedos en los labios.

- —Dios —dijo, y volvió a reírse entrecortadamente.
- —¿Qué pasa? —pregunté enfadada.
- —Mira —Cole echó la silla hacia atrás y tiró de la mía para ponerla en su lugar—. ¿Oué ves?
- No estaba preparada para ver nada porque no sabía qué era lo que tenía que ver, pero le seguí el rollo. Acerqué el ojo al microscopio y eché un vistazo. Cole tenía razón: enseguida descubrí lo mismo que él. Había docenas de glóbulos rojos bajo la lente, incoloros y normales. También había dos puntos rojos.

Me aparté del microscopio.

- —¿Oué es eso?
- —Es el lobo —dijo Cole, sin parar de moverse hacia delante y hacia atrás en su silla reclinable—. Lo sabía. Lo sabía.
  - —¿Qué es lo que sabías?
- —O tengo malaria, o ese es el aspecto que tiene el lobo en mis células. Sabía que se comportaba como la malaria. Lo sabía. ¡Dios!

Se puso de pie porque y a no aguantaba más sentado.

—Muy bien, genio. ¿Y eso en qué afecta a los lobos? ¿Puedes curarlo como se cura la malaria?

Cole estaba mirando un póster pegado a la pared que representaba en colores vivos las fases de crecimiento de un feto, de esos que estaban de moda en los sesenta. Hizo un gesto de negación con la mano.

- —La malaria no se cura.
- —No seas tonto —repliqué—. Claro que se cura.
- —No —repuso Cole, y trazó el contorno de uno de los fetos con el dedo—. Los médicos pueden hacer que la malaria no mate a la gente, pero no pueden curarla.
- —¿Me estás diciendo que no hay ningún remedio?—pregunté—. Pero hay un modo de evitar que... Tú ya evitaste que Grace muriese. No entiendo cuál es la gran revelación.
- —Sam. La revelación es Sam. Esto no es más que una confirmación. Tengo que seguir trabajando. Necesito papel —dijo Cole volviéndose hacia mí—.

Necesito

Se calló; el subidón de hacía un momento se le estaba pasando. Me parecía decepcionante haber ido hasta allí para presenciar una revelación científica improvisada y que, para colmo, yo no lograba entender. Y estar en la clínica por la noche me recordaba a cuando Grace y yo habíamos llevado a Jack hasta allí. La memoria de aquella sensación de pérdida y de fracaso me dio ganas de hacerme un ovillo en la cama en casa.

—Comida —aventuré—. Sueño. Eso es lo que necesito y o. Y salir disparada de aquí.

Cole frunció el ceño, como si le hubiese dicho que necesitaba patos y yoga en vez de comida y sueño.

Me levanté v lo miré a la cara.

- —A diferencia de los afectados por infecciones lobunas galopantes, yo tengo que ir a clase mañana, y más después de haberme saltado las de hoy para estar auú.
  - -: Por qué estás cabreada?
  - -No estoy cabreada. Estoy cansada y quiero irme a casa.

En realidad, ahora que lo pensaba, la idea de irme a casa no me atraía demasiado.

—Estás cabreada —dijo—. Casi lo he conseguido, Isabel. Casi tengo algo. Creo que... que estoy muy cerca. Tengo que hablar con Sam. Si es que consigo que hable conmigo.

Y entonces lo vi como un chico guapo y cansado, no como una estrella de rockcon decenas de miles de fans que se preguntaban dónde estaría, ni como un genio con un cerebro tan privilegiado que se resistía a que se aprovechasen de él e inventaba nuevas maneras de hacerse daño.

Al verlo así, sentí que necesitaba algo de él, o tal vez de otra persona. Seguramente él también necesitara algo de mí o de otra persona, pero aquella revelación era como mirar manchas con un microscopio. Saber que era importante para alguien no implicaba que también tuviese que serlo para ti.

Entonces oí un sonido familiar: el chasquido de la puerta principal al abrirse. No estábamos solos.

—¡Mierda, mierda, mierda! —susurré; tenía dos segundos para inventar algo —. ¡Coge tus cosas y métete bajo la mesa!

Cole recogió el portaobjetos, el zumo y la tirita y yo comprobé que estaba bien escondido debajo de la mesa antes de apagar la luz del laboratorio y meterme allí con él.

La puerta se cerró pesadamente. Oí un taconeo rápido y luego el suspiro de irritación de mi madre, lo bastante dramático para que se oyese en el laboratorio. Confié en que su enfado se debiera a que pensase que alguien se había dejado encendida la luz del pasillo. Lo único que veía de Cole era la luz que reflejaban sus ojos. No había mucho espacio bajo la mesa, así que estábamos rodilla con rodilla y pie sobre pie, y era imposible saber de quién era cada aliento. Los dos guardamos silencio mientras escuchábamos los pasos de mi madre. La oí taconear en una de las primeras salas, seguramente la recepción. Allí estuvo un momento revolviendo cosas. Cole recolocó un pie para no clavarse mi bota en el tobillo y al moverse le crujió el hombro. Apoyó un brazo en la pared a mi espalda. Cuando me di cuenta de que tenía una mano entre sus piernas, la retiré.

Esperamos.

-Maldita sea... -se oy ó decir a mi madre.

Avanzó por el pasillo, entró en una de la salas de reconocimiento y oí cómo revolvía entre los papeles. En aquel espacio bajo la mesa todo estaba demasiado oscuro para que se me acostumbrasen los ojos, y parecía que Cole y yo teníamos más piernas de lo normal. A mi madre se le cayó algo al suelo, seguramente un montón de papeles; oí el ruido que hicieron al esparcirse por el suelo y golpear la mesa de reconocimiento. Esa vez no soltó ningún taco.

Cole posó su boca en la mía. Debería haberle dicho que parase, que se quedase quieto, pero yo también lo deseaba. Me quedé acurrucada y dejé que me besase. Sabía que iba a ser uno de esos besos de los que a una le cuesta recuperarse. Si cogias todos nuestros besos desde el primero y ponías cada uno en un portaobjetos bajo el microscopio, estaba segura de lo que se vería en cada caso. Ni siquiera un experto vería nada en el primero, pero en el segundo ya empezaría a ver el comienzo de algo —en inferioridad numérica y fácil de destruir—, algo que iría en aumento hasta llegar a este beso, y aquí lo vería claramente hasta un lego en la materia. Era la prueba de que seguramente nunca nos curaríamos el uno del otro, pero que tal vez pudiéramos conseguir no matarnos

Oí los pasos de mi madre un segundo antes de que se encendiese la luz del laboratorio y, acto seguido, sonó un profundo suspiro.

-Isabel... ¿Por qué?

Cole se apartó de mi; debíamos de parecer dos zarigüeyas escondidas detrás de un contenedor. Vi que mi madre hacía unas cuantas comprobaciones básicas: ibamos vestidos, no habíamos roto nada ni estábamos drogándonos. Miró a Cole, que sonrió vagamente.

—Tú... tú eres...—comenzó a decir mi madre entornando los ojos. Esperé a que dijese NARKOTIKA, aunque nunca me hubiese imaginado que era fan del grupo, pero dijo—: El chico de las escaleras. En casa. El que iba desnudo. Isabel, cuando te dije que no quería que hicieseis estas cosas en casa, no me refería a que os fuerais a la clínica. ¿Qué hacéis debajo de la mesa? No, no quiero saberlo. De verdad que no.

No se me ocurrió nada que decir. Mi madre se frotó una ceja con la mano sin

soltar el impreso que tenía agarrado.

- -¿Dónde tienes el coche? -me preguntó.
- —Aparcado enfrente.
- —Claro —sacudió la cabeza—. No voy a contarle a tu padre que te he visto aquí, Isabel. Pero, por favor...

Sin rematar la frase, agarró mi botella de zumo a medio beber, la tiró al cubo de basura que había junto a la puerta y apagó la luz. Oi cómo sus pasos se alejaban por el pasillo, cómo la puerta de la calle se abría y se cerraba y cómo chasqueaba la cerradura.

No veía a Cole en la oscuridad, pero aún lo sentía a mi lado. A veces no hace falta ver algo para saber que está ahí.

Sentí un hormigueo por todo el cuerpo, y tardé unos segundos en darme cuenta de que Cole me estaba pasando el Mustang de juguete por el brazo. Se ereía para sí; era un sonido ahogado y contagioso, como si aún tuviese que guardar silencio. Dio la vuelta con el coche a la altura del hombro y bajó hacia la mano, con las ruedas derrapándome ligeramente en la piel a cada nueva carcajada.

Pensé que aquello era lo más sincero que le había oído a Cole St. Clair.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS Sam

No fui consciente de lo mucho que me había acostumbrado a la falta de rutina hasta que la recuperamos. Con Grace de nuevo en casa y Cole más centrado en sus investigaciones, nuestra vida cobró un aspecto de normalidad. Me convertí de nuevo en una persona diurna. La cocina volvió a ser un lugar para comer: sobre la encimera, los botes de medicamentos y las notas garabateadas fueron dejando paso lentamente a las cajas de cereales y a las tazas de café. Grace solo se transformó una vez en tres días, apenas durante unas horas, y volvió temblorosa a la cama después de haberse encerrado en el cuarto de baño durante la transformación. Los días parecían más cortos cuando la noche y el sueño llegaban a una hora fija. Iba a trabajar, vendía libros a clientes que me hablaban en susurros y volvía a casa sintiéndome como un condenado al que le hubiesen concedido varios días de gracia. Cole se pasaba los días probando trampas para lobos y dormía cada noche en una habitación diferente. Por las mañanas descubría a Grace dejando platitos de cereales rancios para los dos mapaches, y por las noches la sorprendía buscando con añoranza páginas web de universidades y chateando con Rachel. Todos perseguíamos algo escurridizo e imposible.

La cacería salía en las noticias casi todas las noches

Pero yo no era del todo feliz Digamos que estaba a la espera de la felicidad. Sabía que aquella no era mi vida de verdad, sino una vida con los días contados. Una en la que vivía temporalmente hasta que la mía se solucionase. La fecha de la batida de caza parecía lejana e inverosímil, pero era imposible olvidarla. El hecho de que a mí no se me ocurriese qué hacer no significaba que no hubiese que hacer algo.

El miércoles llamé a Koenig y le pregunté si podía indicarme cómo llegar a la península para investigar debidamente su potencial. Así se lo dije: « investigar debidamente». Koenig siempre tenía ese efecto en mí.

—Creo —dijo Koenig, poniendo tanto énfasis en la palabra como si en realidad quisiera decir «sé» — que sería mejor que te llevase yo. No me gustaría que te equivocases de península. Podemos ir el sábado.

No me di cuenta de que había hecho una broma hasta que colgué, y entonces me sentí mal por no haberme reido.

El jueves llamaron del periódico local para preguntarme qué tenia que decir sobre la desaparición de Grace Brisbane.

Nada, eso era lo que tenía que decir. En realidad, lo que le había dicho a mi guitarra la noche anterior había sido:

No puedes perder a una chica que se te perdió hace años. No busques más, no busques más.

Pero la canción aún no estaba lista para tocarla en público así que colgué el teléfono sin decir nada.

El viernes, mientras doblábamos la ropa limpia, Grace me dijo que quería ir a la península con Koenig y conmigo.

—Quiero que Koenig me vea —dijo; estaba sentada en mi cama buscando la pareja de cada calcetín mientras yo probaba diferentes maneras de doblar las toallas—. Si sabe que estoy viva, no puede haber ningún caso de persona desanarecida.

La incertidumbre me hizo un nudo en el estómago. Las posibles repercusiones de ese acto escapaban a mi control.

- -Te dirá que tienes que volver con tus padres.
- —Pues iremos a verlos —dijo Grace tirando un calcetín agujereado a los pies de la cama—. Primero la península y luego ellos.
  - -- ¿Grace? -- dije, sin saber realmente lo que le estaba preguntando.
  - -Nunca están en casa -repuso con despreocupación-. Y si están, será que

tengo que hablar con ellos. Sam, no me mires así. Estoy harta de esta incertidumbre. No puedo relajarme mientras espero a que ocurra lo peor. No puedo permitir que la gente sospeche de ti por... por... por lo que sea que piensen que has hecho. Que me has secuestrado, que me has matado, lo que sea. No puedo solucionar gran cosa, pero eso sí puedo hacerlo. No soporto que piensen eso de ti

-Pero tus padres...

Grace hizo una bola enorme con todos los calcetines desparejados. Me pregunté si todo aquel tiempo habría estado paseándome con calcetines distintos sin saberlo.

—Solo faltan un par de meses para que cumpla dieciocho años, Sam, y entonces y a no podrán decidir por mí. Si lo hacen por las malas, me perderán para siempre en cuanto llegue mi cumpleaños; si son razonables, algún día podremos volver a llevarnos bien con ellos. A lo mejor. ¿Es verdad que mi padre te dio un puñetazo? Cole dice que sí.

Me leyó la respuesta en la cara.

—Sí —dijo, y suspiró dando a entender que aquel tema le dolía—. Y por eso no voy a tener problema en hablar con ellos.

—Odio los enfrentamientos —murmuré; seguramente era lo más innecesario que había dicho en toda mi vida.

—No entiendo —dijo Grace estirando las piernas— cómo un tío que casi nunca lleva calcetines puede tener tantos desparejados.

Los dos miramos mis pies descalzos y Grace estiró la mano como si pudiese alcanzar mis dedos desde donde estaba sentada. Le agarré la mano y le besé la palma. Olía a mantequilla, a harina y a casa.

—Vale —accedí—. Lo haremos a tu manera: primero Koenig y después tus padres.

—Es mej or tener un plan.

No sabía si aquello era verdad o no, pero al menos lo parecía.

# CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE



No se me olvidaba que Grace me había pedido información sobre las clases de verano, pero tardé un poco en decidir que hacer para averiguarlo. Podía fingir que lo preguntaba para mí, pero cuanto más precisas fuesen mis preguntas, más sospechas despertaría. Al final, di con la solución por casualidad. Al vaciar la mochila encontré una antigua nota de la señora McKay, mi profesora favorita del curso anterior —lo cual no era decir mucho—. Aquella nota en concreto databa de mí « período problemático» —según mí madre—, y en ella la señora McKay me decía que, si se lo permitía, le gustaría ayudarme. Eso me recordó que a la señora McKay se le daba bien responder preguntas y no hacer ninguna.

Por desgracia, todo el mundo pensaba lo mismo de la señorita McKay, y siempre había cola para hablar con ella después de la última clase. No tenía despacho, así que recibía a los alumnos en el aula de Lengua; cualquiera que hubiera llegado de fuera habría pensado que estábamos haciendo cola para empaparnos de Chaucer.

La puerta se abrió. Hay ley Olsen salió del aula y otra chica entró. Avancé un paso y me apoyé contra la pared. Confiaba en que Grace fuese consciente del favor que le estaba haciendo. En ese rato podría haber estado en casa sin hacer nada. Fantaseando. Últimamente, la calidad de mis fantasías había aumentado exponencialmente.

Oí unos pasos a mi espalda, seguidos por el inconfundible sonido de una mochila al caer al suelo. Miré bacia atrás

Rachel

Parecía la caricatura de una adolescente. Su apariencia entera era deliberada: las rayas, los vestidos anchos y estrafalarios, las trenzas y los recogidos que se hacía en el pelo...

Todo en ella gritaba « estrafalaria, graciosa, tonta, ingenua». Destilaba inocencia, pero era una inocencia muy estudiada. Yo no tenía nada en contra de ninguna de las dos cosas —ni de la inocencia genuina ni de la fingida—, pero me gustaba saber a qué me enfrentaba. Rachel sabía muy bien qué imagen quería dar. y eso era lo que le daba a todo el mundo. Porque eso si tonta no era.

Se dio cuenta de que la miraba, pero hizo como que no me veía. Sin embargo, yo ya sospechaba de ella.

—Qué casualidad verte por aquí —dije.

Rachel hizo un mohín que duró lo que un fotograma, demasiado rápido para que el ojo humano lo apreciase debidamente.

-Sí, qué casualidad.

Me incliné hacia ella v bajé el tono de voz.

—No habrás venido para hablar de Grace, ¿verdad?

Abrió los ojos como platos.

-Ya voy a un psicólogo, pero eso no es asunto tuy o.

Era lista.

—Ya. Seguro que sí. Entonces, no vienes a confesarle nada a la señora McKay sobre ella ni sobre los lobos. Porque eso sería una auténtica estupidez, ¡sabes?

Las cejas de Rachel se levantaron.

-¿Tú también estás en el ajo?

Me limité a mirarla.

—Así que es verdad... —murmuró. Se frotó la parte superior del brazo y se quedó mirando el suelo,

-Los he visto.

Rachel dejó escapar un suspiro.

--: Ouién más lo sabe?

-Nadie. Y así tiene que seguir, ¿vale?

La puerta se abrió para dejar paso a la chica que tenía justo delante de mí. Yo era la siguiente. Rachel resopló enfadada.

—Mira, solo he venido porque no presenté en clase un trabajo de lengua Por eso estoy aquí. No tiene nada que ver con Grace. Espera... Entonces, ¿tú sí que has venido para hablar de ella?

No estaba segura de cómo había llegado a esa conclusión, pero el caso es que tenía razón. Durante medio segundo pensé en contarle que Grace me había pedido información sobre las clases de verano, más que nada porque quería restregarle que hubiera confiado en mí antes que en ella; así de superficial era yo. Pero luego me lo pensé mejor.

—Quiero pedir información sobre unos créditos para graduarme —dije.

Guardamos un silencio incómodo, el típico de dos personas que tienen una amiga en común y poco más. Unos cuantos alumnos pasaron por el otro lado del pasillo riéndose y haciendo ruidos raros; eran chicos, y eso es básicamente lo que hacen los chicos adolescentes. El instituto seguía oliendo a burritos. Volví a pensar en cómo iba a preguntárselo a la señora McKay.

Rachel se apoyó contra la pared y, mirando las taquillas del otro lado del pasillo, dijo:

—Hace que el mundo parezca más grande, ¿verdad?

Me molestó la ingenuidad de su pregunta.

—Es una manera más de morir.

Rachel me miró de reojo.

—Te tomas en serio tu papel de reina malvada, ¿eh? Eso solo te va a funcionar mientras seas joven y estés buena. Después solo te servirá para dar clase de Historia en un instituto.

La miré con los ojos entornados.

—Podría decir lo mismo de ti, pero con « ingenua» .

Rachel me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, la más inocente hasta el momento.

—O sea, que y o también estoy buena.

Me había pillado. No iba a darle la satisfacción de devolverle la sonrisa, pero sentí que mis ojos me traicionaban. Se abrió la puerta y nos miramos la una a la otra. Decidí que no era la peor aliada que Grace podía tener.

Mientras entraba para hablar con la señora McKay, pensé que Rachel tenía razón: el mundo parecía cada día más grande.

### CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO



Un dia más, otra noche más. Sam y yo estábamos en el QuikMart, a unos kilómetros de casa, bajo un cielo negro como el infierno. Mercy Falls estaba a algo más de un kilómetro; el QuikMart era la típica tienda para esos momentos en los que dices: «¡Mierda, se me ha olvidado comprar leche!», y precisamente por eso habíamos ido allí. Bueno, por eso había ido Sam. En parte porque no nos quedaba leche y en parte porque empezaba a darme cuenta de que Sam no se dormía sin alguien que le dijese que se durmiese, y a mí no me apetecia decírselo. Normalmente, eso le correspondía a Grace, pero Isabel acababa de llamar para decirnos cuál era el modelo exacto de helicóptero que iba a transportar a los tiradores, y estábamos todos un poco nerviosos. Grace y Sam se habían enzarzado en una discusión sin palabras en la que solo intervenían sus ojos; creo que había ganado ella, porque se había puesto a preparar un bizocho mientras Sam se quedaba enfurruñado en el sofá con su guitarra. Si Sam y ella tenían hijos algún día, serían celíacos en defensa propia.

Para preparar un bizcocho hacía falta leche.

Así que Sam había ido al QuikMart a comprar leche, porque el supermercado cerraba a las nueve. Yo estaba en el QuikMart porque, si pasaba un segundo más

en casa de Beck, iba a romper algo. Cada día averiguaba alguna novedad sobre la ciencia lobuna, pero la cacería estaba a la vuelta de la esquina. Pasados unos días, mis experimentos serían tan útiles como la investigación médica sobre el organismo del dodo.

En fin, por eso estábamos los dos en el QuikMart a las once de la noche. Señalé un expositor con condones y Sam me miró con cara de perro. Debía de haberse puesto tantos, o tan pocos, que no le veía la gracia.

Me separé de él para recorrer los pasillos de la tienda, lleno de una energía neviosa. Aquella mierda de estación de servicio se parecía al mundo real. El mundo real, meses después de haber asesinado a NARKOTIKA al desaparecer con Victor. El mundo real, donde sonreía a las cámaras de seguridad pensando que tal vez en alguna parte me devolvieran la sonrisa. Por los altavoces que había colgados junto al letrero de los baños (SOLO PARA CLIENTES) sonaba música country discreta y llorosa. Las ventanas estaban pintadas del color negro verdoso de esa noche que solo existe fuera de las gasolineras. Éramos los únicos que estábamos despiertos, y yo nunca había estado más despierto. Miré unas chocolatinas con nombres más apetecibles que su sabor, hojeé los periódicos para ver si hablaban de mí, llevado por la costumbre, eché un vistazo a los estantes de medicamentos para el resfriado que ya no podían afectar a mi capacidad de dormir ni de conducir, y me di cuenta de que no quería nada de lo que había en aquella tienda.

En el bolsillo sentía el peso del pequeño Mustang negro que me había regalado Isabel. No podía parar de pensar en él. Lo saqué y lo hice rodar por encima de los estantes hasta donde estaba Sam, frente al expositor de refrigerados, con las manos en los bolsillos de la cazadora. Miraba la leche, pero tenía el ceño fruncido; claramente, tenía la cabeza en otra parte.

—La semidesnatada es un intermedio aceptable entre desnatada y entera, si es que te está costando decidirte —dije.

Deseaba que Sam me preguntase por el Mustang, que me preguntase qué demonios estaba haciendo con él. No podía parar de pensar en Isabel, en las probetas que había en la puerta de la nevera, en la primera vez que me había transformado, en el cielo neero que presionaba contra las ventanas.

-Se nos acaba el tiempo. Cole.

El sonido del timbre electrónico de la puerta le impidió decir nada más, y a mí responderle. No me giré para mirar, pero una especie de instinto hizo que se me erizase el vello de la nuca. Sam tampoco volvió la cabeza, pero vi que le había cambiado la cara. Se le había avivado. A eso era a lo que estaba reaccionando mi subconsciente.

Los recuerdos me vinieron como fogonazos. Lobos en el bosque, orejas erguidas para aguzar el oído. El aire en la nariz, el olor a ciervo en la brisa, la hora de cazar. El acuerdo tácito de que era hora de actuar. Junto al mostrador sonó un murmullo de voces cuando el recién llegado y el dependiente se saludaron. Sam puso la mano en el tirador del expositor frigorífico, pero no lo abrió.

-A lo mejor no necesitamos leche -dijo.

### Sam

Era John Marx, el hermano de Olivia.

Nunca me había resultado fácil hablar con John: apenas nos conocíamos, y todos nuestros encuentros habían sido tensos. Y ahora su hermana estaba muerta y Grace había desaparecido. Deseé no haber salido. Lo único que podía hacer era comportarme con normalidad. John estaba junto al mostrador, mirando los chicles. Me acerqué y me puse a su lado. Olía a alcohol; me pareció triste, porque John siempre había parecido muy joven.

—Hola —dije en voz muy baja, solo para que quedase claro que lo había saludado.

John me respondió haciendo un gesto cortante con la cabeza.

--:Oué tal?

No era una pregunta.

—Cinco con veintiuno —me dijo el dependiente, un tío delgado con la mirada gacha.

Conté los billetes sin mirar a John, rezando para que no reconociese a Cole. Miré la cámara de seguridad que nos vigilaba a todos.

—¿Sabías que este es Sam Roth? —preguntó John.

Hubo un momento de silencio hasta que el dependiente se dio cuenta de que John le hablaba a él.

Observó mis delatores ojos amarillos y luego echó un vistazo a los billetes que había dejado sobre el mostrador.

—No, no lo sabía —repuso educadamente.

Sabía quién era. Todo el mundo lo sabía. Me cayó bien.

—Gracias —le dije mientras recogía el cambio, agradecido no solo por las monedas.

Cole, que estaba a mi lado, empezó a retroceder. Era hora de irse.

-- ¿No piensas decir nada? -- me preguntó John con una voz llena de dolor.

El corazón me dio un vuelco al girarme hacia él.

- —Siento mucho lo de Olivia.
- —Dime por qué murió.

John dio un paso vacilante hacia mi. El aliento le apestaba a alcohol de muchos grados, bebido a palo seco hacía tan solo unos minutos.

-Dime qué hacia allí -insistió.

Estiré el brazo con la palma de la mano hacia abajo, como queriendo decir: « Esa distancia está bien. No te acerques más» :

—John, no sé...

Me apartó la mano con gesto brusco y vi que Cole se movía nervioso.

-No me mientas. Sé que fuiste tú. Sé que fuiste tú.

Me lo estaba poniendo fácil: no hubiera sido capaz de mentirle, pero es que no lo necesitaba

- -No fui y o. No tuve nada que ver con el hecho de que estuviese allí.
- —Creo que deberíais mantener esta conversación fuera —terció el dependiente.

Cole abrió la puerta y deió entrar una ráfaga de aire fresco.

John me agarró el hombro de la camiseta.

—¿Dónde está Grace? Con toda la gente que hay en el mundo, ¿por qué mi hermana? ¿Por qué Grace? ¿Por qué ellas, hijo de...?

Sabía lo que iba a hacer a continuación; lo vi en su cara, o lo oí en su voz, o lo noté en la manera en que me agarraba de la camiseta. Así que, cuando intentó pegarme, levanté un brazo y paré el golpe. No podía hacer otra cosa. No pensaba pelearme con él por aquel tema. No cuando el pobre había tragado tanta tristeza como la que rezumaban sus palabras.

- —Venga, fuera —dijo el dependiente—. Estas conversaciones, en la calle. ¡Adiós! ¡Que paséis buena noche!
- —John —dije, con el brazo dolorido por el puñetazo; tenía un subidón de adrenalina provocado por la angustia de John, la tensión de Cole y mis propios problemas—. Lo siento, pero esto no va a ayudarte.
  - -¡Tú qué sabrás! -repuso abalanzándose sobre mí.

De repente, Cole estaba entre los dos.

—Aquí ya hemos terminado —dijo; no era más alto que John o yo, pero en aquel momento lo parecía. Me miró a la cara para evaluar mi reacción—. No vamos a hacer ninguna tontería en la tienda de este hombre.

John, que guardaba las distancias al otro lado de Cole, se me quedó mirando con ojos vacíos como los de una estatua.

-Cuando te conocí me caíste bien -dijo-. ¿Te lo puedes creer?

Me entraron náuseas.

—Vámonos —le dije a Cole, y luego me volví hacia el dependiente—. Gracias de puevo

Cole le dio la espalda a John con gesto tenso.

La voz de John se coló por la puerta que va se cerraba:

-Todo el mundo sabe lo que has hecho, Sam Roth.

El aire olía a gasolina y a humo de leña: en alguna parte habían encendido una hoguera. El lobo que llevaba dentro me quemaba en las entrañas.

—A la gente le encanta pegarte —dijo Cole lleno de energía.

Mi estado de ánimo se alimentaba del de Cole y viceversa; ambos éramos lobos. Me zumbaba la cabeza y me sentía ingrávido.

El Volkswagen estaba cerca de allí, al final del aparcamiento. En el lado del conductor vi una raya larga y pálida hecha con una llave: el encuentro con John no había sido casual. En la pintura brillaba un reflejo fluorescente de la tienda. Ninguno de los dos entró en el coche.

—Tienes que ser tú —dijo Cole. Abrió la puerta del copiloto, se subió al estribo y apoyó los brazos en el techo—. Debes ser tú quien saque a la manada. Yo lo he intentado, pero no puedo retener ni un solo recuerdo siendo lobo.

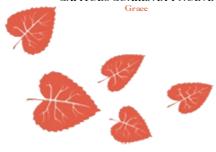
Lo observé mientras sentía un hormigueo en los dedos. Se me había olvidado la leche en la tienda. No podía parar de pensar en John, que había intentado pegarme; en Cole, que nos había separado; en la noche que vivía dentro de mí. No era capaz de decir: «Es imposible, no puedo hacerlo», porque en aquel momento todo parecía posible.

- -No quiero volver. No puedo hacerlo -dije.
- $-_i$ Ja! Al final te transformarás, Ringo. Aún no estás curado del todo. Mientras, podrías salvar el mundo.

Me dieron ganas de decir: « Por favor, no me obligues a hacerlo» , pero ¿qué sentido tenían aquellas palabras para Cole, que se había hecho a sí mismo eso y cosas peores?

- -Estás dando por hecho que a mí van a escucharme -dije.
- Cole levantó las manos del techo del Volkswagen y las huellas de sus dedos se evaporaron unos segundos después.
- —Todos te escuchamos, Sam —dio un salto hasta la acera—. Lo que pasa es que no siempre nos hablas.

### CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE



El sábado, el agente Koenig vino a casa para llevarnos a la península.

Lo vimos aparcar desde la ventana del salón; era emocionante e irónico al mismo tiempo invitar a casa a un policia, después de tanto tiempo evitándolos. Como si Mowgli invitase a Shere Khan a té con pastas. Koenig llegó a la casa de Beck a mediodía, vestido con un polo granate y unos vaqueros que parecían recién planchados. Conducía una camioneta Chevrolet de un gris inmaculado que también parecía recién planchada. Llamó a la puerta con un eficiente toc, toc, toc que, no sé por qué, me recordó a la risa de Isabel, y cuando Sam le abrió, se quedó allí plantado mano sobre mano, como si estuviese esperando a una chica con la que hubiera quedado por primera vez.

# -Pase -le dijo Sam.

Koenig entró en la casa todavía mano sobre mano, con pose profesional. Parecía que había pasado una vida entera desde la última vez que lo había visto en aquella misma postura ante nuestra clase, mientras unos cuantos alumnos lo bombardeaban a preguntas sobre los lobos. Olivia se me había acercado para susurrarme que era guapo. Y allí estaba, en el recibidor de la casa, y Olivia estaba muerta

Olivia estaba muerta.

Estaba empezando a entender esa mirada perdida que ponía Sam cada vez que alguien decia algo sobre sus padres. No sentía nada al pensar que Olivia estaba muerta. Era como no tener sensibilidad en esa zona, igual que le pasaba a Sam con sus cicatrices.

Me di cuenta de que Koenig me había visto.

- —Hola —dijo, y respiró hondo como si estuviese preparándose para zambullirse. Habría dado cualquier cosa por saber qué estaba pensando—. Bueno aouí estás.
  - -Sí -respondí -. Aquí estoy.

Cole salió de la cocina detrás de mi y, al verlo, Koenig frunció el ceño. Cole le sonrió con dureza y seguridad. Lentamente, en la cara de Koenig apareció una expresión distinta: le habia reconocido.

- —Claro... —murmuró. Cruzó los brazos y se volvió hacia Sam. Independientemente de cómo moviese los brazos o de cuál fuese su postura, daba la impresión de que a Koenig no era fácil tumbarlo de un puñetazo.
- —¿Hay alguna otra persona desaparecida viviendo bajo este techo? preguntó—. ¿Elvis? ¿Jimmy Hoffa? ¿Amelia Earhart? Me gustaría que me lo contaseis antes de seguir adelante.
- —Esto es todo —respondió Sam—. Que yo sepa. A Grace le gustaría acompañarnos, si no le importa.

Koenig se quedó pensativo.

- —¿Tú también vienes? —le preguntó a Cole—. Si vienes, tendré que hacer sitio en la parte de atrás del coche. Es un viaje largo; tal vez sea mejor que vayáis al baño antes de salir.
- Lo dijo como si tal cosa: tras establecer las reglas básicas —yo era loba a tiempo parcial y Cole era una estrella de rock desaparecida—, había llegado el momento de ir al grano.
  - -Yo no voy -repuso Cole -. Tengo trabajo.

Sam le lanzó una mirada de advertencia. Seguramente tenía que ver con el hecho de que la cocina volvía a parecer una cocina de nuevo, y Sam quería que siguiese así.

La respuesta de Cole fue enigmática. Bueno, más o menos; la personalidad de Cole solía ser tan exuberante que, cuando no lo era, parecía misterioso en comparación.

—Llévate el móvil por si necesito localizarte.

Sam se pasó los dedos por las mejillas como si quisiese comprobar que se había afeitado bien

- -No quemes la casa.
- -Vale, mamá.
- -Vámonos -dije.

Fue un viaje raro. No conocíamos a Koenig, y él no sabía nada de nosotros excepto lo que nadie más sabía. A eso había que añadir el hecho de que se portaba bien con nosotros de un modo tan indefinido que no sabíamos todavía si nos gustaba o no. No era fácil mostrarse agradecidos y habladores.

Nos sentamos los tres en los asientos delanteros: Koenig, Sam y yo. La camioneta olía vagamente a refresco de cereza. Koenig circulaba a trece idiómetros por encima del límite de velocidad. La carretera nos llevaba en dirección noreste, y no tardamos mucho en dejar atrás la civilización. El cielo era de un agradable tono azul, sin nubes, y todos los colores parecían sobresaturados. Si el invierno había pasado por allí, aquel lugar ya lo había olvidado

Koenig no decía nada; se limitaba a pasarse la mano por el pelo, que llevaba cortisimo. Aquel hombre joven que nos conducía hacia ninguna parte en su furgoneta, vestido con un polo granate de unos grandes almacenes, no se parecía en nada al Koenig que yo recordaba. No era la persona en la que habría esperado depositar toda mi confianza a esas alturas. A mi lado, Sam practicaba un acorde de guitarra sobre mi muslo.

Concluí que no había que fiarse de las apariencias.

Guardamos silencio durante un rato, y luego Sam se puso a hablar del tiempo. Dijo que creía que de ahí en adelante todo sería más llevadero. Koenig contestó que era probable, pero que nunca se sabía lo que podía depararte Minnesota porque era muy aficionada a las sorpresas. Me gustó que se refíriese a Minnesota en femenino; le daba un aire benevolente. Koenig le preguntó a Sam si pensaba ir a la universidad, y Sam le dijo que Karyn le había ofrecido un trabajo a jornada completa en la librería y que se lo estaba pensando. Koenig comentó que no pasaba nada por no estudiar. Yo me puse a pensar en asignaturas de primer ciclo, troncales y optativas, en el éxito medido en trozos de papel compulsados, y deseé que cambiasen de tema.

Fue Koenig quien lo hizo.

- —¿Qué pasa con St. Clair?
- -¿Cole? Se lo encontró Beck-dijo Sam-. Lo recogió por caridad.
- -¿Quién a quién?
- -Eso mismo me pregunto y o últimamente -respondió Sam.

Los dos cruzaron una mirada y me sorprendió ver que Koenig consideraba a Sam un igual o, si no un igual, al menos un adulto. Pasaba tanto tiempo a solas con Sam que las reacciones de otra gente ante él y ante nosotros siempre me pillaban por sorpresa. Resultaba dificil imaginar todas las emociones diferentes que una sola persona podía provocar en las demás. Era como si hubiese cuarenta versiones diferentes de Sam. Siempre había dado por hecho que la gente me veía como era, pero ahora me preguntaba si habría también cuarenta versiones de

Grace dando vueltas por ahí.

Los tres dimos un respingo cuando sonó el móvil de Sam desde el interior de mi bolso, donde también había metido una muda de ropa por si me transformaba y una novela por si necesitaba parecer ocupada.

-- ¿Lo coges tú, Grace? -- me dijo Sam.

Me quedé parada al ver que no reconocía el número que llamaba. Le enseñé la pantalla a Sam mientras seguía sonando. Negó con la cabeza, perplejo.

- -¿Lo coj o? -pregunté, suj etándolo como para abrirlo.
- —Nueva York —dijo Koenig, y volvió a mirar a la carretera—. El prefijo es de Nueva York

Sam se encogió de hombros: la información no le aclaraba nada.

Abrí el teléfono y me lo llevé a la oreja.

- —¿Diga?
- —Eh... Vaya. Hola. ¿Está Cole por ahí? —contestó una voz suave y masculina.

Sam pestañeó y supe que también lo había oído.

—Creo que te has confundido de número —le dije, comprendiendo de inmediato lo que significaba aquello: Cole había utilizado el móvil de Sam para llamar a alguna parte. ¿A su casa? ¿Habría sido capaz de hacer algo así?

La voz de mi interlocutor no se alteró. Sonaba perezosa y resbaladiza, como un trozo de mantequilla al fundirse.

- —No, no me he equivocado. Pero lo entiendo. Soy Jeremy. Teníamos un grupo juntos.
  - —Tú y esa persona a la que no conozco.
- —Sí —dijo Jeremy —. Y me gustaría que le dijeses una cosa a Cole St. Clair, si no te importa. Quiero que le digas que le he hecho el mejor regalo del mundo y que me ha costado mucho esfuerzo, así que le agradecería que no se limitase a arrancarle el envoltorio para tirarlo a la basura después.
  - —Te escucho.
- —Dentro de dieciocho minutos, el regalo va a emitirse en el programa de Vilkas. Ya me he ocupado de que los padres de Cole también lo escuchen. ¿Te acordarás?
- $-_iV$ ilkas?  $_i$ En qué emisora? —pregunté—. Por curiosidad; no es que le vay a a decir nada a nadie.
- —Yo la conozco —dijo Koenig sin apartar la vista de la carretera—. Rick Vilkas.
- —Exacto —repuso Jeremy, que lo había oído—. Ahí hay alguien con muy buen gusto. ¿Estás segura de que Cole no anda por ahí?
  - -De verdad que no -contesté.
- —¿Te importa decirme algo? La última vez que vi a nuestro intrépido héroe Cole St. Clair, no estaba en las mejores condiciones del mundo. De hecho, yo

diría que estaba en las peores. Solo quiero saber si ahora es feliz.

Pensé en lo que sabía de Cole. Pensé en lo que significaba que tuviese un amigo que se preocupaba tanto por él. Cole no debía de ser tan malo, si alguien de su vida anterior lo seguía apreciando. O a lo mejor había sido tan bueno antes de volverse malo que tenía un amigo que seguía viéndolo como era antes. Por una parte, aquello cambiaba la percepción que tenía de Cole, y por otra no.

- -Está en ello.
- —¿Y Victor? —preguntó Jeremy medio segundo después.

No dije nada y Jeremy tampoco. Koenig encendió la radio con el volumen al mínimo y se puso a sintonizar la emisora.

- —Los dos murieron hace mucho tiempo, ¿sabes? Yo estaba allí y lo vi—continuó Jeremy—. ¿Has visto alguna vez morir a un amigo sin abandonar su propia piel? En fin... No se puede resucitar a todo el mundo. Está en ello...—tardé un poco en darme cuenta de que estaba repitiendo mi respuesta—. Vale, me quedo con eso. Dile que escuche a Vilkas, si no te importa. A mí me cambió la vida: eso no lo olvidaré.
  - —No he dicho que sepa dónde está.
  - —Lo sé —repuso Jeremy —. Eso tampoco lo olvidaré.

Y colgó. Sam y yo nos miramos: el sol casi veraniego le iluminaba la cara y hacía que sus ojos pareciesen de un amarillo inquietante y sobrenatural. Por un momento me pregunté si sus padres habrían intentado matar a un niño con los

oj os marrones o azules. A cualquier hijo que no hubiese tenido oj os de lobo.

—Llama a Cole —dijo Sam.

Llamé a casa de Beck El teléfono sonó durante un buen rato y, cuando estaba a punto de colgar, la línea emitió un chasquido y un segundo después oí:

- *—¿Oui?*
- -Cole -dije -. Pon la radio.



Cuando empecé con todo —y cuando digo « todo» me refiero a la vida—, el suicidio no era más que un chiste malo. «Si tengo que subirme a ese coche contigo, me corto las venas con un cuchillo para untar mantequilla». Era tan real como un unicornio. No, menos real incluso. Era tan real como la explosión que hacía saltar por los aires a un coyote de dibujos animados. Cien mil personas amenazan con suicidarse cada día y a otras cien mil les da la risa porque, como los dibujos animados, es una amenaza divertida e inocua. Algo que ya se te ha olvidado antes de anaear la tele.

Luego pasé a considerarlo como una enfermedad que contraían otras personas si vivían en algún lugar lo bastante sucio para pillar la infección. Era «un tema desagradable de conversación en la mesa, Cole» y, al igual que la gripe, solo mataba a los débiles. Si habías estado expuesto a la enfermedad, no hablabas del tema. Tampoco era cuestión de ponerle mal cuerno a la gente.

En el instituto ya se convirtió en una posibilidad. No inmediata, no en plan « voy a descargarme este disco porque suena una guitarra tan sucia que me da ganas de bailar», sino una posibilidad comparable a decir que de mayor sería bombero, astronauta o el típico contable que se queda trabajando los fines de

semana mientras su mujer le pone los cuernos con el conductor de una furgoneta de reparto. Se convirtió en una posibilidad en plan « yo de mayor seré un fiambre»

La vida era un pastel que tenía buena pinta en la bandeja de la pastelería, pero que al comérmelo me sabía a sal y a serrín.

Me sentaba bien cantar El fin.

Me hizo falta NARKOTIKA para convertir el suicidio en un objetivo, en una recompensa por los servicios prestados. Para cuando aprendieron a decir NARKOTIKA en Rusia, Japón y Iowa, todo tenía importancia y nada la tenía, y yo ya estaba harto de intentar averiguar cómo era posible que fuesen verdad las dos cosas. Yo mismo era un sarpullido que me habia rascado con tanta fuerza que ahora estaba en carne viva. Me había propuesto hacer lo imposible, fuera lo que fuese, solo para descubrir que lo verdaderamente imposible era convivir conmigo mismo. El suicidio se convirtió en una fecha de caducidad, en el día de después, cuando ya no tendría que seguir intentándolo.

Pensaba que había venido a Minnesota a morir.

A las dos y cincuenta minutos de la tarde, Rick Vilkas había agotado su primera pausa publicitaria. Era un dios de la música que nos había llevado a tocar en directo en su programa y luego me había pedido que le firmase un póster para su mujer, quien, por lo visto, solo quería hacer el amor con nuestra canción Naufragio (me hundo) como banda sonora. Yo escribi « Haz temblar el barco» bajo mi foto y lo firmé. En antena, la personalidad que transmitia Rick Vilkas era la de un confidente, el mejor de los amigos que, con una cerveza de por medio, te cuenta un secreto en voz baia y te da un codazo de complicidad.

Su voz, ahora que la oía por los altavoces en el salón de Beck, me resultaba cercana: « Todos los oyentes de este programa saben... Qué coño, todos los que escuchan la radio saben que Cole St. Clair, líder de NARKOTIKA y estupendo compositor, lleva desaparecido... ¿Cuánto? ¿Casi un año? ¿Diez meses? Algo así. Ah, ya sé, ya sé. El productor del programa está poniendo los ojos en blanco. Tú dirás lo que quieras, Buddy, pero aunque estuviera hecho una mierda, ese chico sabía componer canciones».

Allí estaba: mi nombre en la radio. Estaba seguro de que debían de haberlo pronunciado muchas veces durante el último año, pero aquella era la primera vez que yo lo oía. Esperaba sentir algo—un escozor de arrepentimiento, culpabilidad, ansiedad—, pero no sentí nada. NARKOTIKA era una exnovia cuya foto ya no tenía el poder de evocarme ningún sentimiento.

Vilkas prosiguió: « Bueno, pues parece que tenemos noticias frescas, y somos los primeros en darlas. Cole St. Clair no está muerto, amigos. Tampoco lo mantienen secuestrado ni una panda de fans ni mi mujer. Su representante nos acaba de pasar una nota según la cual St. Clair tuvo un problema médico relacionado con el abuso de drogas —mira por dónde, ¿alguien se imaginaba que

el cantante de NARKOTIKA pudiese tener algún problema con ciertas sustancias?— y se marchó del país en secreto con su compañero de grupo para recuperarse de su adicción. Según dice aquí, ha vuelto a Estados Unidos, pero pide que lo dejen en paz mientras decide lo que quiere hacer con su vida. Ya veis, amigos. Cole St. Clair está vivo. No, no me deis las gracias todavía. Ya me las daréis. Confiemos en que haya gira de reunión, ¿vale? Haz feliz a mi mujer, Cole. Tómate todo el tiempo que necesites, si es que me estás escuchando. El rock te esperará».

Vilkas puso una de nuestras canciones, y yo apagué la radio y me pasé la mano por la boca. Se me habían dormido las piernas de estar en cuclillas delante del equipo de música.

Seis meses antes, aquello habría sido lo peor que podrían haberme hecho. Mi mayor deseo era que pensasen que estaba muerto o desaparecido... Bueno, mi mayor deseo era estar muerto o desaparecido de verdad.

—Has vuelto a nacer oficialmente —dijo Isabel, sentada en el sofá a mi lado. Volví a encender la radio para escuchar el final de la canción. Tenía una mano abierta sobre la rodilla, con la palma hacia arriba; sentí que sobre ella descansaba todo el peso del mundo. Hacía un día estupendo para fugarme de la cárcel.

—Sí —contesté—, eso parece.

### CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO



En cuanto vi la península, supe que era la solución.

Y eso que la entrada no era la más idónea. Consistía en un portón hecho con troncos de madera toscamente labrados con las palabras CABAÑA LAGO KNIFE, y a ambos lados se extendía una empalizada. Koenig soltó un taco en voz baja mientras forcejeaba con el candado de combinación hasta que logró abrirlo. Luego nos enseñó la empalizada, que enseguida daba paso a una alambrada asegurada a los troncos de los pinos. Educado y pragmático, parecía un agente inmobiliario que estuviese enseñando un terreno caro a unos posibles clientes.

—¿Qué pasa cuando la alambrada llega a la orilla? —pregunté.

A mi lado, Grace mató un mosquito de un manotazo. Había muchos a pesar del frio. Me alegraba haber ido tan temprano, porque alli el viento cortaba las ideas

Koenig le dio un tirón al alambre, que se mantuvo firme.

—Se mete un par de metros en el lago, como ya te dije. ¿O no te lo dije? ¿Oueréis echar un vistazo?

No estaba seguro de querer echar un vistazo. No sabía qué estaba buscando. En lo alto, un tordo chillaba sin parar; parecía un columpio oxidado en movimiento. Un poco más lejos, otro pájaro cantaba con un curioso ronroneo, más allá otro se lamentaba, y más allá todavía otro le hacía coro. Era un bosque denso e interminable lleno de árboles y de pájaros, de esos que solo se encuentran en zonas sin una huella humana en cientos de hectáreas; un antiguo bosque de coníferas abandonado hacía mucho por las personas. Me llegó el olor de una manada de ciervos, de unos castores moviéndose con sigilo y de pequeños roedores caminando sobre las rocas. Un repentino nerviosismo me fluy ó por las venas, y me sentí más lobo de lo que me había sentido en mucho tiempo.

—Yo sí quiero —dijo Grace—. Si no le importa.

—A eso hemos venido —repuso Koenig, y emprendió la marcha entre los árboles con paso firme, como de costumbre—. Cuando hay amos terminado, no os olvidés de comprobar que no lleváis ninguna earrapata encima.

Los seguí, contento de dejar que Grace se ocupase de los detalles prácticos mientras y o recorria la finca intentando imaginarme allí a la manada. El bosque era espeso y no resultaba fácil atravesarlo; el terreno estaba cubierto de helechos que ocultaban grietas y rocas. El cercado era lo bastante alto para no dejar pasar animales grandes, y por eso, a diferencia del bosque de Boundary, no existian senderos naturales que cortaran la vegetación. Allí los lobos no tendrían competencia ni correrían peligro. Koenig tenía razón: si ibamos a trasladar a la manada, no podíamos pedir un lugar mejor.

Grace se acercó a mí, armando tanto revuelo que de pronto me di cuenta de lo rezagado que iba, y me apretujó el codo.

—Sam —jadeó como si estuviese pensando lo mismo que yo—. ¿Has visto el albergue?

-Estaba contemplando los helechos -reconocí.

Me agarró el brazo y se echó a reír con una carcajada feliz y nítida que no le había oído en mucho tiempo.

—Helechos —repitió, y me dio un pellizco—. Estás chalado. Ven a ver esto.

Se me hizo raro estar cogidos de la mano en presencia de Koenig, seguramente porque fue lo primero en lo que se fijó él cuando salimos al claro. Se había puesto una visera para mantener a las moscas a raya —lo que le daba un aspecto más formal, en vez de menos— y se encontraba frente a una deslucida construcción de troncos que me pareció enorme. Tenía grandes ventanales; supuse que era el tipo de edificio que los turistas esperarian encontrar en Minnesota

-¿Ese es el albergue?

Koenig echó a andar, apartando a patadas los escombros del suelo de cemento que había frente al edificio.

—Sí. Antes era mucho más bonito.

Yo esperaba encontrarme —no, ni siquiera me lo esperaba, simplemente lo imaginaba— una cabaña diminuta, vestigio del antiguo complejo turístico, donde

pudiesen resguardarse los miembros de la manada cuando se transformasen en humanos. Al hablarme Koenig de complejo turístico, yo había dado por hecho que se había equivocado de palabra: lo había tomado por una manera algo exagerada de referirse a un pequeño negocio familiar que había fracasado. Pero recién construido, aquello debía de ser digno de ver.

Grace me soltó la mano para investigar mejor. Apoyó las manos en una ventana y atisbó por el cristal polvoriento. Justo encima de su cabeza había una enredadera que trepaba por la fachada. Las malas hierbas, que habían crecido en la grieta abierta entre el suelo de cemento y la pared, le llegaban hasta el tobillo. Comparada con el entorno, Grace parecía muy arreglada con sus vaqueros limpios, una de mis cazadoras y el pelo rubio cayéndole sobre los hombros.

—A mi me parece precioso —dijo, y con sus palabras se ganó mi agradecimiento eterno.

Koenig parecía opinar lo mismo. En cuanto se dio cuenta de que Grace no hablaba con sarcasmo, dijo:

- —Supongo. Aunque ya no hay electricidad. Podríais volver a conectarla, pero cada mes mandarían a alguien para leer el contador.
- —Ay, parece el principio de una peli de miedo —repuso Grace, aún con la cara pegada al cristal—. Eso de ahí es una chimenea enorme, ¿no? Con un poco de sentido común, esto podría convertirse en un lugar habitable aunque no haya corriente

Me acerqué, presioné la cara contra la ventana y vi una sala enorme y oscura dominada por una chimenea gigantesca. Todo parecía gris y abandonado: alfombras descoloridas por el polvo, una planta seca en su macetero, la cabeza de un animal que el paso de los años había vuelto imposible de identificar. Era el vestíbulo de un hotel abandonado, una instantánea del Titanic bajo el mar. De repente, una cabaña pequeña me pareció algo mucho más funcional.

—¿Puedo echar un vistazo al resto de la finca? —pregunté separándome del cristal. Tiré suavemente de Grace para apartarla de la enredadera, que era un tipo de hiedra venenosa.

-Faltaría más -dijo Koenig, y tras una pausa añadió -: ¿Sam?

La cautela de su voz me hizo pensar que no iba a gustarme lo que me dijese a continuación.

--¿Sí, señor?

El « señor» se me escapó sin pensarlo y, a pesar de lo absurdo de la palabra, Grace ni siquiera me miró; estaba ocupada observando a Koenig. Ella también se había alarmado por la forma en que había dicho ese « ¿Sam?».

-Legalmente, Geoffrey Beckes tu padre adoptivo, ¿correcto?

-Sí.

El corazón me había dado un vuelco, no porque mi respuesta fuese mentira, sino porque no entendía a qué venía aquella pregunta. Quizá hubiese cambiado de

opinión y ya no quisiese ay udarnos. Procuré que mi voz sonase despreocupada.

- -- ¿Por qué lo pregunta?
- -Intento decidir si debo considerar un delito lo que te hizo -respondió.

Aunque estuviésemos fuera de contexto, en mitad de ninguna parte, supe a qué se refería. Se refería a mi de niño inmovilizado sobre la nieve frente a una casa cualquiera, con el cálido aliento de los lobos en la cara. Se me aceleró el corazón: quizá nunca hubiese pretendido ay udarnos. Quizá aquel viaje, igual que todas nuestras conversaciones, hubiera tenido como objetivo incriminar a Beck. Zómo podía conocer sus intenciones? Sentí que me ardía la cara; había sido un ingenuo al creer que un poli podía estar dispuesto a ay udarnos.

Le aguanté la mirada a Koenig, aunque el corazón me iba a cien por hora.

- -El no podía saber que mis padres intentarían matarme.
- —Ya, pero eso hace que su acto fuese aún más odioso, ¿no te parece? replicó Koenig, tan rápido que seguramente ya se imaginaba mi respuesta—. Si no hubieran querido matarte, ¿que habría hecho Beck? ¿Secuestrarte? ¿Se te habría llevado si tus padres no se lo hubiesen puesto tan fácil?
- —No puede acusar a alguien por algo que podría haber hecho —terció Grace.
  - La miré y me pregunté si estaba pensando lo mismo que y o.
- —Pero ordenó a esos dos lobos que atacasen a Sam con intención de hacer daño —prosiguió Koenig.
  - -Daño, no -mascullé, pero aparté la mirada.
- —Pues y o considero que si te hizo daño —argüyó en tono grave—. Grace, ¿tú serias capaz de acercarte al hijo de alguien y morderle? —Grace hizo una mueca—. ¿Y tú, Sam? ¿No? El hecho de que casi nadie sepa de la existencia del arma que Geoffrey Beckusó contra ti no significa que deje de ser un ataque.

Por una parte sabía que tenía razón, pero por otra estaba hablando del Beck que yo conocia, el Beck que me lo había enseñado todo. Si Grace me tenía por una persona buena y generosa, era porque lo había aprendido de Beck Si realmente era un monstruo, ¿no tendría que ser yo también un monstruio, a su imagen y semejanza? Durante años había creido que sabía cómo había sido mi llegada a la manada: el coche rodando lentamente, los lobos, la muerte de Sam Roth, hijo de unos padres de clase media residentes en Duluth, uno de ellos empleado de Correos y la otra oficinista. Pero ahora que echaba la vista atrás con ojos de adulto, era consciente de que el ataque de los lobos no había sido un accidente. Como adulto que era, sabía que Beck lo había organizado todo, que lo había maquinado; « maquinar» era una palabra muy dura, dificil de suavizar.

—¿Te hizo algo más, Sam? —preguntó Koenig.

Tardé un poco en darme cuenta de qué estaba sugiriendo.

-¡No! -exclamé con un respingo.

Koenig me lanzó una mirada llena de reproches. Lo odié por apartar a Beck

de mí, pero odié aún más a Beck por haberse dejado apartar tan fácilmente. Echaba de menos un mundo de buenos y malos sin nada entre medias.

- -Basta -dije-. Basta, por favor.
- —Ahora Beck es un lobo —terció Grace con dulzura—. Me temo que le va a resultar muy dificil llevarlo ante un juez. Y aunque lo hiciese, creo que ya está cumpliendo su condena.
- —Lo siento —dijo Koenig levantando las manos como si le estuviésemos apuntando con un arma—. Deformación profesional. Tenéis razón. Yo solo... Da igual. En cuanto uno empieza a darle vueltas a vuestra historia, a la historia de la manada, cuesta mucho quitársela de la cabeza. ¿Queréis pasar a la casa? Yo voy a entrar un momento. Quiero asegurarme de que no ha quedado nada de valor para mi familia; preferiría que no viniera ningún pariente por aqui de visita.

-Yo voy a dar un paseo primero -dije.

Estaba tan aliviado por comprobar que Koenig no tenía segundas intenciones que me sentía vacío. Aquel plan era desesperantemente frágil.

-Si no le importa, claro -añadí.

Koenig asintió sin dudar; se le veía arrepentido. Giró el pomo de la puerta, que se abrió fâcilmente, y entró sin mirar atrás. Yo rodeé la casa para llegar a la parte trasera, y Grace me siguió después de quitarse una garrapata de la pernera de los vaqueros y de aplastarla con la uña. No tenía una idea clara de hacia dónde quería ir; solo deseaba distanciarme, adentrarme en el bosque un poco más. Supongo que me apetecía ver el lago. Nos alejamos unos treinta metros de la cabaña, por un camino de tablas que llevaba hasta la zona arbolada y desembocaba en una maraña de helechos y espinos. Me concentré en el canto de los pájaros y en el sonido de nuestras pisadas sobre la maleza. El sol de la tarde lo pintaba todo de tonos dorados y verdes. Me sentí muy tranquilo, pequeño y calmado por dentro.

-Sam, esto podría salir bien -dijo Grace.

No la miré. Estaba pensando en los kilómetros de carretera que nos separaban de nuestro hogar. La casa de Beck va me parecía un recuerdo nostálgico.

- —Esa casa da miedo
- -Podríamos adecentarla -repuso Grace-. Podría salir bien.
- —Lo sé —dii e—. Ya lo sé.

Ante nosotros se alzaba un peñasco. En realidad era un conjunto de rocas alargadas y estrechas, planas como cantos rodados. Grace se detuvo un momento antes de encaramarse por un lado. Subi tras ella y nos quedamos los dos en la parte superior; estábamos altos, pero no lo suficiente para ver las copas de los árboles más crecidos. Me dio la sensación vibrante que siempre tenía cuando subía a alguna altura, esa impresión de que el suelo se mueve ligeramente porque estás más cerca del cielo que de la tierra. Nunca había visto pinos tan altos en Mercy Falls. Uno de ellos se inclinaba sobre la cima del

peñasco, y Grace pasó los dedos por el tronco con cara de asombro.

-Es precioso.

Hizo una pausa y apoyó la mano en la corteza para echar la cabeza hacia atrás y ver la copa. Había algo encantador en la expresión de su boca, con los labios entreabiertos de asombro y en la línea que formaban su espalda y sus piernas, acomodada en lo alto de aquel gigantesco montón de rocas en mitad de ninguna parte.

-Haces que sea fácil quererte -dije.

Grace separó los dedos del árbol y se volvió hacia mí. Ladeó la cabeza, como si acabase de plantearle un acertijo.

-- ¿Por qué estás tan triste?

Meti las manos en los bolsillos y miré el suelo que se extendía a los pies de la roca. Si uno se fijaba atentamente, podía ver hasta una docena de tonos diferentes de verde. Como lobo, no hubiese visto ni uno solo.

—Este es el lugar adecuado. Pero voy a tener que hacerlo yo, Grace. Eso es lo que quiere Cole. No podemos atrapar a todos los lobos ni tenemos gente suficiente para transportarlos por carretera. La única opción es que un lobo se encargue de guiar a los demás. Un lobo capaz de orientarse como un humano. Yo quería que fuese Cole: en un mundo justo y lógico, debería ser él quien los guiara. A él le gusta ser lobo, y todo esto ha salido de sus juegos científicos. Si el mundo fuese un lugar justo, sería él quien los guiase. Pero no. Dice que, siendo lobo, es incapaz de retener nada. Dice que le gustaría hacerlo, pero no puede.

Oí la respiración de Grace, lenta y cautelosa.

—Si ya ni siquiera te transformas —dijo.

Yo conocía la respuesta a aquella objeción. Con una certeza pasmosa.

-Cole podría hacer que me transformase.

Grace sacó una de mis manos del bolsillo y me envolvió los dedos con la suya. Noté su pulso, débil pero constante, contra mi pulgar.

—Y yo que pensaba que tendría dedos para siempre... —dije, deslizándolos por su piel—. Empezaba a creer que no sería lobo nunca más. Empezaba a gustarme la persona que era.

Quería decirle que no había nada que deseara menos que transformarme de nuevo, que ni siquiera soportaba pensar en hacerlo; que por fin había empezado a pensar en mí en presente, a ver la vida como algo dinámico y no estático. Pero no confiaba en mis propias palabras, y reconocerlo en voz alta no hubiese hecho que fuese más fácil. Por eso, una vez más preferi guardar silencio.

—Ay, Sam —susurró Grace. Me rodeó el cuello con las manos, apoyó mi cara contra su piel y me acarició el pelo con los dedos. La oí tragar saliva—. Cuando nos...

Pero se quedó callada. Se limitó a apretujarme el cuello con tanta fuerza que tuve que hacer fuerza para respirar. La besé en la clavícula y su pelo me hizo

cosquillas en la cara. Grace suspiró.

¿Por qué me sabía todo a despedida?

El paisaje estaba lleno de ruidos: los pájaros cantaban, se oía el chapoteo del agua, el viento susurraba al soplar entre las hojas. Era el sonido de la respiración del bosque antes de que llegásemos nosotros, y seguiría siéndolo cuando nos fuésemos. El tejido de aquel mundo natural estaba hecho de lamentos privados y secretos. V el nuestro era tan solo una puntada más en el dobladillo.

—¡Sam! —llamó Koenig desde la base del peñasco, y Grace y yo nos separamos. Me quité de los labios un pelo de Grace—. Te ha sonado el móvil y han colgado sin dejar ningún mensaje. Aquí no hay cobertura suficiente para mantener una conversación. Llamaban desde tu casa.

Era Cole.

—Deberíamos volver —dijo Grace, bajando con el mismo aplomo con el que había emprendido la subida.

Se acercó a Koenig y los dos se quedaron mirando la roca y los árboles hasta que me reuní con ellos.

Koenig hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza para señalar el bosque que nos rodeaba.

—¿Qué os parece?

Los dos miramos a Grace. Ella se limitó a asentir.

—¿A ti también? —me preguntó Koenig.

Sonreí a regañadientes.

-Me lo figuraba -dijo-. Es un buen sitio para perderse.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS



En una hora llamé al móvil de Sam tantas veces como había llamado al de Isabel en dos meses. El resultado fue el mismo: ninguno. Podía tomármelo como algo personal, pero prefería pensar que todo aquello me estaba enseñando una lección: la paciencia era una virtud.

Pero nunca había sido mi fuerte.

Llamé a Sam una y otra vez. El teléfono sonaba hasta que cada tono parecía más largo que el anterior.

Los minutos se alargaban indefinidamente. Puse música, pero hasta las canciones se movian a cámara lenta. Me irritaba la llegada de cada estribillo; era como si va lo hubiese escuchado cien veces.

Llamé a Sam

Nada.

Bajé las escaleras del sótano y volví a subir a la cocina. Había limpiado mis cosas más o menos, pero por pura benevolencia y para distraerme, froté la encimera de la cocina con una toallita húmeda e hice una pequeña pirámide con posos de café y migajas del tostador.

Llamé a Sam. Nada. Bajé corriendo al sótano y luego fui a ver las cosas que

tenía en mi habitación. Rebusqué entre todo lo que había reunido durante los últimos meses, no porque necesitase algo en concreto, sino porque quería mantenerme ocupado, mover las manos. Mis pies se movían tanto si me sentaba como si me quedaba de pie, así que prefería quedarme de pie.

Llamé a Sam.

Nada. Nada. Nada.

Cogí unos pantalones de chándal y una camiseta y los bajé al sótano. Los coloqué sobre la silla. Me pregunté si sería mejor una camiseta de manga larga o una sudadera. No, una camiseta estaba bien. No, quizá una sudadera. Subí y saqué de un cajón una con el logo de Berkeley.

Llamé a Sam.

Nada. Na-da. ¿Dónde demonios estaba?

Escribí en el cuaderno de Beck, que ahora era mío. Volví a bajar al sótano. Comprobé el termostato. Lo puse al máximo. Saqué unos calefactores del garaje, encontré varias tomas de corriente y los enchufé. Aquello era una barbacoa, pero aún podía calentarse más. Necesitaba que fuese verano entre aquellas cuatro paredes.

Llamé a Sam.

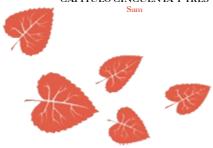
Dos tonos. Tres.

—¿Qué pasa, Cole?

Era Sam. Sonaban interferencias y apenas oía su voz, pero era él.

—Sam —dije, un poco malhumorado a estas alturas, pero pensé que me lo merecía. Miré el cuerpo del lobo que había en el suelo. Se le estaba pasando el efecto de los somniferos—. He atranado a Beck

### CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES



Hasta que Cole atrapó a Beck no me había dado cuenta de que era el Día Chino.

Durante mucho tiempo había creído que el Día Chino era una festividad real. Todos los años, el mismo dia de mayo, Ulrik, Paul y quien estuviese en la casa nos llevaban a Shelby y a mí a pasar un dia de fiesta —me compraban un globo, visitábamos museos, salíamos a probar coches bonitos que no pensábamos comprar— que concluía con una comida de antología en el Fortune Garden de Duluth. Yo no comía gran cosa, aparte de los rollitos de primavera y las galletas de la suerte, pero la asociación con el dia de fiesta lo convirtió en mi restaurante favorito. Siempre acabábamos con una docena de envases de comida para llevar que ocupaban la nevera durante semanas. Llegábamos a casa mucho después de anochecer y tenían que llevarme a cuestas a la cama.

Beck nunca nos acompañaba. Cada año, Paul daba una excusa diferente: «Tiene mucho trabajo y necesita que lo dejemos solo», o «Anoche se acostó muy tarde», o «Es que él no celebra el Día Chino». Yo no le daba mayor importancia. Aquel día había demasiadas cosas que me llamaban la atención. Era un niño, mis intereses eran muy básicos y, como todos los niños, no pensaba en quienes me cuidaban cuando no estaba con ellos. Aquel día no me costaba

imaginarme a Becktrabajando en su despacho, si es que llegaba a imaginármelo.

Durante años celebramos el Día Chino: nos levantábamos al amanecer y saliamos de casa. Pero a medida que me hacía mayor, iba fijándome en detalles que se me habían pasado por alto de pequeño. Al irnos, Ulrik o Paul siempre descolgaban el teléfono y cerraban con llave la puerta principal como si no hubiese nadie en casa.

Con trece o catorce años, ya no me dormía al volver. Normalmente fingía que tenía sueño para poder retirarme a mi habitación con un libro nuevo o alguna otra cosa que me hubiesen comprado durante el día. Solo me escabullia de mi cuarto a mear antes de apagar la luz. Un año, sin embargo, al salir de mi habitación oí... algo. Sigo sin recordar cuál fue el ruido que me hizo detenerme en el pasillo, pero me resultó desconocido, fuera de lugar.

Por primera vez recorrí el pasillo en silencio, pasé por delante del cuarto de baño y me acerqué a la habitación de Beck que tenía la puerta abierta. Vacilé, me paré a escuchar, miré a mis espaldas para asegurarme de que nadie me observaba y avancé otro paso sin hacer ruido para ver qué había dentro de la habitación

La lámpara de la mesita de noche lo iluminaba todo con su luz suave. En el suelo había un plato con un sándwich intacto y unas rodajas doradas de manzana; a su lado, un tazón lleno de café con un feo círculo alrededor del borde que señalaba a qué altura se había cortado la leche. A un metro o así, sentado en el suelo a los pies de la cama, dándome la espalda, estaba Beck Hubo algo que me extrañó en su postura, algo que nunca olvidaría: tenía las rodillas pegadas al pecho igual que un niño, y las manos detrás de la cabeza, tirando de ella hacia abajo como si quisiera protegerla de una explosión inminente.

No entendí lo que estaba viendo hasta que oí un murmullo y vi que le temblaban los hombros. No, no eran los hombros, sino todo su cuerpo el que se estremecía, y entonces me di cuenta de que eran los sollozos intermitentes de alguien que lleva un rato llorando y está reservándose para el último empujón.

Recuerdo que me embargó una increíble sensación de sorpresa al descubrir que Beck tenía dentro algo así y que yo nunca lo había sabido, ni siquiera sospechado. Más adelante supe que no era el único secreto que tenía Beck, tan solo el mejor guardado.

Dejé a Beck allí arriba, a solas con su dolor, y fui a la planta baja, donde encontré a Ulrik zapeando desganadamente en el salón.

—¿Qué le pasa?—pregunté.

Así me enteré de que la mujer de Beck había muerto aquel mismo día de mayo, hacía nueve años. Justo antes de que me mordiesen. No relacioné una cosa con otra o, si lo hice, no le di importancia.

Ahora sí se la daba

# CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO



Cuando estábamos llegando a casa sonó mi móvil. Koenig frenó sin molestarse en aparcar. Le echó un vistazo al reloj y luego miró por el retrovisor mientras Grace y yo nos bajábamos.

- -¿Va a entrar? -le preguntó Grace metiendo la cabeza en el coche.
- A mí ni siquiera se me había ocurrido proponérselo.
- —No —contestó Koenig—. No sé qué estará pasando ahí dentro, pero prefiero no saberlo. Hoy no os he visto. Luego vas a hablar con tus padres, ¿no?

Grace asintió con la cabeza.

- -Sí. Gracias por todo.
- —Eso —dije, aunque no era suficiente.
- El móvil seguía sonando; era Cole otra vez. Necesitaba decirle algo más a Koenig, pero... Beck Beck estaba allí dentro.
- —Llamadme luego, cuando toméis una decisión —repuso Koenig—. Y coge el teléfono. Sam.
- Grace cerró la puerta y dio dos palmaditas en el coche para despedir a Koenig.
  - —¿Sí? —dije.

- -Estáis tardando una eternidad -respondió Cole-. ¿Habéis vuelto a pie?
- —¿Cómo?

La luz del atardecer se colaba con fuerza entre los pinos, y tuve que parpadear y apartar la mirada. Pensé que no lo había entendido bien.

-Estoy en el camino de entrada a la casa -aclaré.

Cole hizo una pausa.

- -Me alegro. Date prisa, joder. Y si te muerde, recuerda que esto fue idea tuya.
  - —No me digas.
- —Creo que he calculado mal la dosis de tranquilizantes. Uno no puede creerse todo lo que lee en internet: parece que los lobos necesitan algo más que los pastores alemanes neuróticos.
  - -Joder... Entonces, ¿Beck está suelto dentro de la casa, paseándose por ahí?
- —Me gustaria recordarte que yo me he ocupado de la parte más dificil: sacarlo del bosque. Ocúpate tú de sacarlo de tu habitación —repuso Cole, cortante.

Corrimos hasta la puerta principal; con aquella luz, las ventanas de la casa parecian espejos llenos de sol. Hacía tiempo, aquella hubiese sido la hora de cenar. Habría entrado en una casa llena de sobras pasadas por el microondas, deberes de matemáticas por hacer, Iron Butterfly atronando por los altavoces y Ulrik simulando que tocaba la batería. Beck me habría dicho: « Alguien afirmó una vez que los europeos tenían buen gusto. Ese alguien se equivocaba» . La casa habría parecido abarrotada, y yo me habría retirado a mi habitación para estar tranquilo.

Echaba de menos aquel jaleo.

Beck Beck estaba allí.

Cole soltó un bufido

—¿Habéis entrado ya? Que Dios bendiga a América y a todos sus hijos. ¿Por qué tardáis tanto?

La puerta principal estaba cerrada con llave.

- -Toma, habla con Grace -dije.
- —Mamá no va a darme una respuesta diferente a papá —repuso Cole, pero le pasé el teléfono a Grace de todos modos.
  - -Habla con él. Tengo que sacar las llaves.

Rebusqué en el bolsillo e inserté la llave en la cerradura.

- —Hola —dijo Grace—. Vamos a entrar —y colgó.
- Abrí la puerta de par en par y entorné los ojos para acostumbrarme a la penumbra. Lo primero que vi fueron las rayas rojas que surcaban los muebles; la luz alargada del atardecer entraba por la ventana y se posaba sobre ellos. No había ni rastro de Cole o del lobo. A pesar del comentario sarcástico que había hecho Cole, no estaban en el piso de arriba.

Mi móvil sonó

-; Por Dios! -exclamó Grace, y me lo pasó.

Me lo pegué a la oreia.

-Sótano -dijo Cole -. Seguid el olor a carne quemada.

La puerta que daba al sótano estaba abierta y por ella subía el calor. Ya desde allí olía a lobo: a nervios, al suelo húmedo del bosque y a vegetación primaveral.

Mientras bajaba por la escalera hacia la tenue luz del sótano, mi estómago se retorcia de ansiedad. Al pie de la escalera estaba Cole, cruzado de brazos. Con el pulgar se hizo crujir todos los nudillos de la mano derecha y empezó con la izuuierda. Tras él vi unos calefactores, la fuente de acuel calor asfixiante.

- —Por fin —dijo —. Hace quince minutos estaba mucho más grogui. ¿Por qué habéis tardado tanto? ¿Habéis ido a Canadá? ¿Habéis tenido que inventar el motor de combustión interna antes de salir?
  - -Estábamos a un par de horas de aquí.
- Miré al lobo. Yacía en una postura retorcida e imposible que no hubiese adoptado ningún animal consciente: medio de lado, medio incorporado sobre el pecho. Meneaba la cabeza, con los ojos entrecerrados y las orejas flácidas. El corazón me latía rápido y superficial, el aleteo de una polilla suicida alrededor de una llama.
- —Koenig podría haberle pisado un poco —dijo Cole—. A los polis no les ponen multas.
  - -i,Y los calefactores? pregunté . Eso no hará que se transforme.
- —Pero si funciona, podría hacer que un licántropo profesional aguantase un poco más en forma humana. Si es que antes no nos ataca salvajemente, que es una posibilidad si seguimos haciendo el capullo.

-Chist -dijo Grace -. ¿Vamos a hacerlo, Sam? ¿Sí o no?

Me miraba a mí, no a Cole. La decisión estaba en mi mano.

Me acuclillé al lado del lobo, que movió ligeramente las articulaciones. De pronto levantó un poco las orejas y abrió los ojos para mirarme. Eran los ojos de Beck Beck Beck Me dolía la cabeza. Esperaba que me reconociese, pero no: se limitó a mirarme y movió las patas descoordinadamente, como si estuviese escarbando.

De pronto, la idea de meterle una aguja para inyectarle epinefrina y sabía Dios qué más me pareció ridicula. Aquel lobo era tan lobo que nunca podríamos hacer salir a Beck Allí solo estaban los ojos de Beck pero sin Beck detrás. Mi cabeza se aferró a la letra de una canción, a algo que me sacase de allí, algo que me salvase

Las casas vacías no necesitan ventanas porque nadie mira hacia dentro. ¿Para qué necesita ventanas una casa La idea de volver a ver a Beck, solo verlo, era estremecedora. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que lo deseaba. Lo necesitaba.

Cole se puso en cuclillas junto a nosotros con la jeringuilla en la mano.

—¿Sam?

Pero en realidad estaba mirando a Grace, que me miraba a mí.

Mi cabeza volvió a reproducir el segundo en que la mirada del lobo se había cruzado con la mía. Su mirada, sin ninguna comprensión ni razonamiento detrás. No teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo ni del efecto que podían tener en él las drogas. Cole y a se había equivocado con la dosis de los somniferos. ¿Y si lo que había en aquella jeringuilla mataba a Beck? ¿Podría vivir sabiendo eso? Sabía qué decisión habría tomado yo —de hecho, ya la había tomado— en la misma situación. Puestos a elegir entre la muerte y la posibilidad de convertirme en humano, había corrido el riesgo. Pero me habían dado a elegir, había podido decidir si lo hacía o no.

—Espera —diie.

El lobo empezó a ponerse en pie a duras penas, enseñando un poco los dientes en señal de advertencia.

Y luego estaba el otro extremo de la balanza: unos lobos empujándome a la nieve, mi vida intercambiada por esta, puertas de coche que se cerraban, Beck planeando morderme y arrebatándomelo todo. Nunca tuve elección; me lo impusieron un día que podría haber sido igual a cualquier otro día de mi vida. El había decidido por mí, así que era justo. Yo no había podido decidir. El tampoco podría.

Quería que saliese bien. Quería que se transformase en humano para poder exigirle una respuesta a todas las preguntas que me había hecho en algún momento. Quería obligarlo a transformarse en humano para que pudiese verme la cara por última vezy decirme por qué me había hecho aquello precisamente a mí, de entre todos los seres humanos del planeta. Por qué a mí. Por qué a cualquiera. Por qué. También, sorprendentemente, quería volver a verlo para poder decirle cuánto lo echaba de menos.

Quería hacerlo.

Pero no sabía si él también querría.

—No. No, he cambiado de opinión. No puedo hacerlo. Yo no soy así —dije mirando a Cole.

Los ojos verdes de Cole, relucientes, se cruzaron con los míos y me aguantaron la mirada durante un segundo.

—Pero y o sí —repuso.

Y, rápido como una serpiente, clavó la aguja en el lomo del lobo.

—¡Cole! —exclamó Grace—. ¡No me puedo creer que hayas...! No me puedo...

El lobo dio un paso atrás y Grace se quedó callada al verlo. Se retorcía con espasmos en un ritmo cada vez más rápido; era imposible saber si estábamos presenciando una muerte o un renacimiento. Una convulsión le recorrió el cuerpo y le echó la cabeza hacia atrás en un movimiento violento y antinatural. Por la nariz se le escapó un gemido lento y ascendente.

Estaba funcionando

Al lobo se le abrió la boca en un gesto de agonía silenciosa.

Sam apartó la vista.

Estaba funcionando

En ese momento me hubiese gustado tener a mi padre delante, observándolo todo, para poder decirle: «Fijate. Por cada prueba tuya que no supe hacer, finate».

Con un movimiento tembloroso y repentino, el lobo mudó la piel y se quedó tirado en la alfombra raída, a los pies de la escalera. Ya no era un lobo. Yacía de costado aferrando la alfombra con los dedos, y sus músculos fibrosos y tensos se marcaban sobre unos huesos prominentes. Unas cicatrices descoloridas le marcaban la espalda, como si tuviese un caparazón en lugar de piel. Estaba fascinado. No era un hombre, sino una escultura de un animal con forma de hombre, creado para resistir y cazar.

Sam había dejado caer los brazos a los lados del cuerpo. Grace me miraba furiosa

Pero yo solo tenía ojos para Beck

Beck.

Lo había sacado de dentro de aquel lobo.

Pasé los dedos por la pared hasta que di con el interruptor. Cuando la luz amarilla inundó el sótano e iluminó las estanterías que cubrían las paredes, él supó los ojos con el brazo. Su piel seguia ondulando, como si no estuviera segura de conservar su estado actual. Con todos aquellos calefactores en marcha, la temperatura era asfixiante. El calor me hacía sentirme tan cómodo en mi piel humana que no podía imaginarme transformándome en otra cosa. Si había algo que podía mantener a Becken forma humana, era aquel calor abrasador.

Sam subió en silencio por la escalera para cerrar la puerta del sótano y evitar así cualquier corriente de aire.

-Tienes suerte de que no hay a salido mal -me dijo Grace en voz baja.

La miré levantando una ceja y a continuación volví a mirar a Beck

—Oye, Beck —le dije —. Cuando hayas acabado de transformarte te dejaré algo de ropa. Ya me darás las gracias luego. El hombre emitió un sonido casi imperceptible al exhalar y cambiar de postura, el típico sonido que se hace sin pensar cuando duele algo. Levantó del suelo la parte superior de su cuerpo con un movimiento más lobuno que humano y, por fin, me miró.

Me recordé meses atrás: entonces era yo quien estaba en el suelo, con un cuerpo humano que yo mismo había arruinado.

« Hay otro modo de salir de esto», me había dicho Beck « Yo puedo sacarte de este mundo. Puedo hacerte desaparecer. Puedo arreglarte».

Después de tanto tiempo —parecía que hubiesen pasado años desde que Beck me había inyectado la toxina que me convertiría en lobo—, allí estaba de nuevo. Era un círculo perfecto: el hombre que me había transformado en lobo era el lobo al que yo había transformado en hombre.

No obstante, sus ojos delataban que su cerebro aún estaba lejos, muy lejos de alli. Había adoptado una extraña postura animal, a medio camino entre sentarse y acuclillarse, y me miraba con recelo. Le temblaban las manos. No sabía si era por la transformación o por el pinchazo.

-Dime que me reconoces -le pedí.

Sin darle la espalda, cogí los pantalones y la sudadera de la silla donde los había dejado, los arrebujé y se los lancé. La ropa cayó suavemente al suelo delante de él, pero no le prestó atención. Su mirada pasó de mí a las estanterías que tenía detrás, y de ahí al techo. Vi que su expresión cambiaba lentamente y pasaba de plantearse la huida a reconocer a los presentes: estaba emergiendo Beck el hombre.

Al final se puso los pantalones sin hacer caso de la sudadera y me miró.

--¿Cómo lo has hecho? ---preguntó desviando la vista, como si no esperase que yo le diera la respuesta.

Estiró los dedos, observó la palma y el dorso de su mano y frunció el ceño; fue un gesto tan íntimo y ajeno que preferí mirar a otra parte. Me recordó al entierro de Victor.

- —Cole —dijo Beck con voz áspera. Carraspeó y su voz sonó un poco mejor al segundo intento—. ¿Cómo lo has hecho?
- —Adrenalina —era la respuesta más sencilla—. Y algunos amigos de la adrenalina.
- —¿Cómo sabías que iba a funcionar? —preguntó Beck, pero antes de tener ocasión de contestar, se respondió él solo—: No lo sabías. Estabas experimentando conmigo.

No dije nada.

—;Sabías que era vo?

Era inútil mentir. Asentí con la cabeza v Beck levantó la vista.

--Mejor ---aprobó---. En el bosque hay lobos que deberían seguir siendo lobos

De pronto pareció darse cuenta de que tenía a Grace delante.

-Grace... -murmuró-.. Lo de Sam... ¿funcionó? ¿Está...?

—Funcionó —repuso Grace en voz baja. Estaba cruzada de brazos—. Es humano. No ha vuelto a transformarse desde entonces.

Beck cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Tragó saliva de puro alivio. Dolía mirarlo.

—¿Está aquí?

Grace me miró.

Desde las escaleras llegó la voz de Sam, en un tono diferente a cualquier otro que le hubiese oído antes:

—Aquí estoy.

## Sam

Beck

No podía pensar con claridad. Mis pensamientos se desparramaban por las escaleras y el suelo.

es una mano en mi hombro

neumáticos de coche silbando sobre el asfalto moiado

su voz relata m i infancia

el olor a bosque en mi calle de las afueras

mi letra se parece a la suy a

lobos

gritando por la casa: sam, los deberes

la nieve contra mi piel

aguanta, dijo, no tengas miedo, sigues siendo sam

se me desgarra la piel

una mesa nueva para todos mis libros

VΟ

mis manos sudorosas sobre el volante de su coche

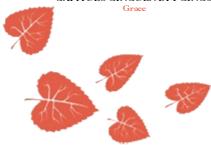
nunca

tardes interminables, todas iguales, junto a la parrilla quise

eres el meior de todos nosotros, sam

esto

## CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO



Lo primero que pensé fue que Sam necesitaba hablar con Beck para ordenar sus sentimientos. Lo segundo fue que Cole necesitaba hablar con Beck sobre los experimentos científicos que había probado en sí mismo. Y lo tercero fue que yo parecía ser la única que recordaba la razón por la que verdaderamente necesitábamos hablar con Geoffrey Beck

—Beck—dije; me sentí un poco extraña al dirigirme a él, pero ninguno de los chicos decía nada y allí no había nadie más—. Siento mucho tener que hacerte preguntas en tu estado.

Estaba claro que sufría; Cole lo había transformado en humano, pero solo parcialmente. Había un olor y una energía lobunos en la habitación. Si hubiese cerrado los ojos y usado mis sentidos ocultos con Beck, dudo que lo hubiese percibido como humano.

-Dispara -dijo Beck

Miró a Cole, luego a Sam y finalmente a mí.

—Tom Culpeper ha conseguido permiso para organizar una cacería aérea.

Dentro de una semana

Esperé a que lo asimilase para ver si tenía que explicar mejor lo que quería

—Mierda —masculló Beck

A sentí con la cabeza

- -Estamos pensando en trasladar a la manada, pero necesitamos saber cómo.
- —Mi diario... —Beck se apretó inexplicablemente el hombro con una mano durante unos segundos, como si quisiera sujetarlo. Luego lo soltó. Pensé que era más difícil ver a alguien sufrir que sufrir uno mismo.
- —Lo he leído —respondió Cole dando un paso al frente. Parecía menos afectado que yo por el dolor de Beck, tal vez estuviera más acostumbrado al sufrimiento ajeno—. Pone que Hannah guió a la manada para ir a otra parte. ¿Cómo? ¿Cómo logró recordar adonde debían dirieirse?

Beck levantó la vista hacia la presencia silenciosa de Sam en la escalera.

—Hannah era como Sam —respondió—. Era capaz de conservar algunos recuerdos mientras era loba. No tantos como Sam, pero más que yo. Ella y Derrick estaban muy unidos, y a Derrick se le daba bien transmitir imágenes. Así que Hannah y Paul reunieron a los lobos mientras Derrick seguía siendo humano. El conservó la imagen de adonde íbamos y se la transmitió a Hannah. Ella guió a los lobos y él la guió a ella.

-¿Sam podría hacerlo? - preguntó Cole.

No quise mirar a Sam: sabía que Cole estaba convencido de que podía.

Beck me miró con el ceño fruncido.

—Podría, si alguno de vosotros dos fuese capaz de transmitirle imágenes siendo humano.

Ahora sí que miré a Sam, pero su cara no revelaba lo que estaba pensando. No sabía si aquellos breves momentos incontrolados que se habían dado entre mosotros contaban: me había mostrado el bosque dorado mientras yo era humana y yo le había mostrado imágenes de nosotros dos juntos cuando estábamos en la clínica, inyectándole sangre infectada con meningitis. Pero aquel último momento había sido algo intimo, cercano. Había estado a su lado; no era lo mismo que transmitirle las imágenes desde la ventanilla de un coche mientras huíamos del bosque. Y perder a Sam, que se transformase de nuevo en lobo por un plan tan arriesgado como aquel... No soportaba pensarlo. Habíamos luchado mucho para que conservase su cuerpo. Y Sam no podía soportar perderse a sí mismo.

—Ahora me toca a mí preguntar —dijo Beck—. Pero antes tengo que pediros algo: cuando me transforme, devolvedme al bosque. Quiero que me suceda lo mismo que a los otros lobos. Si sobreviven, yo también. Si mueren, yo también. ¿Está claro?

Esperaba que Sam protestase, pero no dijo nada. Nada. No supe qué hacer. ¿Debía acercarme a él? Su expresión parecía lejana, vagamente aterradora.

-Hecho -respondió Cole.

Beck pareció satisfecho.

- —Primera pregunta. Háblame de la cura. Me estáis diciendo que tal vez Sam pueda guiar a los lobos, pero es humano. ¿Es que la cura no funcionó?
- —Si —dijo Cole—. La meningitis está luchando contra el lobo. Sino me equivoco, seguirá transformándose de vez en cuando, pero en algún momento parará. Cuestión de equilibrio.
- —Segunda pregunta —continuó Beck esbozando una mueca; el dolor se le escribió en las arrugas de la frente y luego su cara volvió a la normalidad—. ¿Por qué ahora Grace es una loba?

Cuando vio que lo miraba fijamente, se señaló la nariz y torció el gesto. Me gustó que, a pesar de todo, recordase mi nombre y se preocupase por mí. Resultaba dificil sentir aversión por él, incluso recordando lo que le había hecho a Sam. Teniéndolo delante, la idea de que pudiese hacerle daño a Sam parecia totalmente imposible. Si yo era un mar de dudas después de haberlo visto solo unas cuantas veces, no alcanzaba a imaginarme cómo se estaría sintiendo Sam.

- —No tienes tiempo para escuchar toda la historia —dijo Cole—. La respuesta corta es esta: porque la mordieron, y al final la cabra tira al monte.
  - —Bien, tercera pregunta —prosiguió Beck—. ¿Puedes curarla?
- —La cura mató a Jack —respondió Sam; era la primera vez que abría la boca

El no había estado allí como yo, no había visto morir a Jack de meningitis, no había presenciado cómo los dedos se le ponían azules a medida que su corazón se daba por vencido.

La voz de Cole sonó desdeñosa.

—Él enfermó de meningitis siendo humano. Esa es una batalla imposible de ganar. Tú enfermaste siendo lobo.

Sam miró a Cole y a nadie más.

-- ¿Cómo sabemos que tienes razón?

Cole señaló a Beck

-Porque no me he equivocado hasta ahora.

Pero Cole sí se había equivocado antes, aunque al final del proceso hubiera acabado teniendo razón. Parecía una diferencia importante.

- -Cuarta pregunta -terció Beck-. ¿Adonde pensáis llevarlos?
- —A una península al norte de aquí —dijo Cole—. Ahora es propiedad de un policía. Se enteró de lo de los lobos y quiere ay udarnos por puro altruismo.

Beck adoptó una expresión escéptica.

—Sé lo que estás pensando —prosiguió Cole—. He decidido que se la voy a comprar. El altruismo está bien, pero una escritura a mi nombre está mejor.

Asombrada, miré a Cole y él me devolvió la mirada con los labios fruncidos. Tendríamos que hablar de aquello.

-Y la última pregunta -anunció Beck

Su tono de voz me recordó a la primera vez que había hablado con él, por teléfono, cuando Jack me tenía retenida. En aquella ocasión, su voz me había parecido tan comprensiva, tan amable, que al oírla había estado a punto de derrumbarme. Y todo lo que veía ahora en su cara reforzaba esa sensación: su mandíbula cuadrada, las arrugas junto a la boca y los ojos por haber sonreido mucho, el gesto serio y preocupado de sus cejas... Se pasó una mano por el pelo, corto y rojizo, y luego miró a Sam. Al volver a hablar, su voz sonó tristisima.

-i, Vas a volver a hablarme alguna vez, Sam?

### Sam

Allí estaba Beck, delante de mi, a punto de transformarse en lobo de nuevo, y yo me había quedado mudo.

—Estoy intentando pensar en algo que decirte —dijo Beck mirándome—. Tengo unos diez minutos para hablar con mi hijo, del que pensaba que no viviría más de dieciocho años. ¿Qué te digo, Sam? ¿Qué te digo?

Agarré con fuerza el pasamano hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Era yo el que hacia las preguntas, no Beck El era quien tenia las respuestas. ¿Qué esperaba de mí? No podía dar un paso sin poner los pies en las huellas que él había dejado.

Beck se acurrucó delante de uno de los calefactores sin dejar de mirarme.

—Quizá, después de todo lo que ha pasado, no haya nada más que decir. Yo... Negó con la cabeza y miró al suelo. Sus pies pálidos y llenos de cicatrices me recordaron a los de un niño.

La habitación estaba en silencio. Todos me observaban como si el siguiente paso me correspondiese darlo a mí. Pero su pregunta era la mía: ¿qué podía decir en diez minutos? Había míl cosas que necesitaba contarle. Que no sabía cómo ay udar a Grace ahora que era una loba, que Olivia había muerto, que la policía me estaba vigilando, que Cole guardaba nuestros destinos en probetas, que no sabíamos qué hacer ni cómo salvarnos, que no imaginaba cómo ser Sam cuando el invierno significaba lo mismo que el verano.

Mi voz sonó áspera y grave.

-: Conducías tú?

-Ya -dijo Becken voz baja-. Ya... Quieres saberlo, claro.

Hundí las manos un poco más en los bolsillos. Una parte de mí deseaba sacarlas y cruzar los brazos, pero no quería aparentar nerviosismo. Grace parecía estar moviéndose aunque estuviese quieta; era como si quisiera movere pero sus pies aún no se hubiesen decidido del todo. La necesitaba a mi lado. No quería escuchar la respuesta de Beck Todo en mi interior eran imposibilidades.

Beck tragó saliva otra vez. Cuando levantó la cabeza, su mirada era una

bandera blanca. Iba a contarme la verdad. Se estaba entregando para que lo juzgase.

—Era Ulrik guien conducía.

Se me escapó un gemido apenas audible mientras giraba la cara. Me hubiera gustado sacar una de las cajas de mi cabeza y meterme dentro, pero era Beck quien me había hablado de las cajas por primera vez. No tenía elección. Estaba tumbado en la nieve, con la piel abierta, y había un lobo, y era Beck

No podía pensarlo.

No podía parar de pensarlo.

Cerré los ojos, pero allí seguía.

Algo me rozó el codo y me hizo abrir los ojos. Era Grace: me observaba la cara atentamente y me sujetaba el codo como si fuese de cristal.

—Era Ulrik quien conducía —repitió Beck, y subió un poco la voz—. Paul y yo éramos los lobos. No... no confiaba en la concentración de Ulrik Paul no quería hacerlo, y yo lo acosé hasta convencerlo. No tienes por qué perdonarme; yo mismo no lo he hecho. Por muchas cosas que haya hecho bien después, lo que te hice a ti siemore estará mal.

Se quedó callado y respiró hondo, tembloroso.

No reconocía a aquel Beck

—Al menos míralo, Sam. No sabes cuándo volverás a verlo —me susurró Grace al oído

Lo miré porque ella me lo pidió.

—Cuando pensé que era tu último año, yo... —Beck negó con la cabeza como para aclarar sus pensamientos—. Nunca pensé que los bosques se te llevarían antes que a mí. Entonces tuve que volver a hacerlo, tuve que buscar a alguien que cuidase de nosotros. Pero escúchame, Sam: la segunda vez intenté hacerlo bien.

Seguía mirándome en busca de una reacción, pero yo no me inmuté. Estaba muy lejos de alli. Si lo intentaba, podía encontrar unas cuantas palabras para convertirlas en la letra de una canción, algo que me sacase de aquel momento y me llevase a otro lugar.

Beck se dio cuenta: me conocía mejor que nadie. Incluso mejor que Grace.

—No lo hagas, Sam —me dijo—. No te alejes. Escucha, porque tengo que decirte esto. Tenía guardados once años de recuerdos, Sam, once años de ver tu mirada cada vez que te dabas cuenta de que estabas a punto de transformarte. Once años de los que me preguntabas si de verdad tenías que hacerlo ese año. Once años de

Se quedó callado y se tapó la boca con la mano, sujetándose la mandibula con dedos temblorosos. No era más que una sombra del Beck que había visto la última vez. Aquel no era el Beck del verano, sino el de un año moribundo. Su cuerno carecía de fuerza: toda estaba en su mirada.

De repente oímos la voz de Cole:

—Sam, ya sabes que estaba intentando suicidarme cuando me encontró. Se me daba cada vez mejor —me miró sin pestañear, desafiante—. De no ser por él, ahora estaría muerto. No me obligó. Y a Victor tampoco. Lo elegimos libremente. No fue como contigo.

Sabía que era cierto. Sabía que habían coexistido y probablemente coexistirían siempre dos Coles: el Cole que hacía callar a la multitud con una sonrisa y el Cole que susurraba canciones en las que buscaba sus Alpes. Y supe que Beck, al arrancar a Cole del escenario, había desenterrado a ese segundo Cole más tranquilo y silencioso. y le había dado la nosibilidad de vivir

Y a mí también. Beck me había mordido; pero fueron mis padres, no él, quienes me destrozaron la vida. Llegué a él como un trozo de papel arrugado que él fue alisando noco a poco. Cole no era el único al que había reconstruido.

Había muchas versiones diferentes de él. Había incontables versiones de la misma canción, y todas eran la original, y todas eran ciertas, y todas estaban bien. Debería haber sido imposible. ¿Tenía que quererlas a todas?

—Está bien —dijo Beck, y su voz tardó un segundo en tomar cuerpo—. Está bien. Si solo tengo diez minutos, Sam, esto es lo que quiero decirte. No eres el mejor de nosotros. Eres mucho más. Así que en estos diez minutos quiero decirte que salgas al mundo y disfrutes de la vida. Que cojas la guitarra y cantes tus canciones a todo el mundo. Que hagas mil de esos dichosos pájaros de papel que tanto te gustan. Y que beses a esa chica un millón de veces —su voz se quebró.

Pegó la cabeza a las rodillas y cerró los puños sobre la nuca. Vi cómo se agitaban los músculos de su espalda. Sin levantar la cabeza, susurró:

—Y olvídate de mí. Ojalá hubiese sido mejor persona, pero no lo he sido. Olvídate de mí

Los nudillos se le habían puesto blancos.

Cuántas maneras de decir adiós

—No quiero —respondí.

Beck levantó la cabeza. El pulso le latía en el cuello, rápido y fuerte.

Grace me soltó y supe que quería que bajase la escalera. Tenía razón. Bajé los escalones de dos en dos. Beck intentó levantarse mientras yo me arrodillaba rápidamente para acercarme a él. Nuestras frentes casi se tocaron. Beck temblaba con fuerza. Muchos días atrás, había sido Beck quien se había agachado a mi lado mientras yo temblaba en el suelo.

Me sentí tan inseguro como Beck en aquel momento. Era como si al desdoblar mis grullas de papel, hubiera encontrado escrito algo que me resultara completamente ajeno. En algún momento, la esperanza se había quedado atrapada entre los pliegues de uno de aquellos pájaros. Llevaba toda la vida pensando que esta era mi historia: «Érase una vez un niño que tuvo que arriesgarlo todo para conservar lo que amaba». Pero en realidad era otra:

« Érase una vez un niño cuy o miedo lo devoró».

Ya estaba harto de tener miedo. Mi liberación había empezado la noche en que me había metido con mi guitarra en la bañera, y pasaba por transformarme de nuevo en lobo. No iba a tener miedo.

-Maldita sea -musitó Beck

El calor estaba dejando de hacerle efecto. Nos encontrábamos otra vez frente con frente, padre e hijo, Beck y Sam, como siempre. El era todos los ángeles y todos los demonios.

-Dime que quieres que te curemos -dije.

Las puntas de los dedos se le pusieron blancas y luego rojas al apretarlas contra el suelo.

—Sí —musitó, y supe que lo estaba diciendo solo para mí—. Haz todo lo que haga falta —miró a Cole—. Cole, tú eres...

Y entonces la piel se le desgarró y yo di un salto para apartar el calefactor antes de que Beck se desplomase presa de las convulsiones.

Cole avanzó un paso y clavó una segunda aguja en la parte interior del codo de Beck

Y en ese segundo, mientras Beck levantaba la cara sin ningún cambio en su mirada, vi mi propia cara.

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS



MEZCLA N.º 7 DE EPINEFRINA Y PSEUDOEFEDRINA

MÉTODO: INYECCIÓN INTRAVENOSA

RESULTADO: SATISFACTORIO

(EFECTOS SECUNDÁRIOS: NINGUNO)

(NOTA: LOS FACTORES MEDIOAMBIENTALES

SIGVEN IMPONIENDO LA TRANSFORMACIÓN EN LOBO)

# CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE



Cuando Beck volvió a transformarse me sentí sucio, como si hubiese sido cómplice de algún delito. Verlo me había recordado tan vivamente mi vida anterior, cuando me escondía del invierno y tenía una familia, que sentí que mis recuerdos se desdibujaban para protegerme. Al parecer, no era el único: Cole anunció que se iba « a dar una vuelta en coche» y se marchó en el viejo BMW de Ulrik Grace me siguió por la cocina mientras yo hacía pan como si mi vida dependiese de ello, y luego se quedó vigilando el horno mientras yo me duchaba para librarme de mis recuerdos; para recordarme que, de momento, tenía manos, cara y piel de humano.

No sé cuánto tiempo llevaba allí dentro cuando oí abrirse la puerta del baño.

—Qué rico está —dijo Grace. La tapa cerrada del váter crujió bajo su peso —. Buen trabajo. Sam.

No podía verla, pero me llegó el olor a pan. Curiosamente, me desconcertó darme cuenta de que Grace estaba en el cuarto de baño mientras yo me quedaba allí, de pie bajo el agua corriente. No sabía por qué, pero ducharme con ella delante se me antojaba una experiencia aún más íntima que el sexo. Me sentía mil veces más desnudo, aunque la cortina oscura de la ducha se interpusiese

entre los dos

Miré la pastilla de jabón que tenía en la mano y me la pasé por las costillas.

- —Gracias —contesté.
- Grace se quedó callada, a solo unos centímetros de la cortina. No podía verla, ni ella a mí.
  - -¿Estás bien limpio? -preguntó.
  - -Ay, Dios, Grace -repuse, y ella se rió.

Se hizo el silencio de nuevo. Me lavé entre los dedos. Tocando la guitarra se me había roto una uña, y me quedé mirándola para ver si debía hacer algo con ella; no era fácil distinguir los daños a la mortecina luz naranja que se filtraba por la cortina de la ducha.

—Rachel me ha dicho que mañana me acompañará a ver a mis padres — diio Grace—. Mañana por la noche, que es cuando está libre.

—: Estás nerviosa?

Yo sí que lo estaba, y eso que ni siquiera iba a verlos por deseo expreso de Grace

—No sé. Es algo que tiene que pasar. Así dejarán de sospechar de ti. Además, necesito estar viva oficialmente para el funeral de Olivia. Rachel dice que la incineraron.

Se quedó callada, y durante un buen rato no se oyó nada salvo el agua cay endo sobre mí y los azulejos.

- -El pan está delicioso -dijo Grace al fin.
- Lo pillé enseguida: cambio de tema.
- —Ulrik me enseñó a hacerlo
- —Un tipo con talento. Habla con acento alemán y hace pan —dio un golpecito a la cortina y su mano rozó mi cadera desnuda. Me aparté de un saltito bastante ridículo—, ¿Sabes? Dentro de cinco años, podríamos estar así.

No me quedaba ninguna parte del cuerpo por lavar, pero estaba preso en la ducha a menos que pudiese alcanzar la toalla o convencer a Grace de que me la pasase. Creía que no iba a colar.

- -; Haciendo pan con acento alemán? -pregunté.
- —Justo a eso me refería —dijo en tono mordaz Me alegré de oírla así: en aquel momento, no me venía mal un poco de frivolidad.
  - -: Me das la toalla?
    - —Vas a tener que venir por ella.
    - -Bruja -dije entre dientes.

Había agua caliente acumulada en el plato de ducha. Me fijé en las lineas irregulares que quedaban entre los azulejos. Se me estaban arrugando los dedos, y el pelo de las piernas se me había apelmazado hasta formar flechas que me apuntaban a los pies.

-Sam, ¿crees que Cole tiene razón en lo de la cura? En eso de que la

meningitis solo funciona si la pasas siendo lobo. ¿Te parece que debería intentarlo?

Era una pregunta demasiado dificil de contestar después de lo de Beck. Si, quería que se curase, pero necesitaba más pruebas de que podía funcionar que el ejemplo de lo que me había pasado a mí; algo que me convenciese de que apenas había posibilidades de que Grace corriese la misma suerte de Jack Yo lo había arriesgado todo, pero no quería que ella hiciese lo mismo. Sin embargo, ¿cómo podía llevar una vida normal sin hacerlo?

- —No lo sé. Necesito más información —aquello sonó demasiado formal, como algo que podría haberle dicho a Koenig: « Estoy recopilando más datos».
- —Bueno, no tenemos que preocuparnos por eso hasta el invierno. Solo me preguntaba si te sientes curado.

No supe qué decirle. No me sentía curado. Me sentía tal como había dicho Cole: medio curado, un mutilado de guerra con un miembro fantasma. Aún sentía dentro al lobo que había sido: vivía en mis células, dormía intranquilo a la espera de que lo hiciese salir el frío, un subidón de adrenalina o una aguja en la vena. No sabía si era algo real o pura sugestión. No sabía si algún día me sentiría a salvo en mi propia piel, si podría dar por hecho que siempre sería humano.

- —Pareces curado —dijo Grace asomando la cara por el hueco de la cortina. Sonrió, y yo solté un grito. Grace estiró el brazo y cerró el grifo.
- —Ya verás —añadió abriendo la cortina del todo y ofreciéndome la toalla—. Cuando seas viejecito, tendrás que aguantar estas cosas.

Me quedé allí de pie, chorreando y sintiéndome ridículo. Grace me sonreía desafiante, y me di cuenta de que tenía que superar la vergüenza. En lugar de coger la toalla, la tomé de la barbilla con los dedos mojados y la besé; el agua del pelo me cayó por las mejillas y nos mojó los labios. Le estaba empapando la camiseta, pero no pareció importarle. La perspectiva de pasarme toda una vida haciendo aquello me pareció de lo más tentadora.

—Lo que acabas de decir es una promesa, ¿no? —dije.

Grace entró a la ducha sin quitarse los calcetines y me envolvió el torso húmedo con los brazos.

-No: es una garantía.

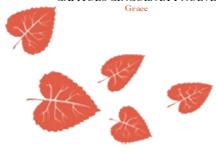
# CAPÍTULO GINCUENTA Y OCHO Isabel

Alguien llamó suavemente a la puerta trasera, la que daba al trastero. Después de tropezar con unas botas, una paleta de jardinería y un saco de alpiste, la abrí.

Cole St. Clair esperaba de pie en el rectángulo oscuro del umbral, con las manos en los bolsillos.

—Invitame a entrar —dij o.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE



Ya se había puesto el sol cuando Rachel y yo llegamos a casa de mis padres aquel domingo. Ella, debido a unos hábitos de conducción fascinantes y muy mal vistos por la policia estatal de Minnesota, no tenía carné de conducir, así que había tenido que pasar a recogerla. Me saludó enseñándome un bolso con un smiley hecho de cuentas en un lado y me dedicó una sonrisa tensa que hizo resplandecer sus dientes en la penumbra. Pensé que era la oscuridad lo que le daba ese aire tan surreal al hecho de aparcar junto a la casa de mis padres, porque, por lo demás, a la luz mortecina del porche todo estaba exactamente igual que la noche en que me había ido de allí. Aparqué junto a mi coche, el que me había comprado con el dinero del seguro tras el accidente que había destrozado mi coche anterior, y recordé la noche en que aquel ciervo se había estampado contra el parabrisas del Bronco y yo había creido que Sam sería un lobo para siempre. No tenía claro si habían pasado un millón de días o tan solo unas horas. Sentía que aquella noche marcaba un principio y un final.

A mi lado, Rachel abrió el bolso de la cara sonriente y sacó un brillo de labios con olor a fresa. Se aplicó enérgicamente dos capas, como si quisiera acorazarse los labios, lo guardó y volvió a cerrar la cremallera con fuerza. Las dos avanzamos hacia la puerta principal como hermanas en la batalla, con el ruido de los zapatos sobre el camino de cemento como único grito de guerra. Como ya no tenía llave. llamé a la puerta.

Ahora que estaba allí, no quería seguir adelante.

Rachel me miró.

—Eres como mi hermana mayor favorita —dijo—. Ya sé que no tiene sentido, porque tienes la misma edad que yo.

Me sentí halagada.

-Rachel, dices cosas muy raras -repuse.

Nos echamos a reír con carcajadas vacilantes v casi inaudibles.

Rachel se dio un toquecito en los labios con la manga; al resplandor amarillo da bombilla del porche, rodeada de polillas, vi otras marcas de labios en el puño de su camiseta, como una nequeña colección de besos.

Intenté pensar en lo que iba a decir mientras me preguntaba cuál de los dos abriría la puerta. Eran casi las nueve. A lo mejor no me abría nadie. A lo mejor...

Fue mi padre quién abrió. Antes de que pudiera decir nada, mi madre gritó desde el salón:

-¡Que no se escape la gata!

Mi padre escrutó a Rachel y luego a mí. Mientras lo hacía, una gatita atigrada del tamaño de un conejo esquivó sus piernas y salió disparada en dirección al jardín. Me sentí ridícula y traicionada por la presencia de la gata. Su única hija había desaparecido, ¿y habían adoptado a una gata para sustituirla?

Así que lo primero que dije fue:

—; Ahora tenéis mascota?

Mi padre estaba tan sorprendido por mi presencia que me respondió con total sinceridad

- —Tu madre se sentía sola.
- -Ya. Y no hace falta ocuparse mucho de los gatos.

No era la más cálida de las respuestas, pero tampoco me había dedicado la más cálida de las bienvenidas. Creo que, en el fondo, esperaba encontrar pruebas de mí ausencia en su cara, pero se le veía como siempre. Mí padre vendía casas caras y parecía un vendedor de casas caras. Siempre iba bien peinado, con un estilo ochentero, y tenía una sonrisa que animaba a la gente a gastarse el dinero. En realidad, no sabía qué esperaba encontrarme: tal vez ojos inyectados enagre, o bolas bajo los ojos, o que pareciese diez años mayor, o que hubía esengordado o adelgazado... Alguna prueba de que el tiempo que había pasado sin mí no le había resultado fácil. Eso era lo que quería: pruebas concretas de su angustia. Cualquier cosa que me demostrase que me había equivocado al decidir enfrentarme a ellos esa noche. Pero no vi nada. Me dieron ganas de irme. Ya me

habían visto, y a sabían que estaba viva. Había cumplido.

Pero entonces mi madre se asomó al recibidor.

-¿Quién es?

Me vio v se quedó helada.

—¡Grace! —se le quebró la voz en esa única sílaba, y entonces supe que, después de todo, acabaría por entrar.

Antes de que me diese tiempo a decidir si estaba preparada para un abrazo, ya estaba envuelta en uno, con los brazos de mi madre en torno a mi cuello y mi cara apretada contra la pelusa de su jersey. La oí murmurar: «Dios, gracias, Grace, gracias». Parecía que estuviese riendo o llorando, pero cuando logré separarme no vi ni sonrisas ni lágrimas. Le temblaba el labio inferior. Me crucé de brazos para no pasarme el rato moviéndolos.

No era consciente de que volver podía ser tan duro.

Acabé sentada a la mesa de la cocina, con mis padres enfrente. Tenía muchos recuerdos de aquella mesa; en casi todos estaba sentada yo sola, pero eran recuerdos llenos de cariño. Nostálgicos, al menos. Pero en la cocina olía raro, como a comida para llevar. No se parecía nada al típico olor que sale de una cocina en la que has guisado de verdad. Aquel olor desconocido hizo que la experiencia me pareciese un sueño ajeno y familiar al mismo tiempo.

Pensé que Rachel me había abandonado y había vuelto al coche, pero pasados unos segundos de silencio, apareció en el pasillo de entrada con la gata atigrada en brazos. Sin mediar palabra, la dejó en el suelo y se quedó de pie a mi lado. Tenía pinta de querer estar en cualquier sitio menos alli; había sido muy valiente por su parte acompañarme, y yo se lo agradecí muchisimo. Todo el mundo debería tener amigos como Rachel.

—Esto es increible, Grace —dijo mi padre desde donde estaba sentado, enfrente de mí—. Nos has hecho sufrir mucho.

Mi madre se echó a llorar

En ese momento cambié de idea: ya no quería ver más pruebas de su angustia. No quería ver a mi madre llorar. Había pasado mucho tiempo deseando que me echaran de menos, que les doliera mi ausencia; pero ahora que veía la cara de mi madre, la culpa y la lástima me estaban haciendo un nudo en la garganta. Deseé haber mantenido ya aquella conversación y estar otra vez de camino a casa. Era demasiado duro.

- -No quería haceros... -empecé.
- —Pensábamos que estabas muerta —me interrumpió mi padre—. Y todo este tiempo has estado con él. Dejándonos...
  - -No -repuse -. ¡No he estado con él!
  - -Para nosotros es un alivio que estés bien -dijo mi madre.

Pero mi padre aún no había acabado:

-Podrías haber llamado, Grace. Para que supiésemos que estabas viva. Era

lo único que necesitábamos.

Le creí: no me necesitaban a mí, solo les hacían falta pruebas de mi existencia

- —La última vez que intenté hablar contigo me dijiste que no podía ver a Sam hasta que cumpliera los dieciocho, y no me dejaste habí...
- —Voy a llamar a la policía para decirles que ya has vuelto —me interrumpió mi padre mientras se ponía en pie.
- —¡Papá! —exclamé—. Primero, ya lo saben. Segundo, lo has vuelto a hacer: no me escuchas
- —Yo no hago nada —replicó, y luego miró a Rachel—. ¿Por qué habéis venido las dos?

Rachel se revolvió un poco al verse interpelada.

—Soy el árbitro —explicó.

Mi padre levantó las manos para indicar que se rendía, que es lo que hace la gente cuando en realidad no se está rindiendo, y después las puso sobre la mesa como si estuviéramos celebrando una sesión de espiritismo y la mesa fuese a moverse

- —No necesitamos un árbitro —dijo mi madre—. No vamos a hablar de nada desagradable.
- —Si, claro que sí —la contradijo mi padre—. Nuestra hija se escapó de casa. Según las leyes de Minnesota, eso es un delito, Amy. No voy a fingir que no ha ocurrido; no voy a hacer como si no se hubiera escapado de casa para vivir con su novio.

Algo en aquella afirmación me hizo ver las cosas de pronto con toda claridad. Mi padre estaba siguiendo a la perfección el típico manual del padre responsable: en modo de piloto automático, había adoptado una actitud totalmente reaccionaria que debía de haber aprendido en los programas de la tele y las películas de fin de semana. Los observé: mi madre abrazada a su gata nueva, que había saltado del sofá a su regazo, y mi padre mirándome fijamente como si no me reconociese. Si, eran adultos, pero yo también lo era. Me veía a mí misma como la hermana mayor de Rachel, tal como ella había dicho. Mis padres me habían educado para que me convirtiese en adulta cuanto antes; ahora no podían enfadarse porque me hubiese convertido precisamente en eso.

Yo también puse las palmas de las manos sobre la mesa, imitando la postura de mi padre, y dije lo que llevaba mucho tiempo queriendo decir:

- —Y yo no voy a fingir que no estuve a punto de morir en tu coche, papá.
- —No me vengas con esas.

Me dolió el estómago de indignación.

—Pues claro que te vengo con esas. ¿Y sabes qué? En realidad, fue un síntoma de algo más grave. Se te olvidó tu hija en el coche.

Y antes de eso, unos lobos se me llevaron de un columpio mientras mamá

estaba pintando en el piso de arriba. Y si, mi novio se colaba en casa para dormir conmigo, pero tardasteis varias semanas en daros cuenta. ¿Os preocupasteis por comprobar si yo dormía en casa? Me disteis mucha libertad. ¿Pensabais que no iba a utilizarla?

Rachel volvió a aplicarse brillo de labios como loca.

—Veamos… —murmuró mi madre.

La gata se le estaba subiendo por el cuello, y ella la apartó y se la dio a Rachel. Supuse que entretener a una mascota no era una de las funciones los árbitros, pero Rachel parecía más contenta con la gata en brazos.

—Está bien —dijo mi madre con voz más firme—. Todo esto, ¿adonde nos lleva? No quiero que sigamos peleándonos. Por Dios, Lewis, no quiero pelearme con ella. Creía que estaba muerta.

Mi padre frunció los labios, pero no abrió la boca.

Yo respiré hondo y me armé de valor. Tenía que decirlo bien.

- —Me vov de casa.
- -Ni hablar -contestó mi padre inmediatamente.
- —Por eso me voy —le respondí—. No podéis decirme lo que tengo que hacer así, de repente. No podéis esperar a que decida elegir una familia, una vida y una forma de ser feliz, y entonces decirme: «No, Grace, eso no puedes hacerlo. Vuelve a sentirte sola y triste y a sacar sobresalientes en todo». No es justo. Sería diferente si hubieseis estado ahí, como los padres de Rachel o el de Sam

Mi padre torció el gesto.

- —¿El que intentó matarlo?
- -No. me refiero a Beck

Pensé en lo que había ocurrido aquella tarde, en Beck y en Sam frente a frente, unidos por un vínculo silencioso tan fuerte que cualquiera podía verlo. Pensé en el gesto que hacía Sam al ponerse las manos detrás de la cabeza, en cómo lo había copiado de Beck Me pregunté si yo tenía algo de mis padres, o si lo que yo era lo había sacado exclusivamente de los libros, la tele y los profesores.

- —Sam haría cualquier cosa que le pidiese Beck, porque Beck siempre ha estado ahi cuando lo ha necesitado —recalqué—. ¿Sabéis a quién he tenido yo que recurrir cuando he necesitado a alguien? A mí misma. Soy una familia de un solo miembro
- —Si crees que vas a convencerme, te equivocas —me espetó mi padre—. Y la ley está de mi parte, así que no necesito que me convenzas de nada. Tienes diecisiete años. No puedes tomar decisiones.

Rachel hizo un ruido. Por un momento creí que estaba cumpliendo su función de árbitro, pero enseguida me di cuenta de que la gata le había mordido la mano.

En ningún momento había pensado que pudiese convencer a mi padre tan

fácilmente. Ahora era cuestión de principios, y él no iba a dar su brazo a torcer. Volví a notar un retortijón en el estómago y los nervios me reptaron por la garganta.

—Este es el trato —dije en voz más baja—. Voy a ir a la escuela de verano para acabar el instituto y después iré a la universidad. Si me dejáis irme de casa ahora, seguiré hablándoos cuando cumpla los dieciocho. Si llamáis a la policía y me obligáis a quedarme, dormiré en esa cama y seguiré vuestras nuevas reglas, pero en cuanto lleguen las doce de la noche del día de mi cumpleaños, esa habitación se quedará vacía y no volveré nunca más. Y no estoy de broma. Mírame a la cara. Sabes que hablo en serio. ¡Y no me vengas con la ley, papá! ¡Le pegaste a Sam! ¿Se puede saber en qué lado de la ley queda eso?

Mi estómago era una zona catastrófica. Tuve que obligarme a no decir nada más, a no llenar con palabras el vacío.

Se hizo un silencio sepulcral en la mesa. Mi padre apartó la cara y miró por la ventana hacia el jardín, aunque no había nada que ver salvo oscuridad. Rachel acariciaba a la gata con fuerza y ella ronroneaba como loca, tan alto que en la habitación no se oía otra cosa. Mi madre tenía los dedos sobre el borde de la mesa, con el pulgar y el índice apretados el uno contra el otro como si sujetara un hilo invisible.

-Voy a proponer un acuerdo aceptable para todos -dijo.

Mi padre la fulminó con la mirada, pero ella no se giró hacia él.

Me sentí decepcionada: no me imaginaba ningún acuerdo ni remotamente aceptable.

-Te escucho -dije con voz inexpresiva.

Mi padre explotó.

- -; Amy! ¿Un acuerdo? ¡No hablarás en serio! No lo necesitamos.
- -Tus métodos no funcionan -le espetó mi madre.

Mi padre volvió a fulminar a mi madre con una mirada llena de ira y decepción.

- -No me puedo creer que vay as a aprobar su conducta -dijo.
- —No estoy aprobando nada. Hablé con Sam, Lewis. Te equivocaste con él, así que ahora me toca hablar a mí. Esta es mi propuesta —añadió mirándome—

  Te quedarás aquí hasta que cumplas los dieciocho, pero te trataremos como a una adulta. Podrás ver a Sam y no tendrás hora de llegada a casa, siempre y cuando...—hizo una pausa para inventarse las condiciones sobre la marcha— te pongas al día en la escuela de verano y cumplas tus objetivos académicos. Sam no podrá quedarse a dormir, pero por mí puede pasarse el día entero en casa, y nosotros intentaremos conocerlo meior.

Miró a mi padre; él movió los labios como si fuera a decir algo, pero finalmente se limitó a encogerse de hombros. Los dos se volvieron hacia mí.

-Ah... -prosiguió mi madre--. Y tienes que seguir hablándonos después de

cumplir los dieciocho. Forma parte del trato.

Apreté los dedos contra los labios e hinqué los codos en la mesa. No quería renunciar a mis noches con Sam, pero era un acuerdo justo, sobre todo teniendo en cuenta que un momento antes parecía imposible lograrlo. Pero ¿y si me transformaba? No podía volver a casa hasta estar segura de que me había estabilizado. Y eso tenía que pasar pronto. ¿Ya, tal vez? No lo sabía. La cura de Cole llegaría demasiado tarde para resultarme útil.

—¿Y cómo sé que no vais a intentar cambiar las reglas? —pregunté para ganar tiempo—. No pienso renunciar a Sam. Voy a seguir con él. Para siempre. Eso tiene que quedaros claro.

Mi padre hizo otra mueca, pero no dijo nada. Mi madre me dejó asombrada al asentir levemente.

- -Vale. He dicho que lo intentaremos. Y no te impediremos verlo.
- —Y se acabaron los puñetazos —intervino Rachel.

La miré con incredulidad: esperar a que el conflicto se hubiese resuelto para cumplir con sus obligaciones de árbitro era casi una manera de hacer trampas.

-Está bien -dijo mi madre-. Grace, ¿qué opinas?

Miré a mi alrededor; desde allí veía el salón y el arranque de la escalera, y eso me hizo sentir rara. Había dado por hecho que aquella sería la última vezque entraría en mi casa, que tendríamos bronca y que cerraría aquel libro para no abrirlo nunca más. La idea de volver a vivir en aquel lugar y recuperar mi antigua rutina me resultaba agotadora y liberadora al mismo tiempo. Pensé en el modo de Sam a transformarse de nuevo después de haber creído que aquello se había acabado. y lo entendí a la perfección.

- —Yo... tengo que pensármelo —respondí—. Quiero consultarlo con la almohada.
  - -i,Y no puedes consultarlo aquí? preguntó mi madre.

Rachel negó con la cabeza.

-No, porque tiene que llevarme a casa. Órdenes del árbitro.

Me levanté para dejar claro que aquello era incuestionable. No entendía por qué los nervios seguían atenazándome el estómago cuando ya había pasado lo peor.

-Me lo pensaré y volveré para que lo hablemos.

Mi madre se levantó tan rápido que la gata se sobresaltó y soltó un bufido parecido a un estornudo. Rodeó la mesa y me dio un abrazo tan fuerte que me dejó perpleja; no recordaba la última vez que había intentado abrazarme. No estaba segura de qué debía hacer. Me daba un poco de reparo pegar mi cuerpo al suvo y enterrar la cara en su pelo, así que me limité a apretarla en general.

- —¿Volverás? —me preguntó al oído.
- -Sí -respondí muy en serio.

Mi padre se levantó y me dio un apretón en el hombro, como si le pasara lo

mismo que a mí con el asunto de los abrazos.

- -Tome la gata -le dijo Rachel, y se la pasó a mi madre.
- —Gracias por traérnosla —repuso mi madre, y en ese momento no supe si se refería a la gata o a mí.

Rachel se encogió de hombros y me agarró del brazo.

—Así sov vo.

Tiró de mí para sacarme de la casa y meterme en el coche. Mis padres se quedaron de pie en el umbral, contemplando el coche con una extraña expresión de abandono mientras salíamos marcha atrás y nos dirigiamos hacia la carretera. Me sentía mareada y tenía náuseas.

Nos quedamos calladas durante un minuto.

- -No me puedo creer que te hay an sustituido por una gata -dijo Rachel.
- Me reí y sentí un hormigueo en la piel.
- —Yo tampoco. Gracias por venir. Gracias de verdad. Han sido razonables porque estabas tú.
- —Han sido razonables porque pensaban que estabas muerta. ¿Te encuentras... bien, Grace?

Me había saltado una marcha, y el coche se ahogó hasta que metí la marcha correcta. No se me daba muy bien el cambio manual y, de repente, me costaba demasiado concentrarme. Mi estómago volvió a retorcerse y, mientras un estremecimiento me subía por los brazos, me di cuenta de que lo que yo había tomado por nervios era algo peor.

—Ay, no —dije, consumida por las náuseas—. Tengo que parar. Lo siento, yo...

Era de noche y la carretera estaba desierta. Paré en el arcén, abrí la puerta, sali y vomité detrás del coche. La cara de Rachel se veía livida en la oscuridad; no la había oído salir.

Agitó las manos.

-¿Qué hago? ¡No sé conducir con cambio manual!

Estaban empezando a invadirme unos temblores tan fuertes que hacían que me castañeteasen los dientes.

- —Rach, lo siento mucho, tienes que... —me callé y me hice un ovillo contra un lado del coche. Dios, cómo odiaba aquella parte. Se me estaban partiendo los huesos. No, no, no.
- —¿Qué es lo que tengo que hacer? Grace, me estás asustando. Oh, no. ¡Oh, no! —de pronto, Rachel comprendió lo que sucedía.
- —Llama a Sam —alcancé a decir—. Dile que me he transformado y que venga a recogerte. Cole puede... Uf. Cole puede conducir el otro coche... Oh... Rachel... Espera en el coche... No...

Las rodillas no querían sostenerme. Se me estaban aflojando, preparándose para convertirse en otra cosa. De repente me asustó lo que Rachel pudiese pensar si me veía transformarme. Tenía que meterse en el coche. No podía quedarse mirando, aquello destrozaría nuestra amistad. Mi piel ya me resultaba ajena: debía de tener un aspecto horrible.

Pero ella me estrechó, me dio un abrazo enorme que me envolvió por completo y apoyó su mejilla contra la mía, que estaba tensa. Yo apestaba a lobo y seguro que parecía un monstruo, pero me apretujó con tanta fuerza que sentí su abrazo por encima del dolor. Era un gesto tan valiente que no pude contener una lágrima.

-- ¿Te duele? -- susurró al soltarme.

Negué con la cabeza y apreté las manos contra el cuerpo.

- -Lo que pasa es que te quiero mucho y eso hace...
- —Que te transformes en loba —dijo Rachel—. Lo sé —se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Tengo ese efecto en la gente.

Intenté decir algo más, pero perdí el equilibrio. Las estrellas brillaban en el cielo y recordé otra noche: Sam y yo bajo las estrellas, contemplando la aurora boreal. En mi cabeza, las luces rosadas de la aurora boreal se convirtieron en las uces del salpicadero reflejadas en el parabrisas destrozado de mi Bronco, con Sam y yo detrás despidiéndonos, y después fui solo yo, hecha pedazos, rajada como el cristal y convertida en algo nuevo.



Me produjo una extraña inquietud perder una noche con Grace de ese modo inesperado, sabiendo que se había transformado tan lejos de mí. Después de dejar a Rachel en su casa quise ir a buscarla, pero Cole me convenció de que era inútil; no iba a acudir a mi llamada, y si se transformaba de nuevo en humana cerca de la casa de sus padres, al menos sabría dónde estaba. Pensé que no sería capaz de dormirme sin ella, pero después de que Cole me convenciese, me tumbé en la cama, me quedé mirando los pájaros de papel y las luces de Navidad e imaginé que estaba esperando a que Grace viniese a hacerme compañía. Había sido un día muy largo, y justo cuando todas las cosas que habían pasado amenazaban con desbordar mi mente, me venció el sueño.

Soñé que iba andando por la casa de una habitación a otra. Todas estaban vacías, pero se trataba de un vacío denso, con vida propia, como si en cualquier momento fuese a girarme y ver a alguien a mi espalda. La casa parecía habitada; daba la impresión de que sus habitantes hubiesen salido a ver qué tiempo hacía y pensaran volver en breve. En las habitaciones había signos de vida: sobre cada cama había una maleta o una mochila llena de ropa, con unos zapatos colocados cuidadosamente a su lado y los efectos personales preparados,

todo a punto para salir. Sobre la cama de Ulrik estaban su ordenador portátil y su maquinilla de afeitar eléctrica. Sobre la de Paul, un montón de púas de guitarra y unos DVD grabados de los que nunca había oído hablar. Hasta en la habitación de las literas había cosas sobre las camas: los auriculares de Derek enredados encima de su cámara y el cuaderno de Melissa junto a sus zapatos. La cama de Beck estaba vacía.

Fui de una habitación a otra apagando luces. Adiós a la habitación de Beck, que nunca había ocupado. Adiós a la habitación de Ulrik, donde habíamos visto películas de miedo en su portátil.

Me dirigí al piso de abajo sin pasar por mi habitación. Adiós al salón, donde me había sentado con Grace en el sofá, a punto de transformarse en loba, y donde Isabel me había ayudado a detener el ataque epiléptico de Cole. Apagué la luz. Adiós a la habitación amarilla donde vivía Cole y había muerto Jack Apagué la luz del cuarto de baño que había evitado durante una década. Adiós a la cocina, con sus fotografías de todos nosotros pegadas a los armarios, mil sonrisas auténticas. Apagué la luz y bajé al sótano.

Y alli, en la biblioteca de Beck, rodeadas de libros, estaban las cosas que faltaban de su cuarto: su maleta y sus zapatos sobre el taburete acolchado que había junto al sillón de lectura. A su lado estaba la corbata, doblada pulcramente, y junto a ella un CD con ramas enredadas en la portada. En el único espacio en blanco estaba garabateado el título: Me despierto todavía.

Beck estaba a mi alrededor, vivo en el interior de todos los libros que había leído. Vivía en cada una de sus páginas. Era todos los protagonistas, todos los villanos, todas las víctimas y todos los agresores. Era el principio y el fin de todo.

Die letze all turen. Doch nie hat man an alle schon geklopt.

(La última de todas las puertas. Pero nadie ha llamado nunca a todas las demás).

Aquella era la última despedida. Apagué la luz.

Sólo me faltaba un lugar. Subí lentamente las escaleras hasta la planta baja y luego me dirigí al primer piso. Recorrí el pasillo hasta llegar a mi habitación. Allí, mis pájaros de papel temblaban en el extremo de sus hilos presintiendo un terremoto. Vi los recuerdos que encerraban las grullas, imágenes que se reproducían sobre sus alas como en la pantalla de un televisor; todas entonaban canciones luminosas que yo y a habia cantado. Me parecieron preciosas mientras tironeaban de sus ataduras para liberarse, aterradas.

Malas noticias, Ringo, dijo la voz de Cole. Vamos a morir todos.

Me desperté sobresaltado al oír un pitido.

Una oleada de adrenalina me recorrió el cuerpo, y el primer pensamiento claro que tuve, inexplicablemente, fue: No, aqui no. Medio segundo después, comprendí que el ruido era tan solo el timbre del teléfono y que aquel pensamiento era absurdo.

# Descolgué

- ¿Sam? preguntó Koenig; parecía muy despierto—. Debería haber llamado antes, pero es que tengo turno de noche y ... Da igual respiró hondo—. Han adelantado la cacería
- —¿Que han qué? —por un momento pensé que a lo mejor seguía dormido, pero mis grullas estaban totalmente inmóviles.
- —Será mañana. Al amanecer. A las cinco y cuarenta y siete de la mañana. El helicóptero se ha quedado libre de repente y van a adelantarla. Despierta, Sam.

No hacía falta que me lo dijese: me sentía como si no fuese a poder dormir nunca más

# CAPÍTULO SESENTA Y UNO Isabel

No estaba dormida del todo cuando sonó el teléfono

Pasaban de las doce de la noche, y estaba tratando de dormirme en defensa propia. A medida que se acercaban la fecha de la cacería y la amenaza del traslado a California, las tensiones en el hogar de los Culpeper iban en aumento. Mis padres estaban enzarzados en una de aquellas sesiones de gritos que tanto había echado de menos en las semanas anteriores. Parecía que mi madre llevaba ventaja —al menos, sus gritos se habían oído más que los de mi padre durante los últimos veinte minutos—, pero todo apuntaba a que les quedaban varios asaltos.

Tenía la puerta de la habitación cerrada, y me había puesto los auriculares para ahogar los chillidos con canciones políticamente incorrectas. Mi habitación era un capullo blanco y rosa que parecía más acogedor por la ausencia de luz diurna. Rodeada de mis cosas, podía imaginarme que estaba en un dia cualquiera de cualquier año de los que llevábamos allí. Un día en el que podría bajar a gritarle a Jack por no sacar a mi perra mientras yo no estaba. O llamar a mis amigas de California —a las que aún se acordaban de mí— y hacer planes con ellas para volver a espaldas de mis padres o para visitar los campus universitarios cercanos a sus casas. Que la habitación hubiese cambiado tan poco y que la

noche pudiese jugarme tan malas pasadas resultaba atractivo y horrible al mismo tiempo.

El móvil llevaba un buen rato sonando cuando me di cuenta de que tenía llamada.

En la pantalla ponía: CASA DE BECK.

- —Hola —diie.
- -Adivina lo que ha hecho el gilipollas de tu padre -Cole estaba jadeante.

No me apetecía contestarle; no era así precisamente como esperaba que comenzase mi siguiente conversación telefónica con él.

—Nos ha jodido —añadió sin esperar respuesta—. Sobre el capó de un coche importado. La batida va a empezar al amanecer. La han adelantado.

Como si hubiera esperado al momento justo, el teléfono fijo de mi mesilla de noche empezó a sonar. No lo toqué, pero incluso desde donde me encontraba vi que era Marshall Landy quien llamaba. O sea, que mi padre y yo íbamos a tener básicamente la misma conversación al mismo tiempo con dos personas diferentes

Abajo, la pelea había terminado. Traté de centrarme.

- -¿Qué piensas hacer? -pregunté.
- —Bueno, primero voy a ver si pongo a Sam en marcha —dijo Cole—. Grace se ha transformado esta noche y anda por el bosque, así que él está fuera de combate.

Aquello terminó de despertarme. Me quité el auricular que aún tenía puesto y me incorporé en la cama.

-- ¿Grace está ahí fuera? Eso es inaceptable.

Decir que era inaceptable era quedarse corto. No estaba dispuesta a presenciar un combate entre la Grace loba y el letrado Thomas Culpeper, porque sabía perfectamente cómo acabaría.

—Ya lo sé, princesa —repuso Cole—. Quiero que le digas a tu padre que coja el teléfono y ponga fin a esto.

También sabía cómo acabaría eso.

- -No va a funcionar -repliqué-. Ya no está en su mano.
- —Me da igual —dijo Cole lentamente, como si estuviese hablando con una niña—. Encuentra a ese cabrón y haz que detenga la caceria. Sé que puedes hacerlo.

Su tono de voz me irritó

—Para empezar, no tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer. Y además, lo único que va a pasar es que voy a bajar, voy a hacer que se cabree conmigo sin motivo y a lo mejor, con mucha suerte, empezará a preguntarse por qué de repente siento tanta simpatía por los lobos. Voy a destapar un problema al que tendré que hacer frente durante el resto del año. ¿Y sabes lo que va a decirme? Que ya no está en su mano. Cole, es hora de que pongas en marcha tu

plan.

—¿Mi plan? Solo funcionaría si Grace estuviese aquí. Sin Grace, no tengo más que un licántropo deseguilibrado y un Volkswagen.

En la casa reinaba un silencio que parecía sepulcral en comparación con los gritos de antes. Intenté imaginarme que bajaba y me enfrentaba a mi padre por la cacería. Era demasiado ridículo para planteármelo.

- —No pienso hacerlo. Cole.
- -Inténtalo al menos. Me lo debes.

Noté cómo se me encendía la cara

- —¿Que te lo debo? —solté una carcajada y, durante un segundo, repasé mentalmente todos nuestros encuentros intentando decidir si en sus palabras había algo de verdad. No encontré nada: como mucho, era él quien me debía algo a mí —. ¿Y por qué te debo algo?
  - —El hijo de puta de tu padre mató a Victor y lo tiró al suelo en mis narices.
- —El es él y yo soy yo, y no te debo una mierda, Cole St. Clair. Hace un momento me he planteado bajar y hablar con mi padre, pero ahora... que te den
- —Ah, qué bonito. Qué forma tan madura de enfrentarte a tus problemas. Buscas cualquier defecto de forma, te enfadas y te lavas las manos. Eres la niñita de papá.

Aquello me dolió, así que me eché a reír.

—Mira quién fue a hablar. Lo único que me sorprende es que hables como si estuvieses sobrio. Si sale mal, siempre puedes suicidarte, ¿no?

Cole colgó.

Se me aceleró el pulso, noté que me ardía la piel y de pronto me mareé. Volví a sentarme y me tapé la boca con las manos. Mi habitación tenía exactamente el mismo aspecto que antes de descolear el teléfono.

Tiré el móvil contra la pared. A mitad de recorrido caí en la cuenta de que mi padre me mataría si lo rompía, pero se estrelló y cayó al suelo sin que se le saltase ninguna pieza. Estaba igual que antes.

No había cambiado nada. Nada.

# CAPÍTULO SESENTA Y DOS Sam

Cole entró en la cocina como una mina antipersona. Era casi la una de la mañana; cuatro horas y media después, los lobos empezarían a morir.

—No hay nada que hacer, Ringo. Culpeper no puede cancelarla —dijo, con un punto caótico en su mirada que no detecté en su voz.

No esperaba que Culpeper lo hiciese, pero me parecía una tontería no intentarlo por lo menos.

- —¿Viene Isabel? —me sorprendió descubrir que mi voz sonaba casi normal, como una grabación.
- —No —repuso Cole sin más. Más que una palabra, había sido una exhalación. Abrió la nevera con tanta fuerza que los botes de la puerta entrechocaron. El aire frío salió arrastrándose v me envolvió los tobillos.
  - -Es cosa nuestra. Ringo. ¿Viene tu am igo Koenig?

Hubiese estado bien contar con alguien práctico, en el lado bueno de la ley y mucho menos implicado emocionalmente que y o. Pero no era el caso.

- —Se ha enterado porque estaba trabajando. Su turno termina a las seis.
- -Menuda sincronización

Cole cogió un puñado de probetas tapadas y jeringuillas y las tiró sobre la

mesa delante de mis narices. Rodaron y giraron describiendo círculos irregulares en la superficie de madera.

—Estas son nuestras opciones —dii o.

Me pitaron los oídos.

- -- ¿Tenemos más de una?
- —Tres, exactamente —repuso Cole, y fue señalándolas una por una—: Esta te transforma a ti en lobo, esta me transforma a mí en lobo y esta hace que nos dé un ataque epiléptico a los dos.

En realidad no eran tres opciones sino una. Siempre había habido una sola.

- -Tengo que sacarla de allí -dije.
- -¿Y los demás?
- -Ella primero.

Fue lo más horrible que me había tocado decir jamás, pero cualquier otra cosa hubiese sido mentira. Ella era lo único que recordaba siendo lobo, cuando no había nada más. Ella era lo único que sabía que conservaría. No podía perderla. Salvaría a los demás si podía, pero antes tenía que salvar a Grace.

No creí haber resultado muy convincente, pero Cole asintió con la cabeza. Su gesto convertía aquello en algo real, y ahora que teníamos un plan, sentí una náusea, me zumbaron los oídos y vi puntitos por el rabillo del ojo. Tenía que transformarme en lobo. No en un futuro leiano, sino ahora.

-Vale, vamos a repasar el plan. Yo iré al lago -dijo Cole.

Ahora el general era él. Cogió la jeringuilla que lo transformaría en lobo y se la metió en uno de los bolsillos del pantalón, mientras trazaba en el aire un mapa imaginario para demostrar adonde debíamos dirigirnos.

—Te esperaré en el aparcamiento que hay junto al lago de las Dos Islas — precisó—. A ti, a Grace y a todos los lobos que puedas convencer. Tenemos que cruzar la zona despejada que hay a ese lado del bosque antes de que amanezca. Sin un lugar donde poneros a cubierto, para los cazadores será pan comido. ¿Estás listo?

Tuvo que repetírmelo. Pensé en lo que había sentido al sentarme en la bañera con la guitarra, cantando *Me despierto todavía*. Pensé en cómo le había quitado a Grace el vestido. Pensé en Cole diciéndome que todos me escuchaban pero que yo no siempre les hablaba. Pensé en todo lo que me hacía ser yo y en el miedo que me daba perderlo.

No pensaba perderlo.

- -Estov listo.
- Se nos acababa el tiempo.

Ya fuera de la casa, me desvestí cuidadosamente mientras Cole le daba golpecitos a la jeringuilla hasta que las burbujas subieron a la parte de arriba. Curiosamente, alli fuera había mucha luz, a la luna le quedaba casi una semana para estar llena, pero las nubes bajas y la niebla captaban toda la luminosidad y

la repartían. Aquel resplandor vago le daba al bosque que había detrás de la casa un aire inquietante e infinito.

-¿En qué piensas? -preguntó Cole.

Me cogió la mano y volvió la palma hacia arriba. A la luz de la luna, mis cicatrices se veían feas y arrugadas.

Pensaba en Grace dándome la mano, en Beck temblando en el sótano, en el entierro de Victor, en transformarme en humano. Pensaba que quizá Grace también me estuviese buscando por alguna parte. Me concentré en lo que quería recordar y se lo dije a Cole:

—Soy Sam Roth. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos. Voy a llevarlos hasta el lago.

Cole asintió.

—Más nos vale que lo hagas. A ver, esta va en vena. No te muevas. Dilo de nuevo. Espera, repíteme dónde tienes las llaves del coche.

El corazón me retumbaba de nervios, miedo y esperanza.

-En el bolsillo -dije, y Cole bajó la vista-. Ya no llevo pantalones.

Cole miró al suelo.

-No, y a no. Vale, estáte quieto.

--Cole --dije--. Si no...

Por el tono de mi voz supo lo que quería decir.

-No. Nos vemos al otro lado.

Cole fue siguiendo la vena desde las cicatrices hasta el interior del codo. Cerré los ojos y él hincó la aguja.

### CAPÍTULO SESENTA Y TRES



Durante un segundo, una centésima de segundo, una fracción de un suspiro, el dolor me borró todos los recuerdos. Se me fundieron las venas. Mi cuerpo se redibujaba, trazaba nuevos rumbos, planificaba nuevos huesos mientras destrozaba los demás. No había ni una sola parte de mí que no fuese negociable.

Se me había olvidado lo doloroso que era. Aquello no tenía piedad. La primera vez que me transformé tenía siete años. Mi madre fue la primera que me vio; ahora mismo, ni siquiera recordaba su nombre.

Me crujió la columna.

Cole tiró la jeringuilla al suelo.

El bosque estaba cantando en el idioma que solo entendía cuando era lobo.

La última vez que había hecho aquello, tenía delante a Grace.

La última vez había sido una despedida.

Se acabó. Se acabaron las despedidas.

Soy Sam Roth. Voy a encontrar a Grace.

### CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO Isabel

Después de hablar con Cole, tardé cinco minutos en llegar a la conclusión de que lo que me había dicho no era tan grave como yo pensaba. Diez en pensar que debería haberlo llamado inmediatamente. Quince en comprobar que no me cogía el teléfono. Veinte en decidir que no debería haberle dicho que se suicidase. Veinticinco en comprender que podría ser lo último que le diiese.

¿Por qué lo había dicho? Rachel había dado en el clavo al decir que me gustaba ir de malvada. Hubiera querido aprender a aturdir a mis enemigos, en vez de destriparlos directamente.

Me llevó media hora comprender que no podría volver a mirarme al espejo si no intentaba detener la cacería

Llamé a Cole y luego a Sam por última vez—nada— y decidí bajar a hablar con mi padre. Ensayé mentalmente lo que pensaba decirle. Primero los argumentos, luego las súplicas y por último la justificación de mis preocupaciones que no pasaría por Sam y Beck porque sabía que con mi padre eso no serviría de nada. De todos modos, sería inútil.

Pero al menos podría decirle a Cole que lo había intentado. Quizá así no me sentiría tan mal

Lo odiaba. Odiaba sentirme así por culpa de otra persona. Me presioné el ojo derecho con la mano y la lágrima se quedó dentro.

La casa estaba a oscuras, y tuve que ir encendiendo luces a medida que bajaba las escaleras. En la cocina no había nadie. En el salón, tampoco. Al final encontré a mi madre en la biblioteca, reclinada en el sofá de piel, con una copa de vino en la mano. Estaba viendo un programa de telerrealidad ambientado en un hospital. En condiciones normales, tanta ironía me habría divertido, pero en aquellos momentos solo podía pensar en lo último que le había dicho a Cole.

- -Mamá -dije intentando parecer desenfadada-, ¿dónde está papá?
- —¿Eh?

Su «¿eh?» hizo que me centrase, me hizo sentir más sólida. El mundo no había empezado a hundirse. Mi madre aún decía «¿eh?» cuando le hacía una pregunta.

- -Mi padre, la criatura que copuló contigo para crearme. ¿Dónde está?
- —No me gusta que hables así —respondió—. Se ha ido al helicóptero.
- -¿Al... helicóptero?

Mi madre apenas apartó la vista del televisor.

- —Si Marshall le ha conseguido una plaza. Ha dicho que, como es tan buen tirador, estará bien aprovechada. Dios, no veo el momento de que acabe esta historia
- —¿Papá va en el helicóptero desde el que van a disparar a los lobos? pregunté sintiéndome idiota: obviamente, mi padre querría estar en primera línea con un rifle de precisión. Y, obviamente, Marshall le concedería el deseo.
- —Sí. Despega tan temprano que no les merece la pena acostarse. Por eso tu padre se ha ido a tomar café con Marshall. Y por eso yo me he puesto a ver la tele.

Llegaba tarde. Había pasado demasiado tiempo discutiéndolo conmigo misma y ahora llegaba tarde.

No podía hacer nada.

Cole había dicho: « Me lo debes, tienes que intentarlo» .

Yo aún pensaba que no le debía nada pero, procurando que mi madre no notase mi angustia, salí de la biblioteca y crucé la casa. Cogí la cazadora blanca, las llaves del coche y el móvil y abrí la puerta trasera de un empujón. No hacía tanto tiempo que Cole había estado allí en forma de lobo, mirándome con sus ojos verdes. Le había dicho que mi hermano había muerto. Y que yo no era buena persona. El se había limitado a mirarme inmutable, atrapado en el cuerpo que había elegido para si.

Todo había cambiado.

Al salir, pisé el acelerador tan a fondo que las ruedas derraparon en la gravilla.

### CAPÍTULO SESENTA Y CINCO



Soy Sam Roth. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos. Voy a llevarlos hasta el lago. Soy Sam Roth. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos. Voy a llevarlos hasta el lago.

Entré corriendo en el bosque. Mis patas pisaban la roca y mis zancadas devoraban el terreno metro a metro. Hasta el último de mis nervios echaba humo. Abrazaba mis recuerdos como si fuesen un montón de grullas de papel: con la fuerza suficiente para retenerlos sin aplastarlos.

Soy Sam Roth. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos. Voy a llevarlos hasta el lago. Soy Sam Roth. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos. Voy a llevarlos hasta el lago.

Había mil cosas que oír, diez mil cosas que oler, cien millones de rastros de vida en el bosque. Pero yo no necesitaba cien millones, sino solo uno.

Estaba apoyada contra mí, disfrutando del olor de una pastelería. Las paredes y las etiquetas que nos rodeaban estaban pintadas de todos los colores que ahora no nodía ver.

Soy Sam. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos. Voy a llevarlos

hasta el lago.

La luna menguante iluminaba la noche, y su luz rebotaba en las nubes bajas y los jirones de niebla. Veia todo lo que tenía por delante, hasta el infinito. Pero no era la vista lo que iba a ayudarme. De vez en cuando, reducía la velocidad y escuchaba. Su aullido. Era para mí estaba seguro.

Los lobos aullaban mientras yo miraba por su ventana. Éramos dos desconocidos y, sin embargo, nos conocíamos como un camino que uno recorre a diario. «No duermas en el suelo» me diio.

Soy Sam. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos. Voy a llevarlos

Ahora sonaban otras voces en respuesta a su llamada. No me costaba distinguirlas. Lo que me costaba era recordar por qué tenía que distinguirlas.

Sus ojos, marrones y complejos, en una cara de loba.

Soy Sam. Voy a encontrar a Grace. Voy a encontrar a los lobos.

Me tambaleé cuando mis patas resbalaron en la arcilla húmeda. Oí que algo caía al agua cerca de allí.

Una voz susurró algo en mi cabeza: aquello era peligroso. Aminoré la marcha, cauteloso, y lo vi: un hoyo enorme, con suficiente agua en el fondo para ahogarme. Lo rodeé y agucé el oido. En el bosque reinaba el silencio. Todo en la cabeza me daba vueltas. Sentí un vacío. Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un aullido largo y tembloroso que me ayudó a aliviar el dolor que me consumía. Unos segundos después, oí su voz y me puse en marcha de nuevo.

Vov a encontrar a Grace. Vov a encontrar a los lobos.

Delante de mí, una bandada de pájaros levantó el vuelo, asustada por mi avance. Salieron disparados hacia arriba y se recortaron blancos contra la noche oscura; algo había en la multitud de sus formas, en la idéntica elasticidad de sus alas, en cómo flotaban en el aire revoloteando al viento, iluminados por las estrellas, que me recordaba a alguna otra cosa.

Por más que intentaba atraparlo, se me escabullía. Mi pérdida parecía abrumadora, aunque no alcanzaba a entender qué era lo que había perdido.

Voy a encontrar a Grace.

Eso no lo perdería. No lo perdería.

encontrar a Grace.

Había algunas cosas que nadie podía quitarme, algunas cosas a las que no hubiese podido renunciar.

Grace.

### CAPÍTULO SESENTA Y SEIS Cole

Las dos y treinta y cuatro de la mañana.

Estaba solo.

El lago se extendía junto al aparcamiento; sus aguas tranquilas reflejaban una imagen perfecta de la luna imperfecta. En alguna parte al otro lado del lago estaba la finca de los Culpeper.

No iba a pensar en eso.

Las dos y treinta y cinco de la mañana.

Estaba solo.

Cabía la posibilidad de que Sam no viniese.

### Isabel

Eran las tres y veintiuno de la mañana y no había nadie en casa de Beck Encontré un montón de ropa y una jeringuilla abandonada junto a la puerta trasera; dentro de la casa, vi el móvil de Sam sobre la mesa de la cocina. Por eso no contestaba. Habían hecho justo lo que les había dicho que hiciesen; poner en marcha el plan de Cole sin mi ayuda. Recorrí las habitaciones de la planta baja taconeando sobre el parqué, aunque si hubiese habido alguien, estaba segura de que me habrían contestado desde el principio.

Al final del pasillo estaba la habitación donde había muerto Jack Encendí la luz y el cuarto adquirió el doloroso tono amarillo que tan bien recordaba. Saltaba a la vista que ahora era la habitación de Cole. En el suelo había tirados unos pantalones de chándal. Vasos, cuencos, bolígrafos y papeles cubrían hasta la última de las superfícies. La cama estaba sin hacer, y sobre la colcha arrugada había un libro encuadernado en piel que parecia un diario.

Me subí a la cama —olía como Cole el día que había ido a mi casa duchado y arreglado—, me tumbé boca arriba y pensé que Jack había muerto allí mismo. Era un recuerdo muy duro, pero no tanto como para emocionarme. Eso me hizo sentir aliviada y triste al mismo tiempo: lo estaba perdiendo.

Pasados unos segundos, estiré el brazo y agarré el diario. Tenía un boligrafo dentro para marcar la página. La idea de que Cole pudiese haber anotado lo que pensaba me resultaba extraña; no creía que pudiese ser sincero ni siquiera por escrito.

Lo abrí y comencé a hojearlo. No era nada de lo que me esperaba y, al mismo tiempo, lo era todo. Sinceridad, pero sin emoción. Una sosa cronología de la vida de Cole durante el último mes. Algunas palabras me llamaron la atención.

« Ataque. Escalofríos. Éxito moderado. Temblor de manos incontrolable, aprox. dos horas. Me transformé durante veintisiete minutos. Muchos vómitos; ¿debería ayunar?».

Lo que quería leer en aquel diario era lo que no estaba escrito. No lo que necesitaba leer, sino lo que quería leer. Seguí hojeándolo para ver si en alguna entrada se explay aba un poco más, pero no. En la última página encontré lo que necesitaba saber: « Reunión en el aparcamiento de las Dos Islas, luego por la 169 y hacia el norte al llegar al lago Knifé».

No iba a resultarme fácil encontrar aquel aparcamiento; el lago de las Dos Islas era enorme. Pero al menos sabía por dónde empezar.

# CAPÍTULO SESENTA Y SIETE Grace

Y ahora por fin estaba allí, tal como lo recordaba después de tanto tiempo.

Cuando me encontró, yo estaba en un bosque de árboles de corteza blanca. Mis aullidos ya habían atraído a otros dos miembros de la manada. Cuanto más nos acercábamos, más nerviosa me ponía; me costaba aullar en lugar de gimotear. Los otros intentaron consolarme, pero yo seguí mostrándoles imágenes de sus ojos, intentando transmitirles... algo. No me podía creer que fuese realmente su voz. Hasta que le vi los ojos.

Y allí estaba, jadeante, indeciso. Salió trotando al claro y dudó al ver a los dos lobos que me flanqueaban. Al parecer, estos lo identificaron por su olor, y entre nosotros pasó un aluvión de imágenes de él jugando, cazando y corriendo con la manada

Avancé hacia él dando saltos, con la cola en alto y las orejas levantadas, extasiada y temblorosa. Me transmitió una imagen tan fuerte que me hizo detenerme en seco. Eran los árboles que nos rodeaban, pero estaban casi desnudos. Entre ellos había unos seres humanos.

Yo le transmití una imagen en la que corría a su encuentro, usando su voz para guiarme hasta él.

Pero él volvió a transmitirme la misma escena

No lo entendía. ¿Era una advertencia? ¿Iban a venir aquellos humanos? ¿Era un recuerdo? ¿Los había visto?

La imagen, empapada en deseo y nostalgia, cambiaba y se retorcía: un chico y una chica con hojas en las manos. El chico tenía los ojos de mi lobo.

Algo me dolió por dentro.

Grace.

Gimoteé suavemente

No lo entendía, pero sentí por dentro una punzada de pérdida y de vacío que me resultaba familiar.

Grace.

Era un sonido que no significaba nada y lo significaba todo. Mi lobo avanzó con cautela hacia mí, esperando a que yo levantase las orejas antes de lamerme la barbilla y olisquearme las orejas y el hocico. Era como si me hubiese pasado la vida esperándolo; temblaba de emoción. No dejaba de apoyarme contra él y de presionarle la mejilla con el hocico, pero no se enfadaba porque él era igual de insistente

Por fin me envió una imagen que comprendí: nosotros dos con las cabezas echadas hacia atrás, cantando juntos, llamando a todos los lobos del bosque. El tono era de urgencia y peligro, y yo estaba familiarizada con las dos cosas.

Echó la cabeza hacia atrás y aulló. Fue un sonido largo y afligido, triste y claro, y me hizo entender aún mejor aquella palabra, *Grace*, que aparecía en sus imágenes. Pasados unos segundos, abri la boca y aullé yo también.

Juntas, nuestras voces se oían aún más. Los otros lobos nos dieron empujones con el hocico, nos olisquearon, gimotearon y, al final, se unieron a nuestro canto.

No había un lugar en todo el bosque donde no se nos oy ese.

### CAPÍTULO SESENTA Y OCHO Cole

Eran las cinco y cuarto de la mañana.

Estaba tan exhausto que no podía ni pensar en dormir. Tenía el típico cansancio que hace que te tiemblen las manos y veas luces por el rabillo del ojo y movimientos donde no los hay.

Sam no estaba allí.

Qué mundo tan extraño; había acudido allí para perderme y al final iba a perderlo todo menos a mí mismo. Quizá hubiera tirado demasiados cócteles molotov por encima de la valla de Dios. Y aquel podía ser un castigo divino de lo más irónico: hacerme aprender a valorar las cosas y luego destruir las cosas que valoraba.

No sabía qué hacer si aquello no funcionaba. Me di cuenta de que en algún momento había empezado a pensar que Sam podía lograrlo. Ni una parte de mí, ni tan siquiera una parte pequeñita, se había planteado otra cosa; por eso, la sensación que me retumbaba ahora en el pecho era de decención y traición.

No podía volver a aquella casa vacía. Sin gente dentro, no era nada. Y tampoco podía volver a Nueva York Hacía mucho tiempo que aquello no era mi casa. Era un hombre sin tierra. Ahora formaba parte de la manada.

Parpadeé y me froté los ojos. Por el rabillo del ojo volví a ver movimiento, partículas flotantes, premios de consolación para compensar por la falta de luz real. Volví a frotármelos y reposé la cabeza sobre el volante.

Pero el movimiento era real. Era Sam, que miraba receloso el coche con sus ojos amarillos.

Y tras él estaban los lobos.

### CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE



Aquello no podía salir bien. Estábamos al descubierto, agrupados, demasiado cerca de aquel vehículo. El instinto hizo que se me erizase el pelo del lomo. La luz de la luna iluminaba la niebla haciendo que el mundo pareciese artificialmente brillante. Unos cuantos lobos comenzaron a retroceder hacia la oscuridad del bosque, pero corrí tras ellos para llevarlos de vuelta a la orilla del lago. Como fogonazos, en mi cabeza resplandecieron varias imágenes: nosotros junto al lago, todos reunidos. Ella y vo. Grace.

Grace. Encontrar a los lobos. El lago.

Todo eso va lo había hecho. Y ahora, ¿qué?

Grace olió mi nerviosismo. Me tocó la oreja con el hocico y se apoyó contra mí, pero aquello no me reconfortó.

La manada estaba inquieta, y tuve que salir corriendo de nuevo para conducir a unos cuantos rezagados hasta el lago. La loba blanca —Shelby — me gruñó, pero no me atacó. Los lobos no paraban de mirar el vehículo; había una persona dentro

Yahora, ¿qué? Yahora, ¿qué?

No sabía qué hacer ante lo desconocido.

Sam

Di un respingo. Aquello sí me resultaba conocido.

Sam, ¿me estás escuchando?

Y entonces vi claramente una imagen: los lobos corriendo por la carretera, rumbo a la libertad, y una... una amenaza que se cernía sobre nosotros.

Giré las orejas para intentar averiguar de dónde procedía la información. Me volví hacia el vehículo; mi mirada se cruzó con la del aquel chico. Volví a ver la escena, esta vez con mayor claridad. Estábamos en peligro. La manada corriendo por la carretera. Afiné la imagen y se la transmití a los otros lobos.

Grace levantó la cabeza y echó a correr. Estaba haciendo mi trabajo, impidiendo que un lobo volviese al bosque. Entre dos docenas de cuerpos en movimiento, nuestras miradas se cruzaron durante un segundo.

En las patas sentí la vibración de algo desconocido, algo que se acercaba.

Grace me transmitió otra imagen. Era una sugerencia. La manada, conmigo en cabeza. Vo los guiaba para alejarlos de aquello que amenazaba desde el cielo. Y ella iba a mi lado

No podía desconfiar de aquella imagen que me enviaban desde el coche, porque había algo que repetía insistentemente: Sam. Eso hacía que confiase en ella, aunque no entendiese del todo la idea.

Le transmití una imagen a la manada. No era una petición sino una orden: debíamos ponernos en marcha y ellos debían seguirme.

Era a Paul, el lobo negro, a quien le hubiese correspondido dar las órdenes, y cualquier otro habría sido castigado por insubordinación.

Durante unos segundos, nadie se movió.

Y entonces echamos a correr casi al mismo tiempo. Parecía que estuviésemos cazando, solo que aquello que perseguíamos estaba demasiado lejos para verlo.

Todos los lobos me hicieron caso.



### Aquello funcionaba.

Cuando me puse a seguirlos en el Volkswagen, se dispersaron y tardaron un buen rato en reagruparse. Estaba a punto de amanecer, y no había tiempo para que se acostumbrasen al coche. Me bajé, les transmiti imágenes lo mejor que pude —se me daba cada vez mejor, aunque tenía que estar cerca de la manada — y eché a correr. No me pegué demasiado a ellos; iba sobre todo por el arcén, para orientarme, y ellos me seguían a varias decenas de metros. Intenté no separarme demasiado para controlar hacia dónde se dirigian. No me podía creer que antes hubiese maldecido su lentitud: de haber estado más concentrados, no habría podido seguirles el ritmo. Pero allí estaba, corriendo con ellos, casi formando parte de la manada de nuevo, mientras avanzaban bajo la luz de la luna menguante. No estaba seguro de qué pasaría cuando me cansase. En ese preciso momento, espoleado por la adrenalina, no podía imaginármelo.

A pesar de mi cinismo vital, tuve que reconocer que era todo un espectáculo ver a los lobos saltando, esquivándose y adelantándose unos a otros. Y ver a Sam y a Grace era ya algo fuera de lo normal.

Podía comunicarme con Sam, aunque él tenía que realizar el esfuerzo de

entenderme. Pero Sam y Grace, lobos los dos, tenían su propia conexión: Sam solo tenía que girar ligeramente la cabeza y Grace se quedaba atrás para recuperar a un lobo que se había detenido a investigar algún olor fascinante. A veces, Grace interceptaba una de mis imágenes y se la traducia a Sam con un simple movimiento de cola, y de pronto cambiaban de dirección según mis indicaciones. Y mientras corrían, aunque la manada tuviese prisa, Sam y Grace se tocaban, se olisqueaban, chocaban. Lo mismo que hacían siendo humanos, pero traducido al lenguaje de los lobos.

Sin embargo, había un problema: al norte del bosque de Boundary había una extensa franja de terreno llano cubierto únicamente de maleza. Mientras los obos estuviesen cruzándola serían un blanco fácil. Yo ya había pasado por alli y no me había parecido una zona demasiado ancha, pero iba en coche a cien kilómetros por hora. Ahora íbamos a pie, puede que a unos diez o doce kilómetros por hora, y el horizonte ya estaba tiñêndose de rosa mientras el sol se decidía a salir

Era muy temprano, aunque tal vez para nosotros fuera demasiado tarde. Teniamos por delante seis kilómetros de maleza. Los lobos no podrían salvar esa distancia antes de que amaneciese; nuestra única esperanza era que el helicóptero tardase en despegar. Que saliese de la otra punta del bosque de Boundary y se obsesionase con el hecho de que ya no había ningún lobo allí. Con suerte, las cosas sucederían asi. Si es que había algo de justicia en el mundo.

# CAPÍTULO SETENTA Y UNO Isabel

Cuando encontré el Vollswagen abandonado cerca del aparcamiento del lago, ya habia amanecido. Insulté a Cole por haberse olvidado el teléfono de Sam y por haber dejado el coche tirado, pero entonces vi que la manada habia dejado multitud de huellas en el terreno húmedo de rocio. Nunca habia visto tantos rastros de lobo. ¿Cuántos había? ¿Diez? ¿Veinte? En el lugar donde habian estado esperando, la maleza estaba aplastada, y las huellas conducían hasta la carretera. Tal como ponía en el diario. era la 169.

Me emocionó tanto saber que iba por buen camino que, al principio, no fui consciente de lo que suponía que yo pudiese ver las huellas con tanta claridad. Estaba saliendo el sol, y eso significaba que se nos acababa el tiempo. No, y a se nos había acabado, a menos que los lobos estuviesen bien lejos. Había una enorme franja de páramo completamente pelado a ambos lados de la 169; si los alcanzaban allí, los lobos estarían a merced de las ansias cazadoras de mi padre.

Solo era capaz de pensar que todo se solucionaría si alcanzaba a la manada, así que enfilé la carretera y pisé el acelerador del todoterreno. Me di cuenta de que estaba helada; aunque no hacía más frío de lo normal a primera hora de la mañana, no lograba entrar en calor. Puse la calefacción a tope y agarré el

volante con fuerza. No me crucé con ningún otro coche; ¿quién iba a circular por aquella carretera perdida al amanecer, aparte de una manada de lobos y de quienes querían cazarlos? No estaba segura de en qué categoría entraba vo.

Y, de repente, alli estaban los lobos. En la penumbra del amanecer, eran como puntitos oscuros sobre el suelo cubierto de maleza, y solo pude distinguir sus tonos grises y negros al acercarme más. Estaban justo en medio del páramo, y corrían en una larga fila formada por grupitos de dos o tres. Eran un blanco perfecto. Al acercarme más, distingui en cabeza a la Grace loba —imposible olvidar la forma de su cuerpo, la longitud de sus patas y el porte de su cabeza— y a Sam a su lado. Vi una loba blanca y, durante unos segundos de confusión, pensé que era Olivia. Pero entonces caí en la cuenta de que debía de ser Shelby, la loba loca que nos había seguido hasta la clínica hacía mucho tiempo. A los otros no los conocía; para mí eran solo lobos.

Y muy por delante de mí, corriendo junto a la carretera, una persona. El sol, al brillar a tan poca altura, estiraba su sombra y lo hacía parecer cien veces más alto. Cole St. Clair trotaba junto a los lobos, esquivando las rocas que había junto a la carretera y saltando en ocasiones la cuneta para dar unas cuantas zancadas sobre el asfalto. Al brincar, separaba los brazos del cuerpo para no perder el equilibro; lo hacía con toda naturalidad, como un niño. Aquel gesto de Cole — ponerse a correr junto a los lobos— me pareció tan grandioso que las últimas palabras que le había dicho me retumbaron en los oídos. La vergüenza me hizo entrar en calor cuando todo lo demás había fallado.

Ya tenía otro objetivo: pedirle perdón cuando todo acabase.

Me di cuenta de que algo estaba vibrando en el coche. Puse la mano sobre el salpicadero y luego en la puerta para tratar de localizar aquel sonido.

Entonces comprendí que su origen no estaba en el interior del todoterreno. Bajé la ventanilla del conductor.

Las aspas del helicóptero batían el aire al acercarse.

### Cole

Lo que pasó después sucedió tan rápido que más tarde no lograría recordarlo con claridad ni encontrarle sentido

Se oía el flap, flap, flap del helicóptero a un ritmo el doble de rápido que los latidos de mi corazón, que me retumbaban en los oídos. Era veloz, volaba bajo y sonaba más fuerte que una explosión. Recortado contra el cielo del amanecer, parecía negro; aun siendo y o humano, me pareció un monstruo. Era un presagio de muerte. Sentí un hormigueo por todo el cuerpo, una premonición. El ritmo de las aspas era idéntico al de una de mis antiguas canciones y, espontáneamente, me vino a la cabeza la letra: Sov prescindible.

En los lobos, el efecto fue inmediato. Fueron los primeros en oírlo, y comenzaron a moverse erráticamente agrupándose y desperdigándose. Luego, al acercarse el helicóptero, giraron la cabeza para mirar hacia arriba mientras corrían. Después metieron el rabo entre las patas y echaron las orejas hacia atrás

Miedo

Era imposible ponerme a cubierto. Los ocupantes del helicóptero no me habían visto o, si me habían visto, no les había interesado. Sam tenía la cabeza girada hacia mí, atento a mis instrucciones. Grace estaba cerca de él, intentando agrupar a los lobos para que no cundiese el pánico. Yo seguia transmitiéndoles la imagen de que era necesario llegar hasta el bosque que había al otro lado de aquella zona a cielo abierto, pero los árboles parecían estar muy lejos y fuera de nuestro alcance.

Me imaginé la escena —los lobos, el helicóptero, el terreno despejado—para intentar trazar un nuevo plan, algo que pudiese salvarlos en menos de veinte segundos. Vi que Shelby se quedaba rezagada. Estaba acosando a Beck, que guiaba a los lobos desde atrás. Beck la mordió, pero ella era incansable; volvía una y otra vez, insistente como un mosquito. Durante mucho tiempo, Shelby no había podido desafiar a ningún miembro de la manada por culpa de Beck, pero ahora que estaba distraído, se había decidido a actuar. Beck y ella se estaban quedando cada vez más atrasados. Deseé haber peleado mejor en aquella ocasión en que me la había encontrado en el bosque. Deseé haberla matado.

Sam intuyó que Beck estaba rezagándose y él también se quedó atrás y dejó que Grace guiase a la manada. Fijó la mirada en Beck

El ruido del helicóptero era fuerte, devorador; nunca había oído nada que se le pudiese comparar. Dejé de correr.

Fue entonces cuando todo comenzó a suceder demasiado deprisa. Sam le gruñó a Shelby, que se alejó de Beck como si nunca hubiese tenido intención de atacarle. Por un momento, pensé que Sam había impuesto su autoridad.

Entonces se abalanzó sobre él.

Traté de lanzarle una advertencia a Sam. Creo que llegué a hacerlo. De todos modos, aunque me hubiese hecho caso, habría sido demasiado tarde.

A su alrededor se levantaron escamas de tierra y, antes de darme tiempo a comprender qué estaba pasando, Beck cayó al suelo. Se puso en pie a duras penas e hizo ademán de morderse el lomo, tambaleante. Se produjo un restallido, apenas audible con el ruido del helicóptero, y Beck se derrumbó por segunda vez para no levantarse. Tenía el cuerno destrozado.

Aquello era impensable. Beck Se agitaba, mordía, escarbaba, pero no lograba levantarse. No se estaba transformando; se estaba muriendo. Su cuerpo había sufrido demasiados daños como para curarse.

No podía mirarlo.

Tampoco podía apartar la mirada.

Sam se paró en seco y, aunque no podía oírlo, vi que gimoteaba. Los dos nos quedamos paralizados. Beck no podía morir, era un gigante.

Estaba muerto

Shelby aprovechó que Sam estaba distraído y se le tiró al costado para derribarlo. Rodaron por el suelo y se levantaron cubiertos de barro. Intenté transmitirle a Sam alguna imagen para ordenarle que se zafara de ella y se pusiera en marcha, pero él no me escuchaba, ya fuese porque estaba pendiente de Becko porque Shelby lo tenía ocupado.

Debería haberla matado

Por delante de ellos, el helicóptero seguía sobrevolando a los lobos a poca velocidad. Volvió a saltar un puñado de tierra y luego otro más, pero no cayó ningún lobo. Pensé que quizá Beck fuese el único en morir cuando, en mitad de la manada, otro lobo se derrumbó, rodó por el suelo y se quedó retorciéndose. Los tiradores del helicóntero tardaron varios minutos en rematarlo.

Aquello era un desastre.

Había sacado a los lobos del bosque para que los fuesen eliminando lentamente, uno a uno; la muerte servida en siete balas a cámara lenta.

El helicóptero viró. Me hubiese gustado pensar que abandonaba la cacería, pero sabía que solo estaba dando la vuelta para mejorar el ángulo de tiro. La manada estaba totalmente desperdigada, presa del pánico; con Sam peleando contra Shelby, prácticamente habían dejado de avanzar. Y sin embargo, estaban tan cerca del bosque que podrían refugiarse en él si lograban ponerse en marcha. Solo necesitaban unos segundos de calma.

Pero no teníamos ni un segundo. Y con Sam y Shelby separados del resto de la manada, sabía que ellos serían los siguientes en caer.

No podía quitarme de la cabeza la muerte de Beck

No podía de ar que Sam corriese la misma suerte.

Ni siquiera lo pensé. Mi sombra, alargada frente a mí, metió la mano en el bolsillo de mis pantalones al mismo tiempo que yo. Saqué la jeringuilla, quité la funda de la aguja con los dientes y me pinché en la vena. No tenía tiempo para pensarlo ni para sentirme generoso. Me recorrió una rápida oleada de dolor y, acto seguido, el silencioso empujón de la adrenalina me ayudó a acelerar la transformación. Me estremecí de agonia y un segundo después, era un lobo y estaba corriendo

Shelby. Mata a Shelby. Salva a Sam.

Eso era todo cuanto debía recordar, y las palabras ya se me empezaban a olvidar cuando me abalancé sobre Shelby. Era todo fauces y gruñidos. Mis dientes se cerraron en torno a su ojo tal como ella me había enseñado. Se retorció y me mordió, pues sabía que esta vez iba en serio. En mi ataque no había rabía, solo una determinación implacable. Así debería haber sido nuestra primera

pelea.

La lengua y la boca se me llenaron de sangre, no sé si de Shelby o mía. Le lancé una imagen a Sam: Vete. Quería que se reuniese con Grace, que se alejase de allí, que volviese con la manada, que fuese uno de muchos en lugar de un blanco solitario e inmóvil.

¿Por qué no se marchaba? VETE. Solo podía pedírselo. Había otros modos de convencerlo, pero mi cerebro ya no los registraba. Entonces recibimos una imagen de Grace. La manada sin rumbo, esparcida, con el bosque tan cerca pero tan lejos porque no estaba Sam para guiarla. El helicóptero se acercaba de nuevo. Beck había muerto. Los lobos estaban asustados. El. Lo necesitaban a él. Ella lo necesitaba a él.

Pero él no quería de arme atrás.

Solté a Shelby para gruñirle con todas mis fuerzas. Sam agachó las orejas y se alejó.

Lo que más deseaba en el mundo era acompañarlo.

Shelby intentó seguirlo, pero volví a derribarla y juntos rodamos por el suelo de tierra y piedras. Yo tenía arenilla en la boca y en los ojos, y ella estaba furiosa. Me enviaba una y otra vez las mismas imágenes, que a punto estuvieron de aturdirme con el peso de su miedo, sus celos, su ira. Las mismas escenas repetidas en un bucle sin fin: ella matando a Sam. Ella matando a Grace. Ella abriéndose paso hasta lo más alto de la manada.

La aferré del cuello con fuerza. No había gozo en mi venganza. Se retorció, pero no la solté. Estaba haciendo lo que tenía que hacer.

### CAPÍTULO SETENTA Y DOS Grace

La manada estaba completamente desorientada. Al principio mi lobo me había transmitido imágenes y, curiosamente, también lo había hecho el humano que corría con nosotros. Ahora que los dos estaban lejos, tuve que reagrupar a manada lo mejor que pude, pero yo no era él. Acababa de aprender a ser loba. Tenía que ser él quien los reuniese. Pero su sufrimiento me zumbaba con tanta fuerza en la cabeza que no me dejaba pensar en nada más. Beck, Beck, Beck, Acabé por comprender que aquel era el nombre del primer lobo que había caído. Mi lobo quería volver junto al cadáver de Beck, pero yo ya había visto las imágenes que me habían transmitido. Su cuerpo estaba destrozado, casi no era ni el recuerdo de un ser vivo. Estaba muerto.

Aquel monstruo atronador, negro contra el cielo, volvía a acercarse. Era un depredador sin prisa que se tomaba su tiempo para matarnos a todos.

Desesperada, le transmití a mi lobo una imagen de la manada tranquilizándose al guiarla nosotros y poniéndose a cubierto bajo las copas de los árboles. Mientras tanto, corría entre los lobos que tenía más cerca y los incitaba a que se moviesen de nuevo y huyesen en dirección al bosque. Mi lobo echó a

correr hacia mí y me transmitió un muro de visiones y sonidos que yo no logré interpretar: unidas, ninguna tenía sentido. Pero allí estaba de nuevo el monstruo, que se acercaba sobrevolando los árboles.

Mi lobo me transmitió un pensamiento urgente y aislado.

Cole. Shelby.

Quizá se debiese a la fuerza del pensamiento, o a que el sol estaba calentándome y dentro de mí sentía la sombra de la persona que era antes, pero supe a quién se refería.

Miré atrás por encima del hombro, sin dejar de correr de lado para no perder velocidad. Si, allí estaban Cole y Shelby, enzarzados en una pelea salvaje. Estaban demasiado lejos para verlos claramente, pero no había nada que me tapase la vista cuando la negra criatura hizo retumbar el cielo por encima de ellos

Sonaron varios restallidos, apenas distinguibles del estruendo del aparato, y Shelby soltó a Cole.

Él se quedó un poco rezagado mientras ella echaba a correr sin rumbo. Justo antes de desplomarse, Shelby se giró hacia donde yo estaba. Su cara era un amasijo de color rojo, o más bien había un amasijo de color rojo en el lugar que antes ocupaba su cara.

El helicóptero pasó volando a baja altura.

Un segundo después, Cole también cay ó.



No sé por qué, nunca había llegado a creerme que todo podía acabar así.

Cole.

La loba blanca aún movía débilmente una pata trasera, pero Cole... Cole estaba inmóvil justo donde había caído.

El corazón me reventó en el pecho. Unas pequeñas explosiones que levantaban escamas de tierra señalaban el lugar donde impactaban los disparos de mi padre, cerca de la cabeza de la manada.

Sam y Grace corrían con todas sus fuerzas, directos hacia los árboles que nunca alcanzarían. El resto de la manada los seguía.

Mi primer pensamiento fue de lo más egoísta: De entre todos los lobos, ¿por qué Cole? ¿Por qué el que más me importa?

Pero entonces vi que el suelo estaba sembrado de cadáveres y que Cole era uno entre media docena. Se había lanzado de cabeza al ver que Sam estaba en peligro. Había sabido que podía...

Y yo llegaba tarde.

El piloto viró para perseguir a un rezagado. El sol era un disco rojo y feroz

que ya despuntaba en el horizonte y hacía brillar las letras en un lado del helicóptero. Este tenía las puertas abiertas, y por ellas se distinguían dos hombres que apuntaban al suelo con sus rifles, sentados a los lados del piloto. Uno de ellos era mi padre.

Solo estaba segura de una cosa.

No podía... y a no podía salvar a Cole.

Pero podía salvar a Sam y a Grace. Casi habían llegado al bosque. Estaban muy, muy cerca. Solo necesitaban unos segundos más.

El lobo rezagado ya estaba muerto. No lo conocía. Lentamente, el helicóptero dio media vuelta para dar otra pasada. Volví a mirar a Cole; no me había dado cuenta de hasta qué punto esperaba que se moviese hasta que comprobé que no se movia. No veia dónde le habían alcanzado los disparos, pero si vi que estaba sobre un charco de sangre y que yacía inmóvil y pequeño. Ya no parecía nada, nada famoso. Al menos su cadáver no estaba tan destrozado como el de otros lobos. Eso no lo habría soportado.

Su muerte debía de haber sido rápida. Me convencí de que había sido rápida. Jadeé, casi sin aliento.

No podía pensar en eso. No podía pensar que estaba muerto.

Pero lo pensaba.

De pronto no me importó que mi padre se pusiera furioso conmigo, que provocase un millón de problemas, que todos los avances que habíamos estado haciendo quedasen en nada.

Podía poner fin a aquello.

El helicóptero ya volvía a la carga. Di un volantazo que me hizo salir de la carretera, enfilé el terraplén que había junto a la cuneta y me interné en el terreno cubierto de maleza. El todoterreno no debía de estar pensado para ir a campo través, y empezó a crujir como si fuera a caerse a pedazos y todas las almas del infierno trataran de escapar de sus bajos; pensé que seguramente iba a partirse un eje, si es que eso era posible.

Pero a pesar del traqueteo y las sacudidas, era más rápida que los lobos, así que me coloqué en medio de la manada, entre dos de sus miembros, y los obligué a disorerarse y a avanzar no delante de mí.

Los disparos cesaron inmediatamente. A mi paso levantaba enormes nubes de polvo que me impedian ver el helicóptero. Por delante de mí vi que los lobos, uno tras otro, entraban en el bosque siguiendo a Sam y a Grace. Sentí que me iba a estallar el corazón

El polvo se asentó a mi alrededor. El helicóptero se quedó inmóvil en el aire, por encima de mí. Respiré hondo, abrí la trampilla del techo y miré hacia arriba. Aún había polvo suspendido entre el helicóptero y yo, pero me di cuenta de que mi padre me había visto. Aun estando tan alto, conocía aquella expresión: sorpresa, consternación y bochorno, todo en una.

No sabía qué iba a pasar.

Quería llorar, pero no podía parar de mirar hacia el lugar por donde había entrado en el bosque el último lobo.

El teléfono vibró en el asiento del copiloto. Era un mensaje de texto de mi padre.

sal de ahí

Le contesté con otro.

tú primero

### CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO Sam

Volví a transformarme en humano sin más, como si no fuese un milagro. Así de simple: el sol en el lomo, el calor del día, el lobo fluyendo por mis venas cambiantes y de pronto. Sam. el hombre.

Estaba junto al albergue de la península y Koenig me miraba. Sin hacer ningún comentario sobre mi desnudez, sacó de su coche una camiseta y unos pantalones de chándal y me los dio.

—Ahí atrás hay un surtidor, por si quieres lavarte —dijo, aunque no podía estar sucio: acababa de estrenar la piel que llevaba.

Pero rodeé la cabaña y fui hasta la parte de atrás, asombrado ante mis zancadas, mis manos y los lentos latidos de mi corazón humano. Guando el antiguo surtidor metálico empezó a echar agua, vi que tenía las rodillas y las nalmas de las manos manchadas de tierra del momento de la transformación.

Me restregué la piel, me vestí y bebí agua. Para entonces ya estaba recuperando mis recuerdos, que eran salvajes y borrosos. Lo había conseguido: había guiado a la manada hasta allí, me había transformado de nuevo en Sam, había sido un lobo sin dejar de ser yo; aunque no del todo, al menos sí mi corazón

Era imposible, pero allí estaba, junto a la casa de troncos, vistiendo mi piel.

Y entonces vi la muerte de Beck y mi respiración se convirtió en un barco zozobrando en un mar picado y peligroso.

Pensé en Grace en el bosque, siendo lobos los dos. La sensación de correr a su lado, de tener aquello con lo que había soñado durante tantos años antes de conocerla en persona. Las horas que habíamos pasado juntos siendo lobos eran tal como me las había imaginado, sin palabras que se interpusieran entre nosotros. Había deseado pasar los inviernos así, pero ahora sabía que estábamos destinados de nuevo a pasar esos meses de frío separados. La felicidad era una esquirla clavada entre mis costillas.

Y luego estaba Cole.

Era él quien había hecho posible lo imposible. Cerré los oi os.

Koenig se reunió conmigo junto al surtidor.

-¿Estás bien?

Abrí los oi os lentamente.

—¿Y los demás? —pregunté.

-En el bosque.

Asentí con la cabeza. Estarían buscando algún lugar tranquilo donde descansar.

Koenig se cruzó de brazos.

- -Buen trabajo.
- -Gracias -repuse mirando el bosque.
- —Sam, ya sé que ahora no quieres pensar en eso, pero volverán a por los cadáveres. Si quieres re...

—Grace se transformará pronto. Quiero esperarla.

Necesitaba a Grace. No podía volver sin ella. Es más, tenía que verla: no podía confiar en mis recuerdos de lobo para estar seguro de que se encontraba bien hasta que la viese en persona.

Koenig no me presionó. Abrió su coche, sacó otra muda de ropa y la dejó ante la puerta como una ofrenda. Luego los dos entramos en el albergue. Koenig se metió en la cocina y volvió con dos vasos de plástico llenos de café. Me ofreció uno mientras él bebía del otro; sabía fatal, pero me lo bebí, demasiado agradecido por su amabilidad para rehusarlo.

Me senté en una de las sillas llenas de polvo de nuestra nueva casa, con la cabeza apoyada en las manos, y escruté el suelo mientras pasaba todos mis recuerdos de lobo por el tamiz de mi cerebro humano. Recordé lo último que me había dicho Cole: « Nos vemos al otro lado».

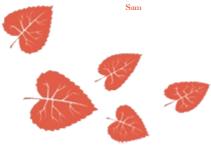
Entonces llamaron suavemente a la puerta. Era Grace, vestida con una camiseta que le quedaba grande y unos pantalones de chándal. Todo lo que pensaba decirle —«Hemos perdido a Cole», «Beck ha muerto», «Estás viva»—se me deshiva en la hoca

- -Gracias -le dijo Grace a Koenig.
- -Mi trabajo es salvar vidas -repuso él.

Luego, Grace se acercó hasta mí y me abrazó con fuerza mientras yo apoyaba la cara en su hombro. Pasado un rato, se apartó y dejó escapar un suspiro.

-Vamos a recogerlos -dijo.

### CAPÍTULO SETENTA Y CINCO



En comparación con nuestro viaje de aquella mañana, no tardamos nada en volver al descampado donde nos había alcanzado el helicóptero.

Y allí estaba Beck, con el cuerpo destrozado. Se le habían salido órganos que ni siguiera me había planteado que tuviese.

### —Sam... —murmuró Grace.

Su cuerpo parecía muy plano, como si no le quedase nada dentro. Quizá fuera así; quizá el disparo lo hubiera aniquilado todo. También aquello que se había llevado consigo antes de morir. Me acordé del pájaro que Shelby había matado en el camino de entrada a la casa.

### Sam.

Tenía la boca abierta y la lengua le caía sobre los dientes. No como un perro al jadear, sino de un modo antinatural.

El ángulo de la lengua me hizo pensar que el cadáver debía de estar rígido. Igual que un perro al que ha atropellado un coche, un cadáver más.

```
algo
tenia sus ojos
sam
y a mí me quedaban muchas cosas por decirle
```

pero sus oios

me estás asustando

Me recuperaría. Estaba bien. Era como si desde el principio hubiese sabido que lo perdería. Que acabaría muerto. Que encontrariamos su cadáver así, destrozado y deshecho, que me lo arrebatarían y que nunca arreglaríamos lo que se había roto. No lloraría, porque sabía que era así como tenía que ser. Se marcharía, pero no era la primera vez que se marchaba, y esta vez no sería diferente, aquella marcha total, aquella marcha para siempre, aquella marcha in la esperanza de que la primavera y el buen tiempo me lo devolviesen.

No sentiría nada porque no había nada que sentir. Aquel momento lo había vivido mil veces, tantas que no me quedaban energía ni sentimientos. Lo expresé mentalmente: Beck ha muerto, Beck ha muerto, Beck ha muerto esperando a que llegasen las lágrimas, los sentimientos, lo que fuese.

A nuestro alrededor el aire olía a primavera, pero parecía invierno.

### Grace

Sam se quedó alli plantado, temblando, con los brazos caídos, callado mientras contemplaba el cadáver que teníamos delante. En su cara se dibujaba una expresión horrible que hacía que por la mejilla me corriesen lágrimas silenciosas, una tras otra.

```
-Sam -le supliqué-. Por favor...
```

-Estoy bien -contestó.

Y entonces se dejó caer lentamente y se quedó acurrucado, con las manos detrás de la cabeza y la cara contra las rodillas, tan destrozado que ni siquiera lloraba. Yo no sabía qué hacer.

Me agaché a su lado y lo abracé. No paraba de temblar, pero no soltaba ni una lágrima.

—Grace —susurró, y noté angustia en su voz Se pasaba la mano por el pelo una y otra vez, se agarraba puñados de cabellos y los soltaba enseguida—. Grace, ayúdame. Ayúdame.

Pero yo no sabía qué hacer.

### CAPÍTULO SETENTA Y SEIS Grace

Usé el teléfono de Koenig para llamar a Isabel.

Sam, Koenig y yo habíamos pasado una hora rastreando la maleza, contando lobos muertos y comprobando si Sam los reconocía. Había siete, incluido Beck Aún no habíamos llegado hasta los cadáveres de Shelby y Cole.

Sam estaba a un par de metros de mí mirando al bosque, con las manos enlazadas detrás de la cabeza. Era su gesto típico, tan suyo como de Beck. No recordaba si alguna vez se lo había dicho. No sabía si le ayudaría o le dolería que se lo dijese en ese preciso momento.

—Isabel —dije, y ella se limitó a suspirar al otro lado del teléfono—. Ya lo sé. ¿Cómo estás tú?

La voz de Isabel sonaba rara. Pensé que tal vez hubiera estado llorando.

—Bueno, como siempre. Voy a pasarme el resto de mi vida castigada, o sea hasta la semana que viene, porque después de eso me matarán. Ahora mismo me he encerrado en mi habitación porque estov harta de gritar.

Aquello explicaba lo de su voz.

- —Lo siento
- -No lo sientas. Llegué un poco tarde, ¿verdad?

—No te castigues, Isabel. Sé que es lo que quieres hacer, pero no les debías nada a los lobos y aun así acudiste.

Se pasó un rato sin decir nada: me preguntaba si me creería.

—Me mandan a California a vivir con mi abuela hasta que vendan la casa — dijo al fin.

—¿Cómo?

Mi tono había sido tan brusco que Sam me miró con el ceño fruncido.

—Si. En cuanto haga los exámenes finales, me montan en un avión con todas mis cosas. Este es el noble final de Isabel Culpeper: de vuelta a California con el rabo entre las piernas. ¿Crees que soy débil por no largarme de casa?

Entonces fui y o la que suspiró.

—Si puedes seguir hablándote con tus padres, creo que debes hacerlo. Te quieren, aunque tu padre sea un imbécil. Esto no quiere decir que me apetezca que te vay as. Uf, no me lo puedo creer... ¿Estás segura de que no van a cambiar de opinión?

Isabel soltó una risita burlona y cortante.

- -Dale las gracias -dijo Sam.
- -Sam dice que te dé las gracias.
- -Ja, ja, ja. ¿Por marcharme a otro estado?
- -Por salvarnos la vida

Durante unos segundos no dijimos nada. Desde el lago chilló un somorgujo. Sabía que había estado allí aquella misma mañana, pero siendo loba aquel lugar parecía totalmente diferente.

-No se la he salvado a todo el mundo -repuso al fin Isabel.

No supe qué decirle, porque era verdad. No había sido culpa suya, pero era verdad.

- -Estamos en el descampado -dije-...; A Cole dónde...? ¿Sabes dónde lo...?
- —Había un terraplén junto a la carretera —me interrumpió Isabel—. Aún se verán las huellas de mis neumáticos. El cayó a unos metros. Tengo que colgar. Tengo que...

La llamada se cortó.

Suspiré, cerré la tapa del móvil y les pasé la información a Koenig y a Sam. Los tres seguimos las instrucciones hasta encontrar el cadáver de Shelby, sorprendentemente intacto salvo la cara, tan destrozada que no pude mirarla. Había mucha sangre.

Deseé sentir compasión por ella, pero lo único que podía pensar era: Cole está muerto por su culpa.

—Por fin ha muerto —dijo Sam—. Siendo loba. Creo que eso le habría gustado.

Alrededor del cadáver de Shelby, la hierba estaba embadurnada y salpicada de sangre. No sabía a qué distancia de allí habría caído Cole. ¿Toda aquella

sangre era de Shelby? Sam tragó saliva mientras la miraba, y supe que estaba viendo algo más allá de su fachada de monstruo. Yo no podía.

Koenig murmuró que necesitaba llamar por teléfono y se apartó un poco de nosotros

Le toqué la mano a Sam. A sus pies había tanta sangre que parecía como si estuviese lleno de heridas.

-¿Te encuentras bien?

Se frotó los brazos: al declinar el sol, la tarde refrescaba.

-Me gustó ser lobo una vez más, Grace.

No tenía que darme explicaciones. Aún recordaba la sensación de alegría al verlo correr hacia mí siendo lobo, aunque no pudiese recordar su nombre. Recordaba haber intercambiado imágenes con él mientras guiábamos a la manada. Todos confiaban en él. Yo también.

-Porque se te da meior que a mí-susurré.

Sam negó con la cabeza.

-Porque sabía que no era para siempre.

Le toqué el pelo y él inclinó la cabeza para besarme, silencioso como un secreto. Me apoyé en su pecho y nos quedamos juntos, resguardados del frío.

Pasados unos minutos, Sam se apartó y escrutó el bosque. Por un segundo pensé que estaba aguzando el oído, hasta que me di cuenta de que en el bosque de Boundary y a no podía aullar ningún lobo.

—Este es uno de los últimos poemas que me hizo memorizar Ulrik—dijo.

endlich entschloss sich niemand und niemand klopfie und niemand sprang auf und niemand öffnete und da stand niemand und niemand trat ein und niemand appwortete: endlich und niemand appwortete: endlich

—¿Qué significa?—pregunté.

Al principio pensé que no iba a contestarme. Miraba hacia el atardecer con los ojos entrecerrados, hacia el bosque del que habiamos escapado hacia una eternidad y en el que habiamos vivido mucho antes. Era una persona muy distinta al chico que habia encontrado desangrándose ante la puerta trasera de mi casa. El primer Sam era tímido, ingenuo, delicado, absorto en sus canciones y sus palabras, y yo siempre querría a aquella versión de su persona. Pero aquel cambio estaba bien. El primer Sam no podría haber sobrevivido. Del mismo modo, la Grace que yo era antes tampoco habría podido sobrevivir.

Con la mirada fija en el bosque de Boundary, Sam recitó:

finalmente, nadie se decidió

- y nadie llamó
- v nadie saltó
- y nadie abrió
- y nadie se quedó en pie
- y nadie entró
- y nadie dijo: bienvenido
- y nadie contestó: por fin

Sobre el suelo llano, nuestras sombras eran largas como árboles con el último sol de la tarde. Aquella zona de matorrales era como otro planeta, surcado de charcos alargados que de pronto brillaban con los tonos naranja y rosa del atardecer. No sabía dónde más podíamos buscar el cadáver de Cole. Aparte de su sangre repartida por la hierba no había ni rastro de él en metros a la redonda.

—A lo mej or se ha arrastrado hasta el bosque —dijo Sam con voz átona—. Su instinto le diría dónde esconderse aunque se estuviese muriendo.

Se me aceleró el corazón.

- —¿Crees que ...?
- —Hay demasiada sangre —repuso Sam sin mirarme—. Fijate. Piensa que yo no pude curarme solo de un simple disparo en el cuello. Es imposible que él se recobrara. Solo espero... solo espero que muriese sin miedo.

No dije lo que estaba pensando, pero todos habíamos pasado miedo.

Juntos peinamos la linde del bosque por si acaso, y seguimos buscando incluso cuando cayó la noche porque sabíamos que el olfato nos ayudaría más que la vista.

Pero no había ni rastro de él. Al final. Cole St. Clair había hecho lo que mejor sabía hacer.

Desaparecer.

### CAPÍTULO SETENTA Y SIETE Isabel

Cuando nos trasladamos a la casa de Minnesota, la única habitación que me gustaba era la sala del piano. No soportaba que nos hubiésemos ido de California para vivir en un estado que se encontraba tan lejos de una costa como de la otra. No soportaba el olor a cerrado y a moho de aquel caserón y el tétrico bosque que lo rodeaba. No soportaba que mi hermano, enfadado de por sí, estuviese aún más enfadado. No soportaba las paredes inclinadas de mi dormitorio, ni los crujidos de las escaleras, ni las hormigas que pululaban por la cocina a pesar del dineral que había costado amueblarla.

Pero me encantaba la sala del piano. Era una habitación redonda llena de ventanales en la parte superior, con las paredes pintadas de un burdeos oscuro. Lo unico que contenía era un piano, tres sillas y una lámpara de araña que, increíblemente, no resultaba de tan mal gusto como el resto de luces de la casa.

Yo no tocaba el piano, pero me gustaba sentarme en la banqueta de espaldas a él para mirar el bosque por la ventana. Desde allí dentro, a una distancia razonable, no parecía tétrico. Aunque en él hubiese monstruos, no podían competir con los veinte metros de césped, el cristal de dos centímetros de grosor y el piano Steinway. Para mí, era la mejor manera de disfrutar de la naturaleza.

Aún había días en los que pensaba que era el mejor modo de enfrentarme a ella

Aquella noche bajé de mi habitación esquivando a mis padres, que hablaban en voz baja en la biblioteca, y me colé en la sala del piano. Cerré la puerta para que no me oyeran y me senté en la banqueta con las piernas cruzadas. Era de noche, y por la ventana no se veía nada aparte de un círculo de hierba iluminado por la luz de la puerta trasera. Pero me daba igual no ver los árboles, porque sabía que allí ya no quedaba ningún monstruo.

Me arrebujé en la sudadera y pegué las piernas contra el pecho, sentada de lado en la banqueta. Me daba la impresión de que siempre había tenido frío en Minnesota. No hacía más que esperar a que llegase el verano, pero no parecía llegar nunca.

En aquel momento, ir a California ya no me parecía tan mala idea. Quería enterrarme en la arena e hibernar hasta no sentirme tan vacía por dentro.

Cuando mi móvil sonó, di un respingo y me golpeé el codo contra el teclado del piano, que dejó escapar un que jido sordo y grave. No me había dado cuenta de que aún llevaba el teléfono en el bolsillo.

Lo saqué para ver quién llamaba. Era el móvil de Sam. No estaba lista para hablar como la Isabel que ellos conocían. ¿Por qué no me dejaban descansar al menos una noche?

Me lo llevé al oído.

—;Si?

Silencio al otro lado. Comprobé que tenía cobertura.

-¿Sí? ¿Hay alguien ahí?

—Oui

Los huesos dejaron de sostenerme. Me deslicé de la banqueta mientras hacía un esfuerzo consciente por no apartar el teléfono de la oreja y mantener la cabeza levantada, porque mis músculos parecían incapaces de hacerlo. Los latidos me retumbaban en los oídos con tanta fuerza que tardé unos segundos en darme euenta de que si había dicho algo más, yo no lo había oído.

—Tú... —gruñí; no sabía bien qué decir, pero estaba segura de que si empezaba a hablar se me ocurriría algo más—. Tú... ¡me has dado un susto de muerte!

Soltó una carcajada parecida a la que le había oído en la clínica, y me eché a

—Ahora Ringo y yo tenemos más cosas en común —dijo Cole—. Tu padre nos ha pegado un tiro a los dos. ¿Cuánta gente puede decir lo mismo? ¿Te estás atragantando con algo?

Pensé en levantarme del suelo, pero aún me temblaban las piernas.

- -Sí, sí. Eso es justo lo que estoy haciendo, Cole.
- -Se me olvidó decirte que era yo quien llamaba.

-¿Dónde estabas?

Soltó un bufido desdeñoso.

- —En el bosque. Dejando que volviese a crecerme el bazo o algo así. Y parte de los muslos. No estoy seguro de que ciertas partes bajas me sigan funcionando. Estás invitada a venir para echar un vistazo debajo del capó.
  - -Cole, tengo que decirte algo.
  - —Lo vi. Sé lo que hiciste.
  - —Lo siento
  - -Lo sé -dijo tras una pausa.
  - —¿Grace y Sam saben ya que estás vivo?
  - -Luego me reuniré alegremente con ellos. Antes tenía que llamarte a ti.

Durante un segundo disfruté de aquella última frase y la memoricé para repetírmela mentalmente una v otra vez.

-Mis padres me envían a California como castigo por lo que hice.

No se me ocurrió otro modo de decirlo que no fuese soltarlo así, de repente.

Cole se quedó callado durante unos segundos.

- —He estado en California —dijo por fin—. Es un lugar mágico. Calor seco, hormigas rojas y coches grises de importación con unos motores enormes. Te imagino junto a un cactus ornamental. Tienes una pinta deliciosa.
  - -Le dije a Grace que no quería irme.
  - —Mentirosa. Eres una chica de California. Aquí pareces una astronauta.

Me sorprendí riéndome.

- -¿Qué pasa? -dijo.
- —Pues que solo me has tratado durante unos catorce segundos, y de esos catorce, siete nos los hemos pasado enrollándonos, y aun así me conoces mejor que todos los amigos que tengo en este pueblo asqueroso.
  - -Bueno, es que tengo buen oj o para calar a la gente.

El simple hecho de imaginármelo sentado en casa de Beck, hablando por el teléfono de Sam, vivo, me dio ganas de sonreir, y luego sonreir un poco más, y después echarme a reír y no parar. Me daba igual que mis padres estuvieran enfadados commigo durante el resto de mi vida.

—Cole —dije—, no pierdas este número, ¿quieres?

# CAPÍTULO SETENTA Y OCHO Grace

Me recuerdo tendida en la nieve, un cálido bulto rojo enfriándose en medio de un corro de lobos

—¿Estás seguro de que es aquí? —le pregunté a Sam.

Era octubre, y el aire frío de la noche les había arrancado el verde a las hojas y había teñido la maleza de rojo y marrón. Estábamos en un claro tan pequeño que podía quedarme en medio, estirar los brazos hacia los lados y tocar un abedul con la palma de una mano y las ramas de un pino con la otra, y así lo hice.

- -Sí, es aquí -respondió Sam con seguridad.
- —Lo recuerdo más grande.

Yo era pequeña, claro, y había estado nevando; con nieve, todo parecía mayor. Los lobos me habían llevado a rastras desde el columpio hasta aquel lugar, me habían inmovilizado en el suelo y me habían convertido en una de ellos. Había estado a punto de morir.

Me giré lentamente esperando ver algo que me hiciese reconocerlo, un fogonazo, algo que me indicase que aquel era el lugar.

Pero los árboles que me rodeaban no dejaron de ser árboles normales y el claro no dejó de ser un claro normal. Si hubiera estado paseando vo sola, lo

habría cruzado de una zancada o dos sin considerarlo un claro siguiera.

Sam arrastró los pies por las hojas y los helechos que alfombraban el suelo.

- -Así que tus padres piensan que te vas a... ¿Suiza?
- —Noruega —corregí—. Rachel sí que se va, y se supone que yo me voy con ella.
  - --¿Crees que se lo han tragado?
- -No tienen motivos para no creerme. Resulta que a Rachel se le da muy bien contar mentiras.
  - -Qué inquietante -dijo Sam, aunque no parecía nada inquieto.
    - —Sí.

Lo que no dije, pero los dos sabíamos, es que tampoco era tan importante que me creyesen. Había cumplido dieciocho años y me había graduado en verano, tal como había prometido, y ellos se habían portado bien con Sam y me habían dejado pasar los días con él, cumpliendo su parte del trato, y ahora era libre para ir a la universidad o mudarme a otra parte si quería.

Tenía la mochila preparada en el maletero del coche de Sam, aparcado en el camino de entrada a la casa de mis padres. Era todo cuanto necesitaba para irme

El único problema era el invierno. Me hormigueaba en brazos y piernas, me hacía nudos en el estómago y trataba de obligarme a que me transformase en loba

No podía ir a la universidad o mudarme a otra parte, ni siquiera a Noruega, hasta estar segura de que podía seguir siendo humana.

Sam se puso en cuclillas y rebuscó entre la hojarasca. Algo le había llamado la atención.

--: Te acuerdas del mosaico que hay en la finca de Isabel? --- pregunté.

Sam encontró lo que estaba buscando: una hoja de un color amarillo intenso en forma de corazón. La alisó y la hizo girar cogiéndola del largo peciolo.

—Me pregunto qué será de él ahora que la casa está vacía… —dije.

Nos quedamos un momento en silencio, de pie en el pequeño claro, disfrutando de la familiaridad del bosque de Boundary. En ninguna otra aparte olían los árboles como allí, mezclados con el aroma del humo de la madera y el de la brisa sobre el lago. Las hojas susurraban al rozarse de un modo ligeramente distinto a como lo hacían las hojas en la península. Aquellas ramas estaban impregnadas de recuerdos rojos y moribundos en las frías noches, no como los otros árboles.

Supuse que algún día aquellos otros bosques serían nuestro hogar, y este bosque nos resultaría casi desconocido.

--: Estás segura de que quieres hacerlo? -- preguntó Sam en voz baja.

Se refería a la jeringuilla con sangre infectada de meningitis que me estaba esperando en el albergue, la misma cura que había salvado a Sam y matado a Jack Si la teoría de Cole era correcta y yo combatía la meningitis siendo loba, derrotaría lentamente a la loba que llevaba dentro y me transformaría en humana para siempre. Si Cole se equivocaba y la supervivencia de Sam se había debido a otros factores, tenía muy pocas posibilidades.

—Confío en Cole —afirmé.

Últimamente se había convertido en alguien a quien tenía muy presente, en una persona mucho mejor que la que habíamos conocido. Sam decía que se alegraba de que Cole estuviese usando su potencial para el bien y no para el mal; a mí me alegraba ver que había convertido nuestro albergue en su castillo.

—Con todas sus otras teorías ha acertado… —añadí.

Una parte de mí sintió un cosquilleo de pérdida; algunos días me encantaba ser loba. Me gustaba la sensación de conocer el bosque, de formar parte de él. Y la libertad absoluta. Pero pesaba más el odio que sentía por el olvido y la confusión, el dolor de querer saber más pero ser incapaz. Aunque me gustaba ser loba, me gustaba aún más ser Grace.

—¿Qué harás mientras no esté? —pregunté.

Sin responderme, Sam estiró el brazo hacia mi mano izquierda y yo se la tendí. Retorció el peciolo de la hoja alrededor de mi dedo anular hasta formar un anillo de un amarillo intenso. Los dos nos quedamos mirándolo.

-Echarte de menos -dijo soltando la hoja, que cayó al suelo entre los dos.

No dijo que le daba miedo que Cole se equivocase, aunque yo ya lo sabía.

Me di media vuelta y miré en dirección a la casa de mis padres. Los árboles la ocultaban; quizá en invierno quedase a la vista, pero ahora estaba escondida tras las hojas que el otoño aún no había arrancado. Cerré los ojos y respiré el olor de aquellos árboles una vez más. Había llegado el momento de la despedida.

—¿Grace? —dijo Sam, y abrí los ojos.

Me tendió la mano.

### NOTA DE LA AUTORA

Se me hace raro despedirme de un mundo en el que he vivido durante casi cuatro años y de una serie que me ha cambiado la vida, pero aqui estoy. Ahora que he llegado al final, creo que es un buen momento para hablar de algunas cosas de esta historia que existen de verdad fuera de las páginas de los libros.

En primer lugar, los lobos,

He intentado ser fiel al comportamiento real de los lobos a lo largo de la serie (aunque no recomiendo besar a ninguno). Si algún lector quiere buscar más información sobre el comportamiento de estos animales, le recomiendo di documental Living with wolves como punto de partida. Los papeles de Ulrik, Paul y Salem son los típicos en una manada de lobos: el pacificador, el alfa y el omega. El funcionamiento real de una manada es un tema fascinante.

El debate sobre el papel de los lobos en nuestro mundo también es muy real. La batida promovida por Tom Culpeper está basada en cacerias de lobos llevadas a cabo en el oeste de Estados Unidos y Canadá como resultado de la pugna entre lobos y granjeros por hallar un equilibrio. Los lobos son unos animales preciosos, pero también son grandes depredadores, y los humanos somos celosos guardianes de nuestro territorio y medios de vida; por eso, estoy segura de que seguirán muriendo lobos por los disparos de los cazadores o bajo la sombra de un helicóptero antes de que acabe todo esto.

En segundo lugar, Mercy Falls, Minnesota.

Muchos lectores me han dicho que es imposible encontrarlo en un mapa. Lo siento. Temblor se desarrollaba originalmente en Ely, Minnesota, que es un lugar real, y luego en Bishop, también en Minnesota, que no lo es, hasta llegar a Mercy Falls. En mi cabeza Mercy Falls está cerca de Ely y de Boundary Waters. Fuera de mi cabeza, no está cerca de ningún sitio porque no existe. Sin embargo, en esa zona de Minnesota vive cierto número de lobos grises.

Otros lugares reales que aparecen en los libros son la pastelería (basada en Wythe Candy, de Williamsburg, Virginia), la librería The Crooked Shelf (basada en Riverby Books, de Fredericksburg, Virginia), y La Tienda de Aparejos de Ben (aunque no diré dónde está para proteger la identidad del propietario, el hombre sudoroso).

En tercer lugar, la gente.

Algunos de los personajes están basados en personas reales. Dmitra, la técnico de sonido, existe de verdad, aunque en la vida real no tiene la nariz grande ni es mujer. Los padres de Grace son reales, aunque no son los míos. Y Ulrik también existe, aunque no es un licántropo.

En cuarto lugar, la poesía.

Al ser el favorito de Sam, Rilke es el más destacado, pero también están Mandelstam, Roethke y varios poetas alemanes más, así como Yeats. Aunque no os guste nada leer poesía, como es mi caso, recomiendo a todo el mundo buscar una buena traducción de los poemas de Rilke y alguna antología de poesía alemana

Y por último, el amor.

Me han escrito muchísimos lectores preguntándome con nostalgia por la naturaleza de la relación entre Sam y Grace. Puedo aseguraros que esa clase de amor es real. El amor correspondido, respetuoso y duradero es alcanzable mientras estés decidido a no conformarte con menos.

Adiós a Mercy Falls. Ha llegado el momento de buscar otros mundos inexplorados.

### AGRADECIMIENTOS

Va a ser imposible citar aquí a todos los que han participado en la creación de esta serie, así que tranquilos, esta solo es la punta del iceberg.

Tengo que dar las gracias a la gente de Scholastic por haber apoyado la serie y por haber sido tolerantes con mis rarezas. En especial a mi editor David Levithan, por no lincharme cuando lo mandé todo a freir espárragos; a la sonriente Rachel Coun y al resto del departamento de marketing, por su astucia animal; a Tracy van Straaten, Becky Amsel y Samantha Grefe, por sus galletas, su cordura y sus descansos para ir al baño, a Stephanie Anderson y todo el equipo de producción, que me han hecho parecer más lista de lo que soy; a Christopher Stengel, por sus diseños impecables; y al increíble equipo de derechos de autor compuesto por Rachel Horowitz, Janelle DeLuise, Lisa Mattingly y Maren Monitello —no es fácil hacerme sentir como en casa a 5.000 kilómetros de mi casa, pero ellas lo hacen de maravilla.

También quiero dar las gracias a algunas personas que no trabajan en Scholastic

A Laura Rennert, mi agente, porque al teléfono es la voz de la cordura.

A Brenna Yovanoff, por quedarse junto a la gacela herida cuando todas las señales recomendaban hacer justo lo contrario.

A la gente de Loewe —Jeannette Hammerschmidt, Judith Schwemmlein y Manon Perko—, por salvarme el pellejo en el último momento. Os debo más galletas de las que puedo transportar en el compartimento para equipaje de mano de un avión de pasajeros.

A Carrie Ryan y Natalie Parker, por leer rápidamente y darme unas veces palmaditas en la mano, y otras, cuando lo necesitaba, manotazos en la muñeca.

A mis padres y hermanos, por saber cuándo «¡Largo, estoy trabajando!» significa «¡Por favor, cuídame a los niños!» y cuándo significa «¡Rescátame y sácame a comer burritos!». A Kate, en particular: sabes que eres la lectora para la que escribo.

A Tessa, que ha estado tan casada como yo con este proyecto, y eso que nunca nos mandaba regalos por nuestros aniversarios. Nunca lo olvidaré.

A Ed, que me preparaba té y me dejaba dormir después de mis sesiones de

trabajo durante toda la noche, y que ha sufrido y sudado a mi lado. Ya sabes que todo esto es culpa tuya. De no ser por ti, ¿cómo iba a escribir una historia de amor?

Y, por último, a Ian. Nunca lo leerás, pero tengo que decirlo: gracias por recordármelo.



MAGGIE STIEFVATER nació en Virginia, Estados Unidos, en 1981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor*, aunque tiene publicada también una serie de libros, *A gathering of faerie*.